

IDAD A
CCIÓN G

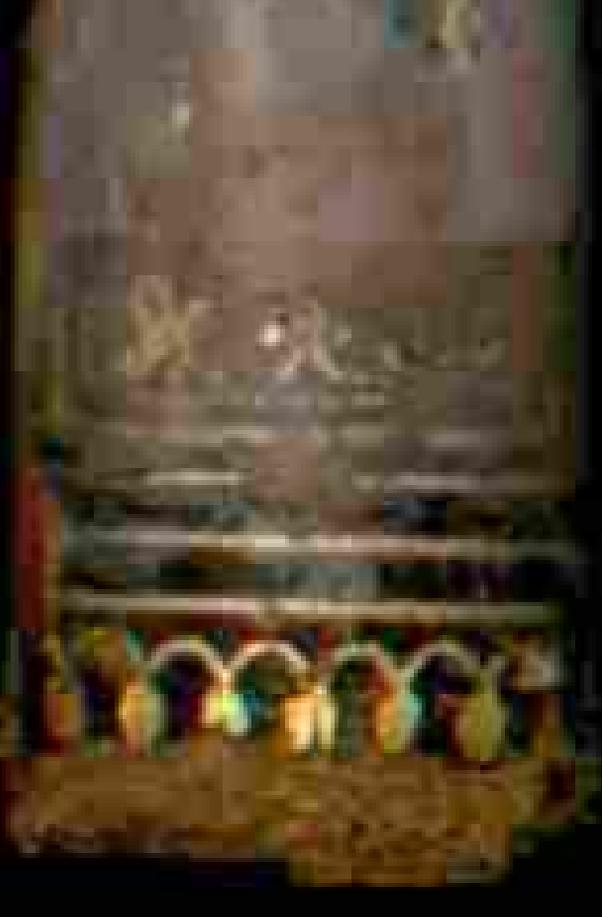
DE LA

DE LA

IBLIA



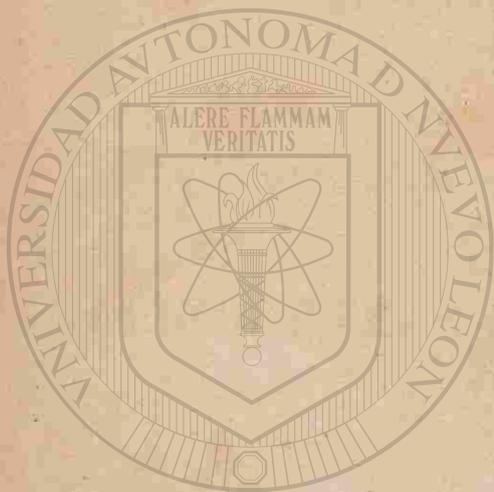
NON
BS445
J5
V.2
RAI





1080042859

E # 1 B # 9 7



HISTORIA

DE LA SANTA BIBLIA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

HISTORIA

DE LA

SANTA BIBLIA

EN LA CUAL SE REFIEREN

LOS ACONTECIMIENTOS HISTORICOS, Y LA VOLUNTAD DE DIOS REVELADA
A MOISES, A LOS PROFETAS Y APOSTOLES.

COMPUESTA

Para la mas sana instruccion de los Fieles

En las Santas Escrituras

Por José Maria Jimenez de Alcalá.

NUEVA EDICION REVISTA Y CORREGIDA.

Tomo segundo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
110452
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS.

EN LA IMPRENTA DE PILLET AINE
CALLE DE GRANDS-AUGUSTINS, N.º 7.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
1840. DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

37610

BS445

J5



FONDO BIBLIOTECARIO PÚBLICO
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

HISTORIA

DE LA SANTA BIBLIA.

PARTE SEGUNDA.

EL NUEVO TESTAMENTO.

LIBRO I.

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO HASTA EL
TIEMPO DE SU PREDICACION.

CAPITULO PRIMERO.

LA ANUNCIACION DE LA VIRGEN MARIA.

En el trigésimo sexto año del reinado de Herodes en Judea, y el oneno del imperio de César Augusto en Roma, reinando una paz universal en todo el mundo, quiso el Altísimo consolar á los hombres con el cumplimiento de todas sus promesas. El Salvador por quien tanto habian suspirado los Patriarcas, y el que habia sido tan distintamente anunciado por los Profetas, iba á manifestarse á los hombres, precedido de su Precursor Juan el Bautista.

BS445

J5



FONDO BIBLIOTECARIO PÚBLICO
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

HISTORIA

DE LA SANTA BIBLIA.

PARTE SEGUNDA.

EL NUEVO TESTAMENTO.

LIBRO I.

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO HASTA EL
TIEMPO DE SU PREDICACION.

CAPITULO PRIMERO.

LA ANUNCIACION DE LA VIRGEN MARIA.

En el trigésimo sexto año del reinado de Herodes en Judea, y el oneno del imperio de César Augusto en Roma, reinando una paz universal en todo el mundo, quiso el Altísimo consolar á los hombres con el cumplimiento de todas sus promesas. El Salvador por quien tanto habian suspirado los Patriarcas, y el que habia sido tan distintamente anunciado por los Profetas, iba á manifestarse á los hombres, precedido de su Precursor Juan el Bautista.

Un virtuoso Sacerdote del templo de Jerusalem llamado Zacarias, llegándose un día al altar á ofrecer incienso al Señor, vió al Angel Gabriel puesto en pie á la derecha del altar, y pasmado con aquella vision celestial, se detuvo en el ejercicio de su ministerio, hasta que fué alentado por el Angel que le habló de esta manera: « No temas Zacarias, tu oracion ha sido oida, y tu muger Isabel parirá un hijo, á quien darás el nombre de Juan. Este será grande delante del Señor, y desde el vientre de su madre será lleno del Espíritu Santo, para convertir al Señor á muchos hijos de Israel; y caminará delante de él, en el espíritu de Elias, disponiendo á los hombres á recibirle. » Isabel era una muger de tan avanzada edad, que el virtuoso Zacarias dudó mucho aquel anuncio; y el Angel le declaró, que por castigo de su duda, quedaria mudo desde aquel instante, hasta que viese el cumplimiento de la promesa del Señor.

Seis meses despues se dignó el Todopoderoso comisionar á uno de los siete Espíritus que asisten delante del excelso trono, para ir á la ciudad de Nazaret en Galilea, y anunciar á la Virgen María, esposa del justo José, la milagrosa concepcion del Salvador Jesucristo. Un misterio tan augusto no debia ser anunciado por hombre alguno, por mas santo que pudiera hallarse. Esta embajada era del todo divina: de parte de un Dios á la madre de un Dios, y sobre la encarnacion del Hijo de Dios; era pues necesario que un personage celestial de alta gerarquía bajase del Empíreo á dar el solemne mensaje. El Angel del Señor

se apareció á María, y le dijo: « Dios te salve, llena eres de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mugeres. » Luego que María oyó esta salutacion, quedó turbada, sin poder concebir el misterio de estas palabras. « No temas María, prosiguió el Angel, porque has hallado gracia delante de Dios: he aquí concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesus. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob por siempre; y no tendrá fin su reino. » Pasmada la Virgen María al oír las palabras del mensajero celestial, dijo: « ¿Cómo será esto, porque no conozco varon? — El Espíritu Santo vendrá sobre tí, le respondió el Angel, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso lo Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios. Y he aquí Isabel tu parienta tambien ha concebido un hijo en su vejez; y este es el sexto mes á ella, que es llamada la estéril: porque no hay cosa alguna imposible para Dios. » María oyó el Angel y creyó; con la mayor humildad y devocion respondió: « He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. »

Pocos dias despues fué María á una ciudad que estaba en la montaña, adonde vivia Zacarias con su muger. María viene á Isabel, Cristo viene á Juan: el superior viene al inferior, mas es para darle santificacion. Luego que María entró, saludó á Isabel, y oyendo esta la salutacion de María, sintió á la criatura que daba saltos en su seno. Aunque Isabel oyó primero

la voz, Juan sintió primero la gracia : este quedó lleno del Espíritu Santo, y luego fué llena la madre. Isabel exclamó en alta voz diciendo : « Bendita tú entre las mugeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Cómo es posible, que la madre de mi Señor venga á verme? porque he aquí, luego que llegó la voz de tu salutación á mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre. Bienaventurada tú que creiste, porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor. » María con la mayor humildad dijo : « Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios en mi Salvador. Porque miró la bajeza de su esclava; pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones, porque me ha hecho grandes cosas el que es Poderoso y Santo; y su misericordia va de generacion en generacion sobre los que le temen. Hizo valentía con su brazo; esparció á los soberbios del pensamiento de su corazón; destruyó á los poderosos, y ensalzó á los humildes; hinchó de bienes á los hambrientos, y á los ricos dejó vacíos; recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia. Así como habló á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos. La vírgen María continuó en casa de Isabel, hasta que nació el Bautista : Zacarias recobró el habla que había perdido en pena de su duda, y la primera palabra que articuló fué el nombre de Juan que fué dado al niño, segun lo ordenado por el Angel del Señor.

La Vírgen María desposada con José, se halló con fruto en su vientre ántes que viviesen juntos : de esta

espresion del Evangelista San Mateo no se sigue que despues viviesen juntos; pues la Santa Escritura nos dice en varias partes que María permaneció siempre Vírgen. Era conveniente que el Hijo de Dios naciese de una vírgen desposada; porque si nacia de una vírgen sin estar casada, padecería el honor de la madre, y quedaria sujeta á las penas severas de la ley de Moises. Con el tiempo se fué manifestando el preñado de María, cuya apariencia contristó tanto el ánimo del virtuoso José, que sumergió su alma en un abismo de la mas amarga confusion. El no había observado en su inmaculada esposa, accion ninguna que pudiera justificar la menor sospecha : por otra parte, los indicios que progresivamente se le iban presentando á los ojos atormentaban su ánimo. José era muy justo para acusar de infidelidad á su irreprochable esposa, pero tambien era muy zeloso de su honor, para mirarla en aquel estado con indiferencia : ignorante del misterio, ocultaba su pena con el silencio : y cuando los zelos le agitaban, discurría con inquietud sobre el partido que debía tomar : huir de ella privadamente le parecia lo mas acertado, mas cuando intentaba ponerlo en ejecucion, le parecia injusticia. Inquieto y sin resolver lo que haria, se quedó dormido, y en este estado se le apareció el Angel del Señor, diciéndole : « José, hijo de David, no temas recibir á María tu muger : porque lo que ella ha concebido es del Espíritu Santo. Ella parirá un hijo, y llamarás su nombre Jesus : porque él salvará á su pueblo de los pecados de ellos. Todo esto se ha efectua-

do para cumplimiento de lo que el Señor dijo por su profeta : He aquí la Virgen concebirá, y parirá un hijo, y llamarán su nombre EMMANUEL, que quiere decir : Dios está con nosotros. » José dió entero crédito al Angel, y desechando toda sospecha, se quedó con su esposa, y fué padre putativo de Jesus.

Poco despues se publicó un edicto por mandato de Augusto César, Emperador de Roma, á fin de empadronar á todos los habitantes de su vasto imperio en sus respectivas provincias segun sus familias : y como José era de la casa de David, partió de Nazaret con su esposa para presentarse en Belen, que era la ciudad de David. Llegando de noche al pueblo, no le fué posible hallar posada ni otra especie de alojamiento, porque la multitud de forasteros habian ocupado todas las casas de la ciudad : y sometiéndose á la necesidad, se halló obligado á recogerse con su esposa en una caballeriza que estaba fuera del pueblo ; único abrigo que pudieron hallar contra la inclemencia de una noche de invierno. Este era el lugar, y estas eran las circunstancias en que habia de aparecer al mundo el divino Redentor, segun habia sido anunciado por Miqueas é Isaias.

CAPITULO SEGUNDO.

NACIMIENTO E INFANCIA DE JESUS.

Cuando toda la creacion reposaba en quieto silencio, y la noche habia caminado la mitad de su curso,

el Omnipotente Verbo del Señor descendió á la tierra desde su trono celestial : el Criador del universo apareció en los brazos amorosos de la inmaculada Virgen María, y envuelto en pobres pañales, fué recostado sobre la paja en un pesebre. Grande misterio ! El Rey de los Reyes, el Señor de los Señores hospedado en un establo : el mas humilde edificio de la tierra encierra al que no pueden contener los cielos : sobre la paja yace el que sentado en su alto solio recibe la adoracion de Angeles y Serafines : y los hombres miran en silencio á quien los coros celestiales cantan alabanzas que resuenan por todo el Empíreo.

Una tropa de pastores y zagales que cuidaban su rebaño en la comarca de Belen, levantándose á media noche para dar vuelta y velar el ganado, fuéron atemorizados con un gran resplandor del cielo que vino sobre ellos ; y apareciéndoseles al mismo tiempo un Angel glorioso, les dijo : « No temais, Pastores ; he aquí os anuncio un grande gozo : en la ciudad de David acaba de nacer para felicidad vuestra el Salvador que es el Cristo Señor. Si quereis verle, hallaréis al niño envuelto en pañales, y recostado en un pesebre. » Dichas estas palabras, un coro celestial cantó alabanzas á Dios diciendo : GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS, Y EN LA TIERRA PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD. Absortos los pastores con este prodigio tan singular, se miraban unos á otros, y todos de un acuerdo siguiéron al Espíritu de Dios que los guiaba : llegan pronto á Belen, y entrando en un establo que estaba fuera de la ciudad, viéron á María, á José, y

al Niño que estaba en un pesebre : aquí se postraron humildemente, adoraron al Infante Salvador, y llenos de admiracion se retiraron glorificando á Dios, contando á cuantos encontraban las maravillas que habian visto y presenciado. María, á la que le habia sido comunicado el augusto misterio desde la anunciacion, miraba atenta á su divino Hijo, y grababa en su corazon todas las palabras que oia. Al octavo dia de la natividad del Infante, José y María hicieron circuncidarle : el Verbo hecho carne se sujeta á la Ley para salvar al linage que vivia bajo la Ley; y el que habia de habitar entre los hombres se hizo semejante á ellos en todo, ménos en el pecado. En la circuncision le pusieron el nombre de Jesus, no por direccion de los padres ni del ministro, sino como el Angel del Señor habia ordenado. Otro prodigio acompañó al nacimiento de Jesus : una grande y brillante Estrella fué á iluminar á los Gentiles en el Oriente. Gaspar, Melquior y Baltasar, tres Príncipes orientales llamados Magos ó Sabios, conocieron por la aparición de aquel nuevo lumínar que un Salvador del mundo habia nacido; y deseosos de adorarle, se pusieron al instante en camino, llevando varios presentes consigo en prueba de su fe. Grande testimonio de la ceguedad de los Judíos : un Salvador que les habia sido prometido, con el tiempo y lugar donde habia de nacer, no le reconocen cuando se manifiesta á ellos; y unos Gentiles, sin ser favorecidos con Escrituras, ni revelaciones ni Profetas, á la primera señal del cielo creen, dejan sus palacios, y siguen el rumbo que les muestra

una Estrella. Ignorantes del lugar de su destino, no se acobardan con la distancia, y continuando firmes en su viage llegan al fin á Jerusalem. La venida misteriosa de estos personajes excitó la curiosidad de Herodes : el conocimiento del objeto de su venida llenó de zelos á este intruso Rey; y la oculta partida de los Magos enfureció al cruel tirano. Llegados á Jerusalem los Reyes del Oriente preguntaron : ¿Dónde está el Rey de los Judíos, que ha nacido? porque vimos su Estrella en el Oriente, y venimos á adorarle. La noticia conturbó á Herodes, y su malicia le sugirió la disimulacion. Primero congrega á los Sacerdotes y Escribas para que le informen donde habia de nacer el Cristo, y estos le responden que segun la Profecia de Miqueas debia nacer en Belen de Judá. Luego llama en secreto á los Magos, é indaga con astucia el precioso tiempo en que se les apareció la Estrella. Informado ahora del lugar por unos, y del tiempo por otros, desea poder echar la mano al Infante, y para que no se le frustre su cruel intento, disimula su rabia. Herodes despidió cariñosamente á los Magos, encargándoles con instancia, que á la vuelta le diesen noticia del parage en que estaba el recién nacido Rey, para ir tambien él mismo á adorarle. El inicuo finge que quiere ir á adorar al que desea hallar para matarle : ¿pero qué puede hacer la malicia humana contra la Sabiduría divina? Está escrito : que no hay ciencia, sagacidad ni astucia que pueda prevalecer, ni interrumpir los altos designios del Señor.

Los Príncipes Magos salieron de Jerusalem, y vol-

viendo luego á ver la Estrella, fuéron guiados por ella hasta la casa en que habitaba la sagrada familia : y entrando en ella halláron al Niño celestial reclinado en el regazo immaculado de su Virgen Madre. Los tres Reyes adoráron al Hijo de Dios ; y abriendo sus tesoros le ofreciéron dones de Oro, Incienso y Mirra segun la costumbre oriental en las visitas de los Soberanos. Concluido este acto de homenaje y adoracion al Rey del universo, se volviéron al Oriente sin pasar por Jerusalem ni ver á Herodes, segun la amonestacion divina que recibiéron en sueños. Los que habian venido de léjos para ofrecer al Dios incarnado personalmente el tributo sincero de pura fe y perfecta obediencia mereciéron recibir respuesta, no por un Angel, sino por Dios mismo. Recibiéron órden de volverse por otro camino, porque habiendo mostrado tanta fidelidad en buscar al Rey de los Judíos, no habian de contaminarse con la infidelidad de aquel pueblo que le habia de crucifícar despues.

Cumplidos los cuarenta dias de la purificacion, segun lo mandado en la ley de Moises, María y José llevaron el Infante al templo para presentarle al Señor, con la acostumbrada ofrenda de un par de tórtolas. El virtuoso sacerdote Simeon, conociendo por las profecías que la venida del prometido Mesias estaba para llegar, habia rogado á Dios le concediera la vida hasta ver la consolacion de Israel; y en premio de su pura fe, el Señor le habia prometido que no moriria, sin haber visto al Ungido del Señor. Movidó por inspiracion divina vino al templo á la misma hora en que

Jesus iba á ser presentado : y tomando al Niño en sus brazos, fué iluminado por el Espíritu Santo ; el corazon del anciano y justo Simeon sintió la gracia de Dios, su alma veia ya, y se regocijaba en el fruto de la redencion; sus ojos fijos en el cielo, y sus labios abiertos para dar alabanzas al Altísimo, dijo : « Recibe ahora, Señor, el espíritu de este tu siervo en paz, segun tu palabra : porque ya he visto con mis ojos la salvacion de Israel. Tú has manifestado la luz á todo el universo, no solo para el bien de los Judíos, mas tambien para el bien de los Gentiles. María y José escuchaban con admiracion todo lo que decia el venerable sacerdote Simeon, el cual dándoles la bendicion, predijo que una espada de dolor traspasaria el alma de la madre. Una profetisa llamada Ana, viuda de ochenta y cuatro años, pasaba su vida asistiendo al templo, y sirviendo á Dios dia y noche en ayunos y oraciones. Guiada del Espíritu Santo llegó al templo á la misma hora, y viendo al Niño comenzó á alabar al Señor; y luego comunicaba el nacimiento del Salvador á todos los que esperaban la redencion de Israel. Así daban testimonio del Salvador, no solo los Angeles, las Estrellas y otros prodigios, mas tambien los justos de toda dignidad, de todo sexo y de toda edad. La Virgen María concibe, el justo José cree, Juan ligado en el útero salta de alegría, Isabel la estéril pare, Zacarias el mudo habla, los Pastores admiran, los Reyes Magos adoran, la viuda Ana confiesa, y el virtuoso Sacerdote que esperaba, da gracias á

Dios por haberle ya visto con sus ojos, y tocádole con sus manos.

Herodes entretanto aguardaba impaciente la vuelta de los Magos, y sabiendo ahora que habían regresado al Oriente por otro camino, se arrebató en cólera por no poder descubrir al recién nacido Rey de Judá; tenía la corona de este reino, solo por el favor de los Romanos, dueños entónces de Judea; y no pudiendo soportar la idea de que algun descendiente de David le quitase el reino, tomó la resolución mas bárbara y cruel que jamas ocurrió á un tirano usurpador. Herodes se acordaba que la Estrella luminosa que habia aparecido en el Oriente y guiado á los Príncipes á Jerusalem, se habia visto en aquel año, y para mayor seguridad de conseguir su designio infernal, mandó degollar en un mismo día á todos los niños, de dos años abajo, que habia en su reino: orden horrible que los sanguinarios satélites del tirano ejecutaron con la mas inhumana crueldad. ¡Grande martirio! cruel espectáculo! Las madres temblaban y ocultaban á sus niños; los inocentes lloraban y eran descubiertos: no sabian callar, porque no conocian el peligro, los verdugos los buscaban y las madres los defendian: el amor los escudaba y el brazo cruel esgrimia con mayor furia, hasta que cansada la madre, quedaba ensangrentado el acero. « Cruel, decia una, ¿porqué matas al hijo de mis entrañas? el que aun no puede hablar, en qué te ha ofendido? — Verdugo, decia otra, mátame juntamente con mi hijo; ¿porqué me dejas

vivir sin él? Si hay culpa, mia es; si no hay delito, mezcla mi sangre con la suya, y en un sacrificio se unirán dos almas. Otra, mas robusta, defendia á su dulce prenda con todas sus fuerzas, hasta que la herida criatura quedaba exangüe estrechada al pecho maternal. Otra protegiendo al infante en sus brazos, gritaba: « ¿qué es lo que buscáis, inhumanos? buscáis á uno, y matais á muchos; y aquel á quien buscáis, no podeis hallar. » Otra en la angustia de su corazon miraba al cielo y exclamaba: « Ven ya, Salvador del mundo, ¿porqué tardas? tú no temes á ninguno, muéstrate y conten el brazo sanguinario de estos carniceros para que no sacrifiquen á nuestros hijos. Los gritos dolorosos de las madres resonaban por el aire, y las inocentes almas de los primeros mártires de Cristo subian, como primicias, al cielo.

El Altísimo, á quien no se le ocultan los designios mas secretos de los impios, veia manifiesto en el corazon de Herodes su premeditado infanticidio, y queriendo librar al niño Jesus del cruel estrago, mandó un Angel á José para amonestarle que partiese inmediatamente á Egipto con el hijo y la madre, y que permaneciese allí hasta que el Señor le avisará, porque Herodes buscaba al infante para matarle. Apénas oyeron los Padres de Jesus el peligro, ansiosos por la seguridad del divino tesoro que el Señor habia confiado á su cuidado, sin atender á las incomodidades de una huida tan precipitada, ni aguardar un momento, tomaron al Hijo de Dios, y abandonando el territorio

de Judea y lo poco que poseian, se retiraron á Egipto para evitar la furia de Herodes. La sagrada familia continuó en aquel pais extraño, hasta que muerto el inicuo Rey de Judea apareció otra vez el Angel del Señor mandando á José que volviese con Jesus y María á la tierra de Israel. En el camino supieron que Arquelao habia sucedido á Herodes, y no siendo este Rey mejor que su antecesor, no queria José ir á Judea: entónces se retiró á Galilea por amonestacion divina, y se estableció en la ciudad de Nazaret, adonde el Niño creció fortificado en espíritu y lleno de la gracia de Dios. La larga residencia de Jesus en Nazaret fué motivo para llamarle Nazareno, cumpliéndose tambien en esto lo que habian anunciado los Profetas, que Jesus seria llamado Nazareno.

José y María iban todos los años á Jerusalem con Jesus, en el dia solemne de la Pascua, á cumplir los deberes de la religion que prescribia la Ley en aquellos tiempos. En una de estas fiestas sucedió que Jesus se separó de la compañía de su madre y de José, á causa de la multitud de personas que entraban y salian del templo: y siendo el último dia de la celebracion pascual, partiéron de Jerusalem sin el muchacho, persuadidos en que iria adelante con los parientes y amigos de José, que volvian tambien á Nazaret. Así caminaron todo aquel dia con grande inquietud, y alcanzando á la comitiva ya de noche, tuvieron la pesadumbre de no encontrar al hijo, por mas que le buscáron entre los parientes y conocidos, de lo que

infirieron que se habia quedado perdido en Jerusalem. Los afligidos padres volviéron sobresaltados á la ciudad, para buscar al digno objeto de su amor y de su cuidado: por dos dias inquirieron por todo el pueblo sin tener el consuelo de hallarle, hasta que entrando en el templo al tercer dia le vieron sentado en medio de los doctores. Admirados estos de la inteligencia de un muchacho, solo de doce años de edad, le proponian cuestiones sobre lo mas sublime de la Ley y de los Profetas, quedando á cada pregunta aun mas maravillados con la sabiduría de sus respuestas. La Madre, llena de gozo al encontrarle, y sensible á la afliccion que habia padecido, le reprendió blandamente, diciendo: «¿Hijo, porqué te has separado de nosotros? mira con qué angustia tu padre y yo te hemos buscado.» Jesus le respondió con estas misteriosas palabras: «¿Para qué me buscábais? no sabfais que debo cooperar en los designios de mi Padre?» María y José no penetraron todo el sentido de esta respuesta, pero guardaban en sus corazones todas estas palabras. Jesus fué entónces con ellos á Nazaret, y allí vivió honrando á José y á su Madre, sujeto á ellos, no en sujecion de inferioridad, sino en puro ejercicio de piedad. Así continuó Jesus hasta los treinta años de su edad: tiempo predeterminado por su Padre celestial para manifestarse á Israel, y efectuar la grande obra de la redencion del mundo.

CAPITULO TERCERO.

MISION Y MINISTERIO DEL BAUTISTA.

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato Gobernador de la Judea, Anas y Caifas Sacerdotes del templo de Jerusalem, Juan el Bautista recibió orden del Señor, para que como Precursor del Mesias fuese predicando al pueblo el bautismo de penitencia para la remision de los pecados, segun la profecía de Isaias. El Bautista salió del desierto, vestido de paño tosco, ceñido con una correa, sin mas provisiones que miel silvestre y langostas del bosque, y dió principio á su mision por la comarca del Jordan, clamando : Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas, porque los valles se hincharán, los montes se abajarán, y todos los vivientes verán la salvacion de Dios. Los habitantes de Jerusalem y de toda la Judea, muchos Fariseos y Saduceos entre ellos, salieron á oírle, y admirados de su austeridad y virtud, le escuchaban y veneraban como á un gran Profeta del Señor. ¿Qué harémos para merecer la salvacion? le preguntaban unos; Juan les respondia : Haced limosnas, vestid al desnudo, dad de comer al hambriento. ¿Qué harémos para merecer el reino de los cielos? le preguntaban los colectores de los tributos; Juan les respondia : No exigid mas de lo que os está ordenado. ¿Qué harémos para complacer al Señor? le preguntaban los soldados; Juan les respondia : No

maltrateis á nadie, ni abuseis de vuestra fuerza, y contentaos con vuestro sueldo. Así los exhortaba el Bautista á la virtud y penitencia : y á los que confesaban sus pecados los bautizaba, diciendo : Yo, en verdad, os bautizo con agua para penitencia; mas el que ha de venir en pos de mí, y cuyo calzado no soy digno de tocar, es mas fuerte que yo; él os bautizará en el Espíritu Santo, y con fuego.

Informado Jesus de que Juan estaba abriendo el camino del Señor, salió de Galilea, y fué hácia el Jordan para buscarle y recibir el bautismo de su mano. El carácter de los Judíos requería, no solo la predicacion de la palabra, mas tambien del ejemplo : así, aunque en el Hijo de Dios no habia mancha de pecado actual ni aun sombra del original, quiso darles en su persona el ejemplo del bautismo. Juan no conocia á Jesucristo personalmente, habiéndose criado los dos en diferentes provincias, pero le reconoció por revelacion; y admirado de la profunda humildad del Hijo de Dios, rehusó echar agua sobre su sagrada cabeza, diciendo : Yo debo ser bautizado por tí, ¿y tu vienes á que yo te bautize? Jesus le respondió : Haz lo que te digo, porque así conviene cumplirlo. El obediente Juan se humilló á la insinuacion del Salvador, y con la mayor reverencia hizo la santa ceremonia del bautismo. Jesus fué bautizado, y al salir del rio, dió el Eterno Padre, desde lo alto, un testimonio solemne de su divino Hijo : los cielos se abrieron, y el Espíritu Santo en forma de Paloma, derramando rayos de luz,

descendió visiblemente sobre la cabeza de Jesus : al mismo tiempo se oyó una voz celestial que decia : ESTE ES MI HIJO EL AMADO , EN QUIEN ME HE COMPLACIDO .

Despues de ser bautizado Jesus en el Jordan , fué conducido al desierto por el Espíritu Santo para ser tentado del demonio. Esta espresion del Evangelista no debe sorprender á un Cristiano. Jesus era Dios y Hombre , y este misterio estaba desconocido al diablo : Jesus como hombre pudo morir ; Jesus como hombre pudo ser tentado : y así como por su muerte y resurreccion gloriosa libró al género humano de la muerte eterna , en virtud de su gracia ; así por su tentacion y victoriosa resistencia libró á los hombres de la tentacion del enemigo , con el poder de su gracia. De tres modos puede caerse en tentacion : por sugestion , por deleite , y por consentimiento. El hombre , concebido en iniquidad , puede ser tentado por los últimos dos modos : pero Jesus , concebido por obra y gracia del Espíritu Santo , tomó la naturaleza humana sin el fomes del pecado ; y así no podia ser tentado , ni por deleite ni por consentimiento , mas podia ser tentado por sugestion : porque esta especie de tentacion , siendo meramente exterior , no podia afectar la pureza interior del alma racional del Salvador del mundo. Jesus ayunó en el desierto por cuarenta dias y cuarenta noches , y una abstinencia tan rigurosa le hizo sentir la fatiga del hambre. El diablo tentador que no podia persuadirse á que el Hijo de Dios estuviera en un estado tan macilento , tomó la forma de un hombre , y

acercándose á Jesus le dijo : Si eres el Hijo de Dios , convierte estas piedras en panes. Jesus le respondió : Escrito está que el hombre no vive con solo pan , mas con todo lo que él Señor le mandare. Aunque la curiosidad de Satanas quedó así burlada , insistió todavía en su diabólico designio de tentar á Jesus : y perdiendo la esperanza de conseguirlo en el desierto , le llevó á Jerusalem , y le puso sobre la almena mas alta del templo. No debe sorprendernos que el diablo llevase á Jesus á lo alto del templo de Jerusalem para tentarle , pues tres años despues le llevó , por manos de sus satélites , á lo alto del monte Calvario para crucificarle. Satanas miró al suelo desde la pirámide del templo , y luego dijo á Jesus : Si eres Hijo de Dios , échate de aquí abajo : porque está escrito , que mandará sus Angeles para cuidarte , llevándote en sus manos , para que tu pie no tropieze con la piedra. Jesus le respondió : Tambien está escrito , que no tentarás al Señor tu Dios. Todo otro espíritu ménos obstinado que Satanas se hubiera corrido con esta respuesta , y hubiera desistido de su intento , mas esto irritó mas al enemigo , y su malicia asumió ahora un tono mas atrevido. Resuelto á hacer su último esfuerzo , llevó á Jesus á la cumbre de un monte muy alto , y desde allí le mostró los reinos de la tierra , y las riquezas que contenian. Todo esto te daré , le dijo Satanas , si te inclinas , y me adoras. Una proposicion tan insolente é impia excitó la cólera de Jesus , y con una voz imperiosa le dijo : Vete de aquí , Satanas ; escrito está : al Señor tu Dios adorarás , y á él solo servirás. El de-

monio sintió toda la fuerza de la espresion, y conociendo ahora que era inútil tentar á Jesus, se retiró cubierto de confusion y bramando de enojo. El Señor entónces envió sus Angeles para atender á su Hijo unigénito.

Luego que Jesus hubo hecho penitencia y ahuyentado al enemigo tentador, dió principio á la grande obra de la redencion, llamando á los que habian de ser sus discípulos. Primero se dirigió al Jordan donde Juan el Bautista continuaba predicando penitencia y bautizando; y cuando el santo Precursor le vió venir dijo á los Judíos que le escuchaban, señalando á Jesus: HE AQUI EL CORDERO DE DIOS, HE AQUI EL QUE QUITA LOS PECADOS DEL MUNDO. Este es aquel de quien yo dije: En pos de mi viene un varon, que fué engendrado ántes de mí, porque él era primero que yo.

Entre los discípulos del Bautista habia uno llamado Andres, al cual hicieron tanta impresion las palabras que su Maestro acababa de proferir de Jesus, que movido de una fe la mas pura, se llegó con otro compañero suyo al Salvador, le saludó reverentemente, y le dijo: Maestro, ¿donde moras? Jesus le respondió: Ven y lo verás. Andres y su compañero siguieron á Jesus hasta la casa donde moraba, y quedaron con él aquel día. Luego que Andres se despidió de Jesus y se retiraba á su casa, encontró á su hermano Simon, y lleno de gozo le dijo: Hermano, hemos hallado al Mesias; ven conmigo y te introduciré á él. Andres volvió con su hermano á casa de Jesus, y luego que

el Salvador vió á Simon le dijo: Tu eres Simon hijo de Joná, tu te llamarás Cefas, que quiere decir, Pedro.

Al dia siguiente, caminando Jesus hácia Galilea, encontró á Felipe, y le dijo: Sigüeme, é inmediatamente siguió á Jesus. Felipe encontró poco despues á Natanael y le dijo: Hemos hallado á aquel de quien escribió Moises en la ley, y de quien hablaron los Profetas: á Jesus, el hijo de José el de Nazaret. El Israelita Natanael, movido de una preocupacion vulgar, respondió con demasiada ligereza é inperdonable groseria: ¿Qué cosa buena puede salir de Nazaret? Ven, le dijo Felipe, y te desengañarás. Los dos partiéron juntos, y cuando Jesus vió á Natanael dijo: He aquí un verdadero Israelita, en quien no hay engaño. Natanael preguntó: ¿De dónde me conoces? y Jesus le respondió: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, ya te habia yo visto. Admirado Natanael dijo: Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Jesus le respondió: Porque te dije que te ví debajo de la higuera, crees: mayores cosas que estas verás. En verdad os digo, que veréis el cielo abierto, y los Angeles de Dios subir y descender sobre el Hijo del hombre. Natanael fué el primer discípulo que confesó la divinidad de Jesus, y luego siguió al Salvador: era hijo de Tolomeo de Caná, y por esto fué despues conocido mas generalmente por el nombre de Bartolomé. Así continuó Jesus llamando los discípulos que despues habian de propagar su evangelio por todas partes: mu-

chos de ellos eran pescadores al tiempo de su vocacion, y abandonaron las redes para hacerse pescadores de hombres con la predicacion, como les habia prometido el Salvador del mundo.

CAPITULO CUARTO.

PRISION Y MUERTE DEL BAPTISTA.

Despues que el Precursor del Hijo de Dios habia exhortado á la penitencia preparatoria á la redencion humana; despues de haber anunciado la próxima venida del Mesias; despues de haberle bautizado, y proclamado como Salvador del mundo á vista del pueblo, quedó cumplida su especial comision precursora: mas el zelo de convertir pecadores, le llevó de pueblo en pueblo hasta la corte de Herodes. Este Príncipe, siendo Tetrarca de Galilea, tuvo mucha oportunidad de oír hablar de la santidad de Juan, y cuando le tuvo en su corte le reverenciaba como á un gran Profeta. Herodes amaba á Juan, Juan respetaba á Herodes; pero el Tetrarca era incestuoso, y el Bautista era justo. La mision del Bautista era predicar, era convertir, y fiel en su ministerio no tenia acepcion de personas: reprendia al grande igualmente que al chico, al poderoso como al humilde: su objeto era el hombre pecador cualquiera que fuese su condicion. Herodes habia tomado por muger á la que era muger actual de su hermano Filipo, Tetrarca de otra provincia; y Juan censuraba abiertamente esta conducta

criminal, y le reprendia con firmeza el incestuoso matrimonio. Herodes temia la virtud del Bautista, pero no se separaba del pecado. Herodias, la muger, aborrecia á Juan, y no pudiendo conseguir su muerte, solicitaba con ansia su prision. Habiendo Herodes seducido á Herodias para que abandonase á su marido, habia quedado sujeto al capricho de esta muger infiel: su mismo pecado le habia encadenado á la voluntad, siempre nociva, de una pecadora; y no pudiendo ahora resistir las instancias de una adúltera, cometió la injusticia de prender á un justo cuya santidad él mismo admiraba.

El Profeta en su prision tuvo noticia de las maravillas que obraba Jesus de Nazaret, y deseoso de saber, si era el mismo á quien habia bautizado en el Jordan, y de quien el cielo habia dado testimonio en aquella ocasion, envió dos mensageros á preguntarle, si era el que habia de venir, ó si habia de esperar á otro. Estos discípulos de Juan encontraron á Jesus cerca de la ciudad de Nain, y llegándose á él, le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado á tí, y dice: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? Oido el mensaje por Jesus, les respondió: Id, y decid á Juan lo que habeis oido y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, á los pobres es anunciado el evangelio, y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mí. Los mensageros se retiraron muy satisfechos, y en verdad no podian llevar una respuesta mas clara ni terminante al asunto

chos de ellos eran pescadores al tiempo de su vocacion, y abandonaron las redes para hacerse pescadores de hombres con la predicacion, como les habia prometido el Salvador del mundo.

CAPITULO CUARTO.

PRISION Y MUERTE DEL BAPTISTA.

Despues que el Precursor del Hijo de Dios habia exhortado á la penitencia preparatoria á la redencion humana; despues de haber anunciado la próxima venida del Mesias; despues de haberle bautizado, y proclamado como Salvador del mundo á vista del pueblo, quedó cumplida su especial comision precursora: mas el zelo de convertir pecadores, le llevó de pueblo en pueblo hasta la corte de Herodes. Este Príncipe, siendo Tetrarca de Galilea, tuvo mucha oportunidad de oír hablar de la santidad de Juan, y cuando le tuvo en su corte le reverenciaba como á un gran Profeta. Herodes amaba á Juan, Juan respetaba á Herodes; pero el Tetrarca era incestuoso, y el Bautista era justo. La mision del Bautista era predicar, era convertir, y fiel en su ministerio no tenia acepcion de personas: reprendia al grande igualmente que al chico, al poderoso como al humilde: su objeto era el hombre pecador cualquiera que fuese su condicion. Herodes habia tomado por muger á la que era muger actual de su hermano Filipo, Tetrarca de otra provincia; y Juan censuraba abiertamente esta conducta

criminal, y le reprendia con firmeza el incestuoso matrimonio. Herodes temia la virtud del Bautista, pero no se separaba del pecado. Herodias, la muger, aborrecia á Juan, y no pudiendo conseguir su muerte, solicitaba con ansia su prision. Habiendo Herodes seducido á Herodias para que abandonase á su marido, habia quedado sujeto al capricho de esta muger infiel: su mismo pecado le habia encadenado á la voluntad, siempre nociva, de una pecadora; y no pudiendo ahora resistir las instancias de una adúltera, cometió la injusticia de prender á un justo cuya santidad él mismo admiraba.

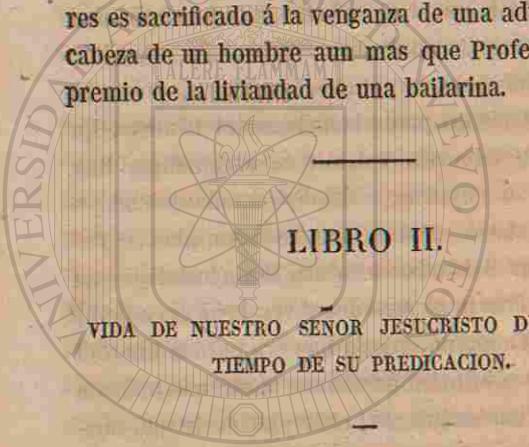
El Profeta en su prision tuvo noticia de las maravillas que obraba Jesus de Nazaret, y deseoso de saber, si era el mismo á quien habia bautizado en el Jordan, y de quien el cielo habia dado testimonio en aquella ocasion, envió dos mensageros á preguntarle, si era el que habia de venir, ó si habia de esperar á otro. Estos discípulos de Juan encontraron á Jesus cerca de la ciudad de Nain, y llegándose á él, le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado á tí, y dice: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? Oido el mensaje por Jesus, les respondió: Id, y decid á Juan lo que habeis oido y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, á los pobres es anunciado el evangelio, y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mí. Los mensageros se retiraron muy satisfechos, y en verdad no podian llevar una respuesta mas clara ni terminante al asunto

de su mensaje. Como muchos de los que seguian á Jesus habian sido discípulos de Juan, luego que partiéron los mensageros, comenzó á decirles: ¿Qué salisteis á ver en el desierto? una caña movida del viento? Mas qué salisteis á ver? un hombre vestido de ropas delicadas? Ciertamente los que visten ropas delicadas están en los palacios de los Reyes. ¿Mas qué salisteis á ver? un Profeta? En verdad os digo, y aun mas que Profeta. Porque este es de quien está escrito: He aquí yo envío mi Angel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de ti. En verdad os digo: que entre los nacidos de mugeres no hay mayor Profeta que Juan el Bautista.

Los enviados de Juan volviéron, informándole de todo lo que habian visto y oido; y el santo Precursor tuvo en su prision el consuelo de saber, que la redencion de Israel estaba efectuándose, y por tanto no debía ya temer por su vida bajo la persecucion de la implacable Herodias. Esta incestuosa muger buscaba con ansia alguna oportunidad favorable para saciar su venganza con la sangre del Bautista, mientras le tenia en prisiones; y su astucia infernal halló poco despues la ocasion, en un gran convite que dió Herodes á los Grandes de su corte para celebrar el día de su nacimiento. El fruto de un ilícito maridage, tan espresamente prohibido en la Ley, había sido una hija adulterina, y su educacion correspondió á su nacimiento criminoso: la danza fué todo lo que le enseñaron, y lo único que ella había aprendido. En la mayor alegría de la fiesta, quiso Herodes mostrar

á los convidados la gracia estremada de su hija Herodiada en el arte de danzar: y como todo habia sido maquinado por la perversa madre, la jóven estaba ya preparada para su exhibicion. Al instante se presentó en el salon del convite, y ejecutó su baile con tanto aplauso de los circunstantes, que el fascinado padre le prometió con juramento darle todo lo que pidiese, aunque fuera la mitad de su reino. Con tan oportuna promesa corrió la adulterina muchacha á consultar con Herodias sobre la peticion que haria, y esta le mandó al momento pedir la cabeza del Bautista. La digna hija de tal madre volvió á la sala donde el Rey aguardaba su peticion, y le dijo á oida de todos: Quiero que luego al punto me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista. En una fiesta natalicia, en un solemne convite, entra una jóven Princesa á pedir un favor. ¿Quien no creeria que era para la libertad de un hombre justo en prisiones? Al oír una peticion tan injusta, tan sangrienta, el Rey se entristeció mucho por el juramento que habia hecho, y por consideracion á la compañía de los convidados: y aunque pesaroso mandó degollar al Bautista. El banquete y la alegría que suspende, aun entre los mas bárbaros, todo acto de crueldad, se convierte en tribunal, donde se decreta la mas inicua y cruel sentencia. Un mensagero parte del salon del convite á la cárcel, ¿quién no creeria que iba á romper las cadenas que oprimian á un inocente Profeta? El mensagero vuelve de la cárcel al banquete donde se alegra el Rey con la corte, ¿quién no creeria que ya quedaba absuelto

un preso, en quien no se pudo hallar ni sombra de delito? ; Maldad atroz! inconsecuencia horrible! La mesa del convite se muda en cadalso, desde donde se muestra un mutilado miembro humano : manos teñidas presentan un don sangriento : y los brazos de una jóven reciben con gozo una cabeza todavía palpitante. El mayor entre los nacidos de las mugeres es sacrificado á la venganza de una adúltera; y la cabeza de un hombre aun mas que Profeta se da en premio de la liviandad de una bailarina.



LIBRO II.

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO DURANTE EL
TIEMPO DE SU PREDICACION.

CAPITULO PRIMERO.

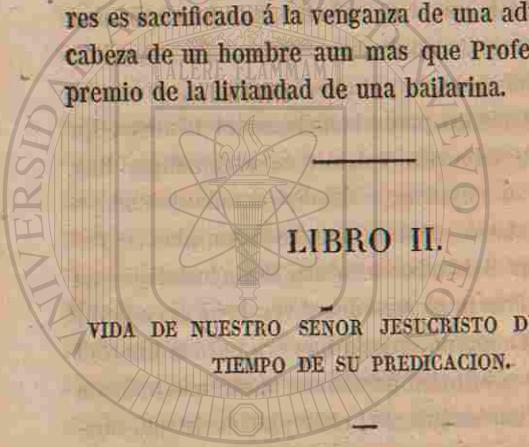
DISCURSOS DE JESUCRISTO.

Jesucristo comenzó ahora á predicar su evangelio, revelando al mundo misterios augustos hasta entónces impenetrables, enseñando verdades sublimes hasta entónces desconocidas, y proponiendo á los hombres virtudes excelsas que han forzado la admiracion de los moralistas, y han confundido á los incrédulos.

Moises habia sido enviado para despertar, por medio de recompensas temporales, á un pueblo sensual y embrutecido, arrastrado por una inclinacion irresistible al pecado de idolatría. La mision del Hijo del Dios vivo era de una naturaleza enteramente espiritual : instilar en el ánimo del hombre ideas celestiales, y hacerle conocer con plena evidencia la dignidad, inmortalidad, y felicidad eterna de su alma, de la que Moises no habia dado sino nociones imperfectas. Jesucristo no promete á sus discípulos riquezas, ni conquistas, ni paises abundantes en frutos; solo les muestra una vida futura y gloriosa en las mansiones de su Padre celestial; y para asegurar esta esperanza, les enseña á desprenderse de las cosas temporales y cuidados de este mundo, y practicar virtudes puras y perfectas. Jesucristo les demuestra la necesidad de una regeneracion, y de un nuevo nacimiento por medio del bautismo, penitencia y Espíritu Santo. Una doctrina tan espiritual estaba al alcance de pocos, como se vió en la ignorancia de Nicodemo; pero Jesucristo habia venido para disipar aquella tiniebla con su predicacion.

Antes que Jesus saliese de Judea, fué visitado por un Judío de grande consideracion. Nicodemo era Príncipe, como llamaban los Judíos á sus magistrados, hombre religioso y pacífico : habia oido hablar bien de Jesus, y movido de la fama que iba adquiriendo con sus prodigios nunca ántes vistos, quiso visitarle; pero temia la indignacion de sus compañeros, si le veian entrar de dia en casa de Jesus, y por

un preso, en quien no se pudo hallar ni sombra de delito? ; Maldad atroz! inconsecuencia horrible! La mesa del convite se muda en cadalso, desde donde se muestra un mutilado miembro humano : manos teñidas presentan un don sangriento : y los brazos de una jóven reciben con gozo una cabeza todavía palpitante. El mayor entre los nacidos de las mugeres es sacrificado á la venganza de una adúltera; y la cabeza de un hombre aun mas que Profeta se da en premio de la liviandad de una bailarina.



LIBRO II.

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO DURANTE EL
TIEMPO DE SU PREDICACION.

CAPITULO PRIMERO.

DISCURSOS DE JESUCRISTO.

Jesucristo comenzó ahora á predicar su evangelio, revelando al mundo misterios augustos hasta entónces impenetrables, enseñando verdades sublimes hasta entónces desconocidas, y proponiendo á los hombres virtudes excelsas que han forzado la admiracion de los moralistas, y han confundido á los incrédulos.

Moises habia sido enviado para despertar, por medio de recompensas temporales, á un pueblo sensual y embrutecido, arrastrado por una inclinacion irresistible al pecado de idolatría. La mision del Hijo del Dios vivo era de una naturaleza enteramente espiritual : instilar en el ánimo del hombre ideas celestiales, y hacerle conocer con plena evidencia la dignidad, inmortalidad, y felicidad eterna de su alma, de la que Moises no habia dado sino nociones imperfectas. Jesucristo no promete á sus discípulos riquezas, ni conquistas, ni paises abundantes en frutos; solo les muestra una vida futura y gloriosa en las mansiones de su Padre celestial; y para asegurar esta esperanza, les enseña á desprenderse de las cosas temporales y cuidados de este mundo, y practicar virtudes puras y perfectas. Jesucristo les demuestra la necesidad de una regeneracion, y de un nuevo nacimiento por medio del bautismo, penitencia y Espíritu Santo. Una doctrina tan espiritual estaba al alcance de pocos, como se vió en la ignorancia de Nicodemo; pero Jesucristo habia venido para disipar aquella tiniebla con su predicacion.

Antes que Jesus saliese de Judea, fué visitado por un Judío de grande consideracion. Nicodemo era Príncipe, como llamaban los Judíos á sus magistrados, hombre religioso y pacífico : habia oido hablar bien de Jesus, y movido de la fama que iba adquiriendo con sus prodigios nunca ántes vistos, quiso visitarle; pero temia la indignacion de sus compañeros, si le veian entrar de dia en casa de Jesus, y por

esto resolvió ir á verle de noche. Nicodemo estaba dotado de buen corazon, y era muy instruido, segun la instruccion de los Judíos de su tiempo, en el sentido literal de la Ley. Luego que se presentó á Jesus, le saludó con mucha reverencia, diciendo : Maestro, sabemos que eres venido de Dios, porque ninguno pudiera hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviera contigo. Jesus le respondió : En verdad te digo, que ninguno puede ver el reino de Dios, sino aquel que volviere á nacer de nuevo. Esta respuesta espiritual de Jesus puso en la mayor confusion al buen Nicodemo, y confesó ingenuamente que no podía comprender, cómo era posible que un hombre naciese otra vez, particularmente un hombre viejo como él era. El imaginaba que ninguno podia nacer otra vez, si no volvia á entrar en el vientre de su madre. Jesus le dijo entónces, que este nuevo nacimiento era de agua y de Espíritu Santo. Nicodemo quedó tan confuso con este modo de nacer por agua, como con el modo de nacer que habia imaginado ántes, y preguntó : ¿ Cómo puede hacerse tal cosa ? Jesus le dijo : ¿ Tú eres maestro en Israel, é ignoras esto ? Jesus le esplicó entónces la naturaleza de este segundo nacimiento por el bautismo y la gracia del Espíritu Santo, con varias comparaciones; y aunque Nicodemo no entendió la sublime doctrina del Salvador, quedó convencido de la gracia del Hijo de Dios, y despues de esta conferencia se declaró discípulo de Jesucristo; y reprobó la ingratitude y crueldad de los Judíos, quando le condenáron á muerte, ayudó á

descender el cuerpo de Jesus de la cruz, y trajo una grande cantidad de mirra y aloe para embalsamarle ántes de colocarle en el sepulcro.

Jesus se dirigió á Galilea por Samaria : sintiéndose muy cansado en el camino, mandó á sus discípulos á la ciudad de Sicar para que comprasen algunas provisiones, y se sentó junto al pozo de Jacob hasta que volviesen. En este tiempo vino una muger á sacar agua, y Jesus la rogó le diese de beber. Los Judíos no tenian intercurso, ni trato alguno con los Samaritanos, porque aquellos consideraban á estos como cismáticos, desde que renunciáron al templo de Jerusalem, y edificáron otro en Garizin. La muger se admiró de que Jesus le hablara : ¿ Como tú, dijo ella, siendo Judío, me pides de beber á mí que soy muger samaritana ? Si supieras el don de Dios, respondió Jesus, y conocieras al que te pide agua, tú se la pedirias á él, y te daria agua viva que quita la sed para siempre. La muger, que no gustaba venir todos los dias á llenar su cántaro á tan gran distancia, le pidió un poco de agua viva, para no tener sed en adelante, y ahorrarse del trabajo de venir á buscarla. Jesus le dijo : vé, llama á tu marido y vuelve acá. Yo no tengo marido, respondió la muger. Verdad es, le dijo Jesus, porque has tenido cinco maridos, y no lo es el que vive ahora contigo. Un descubrimiento de esta naturaleza no podia dejar de trastornar el corazon de una muger que pasaba por casada : sorprendida la Samaritana al ver todos los secretos de su corazon penetrados por Jesus, mudó conversacion, y dijo :

Bien veo, Señor, que eres Profeta; ¿quieres decirme, Señor, cual es el verdadero templo de Dios, el del monte de Garizin ó el de Jerusalem? Jesus le respondió: Créeme muger, que está muy cerca el tiempo, en que no adoraréis á Dios en ninguno de esos templos. Dios es Espíritu, y los que le adoran verdaderamente le adorarán en espíritu y verdad. Yo sé, dijo la muger, que viene el Mesias, que se llama Cristo; y cuando viniere nos declarará todas las cosas. Jesus le dijo entonces: Ya ha venido; yo soy, que hablo contigo. Atónita la muger, dejó allí el cántaro, y corrió á la ciudad diciendo á todos, que el Mesias estaba junto al pozo. Los Samaritanos vinieron al instante á ver á Jesus, y le rogaron se detuviese en la ciudad. Jesus, y los discípulos que ya habían venido, subieron á Sicar, pararon allí, y muchos se convirtieron al Señor con la predicacion de Jesus: pasados dos dias partió el Salvador con sus discípulos para la Galilea.

Sermon de Jesucristo en el monte.

Llegado Jesus á Galilea con los discípulos, vió que le seguían muchas gentes de las ciudades vecinas, con deseo de oírle. Jesus entonces subió á un monte, se sentó, y colocados sus discípulos al rededor, comenzó á predicarles así: Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed

de justicia; porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón; porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos; porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois, cuando os maldijeren, y os persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo, por mi causa: gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es muy grande en los cielos. Pues así tambien persiguieron á los Profetas, que fueron ántes de vosotros. Vosotros sois la sal de la tierra: y si la sal se desvaneciere ¿con qué será salada? no vale ya para nada, sino para echarla fuera y ser pisada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad que está puesta sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una antorcha para ponerla debajo de un celemin, sino sobre el candelero, á fin que alumbre á todos los que están en la casa. De este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres; para que vean vuestras buenas obras, y den gloria á vuestro Padre, que está en los cielos. No penseis que he venido á abrogar la Ley, ó los Profetas: no he venido á abrogarlos, sino á darles cumplimiento. Porque en verdad os digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará la Ley ni un punto ni un tildé sin que todo sea cumplido. Por lo cual, quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños, y enseñare así á los hombres, muy pequeño será llamado en el reino

del cielo : mas quien hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Oisteis que fué dicho á los antiguos : No matarás, y quien matare obligado quedará á juicio. Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado quedará á juicio ; y quien dijere á su hermano insensato, obligado será á concilio : y todo el que ultrajare á su hermano, quedará obligado al fuego del infierno. Por tanto, si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano ; y despues ven á ofrecer tu ofrenda. Acomódate luego con tu contrario, miéntras que estás con él en el camino : no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro, y seas echado á la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.

Oisteis que fué dicho á los antiguos : No adulterarás. Pues yo os digo, que todo aquel que pusiere los ojos en una muger para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazon con ella. Y si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácale y échale de tí ; porque te conviene perder uno de tus miembros, ántes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno. Tambien fué dicho : Cualquiera que repudiare á su muger, dele carta de repudio. Mas yo os digo, que el que repu-

diare á su muger, á no ser por causa de fornicacion, la hace adúltera : y el que tomare la repudiada, comete adulterio. Ademas, oisteis que fué dicho á los antiguos : No perjurarás, mas cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo, que de ningun modo jureis, ni por el cielo, porque es el trono de Dios : ni por la tierra, porque es la peana de sus pies : ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey : ni jures por tu cabeza, porque no puedes hacer un cabello blanco ó negro. Mas vuestro hablar sea, sí, sí ; no, no : porque lo que excede de esto, de mal procede. Habeis oido que fué dicho : Ojo por ojo, y diente por diente : mas yo os digo, que no resistais al mal ; ántes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale tambien la otra. Y aquel que quiere ponerte á pleito, y tomarte la túnica, déjale tambien la capa. Y al que te precisare á ir cargado mil pasos, ve con él otros dos mil mas. Da al que te pidiere ; y al que te quiera pedir prestado, no le vuelvas la espalda. Habeis oido que fué dicho : Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo, amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos : el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. Porque si amais á los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen tambien lo mismo los Publicanos? Y si saludareis tan solamente á vuestros hermanos, ¿qué hacéis demas? ¿No hacen esto mismo

los Gentiles? Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.

Mirad que no hagais vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos: porque de otra manera, no tendréis galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Y así cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres: en verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha: para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre que ve en lo oculto te premiará. Y cuando orareis, no sed como los hipócritas que aman el orar en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto: y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. Y cuando orareis, no habléis mucho como los Gentiles, los que piensan que por mucho hablar serán oídos. No os asemejéis pues á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester, ántes que se lo pidais. Vosotros pues habeis de orar así: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga á nos tu reino: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy: y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en tentación: mas líbranos de todo mal. Amen. Porque si perdonais á los

hombres sus pecados, os perdonará también los vuestros el Padre celestial: mas si no perdonareis á los hombres, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados.

Y cuando ayuneis, no os pongais tristes como los hipócritas: los que desfiguran sus rostros, para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo, que recibieron su galardón. Mas tú, cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara, para no parecer á los hombres que ayunas, sino solamente á tu Padre, que está en lo escondido: y tu Padre que ve en lo escondido, te galardonará. No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla los consume, y en donde los ladrones los desentierran y roban. Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consume el orin ni la polilla, y en donde los ladrones no los desentierran ni los roban. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso: mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Pues si la lumbre que hay en tí son tinieblas? cuan grandes serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir á dos Señores: porque ó aborrecerá al uno y amará al otro ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo, no andéis afanados para vuestra alma, qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestireis. ¿No es mas el alma que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran,

ni siegan, ni guardan, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mas que ellas? ¿Quién de vosotros discurriendo puede añadir un codo á su estatura? ¿Porqué andais acongojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo y no trabajan ni hilan. Yo os digo, que ni Salomon en toda su gloria fué cubierto como uno de estos. Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No os acongojeis diciendo: ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? porque los Gentiles se afanan por estas cosas: y vuestro Padre sabe que teneis necesidad de todas ellas. Buscad pues primeramente el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas: y así no andeis cuidadosos por el dia de mañana.

No juzgueis, para que no seais juzgados: pues con el juicio con que juzgareis seréis juzgados; y con la medida con que midiereis, seréis medidos vosotros. ¿Porqué, pues, ves tú la pajita en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? ó como dices á tu hermano: Déjame sacar la pajita de tu ojo, y se está viendo una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano. No deis lo santo á los perros, ni echeis vuestras perlas á los puercos: no sea que las huellen con sus pies, y revolviéndose contra vosotros os despedacen. Pedid y se os abrirá; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá: porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le

abrirá, ¿Quién de vosotros es el hombre á quien si su hijo pidiere pan, le dará una piedra? ó si le pidiere un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos dará bienes á los que se los pidan? Así pues, todo lo que deseais que los hombres hagan con vosotros, hacedlo tambien con ellos: porque esta es la ley y los Profetas. Entrad por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y muchos son los que entran por él. ¿Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva á la vida! y qué pocos son los que atinan con él!

Guardaos de los falsos Profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores: por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva frutos malos. No puede el árbol bueno llevar malos frutos; ni el árbol malo llevar frutos buenos. Todo árbol que no lleva buen fruto será cortado y metido en el fuego: así pues, por los frutos de ellos los conoceréis. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en aquel dia: Señor, Señor, ¿no profetizámos en tu nombre, y en tu nombre lanzámos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? mas entonces yo les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de

mí los que obráis iniquidad. Todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, comparado será á un varon sabio, que edificó su casa sobre la peña: y aunque descendió lluvia, viniéron los rios, soplaron vientos, y diéron impetuosamente contra la casa, no cayó, porque estaba cimentada sobre la peña. Mas todo aquel que oye estas mis palabras y no las cumple, semejante será á un hombre loco que edificó su casa sobre arena: y cuando descendió lluvia, viniéron rios, soplaron vientos y diéron impetuosamente sobre la casa, cayó y fué grande su ruina.

Este fué el sermón admirable que Jesucristo predicó en la montaña á las gentes que le habian seguido: todos quedáron admirados al oír la pureza y la santidad de su doctrina, porque les enseñaba como Maestro con autoridad, como Espiritu venido del cielo, y no como los Escribas y Fariseos de aquellos tiempos, que predicaban palabras como paja arrojada al viento. Luego que Jesus concluyó este discurso, viendo que era tarde, no quiso despedir á la multitud de gentes que habian venido á oírle, sin darles ántes de comer, teniendo compasion de que se desfalleciesen en el camino de vuelta á sus casas. Los discípulos no pudieron hallar mas provisiones que cinco panes de cebada y dos peces: mas con la bendicion y virtud de su divino Maestro, se multiplicáron aquellos panes milagrosamente, y comiéron todas las cinco mil personas que habian oído á Jesus. El Salvador descendió con sus discípulos del monte, y fuéron á la orilla del mar, adonde no habia mas de un barco. Jesus man-

dó á sus discípulos que entrasen en él, y pasaran á Cafarnaun á la otra parte del mar, quedándose él en tierra. Una gran borrasca sobrevino á media noche que puso al barco en peligro de naufragar; y fué en esta ocasion, cuando Jesus caminó á pie firme sobre las olas, con cuya apariencia se asustáron mucho los discípulos, hasta que les habló; luego entró en el barco y continuó con ellos el viage desembarcando poco despues á la otra parte del Lago.

La gente que habia quedado á la otra parte del Lago, sabiendo al dia siguiente por unos barcos que acababan de llegar de Tiberiades, que Jesus estaba al otro lado del agua se maravilláron mucho sabiendo positivamente que ningun otro barco habia partido á Tiberiades sino aquel en que fuéron los discípulos, y se acordaban que el Maestro se habia quedado en tierra: entónces entráron en aquellos barcos que habian llegado y fuéron á buscar á Jesus. Luego que le halláron, le dijéron: ¿Maestro, cuando llegaste acá? Jesus les respondió: Vosotros me buskais, no por los milagros que visteis, sino por el pan que comísteis, y del cual os saciásteis. Trabajad, no por la comida que perece, mas por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del Hombre, porque á este señaló Dios Padre. ¿Qué harémos, le preguntáron, para hacer las obras de Dios, y ganar la vida eterna? Jesus les respondió: Esta es la obra de Dios, que creais en aquel que él envió. ¿Qué milagro nos haces, le dijéron, para que veámos y creamos? Nuestros padres comiéron el maná en el desierto como está

escrito : Pan del cielo les dió á comer. En verdad, en verdad, les dijo Jesus : Moises no os dió pan del cielo; mas mi padre os da el pan verdadero del cielo; porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo, y da vida al mundo. Señor, le, dijéron, danos siempre este pan. Yo soy el pan de la vida, respondió Jesus : el que á mí viene, no tendrá hambre; y el que en mí cree, jamas tendrá sed. Mas ya os he dicho, que me habeis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre, á mí vendrá; y aquel que á mí viniere, no le echaré fuera : porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió : que nada pierda de todo aquello que él me dió, sino que lo resucite en el último dia. Y la voluntad de mi Padre que me envió es esta : Que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia. Los Judíos murmuraban de él porque habia dicho : Yo soy el pan vivo que descendí del cielo; y se decian unos á otros : ¿No es este Jesus el hijo de José y de María á quienes conocemos? pues cómo dice que del cielo descendió. El Hijo de Dios, á quien no se ocultaba lo que decian ni lo que pensaban de él, les dijo : No murmureis entre vosotros : nadie puede venir á mí, si no le trajere el Padre que me envió : y yo le resucitaré en el postrero dia. Escrito está en los Profetas : Y serán todos enseñados de Dios. Todo aquel que oyó del Padre y aprendió, viene á mí : no porque alguno ha visto al Padre, sino aquel que vino de Dios, este ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo : Que aquel que cree en mí

tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo. Los Judíos altercaban entre sí, diciendo : ¿Cómo podrá este darnos á comer su carne? Mas Jesus percibiendo su confusion, añadió : Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia : porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora, y yo en él. Así como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así tambien el que me come, él mismo vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo : no como el maná que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente.

De Tiberiades pasó Jesucristo á Nazaret su patria en la Judea. Era natural imaginar que los Nazarenos, entre los que Jesus habia vivido casi todos los treinta años de su edad, le hubiesen honrado como al mas distinguido de sus paisanos, y le hubiesen tenido por la gloria y ornamento de su patria. Su vida era irreprehensible, su virtud admirada de todos, su sabiduría era divina, sus acciones portentosas, la fama de los milagros que obraba á cada momento se habia esten-

dido por toda la tierra de Judea, en todo Israel eran conocidos sus prodigios : todo parece que debía lisonjear á los Nazarenos de que Jesus fuese conocido por este nombre, y todos esperarían que saliesen á recibirle en triunfo : sin embargo, la conducta de estos habitantes fué diametralmente opuesta á lo que debía ser. Jesus se acerca á Nazaret y nadie sale á verle ; entra en la ciudad, y los Nazarenos huyen de su compañía ; Jesus les predica, y ellos se escandalizan ; Jesus los llama y los exhorta, y ellos le injurian y amenazan ; Jesu sale á las calles para reconvenirlos, y el pueblo se irrita contra él y le echan mano ; Jesus se esfuerza á mostrarles la verdad de su evangelio, y los Nazarenos mas furiosos entónces le agarran y llevan á lo alto de una roca resueltos á despeñarle. Jesus se escapó de las manos de aquellos obstinados, compadeciéndose de la perversa incredulidad de los suyos, y entónces los abandonó á su ceguedad y se retiró diciendo : No hay Profeta sin honra, sino en su patria, en su casa, y entre sus parientes. Entónces se dirigió hácia Galilea predicando y exhortando á todos á penitencia, porque se iba acercando el reino de los cielos. Los Judíos aunque no ereían, admiraban : no creían, á causa de la dureza de sus corazones, y de la idea errónea que habian formado sobre el carácter del Mesias que se les habia prometido. Ellos esperaban un gran conquistador, un desolador de todas las naciones, ménos la de Judea, un destructor de todos los hombres, excepto los Judíos : tal era la grosera ignorancia que tenían de su Ley y de sus Profetas,

Ellos admiraban, porque veían resplandecer la verdad misma en todas las obras de Jesus : su vida, su mansedumbre, su doctrina, sus milagros, todo concurría en su persona para mostrarles que era un modelo de perfeccion, y superior al género humano. La fama de los prodigios que obraba en Galilea, volaba de pueblo en pueblo, y se referían en la corte del Tetrarca. Unos decían : Este es Elias que ha aparecido al mundo. Otros no dudaban que era un Profeta de los antiguos que habia resucitado : y el injusto Herodes remordido de su conciencia, decía : No, este es aquel Juan Bautista á quien yo degollé ; Dios le ha resucitado de entre los muertos, y por sus manos obra estos prodigios. El crímen acusaba al inicuo Tetrarca, pero su sentimiento era pasajero como el de los demas Judíos carnales.

Eleccion de los Apóstoles.

Jesucristo nuestro Señor tenia ahora un gran número de discípulos, los que penetrados de la santidad de su Maestro, de la verdad de su mision, y aun de la divinidad de su origen, habian renunciado todos los cuidados de esta vida, convencidos de asegurar la eterna siguiendo el nuevo Evangelio de gracia. Ya era conveniente regular un método entre los primeros fieles para la promulgacion de la Ley de gracia : y Jesus comenzó ahora á manifestar su zelo por el establecimiento de su Iglesia, formando varias clases entre sus nuevos ministros, para perpetuarla hasta el fin del mundo. Un dia subió el Salvador al monte pa-

ra hacer oracion á Dios, segun su costumbre, y pasó toda la noche orando á su Padre celestial. Cuando fué de dia convocó á todos sus discípulos; y escogió doce entre ellos, dándoles el nombre de Apóstoles, que significa, Mensageros. Los constituidos en ésta alta dignidad fuéron en el orden siguiente :

- | | |
|--------------------------|--------------------------|
| 1. Simon, llamado Pedro. | 7. Bartolomé. |
| 2. Audres su hermano. | 8. Mateo. |
| 3. Santiago el Zebedeo. | 9. Tomas. |
| 4. Judas su hermano. | 10. Santiago el Alfeo. |
| 5. Juan el amado. | 11. Simon el Cananeo. |
| 6. Felipe. | 12. Judas el Iscariotes. |

En virtud de esta eleccion todos los doce viniéron á ser sus mas constantes compañeros, y los amigos mas familiares del Salvador, viviendo siempre con él en una misma casa, y comiendo á una misma mesa. Esta intimidad los hizo participantes en todos los secretos de la vida de su divino Maestro, dándoles oportunidad de conversar mas íntimamente con él, y de ser testigos oculares de todas sus acciones públicas, y de todas sus virtudes privadas. Jesus hablaba mas francamente con ellos, y cuando era necesario, les explicaba por estenso todos aquellos puntos de doctrina y moralidad que predicaba al pueblo en parábolas.

Concluida la eleccion de estos doce Apóstoles, procedió Jesus á conferirles solemnemente la autoridad que habian de ejercer, las instrucciones que habian de

observar y los avisos necesarios para su gobierno y conducta. Os envio, les dijo, á predicar el Evangelio: pero no vayais ahora á predicar á los Gentiles, ni entreis en las ciudades de los Samaritanos. Id primero á las ovejas que perecieron de la casa de Israel; id y predicad, diciendo: Que se acercó el reino de los cielos. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: graciosamente recibisteis, dad pues graciosamente. No poseais oro ni plata, ni lleveis dinero con vosotros. No tomeis alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston; porque digno es el trabajador de su alimento. Y en cualquiera ciudad ó aldea en que entrareis, preguntad quien hay en ella digno, y estaos allí el tiempo necesario. Cuando entreis en la casa, saludadla diciendo: Paz sea en esta casa; y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz: mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá á vosotros. Y todo el que no os recibiere ni oyere vuestras palabras, al salir fuera de la casa ó de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo: Que será mas tolerable á los de la tierra de Sodoma y Gomorra en el dia del juicio, que á los de aquella ciudad. Ved que yo os envio como ovejas en medio de lobos. Sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os harán comparecer en sus tribunales, y os azotarán en sus Sinagogas. Seréis llevados ante los Gobernadores y los Reyes por causa de mí, en testimonio á ellos y á los Gentiles: y cuando os entregaren, no penseis cómo ó qué habeis

de hablar : porque en aquella hora os será dado lo que hayais de hablar : pues no sois vosotros los que hablais , sino el espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. El hermano entregará á muerte al hermano , y el padre al hijo : se levantarán los hijos contra los padres , y los harán morir : todos os aborrecerán por mi nombre , mas el que perseverare hasta el fin , ese será salvo. Y cuando os persiguieren en una ciudad , huid á otra : y os digo en verdad , que no acabaréis las ciudades de Israel , ántes que venga el Hijo del hombre. No es el discípulo mas que su maestro , ni el siervo mas que su señor : bástale al discípulo ser como su maestro , y al siervo como su señor. Si llamáron Beelzebub al padre de familia ; cuánto mas á sus domésticos ? no los temais pues : porque nada hay encubierto , que no se haya de descubrir ; ni oculto , que no se haya de saber. Lo que os digo en tinieblas , decidlo á la luz ; y lo que ois en secreto , predicadlo sobre los tejados. No temais á los que matan el cuerpo , y no pueden matar el alma : temed ántes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno. Todo aquel , pues , que me confesare delante de los hombres , le confesare yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos ; y el que me negare delante de los hombres , le negare yo tambien delante de mi padre que está en los cielos. El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí : el que halla su alma , la perderá : y el que perdiere su alma por mí , la hallará. El que os recibe á vosotros , á mí tambien me recibe , y el que me recibe á

mí , recibe á aquel que me envió. El que recibe á un Profeta en nombre de Profeta , galardón de Profeta recibirá : el que recibe á un justo en nombre de justo , galardón de justo recibirá : y todo el que diere de beber á uno de esos pequeñitos que veis , aunque solo sea un vaso de agua fria , en nombre de discípulo , os digo en verdad que no perderá su galardón.

Estas fuéron las instrucciones y prevenciones que el Salvador del mundo dió á los Apóstoles que habia elegido para la promulgacion de su Evangelio. El no les oculta los trabajos que habian de padecer en el ejercicio de su ministerio ; al contrario , les anuncia claramente las persecuciones , las violencias á sus personas , las calumnias , y hasta el martirio que habian de sufrir : pero al mismo tiempo les enseña como han de triunfar , y les promete el premio de su triunfo. Estas amonestaciones eran especiales para sus Apóstoles como Misioneros del Santo Evangelio : porque aunque en todos tiempos son muy convenientes para los ministros destinados á la propagacion de la Santa Fe , lo eran mucho mas en aquel tiempo , y para aquella nacion tan carnal , tan ignorante y tan obstinada como los Judfos. En estas circunstancias , el Cristianismo habia de encontrar mucha oposicion , de parte de los ricos , porque predicaba abnegacion ; de parte de los sensuales , porque encargaba mortificacion ; de parte de los Fariseos , porque descubria su hipocresía ; y de parte de los Sacerdotes , porque esponia su ignorancia de las Escrituras. Era pues necesario que los Apóstoles fueran desinteresados en su

ministerio, sin la menor apariencia de ventaja privada, ni de provecho personal; era necesario que arrostrasen los peligros y no se intimidaran en las persecuciones; que fuesen firmes y constantes en la fe; francos y sinceros en la predicacion de la palabra; sin temor á los Reyes, Príncipes, ni á sus tribunales. Era necesario que fuesen pacíficos, sencillos, prudentes, sufridos y que enseñasen al pueblo desinteresadamente, como Jesucristo les enseñaba: sin esperar, sin recibir otra remuneracion por todos los milagros que obrasen en el nombre del Señor, sino el alimento que les ofreciesen gratuitamente por premio de su trabajo. Los Apóstoles fuéron fieles á estas divinas instrucciones de su Maestro, cooperando con la santidad de sus vidas al triunfo maravilloso del Evangelio, no solo entre los Judíos, mas especialmente entre los Gentes.

Despues de haber dado estas saludables amonestaciones á sus Apóstoles, el Salvador continuó con ellos el curso de su predicacion hácia Cesarea de Filipo. Los Escribas y Fariseos de Jerusalem, movidos por la fama de la santidad y milagros de Jesus, salian á verle y oírle: algunos admiraban la pureza de su doctrina, y confusos no sabian qué idea formar de esta persona extraordinaria que decia haber descendido del cielo, y que perdonaba pecados como si fuera Dios: pero la mayor parte de estos hipócritas seguian á Jesus con la dañable intencion de observar con disímulo sus acciones y las de sus discípulos para desacreditarle con el pueblo, si descubrian en ellos algunas prácticas

contrarias á la ley de Moises ó á la tradicion de los Judíos. Los Apóstoles paráron á comer, y tomáron su escasa refaccion sin lavarse las manos. Esto escandalizó á los Fariseos, y llegándose á Jesus le dijéron: ¿Porqué tus discípulos traspasan la tradicion de los ancianos? pues no se lavan las manos cuando comen pan. Jesus les respondió: Y vosotros ¿porqué traspasais los mandamientos de Dios por vuestra tradicion? pues Dios dijo: Honra al padre y á la madre. Y quien maldijere al padre ó á la madre, muera de muerte. Mas vosotros decis: Cualquiera que dijere al padre ó á la madre: todo don que yo ofreciere, á ti aprovechará; y aunque no honrare á su padre ó á su madre estará fuera de culpa: y así habeis hecho vano el mandamiento de Dios por vuestra tradicion. Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo con los labios me honra, mas el corazon de ellos está léjos de mí. Y en vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Oid y entended: No ensucia al hombre lo que entra en la boca; mas lo que sale de la boca, eso ensucia al hombre. Los Fariseos se escandalizáron al oír esta palabra: y volviendo Jesus á sus discípulos, les dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, arrancada será de raíz. Dejadlos, ciegos son, y son guías de ciegos: y si un ciego guía á otro ciego, entrambos caen en el hoyo. Pedro preguntó á Jesus la significacion de esta parábola, y el Salvador le respondió: ¿Aun también vosotros estais sin entendimiento? no comprendéis que toda cosa que entra en la boca pasa al vien-

ire, y es echado en un lugar secreto? Mas lo que sale de la boca, del corazon sale, y esto ensucia al hombre: porque del corazon salen los pensamientos malos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Estas cosas son las que ensucian al hombre: mas el comer con las manos sin lavar, no ensucia al hombre. Jesus partió con sus discípulos, y hallándose solo con ellos en el camino, les preguntó: ¿Quién dicen las gentes que soy yo? Los Apóstoles le respondieron: Unos dicen, que eres Juan el Bautista, otros que Elias, y otros que eres alguno de los Profetas que ha resucitado. Jesus entonces les preguntó: ¿y vosotros quien decís que soy yo? Simon Pedro, como cabeza del Apostolado, respondió inmediatamente: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. El Salvador miró á su fiel Apóstol, y le dijo: Bienaventurado eres Simon: porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos: Y yo te digo, que tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que ligares sobre la tierra será ligado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra será tambien desatado en los cielos. Jesus declaró entonces á sus discípulos que era conveniente que él fuese á Jerusalem; y que padecería muchas cosas de los Ancianos, de los Escribas y de los Príncipes de los Sacerdotes, que seria muerto por ellos, y que resucitaria al tercer dia. El afectuoso Pedro movido de compasion al oír estos tristes anuncios

de su Maestro, le llevó á parte, é ignorante del misterio de la redencion por la muerte de Cristo, comenzó á reprenderle, diciendo: No digas tal cosa, Señor, nunca te ha de suceder eso. Jesus miró á Pedro y le dijo: Quitate delante, Satanas; tú me sirves de estorbo, porque no entiendes las cosas que son de Dios sino las de los hombres. Jesus llamó luego á sus discípulos y les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame: porque el que quisiere salvar su alma, la perderá; mas el que perdiere su alma por mí, la hallará; ¿De qué provecho será al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ó qué cambio hará el hombre por su alma? Quien se afrentare de mí y de mis palabras en medio de esta generacion adúltera y pecadora, el Hijo del hombre tambien se afrentará de él, cuando viniere en la gloria de su Padre acompañado de los santos Angeles. En verdad os digo, que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.

La Transfiguracion de Jesucristo.

Seis dias despues que Jesucristo hizo á sus discípulos esta primera revelacion de su pasion, muerte y resurreccion, llamó á parte á Pedro, Santiago y Juan, los llevó á un monte muy alto que estaba cerca, y se transfiguró delante de ellos tomando forma celestial. Su rostro resplandecia como el sol, y sus vestiduras parecian blancas como la nieve. Moises y Elias, cada uno á su lado, estaban hablando con él. Pedro, ad-

mirado con lo que veía, se complacia en la gloria de su divino Maestro, y lleno de júbilo, exclamó: Señor, bueno es que nos quedemos aquí; si te place, hagamos aquí tres tabernáculos; uno para tí, otro para Moises, y otro para Elias. Apénas habia acabado de decir estas palabras el fiel discípulo, cuando todos fueron cubiertos y rodeados por una nube luminosa que los penetraba: al mismo tiempo salió de la nube una voz sonora que decía: Este es mi Hijo el amado en quien me he complacido mucho; escuchadle. Al sonido de aquella voz celestial, cayeron los tres Apóstoles sobre sus rostros, y se llenaron de consternacion. Así se verificó lo que pocos días antes habia dicho el Salvador: Algunos de los que están aquí no gustarán la muerte, hasta que vean el reino de Dios, esto es, la claridad de la gloria del Señor en la que se les mostró el amado Hijo de Dios. Jesus se acercó á ellos, y tocándolos con su mano, les dijo: Levantaos y no temais. Ellos se levantaron, abrieron sus ojos, y no vieron á nadie mas que á su Maestro. Jesus bajó luego del monte conversando con ellos, y les mandó espresamente, que no comunicaran á nadie lo que habian visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos.

Después de la gloriosa transfiguracion, conociendo el Salvador que se acercaba el término de la grande Obra, para la que habia descendido del cielo, quiso que el conocimiento de la palabra de Dios se extendiese con mayor prontitud por todos los pueblos de Israel: y para este efecto señaló otros setenta y dos

discípulos, y los envió de dos en dos delante de sí, á cada ciudad y lugar adonde habia de venir. La mies ciertamente es mucha, les dijo, mas los trabajadores son pocos: entónces les dió las mismas instrucciones que ántes habia dado á los Apóstoles en su eleccion, y la misma potestad para hacer milagros en confirmacion de su doctrina. Estos setenta y dos discípulos volvieron de su mision llenos de gozo, y dijeron á Jesus: Señor aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. El Salvador les respondió: Veía á Satanás como un relámpago que caía del cielo. Ya veis, que os he dado potestad de pisar sobre las serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y nada os dañará. Mas en esto no os goceís porque los espíritus os están sujetos: ántes gozaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos. En aquella misma hora se regocijó en el Espíritu Santo, y dijo: Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las revelaste á los pequeñitos. Así es, Padre, porque así ha sido tu agrado. Todas las cosas me ha entregado mi Padre: y nadie sabe quien es el Hijo sino el Padre, ni quien es el Padre sino el Hijo, y aquel á quien lo quisiere revelar el Hijo. Y volviéndose hácia sus discípulos dijo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, porque os digo, que muchos Profetas y Reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron.

Conferido ya el ministerio evangélico á los doce

Apóstoles como Príncipes de la Iglesia, y á los setenta y dos discípulos como sus coadjutores, quedó abierto el campo á la promulgacion de la santa Ley de gracia. El Salvador no cesaba ahora de andar de provincia en provincia, de comarca en comarca, de lugar en lugar, predicando en las sinagogas, confundiendo á los Escribas, desmascarando á los Fariseos, instruyendo á las gentes y ofreciendo á todos salvacion. Jesucristo al fin de su predicacion no reservaba nada á sus discípulos, descubriéndoles los mas ocultos misterios, enseñándoles la mas santa y sublime doctrina, y dándoles consejos para la mayor perfeccion cristiana. El Salvador enseñaba que el fin de la religion, el alma de las virtudes y el compendio de la Ley, es la caridad. Doctrina propia de un Dios. El hombre es enseñado, no solo á amar á su prójimo, mas tambien á amar á sus enemigos, á hacer bien á los que le aborrecen, y á rogar por los que le persiguen y calumnian. Este fundamento de la caridad es el principio vital de la felicidad del hombre en todos los estados de la vida. Por ella no debe el marido dejar á la muger, ni la muger al marido aun cuando difieran en religion, sin haber potestad humana que pueda separarlos, porque son dos en una misma carne. Por ella el celibato viene á ser una imitacion de la vida de los Angeles, consagrados enteramente al amor y servicio de Dios. Por ella los amos son advertidos de que tienen tambien un Amo en el cielo, para el que no hay acepcion de personas. Por ella los criados deben estimar á sus amos, no solamente á los buenos,

mas tambien á los de recia condicion. Y por ella los súbditos deben respetar á las autoridades legítimas, aun cuando abusan de su autoridad. A estos preceptos obligatorios añadió Jesucristo consejos de la mas eminente perfeccion. Procurar lo honesto, no solamente delante de Dios, mas tambien delante de los hombres, evitando todo escándalo: renunciar á todos los deleites mundanos; vivir con poco, y dar lo demas á los pobres: no poseer mas que á Dios, y esperar el alimento cotidiano de la divina Providencia.

Esta doctrina, como Ley y como consejos, fué dada por Jesucristo en diferentes ocasiones y segun lo requerian las circunstancias, durante los tres años de su predicacion. Se halla esparcida en los cuatro Evangelios: y gran parte de los consejos del Señor nos han sido comunicados por los Apóstoles en sus Epístolas. Esta doctrina, estos preceptos, y estos consejos evangélicos se hallarán reunidos al fin de esta parte bajo títulos especiales, formando un Código de la Ley cristiana, y de la mas pura y sublime doctrina que jamas habia sido presentada á los hombres. Jesucristo predicaba al pueblo en parábolas; y confirmaba su doctrina con milagros. Estas parábolas reunidas formarán un capítulo: y los milagros mas notables formarán otro. Esta division en Discursos, Parábolas, y Milagros, dará una idea mas clara de la Predicacion del Salvador del mundo.

CAPITULO SEGUNDO.

PARABOLAS DE JESUCRISTO.

Siempre que nuestro Salvador predicaba al pueblo, le instruía por parábolas. Parábola es una voz griega que significa, la narracion de algun suceso que se supone ó se finge, y en el cual se envuelve alguna verdad de mucha importancia bajo imágenes que le asemejan. Este modo enigmático de hablar ha sido en todos tiempos muy elocuente y usado entre las naciones orientales. El pueblo ignorante fija la atención á la novedad de la parábola, y cuando se le explica despues la semejanza, desaparece la oscuridad, y se graba mejor en la memoria. Todas las parábolas de nuestro Salvador son admirables por la sublimidad de su doctrina, y la naturalidad de las similitudes : como se puede ver en las siguientes contenidas en los santos Evangelios.

El Buen Pastor.

En verdad, en verdad, os digo : que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, mas sube por otra parte, aquel es ladrón y salteador : mas el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A este abre el portero ; llama por su nombre á las ovejas que son suyas, y las saca ; las lleva á pacer, va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Como los Judíos no entendían esta pará-

bola, Jesus continuó esplicándola del modo siguiente. En verdad, en verdad, os digo : que yo soy la puerta de las ovejas : quien por mi entrare, será salvo : entrará, saldrá, y hallará pastos. El ladrón solo viene para hurtar, para matar, y para destruir : mas yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en mayor abundancia. Yo soy el buen Pastor, y el buen Pastor da su vida por sus ovejas. Mas el asalariado, y que no es dueño de las ovejas, vé venir al lobo, abandona el rebaño y huye. Yo soy el buen Pastor : conozco mis ovejas, y ellas me conocen á mí. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre ; y pongo mi alma por mis ovejas. Tengo tambien otras ovejas, que no son de este aprisco *, y es necesario que yo las traiga : ellas oirán mi voz, y será hecho un solo aprisco y un solo Pastor. Por eso me ama el Padre : porque yo pongo mi alma para volverla á tomar. No me la quita ninguno, mas yo la pongo por mí mismo ; porque yo tengo poder para ponerla, así como le tengo para volverla á tomar. Esta es la instruccion que he recibido de mi Padre.

En otra ocasion propuso el Salvador una corta parábola semejante á esta, explicando admirablemente en ella cuán agradable es al Señor la conversion de un pecador. Jesus le dijo : ¿ Quién de vosotros es el hombre, que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va

* Los Gentiles cuya conversion estaba anunciada por varios Profetas.

á buscar la que se había perdido, hasta que la hallare? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso; y viniendo á su casa, llama á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabien, porque he hallado mi oveja que se había perdido. Os digo, que así habrá mas gozo en el cielo sobre un pecador que hiciere penitencia, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester penitencia.

El Hijo Pródigo.

Jesús mostraba su carácter de Salvador en todas sus acciones, en todas sus palabras. Su misericordia para con los pecadores era infinita: él se declaraba el verdadero médico para la curación de las almas, y con una dulzura sin ejemplar les ofrecía la medicina espiritual, exigiendo de su parte solo el arrepentimiento. En esta parábola, la mas expresiva y apropiada para penetrar los corazones de sus oyentes, les manifestó que en todo tiempo que el pecador vuelva sinceramente arrepentido, é implorare el perdón de sus pecados, Dios le recibirá y le volverá la gracia perdida.

Un hombre, les dijo, tenía dos hijos. Y dijo el menor de ellos á su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me toca; y el padre les repartió la hacienda. Pocos dias despues, juntando todo lo suyo el hijo menor, se fué lejos, á un pais muy distante, y allí malrotó todo su haber, viviendo disolutamente. Despues que hubo gastado todo cuanto tenía, vino una grande hambre en aquella tierra, y él comenzó á padecer necesidad. Entonces fué, y se acogió á uno de

los ciudadanos de aquel pais, el cual le envió á su cortijo á guardar puercos. El pobre deseaba henchir su vientre de las mondaduras que los puercos comian, y ninguno se las daba. Mas volviendo sobre sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy aquí muriendo de hambre! Me levantaré, é iré á casa de mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo, y delante de ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: hazme como á uno de tus jornaleros. Y levantándose se fué hácia la casa de su padre. Luego que llegó cerca, le vió su padre y se movió á misericordia: y corriendo á él, le echó los brazos al cuello, y le besó. El hijo le habló así: Padre, he pecado contra el cielo, y delante de ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas él dijo á sus criados: Traed aquí prontamente la ropa mas preciosa y vestidle, y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus pies: y traed tambien un ternero cebado, y matadle, para que comamos y celebremos un banquete: porque este mi hijo era muerto, y ha revivido: se había perdido, y ha sido hallado. Y comenzaron á celebrar el banquete. El hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino y se acercó á la casa, oyó la sinfonia y el coro: entónces llamó á uno de los criados y le preguntó qué era aquello. Y este le dijo: Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha recobrado salvo. El entónces se indignó, y no quería entrar: mas saliendo el padre, comenzó á rogarle. El hijo le respondió: He aquí tantos años ha que te sirvo, y nunca he tras-

pasado tus mandamientos, y jamas me has dado un cabrito para comerle alegremente con mis amigos : mas ahora que ha venido este tu hijo, que ha gastado su hacienda en prostituciones, le has hecho matar un ternero cebado. Entónces el padre le dijo : Hijo , tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos : pero ahora es razon celebrar un banquete y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y revivió : se habia perdido, y ha sido hallado.

El Sembrador.

Jesus salió un dia de la casa en que moraba, acompañado de sus discípulos; y como todos los que le veían se iban detras de él, cuando llegó á la orilla del mar habia ya una gran multitud, todos deseosos de oírle predicar. Para mayor conveniencia de los oyentes, entró Jesus en un barco que estaba junto á la playa, y desde él hizo un largo discurso en una continuada parábola, valiéndose de la semejanza de un sembrador, la cual dividió en cuatro partes, para explicarla despues con mayor claridad. Un labrador, les dijo, salió al campo para sembrar, y cuando esparcía la semilla, algunos granos cayéron junto al camino, y viniéron las aves del cielo y los comieron. Otros cayéron en lugares pedregosos, en donde no habia mucha tierra, y luego nacióron : pero como no tenían tierra suficiente para echar raices profundas, cuando salió el sol, se quemáron y secáron. Otros cayéron sobre las espinas, estas crecióron y ahogáron la semilla, y otros cayéron en buena tierra, y rindiéron fruto :

unos á ciento, otros á sesenta, y otros á treinta. Rogado Jesus por los discípulos, esplicó despues la parábola en el modo siguiente : Cualquiera que oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo y arrebató lo que se sembró en su corazon : este es el que fué sembrado junto al camino. Mas el que fué sembrado sobre las piedras, este es el que oye la palabra, y por el pronto la recibe con gozo : pero no tiene en sí raiz, ántes es de poca duracion; y cuando le sobreviene tribulacion y persecucion por la palabra, luego se escandaliza. El grano que fué sembrado entre las espinas, este es el que oye la palabra, pero los cuidados de este siglo, y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda infructuosa. Y el que fué sembaado en tierra buena, este es el que oye la palabra, y la entiende, y lleva fruto : uno lleva á ciento, otro á sesenta, y otro á treinta.

En este mismo discurso, propuso el Maestro celestial otra parábola con la misma semejanza del sembrador, diciendo : Semejante es el reino de los cielos á un hombre, que sembró buena simiente en su campo : y miéntras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró zizaña en medio del trigo, y se fué. Y despues que creció la yerba é hizo fruto, apareció también entónces la zizaña. Visto esto por los siervos fuéron á ver al amo, y le dijéron : ¿ Señor, no sembraste buena simiente en tu campo ? pues de dónde tiene zizaña ? El amo les respondió : Algun hombre enemigo ha hecho esto. ¿ Quieres, Señor, le dijéron los siervos, que vayamos y la cojamos ? No, les res-

pondió : no sea que cogiendo la zizaña, arranqueis tambien con ella el trigo. Dejad crecer todo hasta la siega, y entonces diré á los segadores : Coged primeramente la zizaña, y atadla en manojos para quemarla, y recoged luego el trigo para ponerle en mi granero. Jesus esplicó luego esta parábola á sus discipulos, diciendo : El que siembra la buena simiente, es el Hijo del hombre, y el campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del reino, y la zizaña son los hijos de la iniquidad. Y el enemigo que la sembró es el diablo; la siega es la consumacion del siglo, y los segadores son los Angeles. De modo que así como es cogida la zizaña y quemada al fuego, así será en la consumacion del siglo. El Hijo del hombre enviará sus Angeles, y cogerán de su reino todos los escándalos y los que obran iniquidad; y los echarán en el horno del fuego : allí será el llanto y el crugir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su padre.

Los Jornaleros.

Queriendo Jesucristo dar á sus discipulos una idea de la eleccion de los justos, para justificar la Providencia divina de su Padre, lo hizo por medio de la siguiente parábola. Semejante es el reino de los cielos á un Hacendado que salió muy de mañana á ajustar trabajadores para su viña : y habiendo ajustado con ellos dar á cada uno un real de plata por dia, los envió á cavar á su viña. Cerca de las nueve de la mañana salió otra vez, y vió en la plaza á otros jornaleros

neros que no tenían ocupacion, y llegándose á ellos les dijo : Id tambien á mi viña, y os daré lo que es justo. Los jornaleros fueron al instante á trabajar. A medio dia volvió á salir, y viendo á otros jornaleros sin hacer nada, los mandó tambien á trabajar á su viña. A las cinco de la tarde volvió á salir el Hacendado y vió en la plaza á otros que no habian trabajado en todo el dia; y llegándose á ellos les dijo : ¿Qué haceis aquí todo el dia ociosos? Los jornaleros respondieron humildemente : Señor, no trabajamos porque ninguno nos ha llamado. Id tambien á mi viña, les dijo el Hacendado; y ellos fueron. Al venir la noche, dijo el dueño de la viña á su mayordomo : Llama á los trabajadores, págales su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Los jornaleros que habian estado trabajando desde el romper el dia, viendo que el amo mandaba dar el jornal entero á los que habian ido á la viña por la tarde, creyeron que les daria mas, pero no recibieron sino el real en que se habian ajustado. Le tomaron con disgusto, y murmuraban diciendo : Estos postreros no han trabajado mas de una hora, y les has pagado lo mismo que á nosotros, que hemos llevado el peso del dia y del calor. El Hacendado respondió á uno de ellos, y le dijo : Amigo, no te hago agravio ; no te concertaste conmigo por un real? Tome lo que es tuyo, y vete; yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿No me es licito hacer lo que quiero? ¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Así serán los postreros primeros; y los

primeros postreros : porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.

Los Arrendatarios de la Viña.

El pueblo de Israel era la única nacion en la tierra que el Señor habia escogido por suya. Con la proteccion de su Dios se habian establecido y formado un grande imperio bajo el gobierno de sus primeros Reyes : por direccion del Señor edificaron á Jerusalem, la cercaron de muros, construyeron un templo magnifico y torres elevadas. Sin embargo, este pueblo se mostró casi siempre ingrato á la predileccion divina; y queriendo Jesucristo ahora echarles en cara su infidelidad y perfidia en no haber cumplido el pacto de su alianza; en haber maltratado y muerto á los Profetas mandados por el Señor para recordarles su obligacion; y anunciándoles lo que habian de hacer con él mismo, cuando les declarara despues de corto tiempo que él era el Hijo unigénito de Dios, enviado del cielo para la conversion de Israel, les hizo una pintura muy viva de su rebeldia en esta parábola.

Escuchad, les dijo Jesus : Habia' un Padre de familia, que plantó una viña, y la cercó de vallado, hizo un lagar en ella, y edificó una torre; luego la dió en arrendamiento á unos labradores, y se partió léjos. Cuando se acercó el tiempo de la vendimia, envió sus siervos para que percibiesen los frutos que le pertenecian. Mas los labradores, echando mano de los siervos, hiriéron al uno, matáron á otro, y al

otro apedreáron. El dueño envió otros siervos en mayor número que los primeros, y los tratáron del mismo modo. Por último les envió su hijo, diciendo : Estos rebeldes tendrán respeto á mi hijo. Mas los labradores, cuando viéron al hijo, dijéron entre si : Este es el heredero, venid, matémosle y tendrémos su herencia : luego trabáron con él, le echáron fuera de la viña y le matáron. ¿ Qué hará, pues, el Señor de la viña con aquellos labradores cuando viniere ? Los Fariseos que escuchaban á Jesus, respondieron : A los malos destruirá malamente; y arrendará su viña á otros labradores, que le paguen el fruto á su tiempo. Jesus les dijo : ¿ No habeis leído en las Escrituras : La piedra que desecháron los que edificaban, esta fué puesta por cabeza de esquina ? Esto fué hecho por el Señor, y es cosa maravillosa en nuestros ojos. Por tanto os digo, que os será quitado el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará. La esplicacion de esta parábola era tan clara, que los Principes de los sacerdotes y los Fariseos que la oyéron, entendieron que hablaba de ellos : y le hubieran echado mano si no hubieran temido al pueblo, que entónces le miraba como á un gran Profeta.

El Criado inhumano.

Exhortando nuestro Salvador á sus discípulos al perdón de los enemigos, le preguntó Pedro : Señor, ¿ cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y le

perdonaré? hasta siete veces? Jesus, que deseaba imprimir en el corazon de su Apóstol una caridad ilimitada, se valió del mismo número para dar mas fuerza á la espresion: No te digo hasta siete, sino hasta setenta y siete veces. Y luego ejemplificó el perdón de las injurias con esta excelente parábola. El reino de los cielos es comparado á un Rey que quiso entrar en cuentas con sus vasallos. Y habiendo comenzado á tomar las cuentas, le fué presentado uno, que le debía diez mil talentos: y como no tuviese con que pagarlos, mandó su Señor que fuese vendido él y su muger, sus hijos y cuanto tenia, para satisfacerle. Al oír el vasallo una sentencia tan terrible, se arrojó á sus pies, y le rogaba diciendo: Señor, espérame, que todo te lo pagaré. Compadecido el Señor con la afliccion de aquel siervo, le dejó libre, y le perdonó la deuda. Este mismo siervo, luego que se retiró de la presencia de su Señor, se encontró con uno de sus compañeros que le debía solo cien reales: y riendo con él, le queria ahogar, diciendo: Págame lo que me debes. El compañero se arrojó á sus pies, y le rogaba diciendo: Amigo, ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré. El inhumano siervo no quiso atender á la súplica de su pobre compañero, y le hizo poner en la cárcel, hasta que pagase lo que le debía. Los otros compañeros que habían visto esta inhumanidad, se entristecieron mucho, y fuéron á contar al Rey todo lo que habia pasado. Irritado el Señor con la crueldad de aquel siervo, le hizo venir á su presencia, y le dijo: Siervo inhumano, yo te per-

doné toda la deuda, porque me lo rogaste, ¿no debias tú tambien tener compasion de tu compañero, así como la tuve yo de tí? El Rey se enojó mucho contra él, y le hizo entregar á los atormentadores, hasta que pagase todo lo que debía. Del mismo modo, concluyó Jesus, hará tambien con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáreis de vuestros corazones cada uno á su hermano.

El Hombre rico y Lázaro.

Como el amor á las riquezas es el vicio mas prevalente del corazon humano, exhortaba frecuentemente nuestro Salvador contra el abuso de las riquezas. Un hombre rico le preguntó en una ocasion, ¿qué debería hacer para poseer la vida eterna? Jesus, que conocia la avaricia de aquel hombre, le respondió: Que guardase los mandamientos de la Ley. El rico le respondió muy satisfecho: que habia guardado todos los mandamientos de la Ley desde su juventud. «Aun te falta otra cosa, añadió Jesus, vende todo cuanto tienes, y dalo á los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo; ven luego, y sígueme. Un trueno repentino del cielo no hubiera confundido tanto á este avarientito, como hizo este precepto del maestro celestial.» Viéndole Jesus enmudecido, dijo: «¿Cuán dificultosamente entrarán en el reino de Dios los que abundan en dinero! Mas fácil cosa es pasar un cable por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.» Y luego mostró á sus discípulos el estado miserable de los avarientos, en la siguiente parábola,

Habia un hombre rico que se vestía de púrpura, y de lino finísimo, y cada día daba convites espléndidos. Un mendigo llamado Lázaro, lleno de llagas, se solía sentar á la puerta de su palacio, deseando hartarse de las migajas que barrían de la mesa del rico, y ninguno se las daba: los perrós entretanto venían y le lamían las llagas. Y aconteció, que cuando murió aquel pobre, le llevaron los Angeles al seno de Abraham. El rico murió también, y fué sepultado en el infierno. Y alzando los ojos cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abraham, y á Lázaro en su seno: entónces levantó el grito, y dijo: « Padre Abraham, compadécete de mí, y envía á Lázaro que moje la estremidad de su dedo en agua para refrescar mi lengua, porque yo soy atormentado en esta llama. » Y Abraham le respondió: « Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes y tu vida, y Lázaro recibió males: pues ahora él está aquí consolado, y tú atormentado. Hay además un golfo impenetrable entre nosotros y vosotros: de manera que los que quisieren pasar de aquí á vosotros no pueden, ni tampoco pueden pasar de ahí acá. » El rico dijo entónces: « Te ruego, Padre, que le envíes á casa de mi padre: porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, no sea que vengan ellos también á este lugar de tormentos. » Y Abraham le respondió: « Tienen á Moises y á los Profetas; que los oigan. » El rico dijo entónces: « No, padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. » Abraham le dijo: « Si no oyen á Moises y á los Profetas,

tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitare.

La loca Avaricia.

Después que Jesus había enseñado á sus discípulos el modo de orar mas aceptable á su padre celestial, en la forma del Padre nuestro, los exhortó á perseverar en su petición: asegurándoles que su Padre no les había de negar nada de lo que le pidieran en su nombre, y que tuviera por objeto la salvación eterna de sus almas. Luego les dijo: « Mirad, y guardaos de toda avaricia, porque la vida de cada uno no está en la abundancia de las cosas que posee. » Y entónces dijo la siguiente parábola, aunque breve, muy espresiva. El campo de un hombre rico había llevado abundantes frutos: y él pensaba entre sí mismo y decía: « ¿Qué haré con esta cosecha? porque no tengo donde encerrar mis frutos. » Entónces pensó y dijo así: « Esto haré; derribaré mis graneros, y los haré mayores; recogeré en ellos todos mis frutos y mis bienes; y diré á mi alma: Alma, muchos bienes tienes ya guardados para muchos años; descansa, come, bebe, ten banquetes. » Mas Dios le dijo: « Esta noche te vuelven á pedir el alma, ¿para quién será todo lo que has juntado? » Jesus concluyó, diciendo: « Así es el que atesora para sí, y no es rico en Dios. »

El Fariseo y el Publicano.

Los Fariseos componían una secta depravada: llenos de ambición, tomaban los primeros asientos en

todas fiestas y juntas; con una estudiada apariencia de santidad en la observancia de los ritos exteriores de la ley, habian adquirido una grande popularidad; confiando en sí mismos como si fueran justos, despreciaban á los otros; y bajo el velo de la hipocresía, ocultaban los vicios mas infames. Nunca daban limosnas privadamente, porque no eran movidos por caridad; mas las hacian de un modo refinado, para que apareciesen mas á los ojos del mundo: nunca oraban en oculto, sino en las puertas del templo, en las plazas y otros lugares públicos. Por estos medios se habian granjeado la confianza de los incautos, y hallaban en ella una fuente inagotable donde saciar su codicia, sin esponerse á la censura del mundo. El Hijo de Dios, que veia claramente hasta los mas ocultos retretes del corazon humano, amonestaba frecuentemente á sus discípulos guardarse de la hipocresía, y mirar á Dios como único objeto de todas sus buenas obras. Les enseñaba á hacer limosnas y hacer penitencia en secreto, buscando solo la aprobacion del Padre celestial, el que penetra hasta las mas ocultas intenciones. A este fin les propuso un día una parábola admirable por su simplicidad.

Dos hombres, les dijo Jesus, subieron al templo á orar; el uno Fariseo, y el otro Publicano. El Fariseo estando en pie, oraba en su interior de esta manera: « Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, y doy diezmos de todo lo que poseo. » Mas el Publicano, estan-

do lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo; y dándose golpes en el pecho, decia: « Dios muéstrate propicio á mí pecador. » Os digo que este, y no aquel, descendió justificado á su casa, porque todo hombre que se ensalza será humillado: y el que se humilla será ensalzado.

El verdadero Prójimo.

Nuestro misericordioso Salvador estaba un día explicando el deber de aquella caridad universal, que une á los hombres en el vínculo del amor, con que deben asistirse unos á otros para merecer la vida eterna. Un doctor de la ley que estaba presente, le dijo: « Maestro, ¿qué haré yo para poseer la vida eterna? » Jesus le preguntó: « ¿Qué es lo que hallas escrito en la Ley? » El doctor respondió: « Yo leo en la Ley: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, de toda tu alma, de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento; y á tu prójimo como á tí mismo. — Haz pues eso, le dijo Jesus, y vivirás. » El doctor quiso entónces saber cual era su verdadero prójimo: y tomando Jesus la palabra, le propuso la siguiente parábola.

Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron, le hirieron, y dejaron medio muerto en el camino. Aconteció pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote, y cuando le vió pasó de largo. Y así mismo un levita, llegando cerca y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un Samaritano, que iba su camino, se lle-

gó cerca de él, y cuando le vió se movió á compasion: y acercándose á él, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia, le llevó á una venta, y tuvo cuidado de él. Al otro día sacó dos reales de plata, los dió al mesonero, y le dijo: «Cuidamele, y cuanto gastares mas, yo te lo daré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel, que dió en manos de los ladrones?» El doctor respondió: «Aquel que usó con él de misericordia. — Pues ve, le dijo entónces Jesus, y haz tú lo mismo.

Los Convidados á la Cena.

Desde el día en que Jesucristo hizo su entrada triunfante en Jerusalem en medio de las aclamaciones del pueblo, hasta el día en que fué vendido por Judas y preso por los Judíos, pasaba todos los dias en el templo predicando, y en las tardes se retiraba con sus discípulos á Betania, para orar á su Padre celestial por la noche en el huerto de Getsemani. Los Judíos andaban muy solícitos para escucharle, y se juntaban muy temprano en el templo para oír sus amonestaciones. En una de estas ocasiones, dió Jesus al pueblo una idea del reino de los cielos, con la comparacion de un Rey que preparó un gran convite, en la siguiente parábola.

Semejante es el reino de los cielos á cierto Rey, que hizo bodas á su hijo, y envió sus siervos á llamar á los convidados á las bodas, mas no quisieron ir. Envió de nuevo otros siervos, diciendo: «Decid á los convi-

dados: He aquí he preparado mi banquete, mis toros y mis animales cebados están ya muertos, y todo está pronto: venid á las bodas.» Mas ellos lo despreciaron dando diferentes excusas. Uno dijo: «He comprado una granja, y necesito ir á verla; te ruego me tengas por excusado.» Otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas; te ruego me tengas por excusado.» Otro dijo: «Me he casado hoy, y por eso no puedo ir.» Y otros, no solo desatentos mas crueles tambien, echáron mano de los siervos, y despues de haberlos ultrajado, los matáron. Cuando el Rey oyó esto, se irritó, y enviando sus soldados, acabó con aquellos homicidas y puso fuego á la ciudad. Entónces dijo á sus siervos: «Las bodas ciertamente están aparejadas, mas los que habian sido convidados no fuéron dignos. Id pues á las salidas de los caminos, y á cuantos hallaréis, llamados á las bodas. Id tambien á las plazas y calles de la ciudad, y traedme acá cuantos pobres, lisiados, ciegos y cojos hallaréis.» Habiendo salido los siervos á su comision, congregáron cuantos halláron, malos y buenos, y se llenáron las bodas de convidados. Luego entró el Rey para ver á los que estaban á la mesa, y viendo allí un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda, le dijo: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí, no teniendo vestido de boda?» Mas el hombre enmudeció: y el Rey dijo á sus ministros: «Atadle de pies y de manos, y arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes. Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

Las Virgenes locas.

Sentado el divino Maestro en el monte del Olivar, anunciaba á sus discípulos las señales que habian de acompañar, y la confusion que habia de causar su segunda venida en la consumacion del siglo : y despues de exhortarlos á estar apercebidos, para no ser sorprendidos á la hora incierta del juicio, les propuso esta parábola.

Entónces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al Esposo y á la Esposa. Mas las cinco de ellas fatuas, y las cinco prudentes. Las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite : mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardándose el Esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas. A media noche oyéron gritar : « Mirad que viene el Esposo, salid á recibirle. » Entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas ; y las fatuas dijeron á las prudentes : « Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. » Pero las prudentes respondieron, diciendo : « No, porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id mas bien á los que le venden, y comprad para vosotras. » Mientras que las fatuas fueron á comprarle, vino el Esposo, y las que estaban apercebidas entraron con él á las bodas, y fué cerrada la puerta. Al fin vinieron tambien las otras vírgenes, diciendo : « Señor, Señor, ábrenos. » Mas él respondió y dijo : « En verdad os

digo que no os conozco. Es necesario velar, cuando no se sabe el dia ni la hora. » Y así, por falta de vigilancia, se quedáron las vírgenes locas escluidas de la fiesta á que habian sido convidadas.

Los Talentos.

En la parábola de las vírgenes locas y prudentes, nos enseña Jesucristo á estar siempre preparados para cuando nos llame á juicio, y que no nos descuidemos en mantener viva la luz de la fe, de la esperanza y de la caridad, por medio de la cual solamente podremos ser admitidos en el reino del cielo. Jesus quiso mostrar tambien á sus discípulos, que no solo se debe conservar sus dones, mas que debemos procurar con solicitud el aumentarlos, seguros en tener un premio proporcionado. Con este fin les propuso la parábola siguiente.

Un hombre rico, estando para partirse á un país muy distante, llamó á sus siervos, y les entregó sus bienes : al uno dió cinco talentos, al otro dos, y al otro dió uno, á cada uno segun su capacidad, y se partió luego. El que habia recibido los cinco talentos, se fué á negociar con ellos, y ganó otros cinco ; asimismo el que habia recibido dos, ganó otros dos ; mas el que habia recibido uno, fué y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su Señor. Despues de largo tiempo vino el Señor de aquellos siervos, y los llamó á cuentas. El que habia recibido los cinco talentos llegó primero, y presentó otros cinco talentos, diciendo : « Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros

«cinco que he ganado de mas.» Su Señor le dijo: «Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor. Luego se llegó el que habia recibido los dos talentos, y dijo: «Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado.» Su Señor le dijo: «Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.» Y llegando el que habia recibido un talento, dijo: «Señor, sé que eres un hombre de recia condicion, siegas en donde no sembraste, y recoges en donde no esparciste: por lo que temiendó, me fui y escondí tu talento en la tierra: he aquí tienes lo que es tuyo.» Y respondiendo su Señor, le dijo: «Siervo malo y perezoso, sabias que siego en donde no siembro, y que recojo en donde no he esparcido: tú debiste haber dado mi dinero á los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mio. Quitadle pues el talento, y dádsele al que tiene diez talentos. Porque será dado á todo el que tuviere, y tendrá mas: mas al que no tuviere, le será quitado aun lo que parece que tiene. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores; allí será él llorar, y el crugir de dientes.

CAPITULO TERCERO.

MILAGROS DE JESUCRISTO.

Los Judíos, pueblo ignorante y grosero, juzgaban

de los prodigios á proporcion de lo estraño y maravilloso: metéoros inesperados, choque de los elementos, estruendos en el aire, trastorno de la naturaleza, y todo fenómeno de esta especie eran las únicas causas que podian hacer efecto en su mente inculta; y por esto, cuando percibian en Jesucristo su poder divino, le pedian hiciese señales en el cielo comprobantes de su mision. Pero los milagros del Mesias eran de un órden particular y de un carácter nuevo; todos eran dirigidos al bien espiritual y temporal de los hombres; al alma, perdonando los pecados, y al cuerpo, sanando sus enfermedades: de modo que mas parecian efecto de una bondad infinita, que de un poder inmenso, y mas adaptados para mover el corazon, que para sorprender el ánimo. Otra circunstancia singular de los milagros de nuestro Salvador era, que los hacia con imperio: á la voz de su mando le obedecian los demonios, desaparecian las enfermedades, los ciegos recobraban vista, los muertos salian de sus sepulcros, y lo que justamente admiraba mas á los Judíos, los pecados eran perdonados por sola su palabra. ¿Quién podrá referir todas las maravillas que hizo Jesus? El discípulo mas amado, aquel que recostado sobre el pecho de su divino Maestro conoció mas á fondo su deidad, declara al fin de su evangelio, que esto seria imposible. Por tanto se referirán aquí solamente aquellos mas notables que mencionan los Evangelistas, y de los que un Cristiano debe estar mas informado.

«cinco que he ganado de mas.» Su Señor le dijo: «Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor. Luego se llegó el que habia recibido los dos talentos, y dijo: «Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado.» Su Señor le dijo: «Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor.» Y llegando el que habia recibido un talento, dijo: «Señor, sé que eres un hombre de recia condicion, siegas en donde no sembraste, y recoges en donde no esparciste: por lo que temiendó, me fui y escondí tu talento en la tierra: he aquí tienes lo que es tuyo.» Y respondiendo su Señor, le dijo: «Siervo malo y perezoso, sabias que siego en donde no siembro, y que recojo en donde no he esparcido: tú debiste haber dado mi dinero á los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mio. Quitadle pues el talento, y dádsele al que tiene diez talentos. Porque será dado á todo el que tuviere, y tendrá mas: mas al que no tuviere, le será quitado aun lo que parece que tiene. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores; allí será él llorar, y el crugir de dientes.

CAPITULO TERCERO.

MILAGROS DE JESUCRISTO.

Los Judíos, pueblo ignorante y grosero, juzgaban

de los prodigios á proporcion de lo estraño y maravilloso: metéoros inesperados, choque de los elementos, estruendos en el aire, trastorno de la naturaleza, y todo fenómeno de esta especie eran las únicas causas que podian hacer efecto en su mente inculta; y por esto, cuando percibian en Jesucristo su poder divino, le pedian hiciese señales en el cielo comprobantes de su mision. Pero los milagros del Mesias eran de un órden particular y de un carácter nuevo; todos eran dirigidos al bien espiritual y temporal de los hombres; al alma, perdonando los pecados, y al cuerpo, sanando sus enfermedades: de modo que mas parecian efecto de una bondad infinita, que de un poder inmenso, y mas adaptados para mover el corazon, que para sorprender el ánimo. Otra circunstancia singular de los milagros de nuestro Salvador era, que los hacia con imperio: á la voz de su mando le obedecian los demonios, desaparecian las enfermedades, los ciegos recobraban vista, los muertos salian de sus sepulcros, y lo que justamente admiraba mas á los Judíos, los pecados eran perdonados por sola su palabra. ¿Quién podrá referir todas las maravillas que hizo Jesus? El discípulo mas amado, aquel que recostado sobre el pecho de su divino Maestro conoció mas á fundo su deidad, declara al fin de su evangelio, que esto seria imposible. Por tanto se referirán aquí solamente aquellos mas notables que mencionan los Evangelistas, y de los que un Cristiano debe estar mas informado.

Las Bodas de Caná.

El primer milagro que se refiere en los evangelios fué en unas bodas celebradas en Caná, pueblo de Galilea. La Virgen María se hallaba en este lugar, cuando su hijo Jesus volvia del rio Jordan; y el conocimiento de la Virgen con las familias de los desposados motivó un convite, no solo á ella mas tambien á su hijo con algunos discípulos que ya le seguian. La provision de vino tan esencial en estas fiestas parece no haber sido muy abundante en esta ocasion, pues se acabó muy pronto, y esta falta puso estremadamente inquieto al mayordomo de la funcion. María advirtió el desasosiego de los que servian, y dijo á su hijo: « El vino se les ha acabado. — ¿Qué tenemos nosotros con eso? » respondió Jesus; aun no es llegada mi hora. La Virgen llamó á los criados, y les dijo privadamente que hiciesen todo lo que su hijo les ordenase. Poco despues se levantó Jesus, y entrando en un cuarto donde habia seis tinajas pequeñas, como de tres cántaras cada una, mandó llenarlas de agua; y sacando luego un jarro lleno de una de aquellas hidrias, mandó llevarle al padrino de las bodas para que le probase. Cuando el Parainfo gustó el milagroso vino, admirado de su excelencia, dijo al novio: « Todos sirven el bueno vino primero, y despues que se ha bebido bien, dan otro inferior; pero tú has hecho lo contrario, pues has reservado este vino esquisito para el fin.

Los cinco Panes.

Una grande multitud de gente habian salido al campo á oír predicar á Jesus, y despues de haberles enseñado muchas cosas de su Padre celestial, advirtieron los discípulos que era ya muy tarde, y dijeron á su Maestro que despidiese á la multitud, para que se fueran á comer á las aldeas. Jesus habia visto la multitud, y sabia lo que habia de hacer, más para probar á Felipe, le dijo: « Busca pan y da de comer á estos. — Maestro, respondió el discípulo, ¿cómo se ha de hallar pan en este desierto? qué dinero ha de bastar para comprar el pan que necesita toda esta gente? » el número de la multitud era cinco mil hombres. Andres dijo entónces: « Aquí hay muchacho que tiene cinco panes de cebado, y dos peces: ¿mas qué es esto para tanta gente? » Jesus mandó á sus discípulos que hicieran sentar sobre la yerba á toda aquella multitud en ranchos de cincuenta en cincuenta. Acomodada toda la gente, tomó el Salvador los cinco panes, y los dos peces, alzó los ojos al cielo, los bendijo, y luego los partió y dió á sus discípulos para que los distribuyeran con los dos peces por todos los ranchos. Despues de haber comido los cinco mil hombres cuanto quisieron, dijo Jesus: « Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan. » Los discípulos hicieron como el Señor habia mandado, y llenaron doce canastos con los pedazos que habian sobrado de los cinco panes. Cuando vieron el milagro, todos quedaron admirados, y decian:

« Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo. » Y en aquel instante de admiracion intentaban aclamarle por Rey; mas Jesus, conociendo lo que meditaban, se retiró solo otra vez al monte.

En otra ocasion hizo el Señor este mismo milagro. Mas de cuatro mil hombres habian seguido á Jesus por tres dias, oyendo su predicacion: « Tengo compasion de estas gentes, dijo el Señor á sus discípulos, porque ha ya tres dias que perseveran conmigo, y no tienen que comer; no quiero despedirlos en ayunas, porque no desfallezcan en el camino. ¿ Cuántos panes teneis? — Siete, le respondiéron, y unos pocos pececillos. — Traédmelos, dijo Jesus, y haced sentar á todos. » Y habiéndolos bendecido, los mandó distribuir á la multitud, la que quedó saciada, y recogieron siete espuelas de los pedazos que sobraron. Esta maravillosa multiplicacion del pan sirvió al Señor de argumento para convencer á sus discípulos de su ignorancia. Acabado este segundo milagro se embarcáron los doce con Jesus, y no teniendo mas de un pan en el barco, empezáron los discípulos á discurrir entre sí sobre la falta de pan en el pasage, aunque este era muy inconsiderable. Conociendo Jesus su disgusto, les dijo: « ¿ Qué estais pensando sobre que no teneis pan? aun no conoceis ni entendeis? teneis todavía ciego vuestro corazon? Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿ cuántos canastos alzasteis llenos de pedazos? — Doce, le respondiéron. — Y cuando partí los siete panes entre cuatro mil, ¿ cuántas espuelas de pedazos alzasteis? — Siete le dijéron. —

¿ Y cómo es posible que no entendais todavía? añadió Jesus. » Y sus discípulos quedáron confundidos.

La Tempestad.

Estando Jesucristo en Galilea entró en un barco acompañado de sus discípulos para pasar á la otra orilla del lago de Genezaret, y recostándose se quedó dormido. A la noche se levantó una tormenta deshecha, de modo que las olas cubrian el barco poniéndole á punto de zozobrar. Los discípulos, aunque la mayor parte pescadores y acostumbrados á la navegacion, temieron ahora el inminente peligro, y fuéron temblando á despertar á su divino Maestro. Señor, le decian, sálvanos que perecemos. Jesus los reprendió por su poca fe en los peligros, y levantándose, mandó al viento y á la mar que se sosegaran, y al momento quedó la mar en bonanza. Los discípulos, arrepentidos ahora de su miedo, quedáron maravillados; y aunque ántes habian puesto toda su esperanza en la grande virtud de Jesus, quedáron pasmados con el repentino milagro y se decian unos á otros: ¿ Quién es este, á quien los vientos y la mar obedecen?

Queriendo Jesus en otra ocasion mandar á sus discípulos á Betsaida, les dió priesa á embarcarse para atravesar el mismo lago, y él se retiró á un monte para orar. Entrada la noche, arreció el viento, las olas se enfurecieron, y los Apóstoles, no teniendo ahora á Jesus cerca para que los librase, estaban á punto de desesperar. El peligro comun obligaba á todos á sacar esfuerzos, todos echáron manos á los re-

mos, y se mantuviéron toda la noche luchando contra el viento. Al amanecer, Jesus fué hácia ellos paseando sobre la mar, y pasando muy cerca del costado de la barca, se adelantó, como queriendo dejarlos atras. Cuando los discipulos viéron aquel bulto andando sobre la superficie del agua sin hundirse, imagináron que era una fantasma, y asustados con esta idea mas que con el peligro de naufragar, comenzáron á gritar de miedo. Jesus volvió la cara, y les dijo: Tened buen ánimo, yo soy, no temáis, y entón-ces fué reconocido. Pedro, que era el mas determinado de todos, y mostraba siempre grande confianza en su divino Maestro, le dijo: Señor, si tú eres, mándame ir hácia tí sobre las aguas. Jesus le respondió, ven: y bajando el discípulo del barco, andaba sobre las olas, como si fuera sobre la tierra. Ya habia Pedro caminado un buen trecho, cuando principió á sumergirse, y esta circunstancia desagradable entibió mucho su fe; su ánimo y su confianza le abandonáron en el peligro, y despavorido estendia los brazos hácia su Maestro, gritando: Señor, valedme. Jesus se acercó, y estendiendo la mano, le suspendió, diciéndole: Hombre de poca fe, ¿porqué dudaste? Entón-ces fuéron andando al barco, el viento cesó, y luego llegaron á la orilla, adonde le adoráron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios.

El Leproso.

Habiendo concluido Jesus el admirable sermón que predicó en el monte, bajó al llano acompañado de sus

discípulos y una grande multitud. Un leproso que por muchos años habia sufrido esta horrible enfermedad, se arrojó á los pies de Jesus con la firme esperanza de ser curado. Convencido del poder y gracia de Jesuscristo, hizo su humilde peticion, sin alegar mérito de su parte, ni importunar á quien suplicaba: con solo dos palabras confesó el poder del Mesias, y le interesó en su favor. Señor, dijo, si tú quieres, puedes salvarme. Una apelacion tan humilde á la bondad infinita del Salvador no podia dejar de ser atendida. Quiero, respondió Jesus, y estendiendo la mano, le tocó y dijo: Sé limpio. La lepra desapareció al momento, y el enfermo ya limpio, se retiró glorificando al Señor.

El Centurion.

Jesus siguió caminando con sus discípulos hasta llegar á Cafarnaun. Habia en esta ciudad un Oficial romano muy virtuoso y afecto á los Judíos, y teniendo á un criado suyo enfermo y casi á la muerte, puso toda su esperanza en Jesus para el alivio de su fiel siervo. El humilde Centurion, siendo Gentil, se creia indigno de presentarse al Hijo de Dios, y por esto rogó á los Ancianos de los Judíos intercediesen con el Salvador, para que sanase al paciente. Este Capitan protegía mucho á aquel pueblo, donde era Comandante militar, y les habia edificado una Sinagoga á costa suya. Los Ancianos, deseosos de mostrar su gratitud á su bienhechor, fuéron á Jesus, y se interesáron vivamente para que otorgara la peticion del pia-

doso Gentil. La virtud y buenas obras del Centurion, mas que las instancias de sus amigos, inclinaron la misericordia de Jesus, y dijo: Yo iré, y le sanaré. La confianza y alta opinion que este Gentil tenia de Jesus era admirable; informado ahora de que Jesus venia á su casa para dar salud al enfermo, le salió al encuentro y le dijo: Señor no soy digno de que entres en mi casa: te he suplicado por medio de otros, porque no siendo yo Israelita, no me creo digno de salir á buscarte; dí solo una palabra, y mi criado quedará sano. Yo soy un Oficial, y tengo soldados á mis órdenes, y digo á uno: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene, y á mi criado, digo: Haz esto, y lo hace. Mándalo tú con tu palabra, y mi criado quedará sano. Jesus quedó maravillado de la confianza del Centurion, y volviéndose á sus discípulos, les dijo: En verdad os digo, que no he hallado en todo Israel una fe tan grande. Luego volvió la cara al Centurion, y le dijo: Ve, y como creiste, así sea hecho. El Oficial volvió á su casa, y halló que el enfermo habia recobrado su salud milagrosamente, á la misma hora que Jesus lo habia mandado con su palabra.

Otro milagro semejante á este obró Jesus poco tiempo despues. Un Señor de Cafarnaun tenia un hijo muy enfermo, y sabiendo que Jesus habia vuelto de Judea á la Galilea, se puso en camino para ir á verle. Habiendo encontrado á Jesus, le rogó fuese con él á Cafarnaun, y que sanara á su hijo que estaba muriendo. Jesus le dijo: Si vosotros no veis milagros y prodigios, no creéis. El afligido padre, no dudando de

la virtud de Jesus, y temiendo la muerte de su hijo, le rogó segunda vez con mucha instancia para que viniera á su casa, ántes que su hijo muriese. Jesus le dijo entónces: Vete que tu hijo vive: El hombre creyó la palabra, y se fué. En el camino encontró á sus criados que venian á buscarle, para darle la nueva de que su hijo habia sanado repentinamente. El amo les preguntó en qué hora habia comenzado á mejorar: Ayer á las siete le dejó la fiebre, y quedó bueno; y viendo el padre que aquella fué precisamente la hora en que Jesus le habia dicho, tu hijo vive, creyó él y toda su familia, que Jesus era el Hijo de Dios.

La Muger enferma.

Una pobre muger padecia por doce años un flujo de sangre, y por mayor desgracia habia gastado cuanto tenia en médicos y boticarios, dejándola en peor estado. Animada de la mas viva fe, seguia un dia al Salvador, diciendo entre sí: si logro tocar su túnica, quedaré sana; se acercó pues á él por las espaldas, y le tocó la orla de la túnica, cesando en aquel mismo punto la enfermedad que tanto la afligia. Jesus preguntó á sus discípulos, ¿quién le habia tocado? todos se escusaron, y Pedro le dijo: La multitud de gente que te sigue, te aprieta y oprime, así no es extraño que alguno te haya tocado. Alguno me ha tocado, dijo Jesus, porque yo he conocido que ha salido virtud de mí. Creyéndose la muger descubierta, se acercó temblando, se postró á sus pies, y confesó su

atrevimiento, declarando públicamente la causa que le habia movido á tocar la vestidura, y el efecto milagroso de su sanidad. Jesus le dijo: Hija, tu fe te ha sanado, vete en paz.

Pasando Jesus un dia por el territorio de Decápolis le trajéron un sordo mudo, y sus parientes rogáron humildemente al Salvador, que le tocase con sus manos, no dudando el saludable efecto que habia de producir. Jesus le separó de entre la multitud, y le metió los dedos por las orejas, y le tocó la lengua con saliva: entónces miró al cielo y dijo: Effeta, que en lengua siríaca quiere decir: Sed abiertos. En aquel mismo instante fué abierto el oído, la lengua quedó suelta, y á la mayor admiracion de todos, comenzó á hablar muy fácilmente el que ántes no oía, ni podía articular una palabra.

El Ciego de Jericó.

Un ciego de Jericó llamado Bartimeo acostumbraba á sentarse á la entrada de la ciudad para pedir limosna. Jesus salió de Jericó, seguido como siempre de una gran multitud, é informado Bartimeo que el Nazareno pasaba junto á él, comenzó á gritar, diciendo: Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí. Jesus se paró y mandó llamar al ciego: informado este de que Jesus le llamaba, no dudó de recobrar la vista, y lleno de alegría con esta esperanza, arrojó la capa, y fué corriendo hácia donde le parecia estaba el Hijo de David. ¿Qué quieres que te haga? le preguntó Jesus. Bartimeo, lleno de fe, respondió al ins-

fante: Maestro, que vea. Jesus le dijo entónces: Ve, tu fe te ha dado la vista. El ciego vió, y fué siguiendo al Hijo de David, y glorificando al Dios de Israel.

El Ciego de nacimiento.

Los obstinados Judíos no querian abrir sus ojos á vista de tantas maravillas, y confesar que Jesus de Nazaret era el Mesias prometido. Un dia salió Jesus de Jerusalem, huyendo de la ira de este ingrato pueblo, y en el camino vió á un hombre ciego de nacimiento. Los discípulos, deseosos de instruirse sobre la Providencia de Dios, le preguntáron: Maestro, ¿quién pecó, este ó sus padres, para haber nacido ciego? Jesus respondió: Ni este pecó ni sus padres: esto ha sido hecho, para que se manifiesten en él las obras de Dios. Es necesario que yo haga las obras de aquel que me envió, mientras es de dia: vendrá la noche cuando nadie podrá obrar: mientras que estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo. Entónces mezcló un poco de polvo con saliva, y con este lodo unció con el dedo los ojos del ciego, y le dijo: Ve y lávate en la piscina de Siloe. El ciego hizo como Jesus le ordenó, y cobró la vista. El ruido de este milagro confundia á los Fariseos, y no dándole crédito, llamáron á los padres del ciego, y les preguntáron: ¿Es este vuestro hijo, el que decís que nació ciego? Preguntad á él, quien le ha abierto los ojos; edad tiene, que hable él por sí mismo. Esto dijéron los padres del ciego, porque temian á los Fariseos, los cuales habian acordado, que si algun Judío confesase á Jesus

por Cristo, fuese echado de la sinagoga. Luego hicieron traer al ciego á su presencia, y le dijéron: Da gracias solo á Dios por haberte dado vista; porque este hombre que te puso lodo en los ojos en un día de sábadó, es un pecador. Si es pecador, respondió, no lo sé: una sola cosa sé yo, que habiendo sido ciego ántes, ahora veo. Sabemos que Dios no oye á los pecadores; ni fué oído jamas, que alguno diese vista á un ciego de nacimiento: si este hombre no fuera Dios, no podria hacer estas maravillas. ¿Tú, pecador, te atreves á enseñarnos? dijéron los Fariseos, y luego le echáron de su presencia. Sabido por Jesus que le habian arrojado de la Sinagoga, le llamó despues, y le preguntó: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? ¿Quién es, Señor, respondió, para que crea en él? Jesus le dijo: Tú le has visto, y es el mismo que te habla. Creo, Señor, dijo él, y postrándose, le adoró.

Energúmenos.

Una de las bendiciones que Dios no ha dispensado en la piadosa redencion del mundo, es la sujecion del enemigo universal de los hombres. El Señor, en los altos juicios de su divina Providencia, habia permitido á los demonios ejercer su tiranía sobre los cuerpos y almas de los hombres, aunque este poder no se estendia á quitar la vida á los atormentados. El antiguo, así como tambien el nuevo Testamento, nos dá una idea espantosa de este poder de Satanas, en los muchos endemoniados que curó nuestro Salvador. El

Evangelista San Márcos describió uno de estos milagros con mucha particularidad.

Despues que Jesus habia mostrado á sus discípulos el poder que tenia sobre el viento y la mar, cuando la barca en que navegaban estaba á punto de zozobrar, quiso mostrarles tambien el imperio que tenia sobre el príncipe de las tinieblas, luego que desembarcáron en el territorio de los Gerasenos. Un hombre poseido de un espíritu inmundo habitaba entre los sepulcros de un cementerio, de donde salia frecuentemente á vagar por los montes inmediatos, dando tristes alaridos, y cuando se acercaba á los pueblos, alarmaba terriblemente á los habitantes de aquel pais. En vano le habian atado muchas veces con grillos y cadenas; el espíritu infernal que le poseia, le prestaba fuerzas para romper las cadenas, y despedazar los grillos. Luego que este endemoniado vió desde léjos á Jesus salir de la barca, fué corriendo á encontrarle, y llegando á él, le adoró. Jesus mandó al demonio salir de aquel hombre; esta órden imperiosa era un tormento insoportable al orgulloso príncipe de los abismos, y dando un fuerte grito, dijo: ¿Qué tengo yo que hacer contigo, Jesus Hijo de! altísimo? te conjuro por Dios que no me atormentes. Jesus le preguntó: ¿Cuál es tu nombre? y el espíritu respondió: Mi nombre es legion, porque somos muchos; y te rogamos no nos arrojes de esta tierra; envíanos á esa piara de puercos, que están paciendo ahí, para que entremos en ellos. Jesus les otorgó al punto la estraña peticion; y saliendo toda la legion de espíritus inmundos del

aflicto hombre, se entraron en los puercos. Los animales, furiosos con tan nociva compañía, corrieron con grande ímpetu, y se precipitaron al mar; prefiriendo el ahogarse al vivir oprimidos por aquellos huéspedes infernales. Atónitos los porqueros con la repentina destruccion de todos los dos mil puercos puestos á su cuidado, huyeron á la ciudad, y contaban á todos lo que habia sucedido en el campo. La noticia de este suceso trajo mucha gente á ver á Jesus, y quedaron admirados al hallar al hombre, que tanto tiempo habia estado bajo el poder de los demonios, sentado pacíficamente á los pies de Jesus, en su juicio cabal. Agradecido aquel hombre infeliz al milagro que el Salvador le habia hecho, librándole de tan horrible situacion, le pedia permiso para quedarse con él; pero Jesus no se lo concedió, y solo le dijo: Vete á tu casa con tus parientes, y cuéntales la maravilla que te ha hecho el Señor, y la misericordia que ha usado contigo.

En otra ocasion trajeron un jóven poseido de un espíritu inmundo, y no estando Jesus presente, rogaron los padres del jóven á los discipulos del Señor; que le curaran. Estos hicieron quanto les pareció conveniente, mas no pudieron lanzarle del cuerpo de su posesion; lo que ocasionó una grande altercacion entre ellos y los escribas de la ley que se hallaban presentes. Jesus llegó á este tiempo, é informado de todo, mandó traer á su presencia al obstinado energúmeno: el espíritu comenzó luego á atormentar al jó-

ven, arrojándole por la tierra, y revolcándole horrosamente. Jesus preguntó al padre del mozo, ¿cuánto tiempo habia que el espíritu le atormentaba? Desde la infancia, respondió; y unas veces le precipita contra la tierra, le hace echar espumarajos por la boca, y crugir los dientes: otras le arroja al fuego ó al agua, que parece le va á matar. Apiádate, Señor, de nosotros, y librate de este cruel tormento, si pudieses hacerlo. Jesus le dijo: Si tu puedes creerlo, todas las cosas son posibles al que cree. Sí lo creo, Señor, respondió el padre llorando. Jesus amenazó luego al espíritu, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de él, y no vuelvas á entrar en su cuerpo. El demonio entónces, dando grandes alaridos y maltratándole mucho, salió, quedando el jóven como muerto. Jesus le tomó por la mano, y se levantó bueno y sano.

Caminando Jesus de Genesar hácia las provincias de Tiro y de Sidon, le salió al encuentro una muger cananea, y con grande fervor le rogaba: Señor, Hijo de David, ten piedad de mí; y sana á mi hija que está cruelmente atormentada del demonio. Jesus seguía su camino sin escucharla, pero resuelta la desconsolada madre, aunque de una raza idólatra, á participar por fuerza de las gracias destinadas al pueblo de Dios, no cesaba de importunar á Jesus, siguiéndole y reiterando su súplica. Los discipulos, viendo que la muger no cesaba de clamar, rogaban á Jesus le concediera su peticion. No soy enviado, les respon-

dió el Maestro celestial, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Animada ahora la pobre muger con la parte que los discípulos habian tomado á su favor, se acercó á Jesus, y postrada á sus pies, dijo: Señor, valedme. El Salvador se volvió hácia ella, diciendo: No es bien tomar el pan de los hijos, y echarle á los perros. La Cananea redarguyó oportunamente, y sin ofenderse de las palabras de Jesus, dijo: así es, Señor; pero los perrillos tambien comen de las migajas que sobran en la mesa de sus dueños. Jesus, Salvador no solo de Israel mas tambien de los Gentiles, solo habia querido probar la fe de la Cananea; y viéndola ahora acrisolada, le respondió: O muger, grande es tu fe, hágase contigo como quieres. En aquel momento se retiró la firme Cananea, y halló á su hija libre del espíritu maligno que le atormentaba.

El Paralítico de la Piscina.

Habia en Jerusalem, cerca del templo un estanque pequeño de agua adornado con cinco pórticos, llamado Piscina. Los Judfos tenian grande veneracion á este lugar, porque un Angel del Señor descendia en cierto tiempo á la Piscina, y se movia el agua. Por la virtud que el Angel le comunicaba, el primer enfermo que entraba en la Piscina, despues del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. La gracia era para un solo individuo, y los aspirantes á aquella gracia eran muchísimos; y siendo la virtud concedida desde lo alto indistintamente, los

medios para lograrla estaban dejados á los hombres. Así pues, el enfermo que tenia mas fuerte protector, aunque no fuera el mas benemérito, era el único que alcanzaba la sanidad. Habiendo venido Jesus á Jerusalem en el tiempo de la fiesta, fué hácia la Piscina, y entre la grande multitud de enfermos, ciegos, cojos paralíticos, que esperaban el movimiento de las aguas, habia un perlático con treinta y ocho años de enfermedad, sin haber podido en tanto tiempo conseguir la saludable prioridad. Este enfermo, postrado allí en su lecho, era verdaderamente infeliz, y por su falta de proteccion humana fué ahora objeto de la divina. Jesus se acercó á él, y le dijo: ¿Quieres ser sano? El paralítico, no sabiendo quien le hablaba, respondió en tono muy afligido: Señor, no tengo un bienhechor que me entre en la Piscina, luego que el agua es revuelta: porque entretanto que yo me acerco y pido ayuda, ya han entrado á otro enfermo. Movido Jesus por la justa afliccion del pobre tullido, le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda: el enfermo sin dudar un momento, se levantó, tomó al hombro su cama, y se fué á casa. Creyendo algunos Judfos que le vieron caminar con la cama al hombro, que era algun mandadero, le riñeron por profanar el sábado con trabajo, mas él les respondió: Por treinta y ocho años he estado impedido sin poder sanar; y ahora me dijo un hombre en el pórtico de la Piscina: Levántate, toma tu lecho, y anda; yo me levanté sano, y llevo ahora mi cama á casa. ¿Quién es ese hombre que te ha sanado? le preguntáron; pero él se fué sin poder

dar razon. Despues de algunos dias, Jesus le vió en el templo, y llegándose á él le dijo: Cuidado que ya estás sano; no vuelvas á pecar, no te suceda otra cosa peor. Entónces conoció el hombre que debia su salud á Jesus.

El Paralítico de Cafarnaun.

Los milagros que Jesus habia obrado en Cafarnaun habian excitado tanto la fe de aquellos habitantes, que le traian todos los enfermos de la ciudad para que los curase. Un dia fué tan crecido el número de gente que habia venido á la casa donde estaba Jesus hospedado, que no era posible llegarse á la puerta: á este tiempo viniéron cuatro hombres trayendo suspendido á un paralítico en su lecho, y viendo la dificultad de poder poner delante del Señor al enfermo, subiéron al techo de la casa, y por una grande abertura que hicieron en él, descolgarón dentro del cuarto la cama en que yacia el paralítico: Hijo, tus pecados son perdonados. Algunos Escribas, que habian venido á observar las acciones de Jesus, oyéndole declarar el perdón de los pecados, murmuraban en su interior y se decian á sí mismos: Este hombre blasfema: ¿quién puede perdonar pecados, sino solo Dios? Jesus conoció en su espíritu lo que los incrédulos Escribas sentian en su interior, y les dijo: ¿Porqué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es mas fácil, decir á este paralítico: Perdonados te son tus pecados; ó decirle: Levántate, toma tu camilla, y anda? Para que sepáis pues, que el Hijo del hombre tiene en la tierra potes-

tad de perdonar pecados, dijo entónces al paralítico: Levántate, toma tu camilla y vete á tu casa. El enfermo se levantó al punto, y tomando al hombro su camilla, se fué á vista de todos sano del cuerpo, y á los ojos de Dios limpio de pecados. Los Escribas y todo el pueblo que estaba allí quedáron maravillados, confesando que nunca habian visto tales prodigios.

La Muger adúltera.

Jesus estaba en otra ocasion predicando al pueblo en el templo, cuando entráron los Escribas y Fariseos con una muger á quien habian sorprendido en adulterio, y la pusieron en medio. Uno de ellos dirigió la palabra á Jesus, y dijo: Maestro, esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio; la ley de Moises manda apedrear á estas tales. ¿Qué, dices tú, se deberá hacer con ella? Los astutos doctores querian tentar á Jesus, para acusarle si se oponia á la Ley; y penetrando el Hijo de Dios la intencion inicua de los Escribas, se inclinó, escribió con el dedo algunas palabras en el suelo, y enderezándose despues, les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado tire contra ella la primera piedra. Esta inesperada respuesta y el testimonio de sus malas conciencias turbó tanto á los Escribas y Fariseos, que llenos de confusion, se fué cada uno por su lado dejando sola á la muger. Jesus dijo entónces: Muger, ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió ella. Ni yo tampoco te condenaré, añadió Jesus: Vete, y no vuelvas á pecar.

Maria Magdalena.

Como los Judíos no creían la divinidad de Jesucristo, se escandalizaban mucho cuando le oían perdonar pecados, aunque el Salvador les mostraba su divino poder con razones y prodigios. Un Fariseo de Nain, que había observado la conducta irreprochable de Jesús, y las maravillas que obraba, había cobrado mucha afición á su persona, y un día le instó vivamente fuese á comer con él. Jesús fué á casa del Fariseo, que se llamaba Simon; este le recibió con mucha atención, y llegada la hora, se sentaron á la mesa. Había en aquella ciudad una muger pública llamada María, la cual habiendo oído los prodigios que Jesús hacía por todas partes, no dudaba que era el Mesías prometido para la salvación de Israel. Sabiendo ahora que Jesús estaba en casa de Simon el Fariseo, tomó un vaso de alabastro, le llenó de unguento precioso, y arrepentida de su vida meretricia, fué á casa del Fariseo á implorar gracia á los pies del Salvador. Luego que entró en la sala, y distinguió á Jesús entre los que estaban sentados á la mesa, se puso á sus pies, los ungió con el unguento precioso, los enjugaba luego con sus cabellos, y derramando lágrimas, los besaba con devoción. El Fariseo observaba la reverencia con que la muger ungió los pies de Jesús, y sabiendo que era una notoria pecadora, decía entre sí: Si este hombre fuera Profeta, sabría quién, y qué especie de muger es esta que le toca á los pies. Jesús penetró el interior del Fariseo, y le dijo: Si-

mon, quiero proponerte una cuestión. Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos reales de plata, y el otro le debía solo cincuenta: no teniendo ninguno de los dos como pagarle, perdonó á entrambos. ¿Dime pues, á cuál de los dos amaba mas? Simon respondió: Pienso que amaba mas á aquel, á quien mas perdonó. Jesús le dijo entónces: Haz juzgado rectamente. ¿Ves Simon á este muger? Yo entré en tu casa, y no me diste agua para los pies: mas esta con sus lágrimas ha regado mis pies, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso: mas esta desde que entró no ha cesado de besarme los pies. No ungió mi cabeza con oleo: mas esta ha ungió mis pies con unguento precioso. Por lo cual te digo: Que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho. Mas al que ménos ama, ménos se le perdona. Y volviéndose luego á la muger, le dijo: Tus pecados te son perdonados. Los otros que estaban á la mesa decían entre sí: ¿Quién es este que perdona hasta los pecados? Jesús añadió: Muger, tu fe te ha hecho salva; vete en paz.

El Hijo de la Viuda.

Llegando Jesús á las puertas de la ciudad de Nain en la provincia de Judea, vió que sacaban á un difunto con grande acompañamiento para enterrarle en el cementerio que estaba fuera del pueblo. Era un jóven, hijo único de una viuda, la que anegada en lágrimas, seguía la fúnebre procesion. Luego que vió Jesús á la desconsolada madre, se movió á compasión, y llegán-

dose á ella, le dijo : No llores. La triste madre, ignorando que era el Hijo de Dios quien le decia, no llores; consideró esta corta espresion, como un vano consuelo en la irremediable pérdida de su amado hijo; por lo que no respondió, y continuaba en su llanto lastimoso. Jesus entre tanto se acercó al féretro, hizo parar á los que le llevaban, y mirando al yerto cadáver, levantó la voz, diciendo : Mancebo, á tí te digo, levántate. Como si despertara de un profundo sueño, se levantó el jóven á la voz del Hijo de Dios y comenzó á hablar. La madre recobró á su hijo, y todo el acompañamiento, pasmado con un milagro tan patente, glorificaban á Dios y decian : Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros ; Dios ha visitado á su pueblo.

La Hija de Jairo.

Cuando Jesus salió de Decápolis, y atravesó el lago de Genesaret vino á verle Jairo, Príncipe de la sinagoga. Este piadoso Judío tenia una hija de doce años, la que desahuciada por los médicos, quedaba cercana á la muerte. Luego que el afligido padre llegó á presencia de Jesus se postró á sus pies, y lleno de fe le dijo : Mi amada hija está en los últimos momentos de su vida ; ven, Señor, á poner lo mano sobre ella, para que sane y viva. Jesus tuvo compasion, y acompañado solamente de Pedro, Santiago y Juan partieron para casa de Jairo. Los criados venian con la triste noticia de la muerte de la niña, y encontrándose con su amo en el camino, le dijéron : Señor, no mo-

lestes mas al Maestro, porque tu hija es muerta. Cuando Jesus oyó la relacion de los criados, miró á Jairo, y le dijo : No temas; ten fe. Luego que llegaron á la casa, oyéron grandes gritos de dolor que daban los parientes, y la música de flautas segun la costumbre del pais. Jesus entró y dijo : ¿ Porqué haceis tanto ruido? porqué estais llorando? La muchacha no está muerta, sino que duerme. Los que estaban presentes, ciertos en que la muchacha no vivia, se mofaban de aquella especie de sueño. Jesus echó fuera de la casa á todos los que estaban allí, y entrando con el padre y la madre de la niña al cuarto donde yacia, le agarró una mano, y le dijo : Muchacha, á tí te digo, levántate. Apénas el Hijo de Dios pronunció estas palabras, la muchacha se levantó, y comenzó á andar; y maravillados todos glorificaban á Dios.

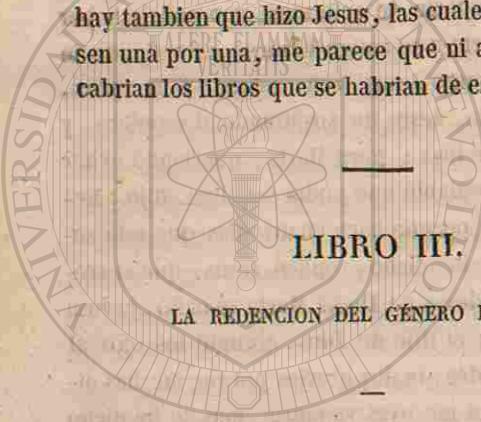
Resurreccion de Lázaro.

Habia en la ciudad de Betania una familia que por sus virtudes habia merecido el amor de Jesus. Lázaro, el principal de aquella casa, se enfermó y murió. María y Marta, sus hermanas, enviaron á decir á Jesus cuando el hermano se enfermó : Señor, aquel á quien tanto amabas, está enfermo. Jesus respondió : Esta enfermedad no es para muerte sino para gloria de Dios á fin que su Hijo sea glorificado con ella. Entónces dijo á sus discípulos : Volvamos á Judea. Maestro, le respondiéron : Acabamos de venir huyendo porque los Judíos querian apedrearte, ¿ y quieres volver otra vez allá? Jesus dijo : El que anda de dia,

no tropieza, porque ve la luz del mundo; pero el que anda de noche tropieza, porque le falta la luz. Lázaro nuestro amigo duerme, y yo voy á despertarle del sueño. No creyendo los discípulos que esta era la causa suficiente para esponerse á ser apedreados, le respondieron: Maestro, si Lázaro duerme, dejémosle, que él mismo despertará. Jesus les dijo ahora abiertamente: Lázaro es muerto, y yo voy á resucitarle: me alegro por vosotros mismos de no haber estado allí, para que creais; vamos pues á su casa. Tomás, cuya fe no fué confirmada hasta despues de la resurreccion de su divino Maestro, dijo á sus compañeros: Vamos tambien nosotros á morir con él. Jesus llegó á Betania, cuatro dias despues de haber puesto á Lázaro en el sepulcro. Luego que Marta supo la venida del Maestro, salió á recibirle, y le dijo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habria muerto. Tu hermano resucitará, le respondió Jesus. Bien sé, dijo Marta dando un suspiro, que mi hermano resucitará en el dia del juicio final. El Salvador dijo entónces: Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamas: ¿crees esto? Sí, Señor, respondió Marta; yo he creído, que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. Dicho esto fué á la sala donde estaba María, y le dijo: El Maestro acaba de llegar y te llama. María se levantó al momento, y salió apresurada á saludar á Jesus; creyendo aquellos que habian venido á consolar á las doloridas hermanas, que iba á llorar

junto al sepulcro, la siguiéron. Anegada en lágrimas la afligida María, se postró á los pies de Jesus, diciendo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habria muerto. Cuando Jesus vió á María y á todos los que le rodeaban llorando, se conmovió y lloró tambien. Los Judíos, observando el tierno afecto que el Salvador tenia al difunto, decian entre sí: Este que ha dado vista á ciegos, y que ha curado con sola su palabra toda especie de enfermos, ¿no podria haber evitado la muerte á su amigo Lázaro? ¿En dónde le pusisteis? preguntó Jesus. Ven, Señor, y le verás, respondió María. Jesus fué suspirando al sepulcro, y mandó alzar la losa; pero Marta, queriendo evitar el efecto desagradable que podia seguirse, dijo: Señor, ya hiede, porque hace cuatro dias que está sepultado. ¿No te he dicho, replicó Jesus, que si creyeres verás la gloria de Dios? Marta se calló, la losa fué removida, y el Hijo de Dios, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has oido. Yo sé que tú me oyes siempre, mas lo he dicho por el pueblo que está aquí presente, á fin de que crean, que tú me has enviado. Concluida esta fervorosa oracion, gritó Jesus en alta voz, diciendo: Lázaro, ven afuera. A la voz del Hijo de Dios, el que estaba muerto y sepultado despues de cuatro dias salió del sepulcro con los pies y manos atados con vendas, y envuelta la cabeza con una servilleta. Jesus mandó desatarle las ligaduras, y Lázaro volvió á su casa. Los Judíos que habian venido á consolar las hermanas de Lázaro, así como todos los que supiéron este milagro,

maravilloso por excelencia, quedaban atónitos, y se hallaban como obligados á confesar el poder sobrenatural de Jesus: los mas obstinados se retiraban confusos, pero los mas dóciles creían, y glorificaban á Dios en su Hijo. Cada paso que daba Jesus era marcado con un prodigio; los cuatro Evangelios están llenos de ellos, y San Juan concluye el suyo con un hiperbole en su estilo elevado: «Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesus, las cuales, si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrian los libros que se habrian de escribir.»



LIBRO III.

LA REDENCION DEL GÉNERO HUMANO.

CAPITULO PRIMERO.

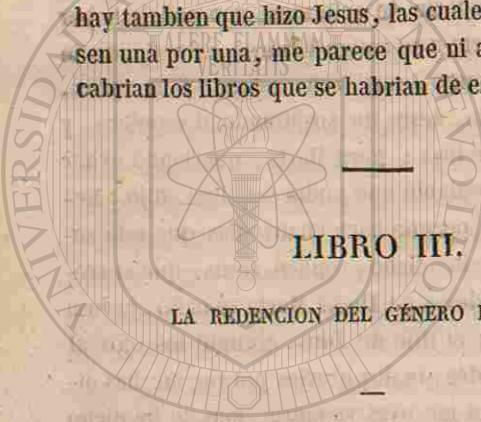
ULTIMO VIAGE DE JESUS A JERUSALEN.

El tiempo fijado por el Eterno Padre para efectuar la redencion del género humano se iba acercando: la septuagésima semana profetizada por Daniel quinientos años ántes, y dentro de la cual habia de morir el Cristo, negado por su pueblo, habia ya corrido la mitad: el tercer año de la predicacion del Hijo de Dios

vivo sobre la tierra se acababa, y el tiempo en que se habian de verificar todas las circunstancias de la pasion y muerte del Cristo, tan claramente anunciadas por Isaias, habia llegado, cuando el Salvador del mundo salió de la ciudad de Efen, junto al desierto, con direccion á Jerusalem, para consumir la grande obra de la redencion. Durante el curso de su predicacion, Jesus habia subido constantemente á Sion para celebrar las fiestas ordenadas por la Ley; habia enseñado en el templo y en el pórtico; habia confundido á los Escribas y Fariseos con sus discursos; y se habia librado de la furia de los Judíos que le quisieron matar muchas veces, porque no habia venido todavía su tiempo para entregarse á la venganza de la siempre rebelde nacion judáica.

Luego que Jesus se puso en camino con sus discipulos, les dijo: Ved aquí, que vamos á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribiéron los Profetas del Hijo del hombre. Porque será entregado á los Gentiles, y será escarnecido, azotado y escupido: y despues que le azotaren, le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia. Jesus anunciaba claramente á los Apóstoles su pasion y muerte para que no se escandalizaran cuando llegara la hora, y al mismo tiempo les declaraba su resurreccion para que esperasen firmes las promesas. A este tiempo se llegó á Jesus la madre de Santiago y de Juan, hijos del Zebedeo, y llamando á sus dos hijos, se postró con ellos á los pies de Jesus para hacerle una peticion. Jesus les preguntó: ¿Qué quereis que os haga? Señor, dijo la madre,

maravilloso por excelencia, quedaban atónitos, y se hallaban como obligados á confesar el poder sobrenatural de Jesus: los mas obstinados se retiraban confusos, pero los mas dóciles creían, y glorificaban á Dios en su Hijo. Cada paso que daba Jesus era marcado con un prodigio; los cuatro Evangelios están llenos de ellos, y San Juan concluye el suyo con un hiperbole en su estilo elevado: «Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesus, las cuales, si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrian los libros que se habrian de escribir.»



LIBRO III.

LA REDENCION DEL GÉNERO HUMANO.

CAPITULO PRIMERO.

ULTIMO VIAGE DE JESUS A JERUSALEN.

El tiempo fijado por el Eterno Padre para efectuar la redencion del género humano se iba acercando: la septuagésima semana profetizada por Daniel quinientos años ántes, y dentro de la cual habia de morir el Cristo, negado por su pueblo, habia ya corrido la mitad: el tercer año de la predicacion del Hijo de Dios

vivo sobre la tierra se acababa, y el tiempo en que se habian de verificar todas las circunstancias de la pasion y muerte del Cristo, tan claramente anunciadas por Isaias, habia llegado, cuando el Salvador del mundo salió de la ciudad de Efen, junto al desierto, con direccion á Jerusalem, para consumir la grande obra de la redencion. Durante el curso de su predicacion, Jesus habia subido constantemente á Sion para celebrar las fiestas ordenadas por la Ley; habia enseñado en el templo y en el pórtico; habia confundido á los Escribas y Fariseos con sus discursos; y se habia librado de la furia de los Judíos que le quisieron matar muchas veces, porque no habia venido todavía su tiempo para entregarse á la venganza de la siempre rebelde nacion judáica.

Luego que Jesus se puso en camino con sus discipulos, les dijo: Ved aquí, que vamos á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribiéron los Profetas del Hijo del hombre. Porque será entregado á los Gentiles, y será escarnecido, azotado y escupido: y despues que le azotaren, le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia. Jesus anunciaba claramente á los Apóstoles su pasion y muerte para que no se escandalizaran cuando llegara la hora, y al mismo tiempo les declaraba su resurreccion para que esperasen firmes las promesas. A este tiempo se llegó á Jesus la madre de Santiago y de Juan, hijos del Zebedeo, y llamando á sus dos hijos, se postró con ellos á los pies de Jesus para hacerle una peticion. Jesus les preguntó: ¿Qué quereis que os haga? Señor, dijo la madre,

pido que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno á tu derecha y el otro á tu izquierda. Jesus les respondió : No sabeis lo que pedis. Solicita la Zebedea por la felicidad de sus hijos se excedió en sus deseos. Ella tenia razon para pedir , pero fué immoderada en su peticion. Una anciana madre , religiosa , fiel y creyente , separada de sus dos solos hijos , los que á la primera voz del Señor habian abandonado las redes para seguirle , queria tener el contento , ántes de morir , de asegurar la felicidad eterna de sus hijos amados ; y como las entrañas maternas no tienen término para amar , así tampoco tienen término para desear bien á sus hijos. La Zebedea erró en la medida de su peticion , pero fué un error de piedad ; se mostró avara , pero era una codicia perdonable ; no pedía riquezas , no pedía honores , gracia era todo lo que pedía ; ni pedía para sí sino para sus hijos : error de madre pero de una especie excusable. Jesus , mirando á los hijos de la suplicante , dijo : ¿ Podeis beber el cáliz que yo bebo ? ó ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado ? Ellos respondieron : Podemos. Vosotros en verdad , les dijo Jesus , beberéis el cáliz que yo bebo ; y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado ; mas sentarse á mi diestra , ó á mi siniestra , no me pertenece á mi darlo á vosotros , sino á los que está preparado por mi Padre. Los otros diez Apóstoles se disgustaron con Santiago y con Juan culpándolos de ambiciosos , y llamándolos Jesus les dijo : Sabeis que los principes de las gentes avasallan á sus pueblos , y que los que son

mayores ejercen potestad sobre ellos : mas no será así entre vosotros ; ántes el que quisiere ser mayor , será vuestro criado ; y el que quisiere ser el primero entre vosotros , será siervo de todos. Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido , sino para servir , y dar su vida en redencion por muchos.

Zaqueo.

Jesus prosiguió su camino á Jerusalem seguido de una grande multitud , y adonde quiera que llegaba salian las gentes en tropel para verle. Dos habitantes de Jericó , noticiosos de la venida de Jesus , salieron al camino , no para obsequiarle sino por curiosidad : un Publicano era el solo creyente entre la multitud , y este no pertenecía á Israel. Zaqueo , gefe nombrado por los Romanos de los exactores de los tributos , no era Judío , no habia visto nunca á Jesus , pero habia oido la inocencia de su vida , la santidad de su doctrina , la fama de sus milagros. Zaqueo era Cristiano en el deseo , Cristiano en el corazon , mas no habia hallado todavía la puerta para entrar al gremio de los fieles y escogidos. Sabiendo ahora que Jesus venia á Jericó , salió al camino para verle : pero la muchedumbre era grande , y Zaqueo era muy pequeño de estatura : el cuerpo no le ayudaba para satisfacer su piadoso deseo , y buscaba medios para superar este impedimento : él consideró que el que está muy apegado á la tierra no puede ver á Jesus , y quiso aproximarse mas al cielo para poder ver al Salvador. Zaqueo se separó del tropel de los hombres , se adelantó

en el camino, y se subió á una higuera, seguro de ver desde allí á Jesus porque habia de pasar cerca. Zaqueo deseaba ver á Jesus, y el que desea ama al objeto de su deseo; para hacerse digno de lo que deseaba, se separa del bullicio y se eleva sobre la turba. Cuando el Salvador llegó á aquel parage alzó los ojos, vió á Zaqueo, penetró su corazon, y premió su deseo. Zaqueo, dijo Jesus, desciende pronto porque es menester que me hospede hoy en tu casa. Escogido el Publicano entre millares, descendió apresurado y acompañó á Jesus muy gozoso á su casa. El pueblo quedó muy sorprendido al ver la distincion que Jesus habia hecho de Zaqueo, y murmuraban de que se hospedase en casa de un pecador. ¡Estraño carácter de los Judíos! ellos veian y no creian, se admiraban y no se convertian: murmuraban de Jesus porque sus discípulos no se lavaban las manos para comer pan, murmuraban de Jesus porque daba vista á ciegos en el dia de Sábado, murmuraban porque perdonaba pecados, murmuraban porque se hospedaba en casa de un Publicano; confesaban que Jesus era un gran Profeta, y le aborrecian cuando les declaraba que era el Mesias enviado por el Padre para la redencion de Israel. Luego que Jesus llegó á casa de Zaqueo, manifestó este Gentil la fe sincera que le animaba; aunque pecador en la estimacion de los Judíos, Zaqueo era un hombre virtuoso, enemigo de la injusticia y estorsion, y dispuesto á renunciar todo para seguir al Salvador. Señor, le dijo postrándose á sus pies, la mitad de cuanto tengo daré á los pobres, y si en algo

he defraudado á alguno le volveré cuatro veces mas. Zaqueo conocia la justicia, no queria dar todo á los pobres por temor de dar también lo ageno, y quiere reservar la mitad para resarcir con el cuádruplo, el daño que en su peligroso empleo pudierainvoluntariamente haber causado. Jesus aprobó el sincero arrepentimiento del Publicano y su desprendimiento de las riquezas: Hoy ha venido la salud á esta casa, dijo el Salvador, porque este tambien es hijo de Abraham: pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que habia percido.

De Jericó partió Jesus para Betania, adonde llegó seis dias ántes de la Pascua. Este era el pueblo de Lázaro donde el Salvador le habia resucitado del sepulcro cuatro dias despues la muerte. Lázaro con sus dos hermanas le recibieron con las mayores demostraciones de alegría y agradecimiento, y le prepararon una cena en casa de un amigo de ellos llamado Simon, por ser mas cómoda su casa. Lázaro tomó asiento en la mesa con Jesus y sus Apóstoles, y Marta servia á los convidados. María, quien en todas las visitas que Jesus habia hecho en su casa se habia distinguido por su amor y atencion al divino Maestro, resolvió en esta ocasion dar una prueba grande de lo mucho que estimaba al Salvador. Compró una libra de unguento de nardo puro de gran precio, y entrando en la sala del convite fué derecha á donde estaba Jesus, le ungió los pies con el precioso unguento y los enjugó con sus cabellos, quedando la casa llena de olor. El avaro y traidor Judas Iscariotes, murmu-

rando con pretexto de desperdicio, dijo : ¿Porqué no se ha vendido este unguento por trecientos reales de plata, y no se ha dado á los pobres? Siendo la pureza del corazon de Maria manifiesta á Jesus, recomendó aquel obsequio generoso, diciendo : Dejadla ; ¿porqué la molestais? una buena obra ha hecho conmigo. Porque siempre teneis pobres con vosotros y podréis hacerlo cuando quisiéreis, mas á mí no siempre me teneis. Ella ha hecho lo que ha podido, y se ha adelantado á ungrir mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que donde quiera fuere predicado este evangelio por todo el mundo, tambien lo que esta ha hecho será contado en memoria y alabanza suya.

El rumor de que Jesus estaba en Betania llegó pronto á Jerusalem, y alarmados los Pontífices y Fariseos con las maravillas obradas por Jesus, el obsequio que le hacian, y la multitud que le seguia, convocáron en concilio á todos los príncipes de los sacerdotes, para deliberar sobre las medidas que debian tomar contra Jesus. ¿Qué harémos, decian, porque este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en él : vendrán los Romanos y arruinarán nuestra ciudad y toda la nacion. Estos obcecados consejeros temian perder los bienes temporales, sin consultar sobre la salvacion y vida eterna, y en pena de su ceguedad perdiéron esta, y al mismo tiempo quedáron privados de aquellos. Caifas, sumo Pontífice aquel año, les dijo : ¿No sabeis que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca? Caifas, dando este consejo á los Judíos, di-

jo mas de lo que él entendia, y sin pensar profetizó en calidad de sumo Pontífice, que Jesus habia de morir por la nacion; y no solo por la nacion, mas tambien para juntar en un cuerpo á todos los hijos de Dios que estaban dispersos. Otros, viendo tan manifiesto el milagro de la resurreccion de Lázaro, que ni se podia ocultar ni se podia negar, juzgaban conveniente matar á Lázaro. ¡Necio arbitrio! ceguedad cruel! Estos insensatos no veian que si Jesucristo podia resucitar á Lázaro muerto de muerte natural, tambien le podria resucitar muerto de muerte violenta : pues la muerte de Lázaro no podia privar á Jesus de aquel poder sobrenatural, que estos inicuos temian, y que no se atrevian á negar. Los sacerdotes se separáron sin resolver, aguardando ocasion y pretexto para acriminar al Hijo de Dios.

Entrada de Jesus en Jerusalem.

Jesus salió de Betania para Jerusalem, y cuando llegó á Betfage, aldea cerca de la ciudad, envió dos discípulos, diciéndoles : Id á esa aldea que está frente de vosotros, y luego hallaréis un pollino atado, sobre el que no ha subido todavía ningun hombre; y si alguno os dijere alguna cosa, respondedle que el Señor le ha menester, y luego os dejará traerle acá. Los dos discípulos fuéron y halláron el pollino atado, le desatáron y sin oposicion del dueño le trajéron á Jesus; asíse iba á cumplir lo que Zacarias habia profetizado : « Regocíjate mucho, hija de Sion; canta, hija de Jerusalem ; mira que tu Rey vendrá á ti Justo y Salva-

dor; él vendrá pobre, y sentado sobre un pollino hijo de asna. » Los discípulos doblaron sus capas, las pusieron sobre el pollino y Jesus montó en él. Jerusalem á este tiempo estaba llena de gentes que habian venido á la fiesta, y cuando supieron que Jesus bajaba del monte del Olivar para entrar en la ciudad, se prepararon para recibirle en triunfo, unos con ramos de oliva, otros con ramos de palma que esparcian por el camino, mientras que otros tendian sus capas por el parage que habia de pasar el Salvador, gritando todos: Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor. Bendito el reino de nuestro padre David. El Rey de Israel viene; paz en el cielo y gloria en las alturas. Cuando el Salvador llegó á la puerta de la ciudad, lloró al verla y dijo: Ah! si tú reconocieses, siquiera este tu día, lo que puede traerte la paz! mas ahora está encubierto á tus ojos. Porque vendrán días contra tí, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, te pondrán cerco, te estrecharán por todas partes, te derribarán en tierra y á tus hijos que están dentro de tí, sin dejar piedra sobre piedra, por cuanto no conoces el tiempo de su visitación*.

Luego que el Hijo de Dios entró en Jerusalem, fué al templo adonde vió á muchos que trataban comprando y vendiendo como en un mercado. Esta profanacion de un lugar, que habia sido consagrado solo para el servicio divino, irritó mucho á Jesus, é impe-

* Todo esto se cumplió literalmente 46 años despues, cuando Tito Vespasiano puso sitio y tomó á Jerusalem.

lido de un zelo santo por el honor de su Padre celestial, echó fuera á todos los que compraban y vendian, trastornando las mesas del tráfico y arrojando las sillas de los traficantes. Está escrito, les dijo, que la casa de mi Padre será llamada casa de Oracion y no cueva de ladrones como vosotros lo habeis hecho. Los Judíos que estaban en el templo se admiraron al ver el zelo y resolución con que Jesus defendia la santidad de la casa del Señor, y llegándose á él le dijeron: ¿Qué señal nos muestras de tu autoridad para hacer estas cosas? Jesus les respondió: Destruid este templo, y en tres dias le levantaré. Ellos no entendieron que Jesus hablaba del templo de su cuerpo y de su resurreccion, y echándose á reir dijeron: Cuarenta y seis años costó edificar este templo, ¿y tú le levantarás en tres dias? Cuando el Salvador resucitó al tercer dia de su muerte, se acordaron los discípulos de esta prediccion.

Siendo ahora el tiempo de la Pascua, habian venido á Jerusalem muchos Gentiles á ver la fiesta; algunos de estos tenian gran deseo de ver á Jesus, y suplicaron á Felipe que los introdujese para hablar con él. Felipe lo comunicó con Andres y ambos informaron á su Maestro el deseo de aquellos hombres y fueron introducidos. Jesus les habló así: Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda, mas si muere, mucho fruto lleva. Quien ama á su alma la perderá; y quien aborrece su alma en este mundo,

para vida eterna la guarda. Si alguno me sirve, sígame, y en donde yo estoy, allí también estará mi ministro. Y si alguno me sirviere le honrará mi Padre. Ahora mi alma está turbada ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora: mas por eso he venido á esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo, que dijo: YA LE HE GLORIFICADO, Y OTRA VEZ LE GLORIFICARÉ. Las gentes que estaban allí, cuando oyeron la voz decían que había sido un trueno. Otros decían: Un Angel le ha hablado. Jesus dijo: No ha venido esta voz por mi causa, sino por causa de vosotros. Ahora es el juicio del mundo, ahora será lanzado fuera el Príncipe de este mundo. Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo. De este modo anunciaba Jesus la muerte de que había de morir.

Jesus se retiró á Betania para pasar la noche, y por la mañana volvió á Jerusalem: así continuó los pocos días que faltaban para la Pascua enseñando en el templo de día, y retirándose á Betania en la noche para orar á su Padre en el huerto de Getsemani. El pueblo atendía diligentemente todas las mañanas al templo para oír sus exhortaciones, maravillados de sus milagros, admirados de su doctrina; pero sin persuadirse todavía de que Jesus era el Cristo prometido y anunciado por tantos siglos al pueblo de Israel, y así eran muy pocos los que creían en sus palabras. Los Sacerdotes, los Escribas y los Fariseos no podían disimular los zelos que les causaba ver al pueblo correr tras de Jesus, mas no hallando la mas leve

culpa en su conducta ni en su doctrina, no se resolvían á apoderarse de su persona por temor del pueblo. Un día en que estaba evangelizando, se llegaron á él los príncipes de los sacerdotes, y le preguntaron: ¿Dinos con qué autoridad haces estas cosas? ó quien es el que te dió esta potestad? Jesus les respondió: Yo también os haré una pregunta. Decidme: ¿El bautismo de Juan era del cielo ó de los hombres? Sorprendidos de la pregunta no acertaban á responder; ellos consideraban que si decían el cielo, les arguiría al instante, ¿por qué no le creísteis? por otra parte, si decían de los hombres, los apedrearía el pueblo, porque todos tenían por cierto que Juan era profeta; y no queriendo comprometerse en uno ni en otro caso, le respondieron que no sabían de donde era el bautismo de Juan. Pues ni yo tampoco os diré, concluyó Jesus, con qué potestad hago estas cosas.

Los Escribas, llenos de confusion, se retiraron para deliberar en sus conciliábulos algun pretexto para acusarle al tribunal civil, y pronto les sugirió su astucia una acechanza. Escogieron á los mas astutos de los Fariseos, y á algunos Herodianos enemigos de la dominacion del César, y los enviaron para tentar á Jesus y ver si podían cogerle en alguna palabra reá de majestad. Estos hipócritas se llegaron al Salvador con apariencia de gran veneracion, y le dijeron: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no atiendes á respetos humanos, porque tú no miras á los hombres por la apariencia, sino que enseñas el

camino de Dios, segun verdad: dinos ¿es lícito dar tributo al César de los Romanos, ó no se le daremos? El divino Maestro, que penetraba toda la superchería de estos refinados hipócritas, les dijo: ¿Porqué me tentais? traedme acá una moneda para verla; al momento le diéron una, y tomándola Jesus les preguntó: ¿De quién es esta efigie y letrero? Del César, le respondiéron. Muy bien, dijo Jesus; dad pues al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Cubiertos de vergüenza los Fariseos al verse burlados, se retiráron de su presencia.

Los Saduceos, otra especie de teólogos entre los Judíos, negaban la resurreccion, y pensando confundir á Jesus, y hallar de este modo como desacreditarle con el pueblo, fuéron á él bajo pretesto de consultarle, y le propusieron el mayor argumento que tenian para mantener su secta, y que juzgaban indisoluble. Maestro, le dijéron, Moises nos dejó escrito, que si muriere el hermano de alguno y dejare muger, y no tuviere hijos, que tome su hermano la muger de él para dar descendencia á su hermano. Eran pues siete hermanos: el mayor tomó muger y murió sin dejar sucesion. El segundo la tomó y murió tambien sin dejar hijos. Así mismo la fuéron tomando los otros hermanos, y todos siete murieron sin tener hijos. La muger murió tambien despues de sus siete maridos. Dinós, pues ¿al tiempo de la resurreccion, quando volvierén á vivir, de cual de estos será muger? porque todos siete fuéron sus maridos. Jesus les respondió: ¿No veis que errais, porque no com-

prendeis las Escrituras ni la virtud de Dios? Porque quando resucitaren de entre los muertos, ni se casarán, ni serán dados en casamiento, sino que serán como los Angeles en los cielos. Y de los muertos que hayan de resucitar, ¿no habeis leído en el libro de Moises, como Dios le habló sobre la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es pues Dios de muertos, sino de vivos. Y así vosotros errais mucho.

Viendo los Fariseos que Jesus habia confundido con su respuesta espiritual á los carnales Saduceos, intentáron tambien preguntar á Jesus sobre la Ley, para ver si decia alguna cosa contraria á las Escrituras. Maestro, le preguntó uno de ellos que era doctor de la Ley, ¿cuál es el grande mandamiento de la Ley? Jesus le respondió: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento; este el mayor y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas. Jesus miró luego á aquellos tentadores presuntuosos que le rodeaban, y les preguntó: ¿Qué os parece del Cristo? de quién es hijo? Ellos respondiéron, de David. ¿Pues cómo, les dijo Jesus, David en espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama Señor ¿cómo puede ser su hijo? Los Fariseos, no ménos confundidos con la sabiduría del Salvador que los Saduceos, en-

mudecieron y se retiraron, sin atreverse ninguno desde aquel dia á proponerle mas cuestiones sobre la Ley.

Juicio final.

Jesucristo salió del templo, y sus discípulos se pararon á mirar la magnificencia de aquella fábrica, la grandeza y hermosura de las piedras de que estaba hecha, y espresando el asombro que les causaba tan grande edificio. Jesus les dijo: ¿Veis ese edificio suntuoso? pues en verdad os digo, que no quedará en él piedra sobre piedra que no sea derribada. Los discípulos no quisieron preguntar al Señor nada sobre esto porque estaban en la calle. Luego que salieron de Jerusalem y subieron al monte del Olivar que domina la ciudad, se acordaron de aquella espresion de Jesus sobre la ruina del templo, y de otras palabras misteriosas que les habia dicho en varias ocasiones sobre su segunda venida y la consumacion del mundo. Jesus se sentó en el monte, y los apóstoles le rogaron entónces que les dijese, ¿cuándo habian de suceder aquellas cosas, y qué señales habian de preceder á su cumplimiento? Jesus respondió, diciéndoles: Guardaos que no os engañe alguno: porque vendrán muchos en mi nombre y dirán: Yo soy el Cristo, y á muchos engañarán. Así mismo oiréis guerras y rumores de guerras: mirad que no os turbeis, porque conviene que esto suceda, mas aun no es el fin. Se levantará gente contra gente, reino contra reino, y habrá pestilencias, hambres y terremotos por los

lugares. Habrá tambien grandes señales en los cielos, porque el sol se oscurecerá, la luna no dará resplandor, las estrellas caerán del cielo, y en la tierra habrá consternacion de las gentes por la confusion que causará el ruido del mar, de sus ondas, y el temblor de tierra. Los hombres quedarán yertos por el temor y recelo de las cosas que sobrevendrán al universo, cuando las virtudes de los cielos sean conmovidas. Mas ántes de todo esto, os prenderán y perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cárceles, os llevarán á los reyes y á los gobernadores por mi nombre, y esto os acontecerá en testimonio. Y cuando os llevaren para entregaros, no premediteis lo que habeis de hablar, mas decid lo que os fuere dado en aquella hora: porque el Espíritu Santo os dará boca y saber, al que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. En este tiempo el hermano entregará al hermano á la muerte, y el padre al hijo: los hijos se levantarán contra los padres y los matarán. Seréis aborrecidos de todos por mi nombre, mas no perecerá un cabello de vuestra cabeza: con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas, y el que perseverare hasta el fin, este será salvo. Grande será la tribulacion de aquellos tiempos, cual no fué desde el principio del mundo hasta ahora, ni será; y si no fuesen abreviados aquellos dias, ningun viviente se salvaria: mas por los escogidos, aquellos dias serán abreviados. Si alguno os dijere entónces: Mirad, el Cristo está aquí ó allí, no lo creais; si os dijeren que está en el desierto, no salgais; ó que está en lo mas

retirado de la casa, no lo creais : porque se levantarán en aquellos dias falsos Cristos y falsos Profetas; y darán grandes señales y prodigios, de modo que si puede ser, caigan en error aun los escogidos. En verdad os digo que no pasará esta generacion, sin que sucedan estas cosas. El cielo y la luna pasarán, pero mis palabras no pasarán. Mas cuando será aquel dia ni aquella hora, nadie lo sabe, ni los Angeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Velad pues, porque no sabeis á qué hora ha de venir vuestro Señor : mas sabed que si el padre de familia supiese á qué hora habia de venir el ladron, velaria sin duda y no dejaria minar su casa. Por tanto estad apercebidos tambien vosotros; porque á la hora que ménos pensais vendrá el Hijo del hombre en las nubes del cielo con gran poder y gloria, precedido de sus Angeles con trompetas y grande voz llamando á los muertos á juicio. Luego se sentará sobre el trono de su magestad, y congregadas todas las naciones ante su tribunal, cada uno será juzgado segun sus obras. Apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda. Entónces dirá el Rey á los que estarán á su derecha : Venid benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo : porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedásteis; desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitásteis: estaba en la cárcel y me vinisteis á ver. Entónces le responderán los justos

y dirán : Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, ó sediento y te dimos de beber? cuándo te vimos huésped y te hospedámos, ó desnudo y te vestimos? ó cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel y te fuimos á ver? Y respondiendo el Rey, les dirá : En verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanitos, á mí lo hicisteis. Entónces dirá tambien á los que estarán á su izquierda : Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus ángeles : porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era huésped y no me hospedásteis; desnudo y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel y no me visitásteis. Entónces ellos tambien le responderán, diciendo : Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos? El Rey les responderá diciendo : En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí lo hicisteis. Estos irán al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna.

La última cena de Jesucristo, é institucion del Sacramento de la Eucaristia.

Nuestro bendito Salvador durante su vida entre los hombres cumplió puntualmente todas las fiestas, todos los ritos y ceremonias de la Ley de Moises; y siendo la Pascua la mas solemne de la religion, quiso Jesus comer con sus discipulos el cordero que cada familia estaba obligada á matar en este dia. El Hijo de

Dios durante el tiempo de su predicacion era peregrino en Judea; ausente de su patria y predicando de pueblo en pueblo, no tenia casa ni residencia fija; y como faltaran solos dos dias para la Pascua, le preguntaron los discipulos adonde queria que se preparase la cena. Jesus mandó dos de ellos á Jerusalem, diciéndoles: Id vosotros, y luego que entraréis en las calles, veréis á un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle; y en donde quiera que entrare, entrad vosotros tambien, y decid al dueño de la casa: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discipulos. Los dos Apóstoles hicieron como el Señor les habia mandado; el dueño de la casa oyó con gusto el mensaje, y les mostró un cenáculo grande y aderezado para que preparasen en él todo lo necesario para la cena. Llegada la tarde, fué Jesus con sus doce discipulos á la casa, hallaron aderezado el cordero pascual y se sentaron todos á la mesa. Al principiar á comer dijo Jesus: En grande manera he deseado comer con vosotros el cordero de esta Pascua ántes de padecer; porque os declaro que desde ahora no comeré mas de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios. En verdad os aseguro, que uno de vosotros que come conmigo me entregará. Los discipulos empezaron á entristecerse, y le preguntaba cada uno de por sí, ¿acaso soy yo? Jesus respondió: Uno de los doce que mete conmigo la mano en el plato. Judas el traidor dijo entónces: ¿Soy yo por ventura? Tú lo has dicho, respondió Jesus. Ciertamente el Hijo del hombre va á morir, segun

han anunciado los Profetas: ¡mas ay de aquel hombre por quien será entregado! mejor le fuera no haber nacido. Miétras ellos dormian, tomó Jesus el pan y le bendijo; luego le partió y le dió á sus discipulos, diciendo: Tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO. Así mismo tomó el cáliz, dió gracias, y entregándole á sus discipulos, les dijo: Bebed todos de él; porque ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO QUE SERA DERRAMADA POR MUCHOS EN REMISION DE LOS PECADOS. Haced esto en memoria de mí. En verdad os digo, que desde ahora no beberé mas de este fruto de la vida, hasta aquel dia en que le beberé nuevo con vosotros en el reino de mi padre.

Sabiendo Jesus que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre, y habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Acabada la cena y cantado el himno de gracias, se levantó Jesus de la mesa, se quitó sus vestiduras, tomó una toalla y se la ciñó. Luego echó agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los pies de los discipulos y á limpiarlos con la toalla. Cuando Jesus se llegó á Pedro para lavarle los pies, este Apóstol le dijo: ¿Señor, tú me lavas los pies á mí? Jesus le respondió: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás despues. No Señor, dijo Pedro, no me lavarás los pies jamas. Si no te lavare, le respondió Jesus, no tendrás parte conmigo. Este fiel Apóstol que habia confesado que Jesus era el Hijo del Dios vivo, y que por la gracia de su divino Maestro esperaba alcanzar el reino de los cielos, al oír las últimas palabras de

Jesús, exclamó: Señor, no solamente los pies, mas las manos tambien y la cabeza. El Salvador le dijo: El que está lavado, no necesita sinó lavar los pies, pues todo está limpio; vosotros limpios estais, mas no todos. Así les daba á entender Jesús cada vez mas claramente que habia un traidor entre ellos, que le habia de entregar á sus mortales enemigos; pero como los once Apóstoles fieles, juzgando cada uno por su corazón, no podian imaginar que hubiese uno capaz de tan atroz perfidia, no sospechaban de Judas Iscariotes, aunque las palabras del Salvador mostraban al traidor. Despues del lavatorio tomó Jesús su manto, y volviéndose á sentar á la mesa, les dijo: ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor: y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor, y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros tambien debéis lavar los pies los unos á los otros; porque os he dado ejemplo, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais. En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su Señor, ni el enviado es mayor que aquel que le envió. Si esto sabeis, bienaventurados seréis si lo hiciéreis. No hablo de todos vosotros; ya sé los que escogí; mas para que se cumpla la Escritura: « El que come pan conmigo levantará contra mí su calcañar. » Desde ahora os lo digo, ántes que suceda, para que cuando fuere hecho, creais que yo soy. Al decir estas palabras Jesús, se turbó en el espíritu, y volvió á decir: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará. Los discípulos se mira-

ban los unos á los otros, dudando de quien decia. Pedro preguntó en secreto á Juan que estaba recostado en el seno de Jesús: ¿Quién es de quien habla? Juan reclinando la cabeza contra el pecho de su divino Maestro, dijo: ¿Señor, quién es? Jesús le respondió: Aquel es á quien yo diere el pan mojado; y mojado Jesús el pan, se le dió á Judas Iscariotes. Con el bocado entró Satanás en el pecho del traidor. Jesús dijo al alevé discípulo: Lo que has de hacer, hazlo pronto. Ninguno de los discípulos comprendió el sentido de estas palabras de Jesús; y como el Iscariotes tenia la bolsa para los gastos, pensaban que Jesús le habia mandado comprar algunas provisiones para el dia de la fiesta, ó que diese algo á los pobres, y por esto no sospecharon cuando el traidor salió del cenáculo.

Luego que Judas salió á la calle, instigado por Satanás, fué derecho á ofrecerse á los Príncipes de los sacerdotes, y concertar con ellos las medidas para poner en ejecucion su premeditado y sacrilego designio. Los Sacerdotes y Magistrados del pueblo, ahora mas alarmados que nunca, se habian juntado en casa del Pontífice Caifas para deliberar en consejo, como se podria prender á Jesús con engaño, y hacerle morir. Unos decian que era preciso prenderle al dia siguiente; pero otros se oponian, diciendo: No en el dia de la fiesta, no suceda acaso un alboroto en el pueblo. Todos convenian en el deseo de hacerle morir cuanto ántes, pero no acordaban en el modo ni en la hora de ejecutarlo. En esta perplejidad é irresolu-

cion avisa el portero, que uno de los discípulos de Jesus deseaba hablar con los Príncipes y Magistrados; estos diéron permiso, y Judas fué introducido al concilio. ¿Cuánto me dais, les dice el traidor, y os entregaré al Maestro? Esta impia propuesta llenó de gozo al Senado infernal, porque les facilitaba la prision del Hijo de Dios sin peligro de conmocion popular como temian. Los Sacerdotes le ofrecieron treinta siclos de plata, valor igual á diez pesos, y contento el alevé Judas con este vil premio, concierta con ellos entregarles su Maestro á la noche, para que no lo viera el pueblo.

Jesus consuela á sus Discipulos.

Quando Jesus quedó con sus once fieles y amantes discípulos despues de la partida del inicuo Judas, se excitó entre ellos la disputa sobre cual parecia ser el mayor. Jesus les dijo entónces: Los Reyes de las naciones las tratan con imperio, y los que tienen potestad sobre ellas son llamados bienhechores. Mas vosotros no debeis ser así; sino el que es mayor entre vosotros hágase como el menor, y el que manda sea como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está á la mesa ó el que sirve? ¿No lo es el que está á la mesa? Con todo, yo estoy entre vosotros como el que sirve; mas vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones, y por eso os preparo el reino, como mi Padre me le preparó; para que comáis y bebais á mi mesa en mi reino, y esteis sentados en tronos, para juzgar las doce tribus de Israel.

Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios tambien le glorificará á él en sí mismo; y luego le glorificará. Hijitos, aun estoy un poco con vosotros: me buscaréis, y así como dije á los Judíos: Adonde yo voy, vosotros no podeis venir, lo mismo digo ahora á vosotros. Un mandamiento nuevo os doy: Que os ameis los unos á los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os ameis tambien; pues en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros. Jesus miró á Pedro, y le dijo: Simon, Simon, mira que Satanas pidió permiso para tentaros, mas yo he rogado por tí para que no falte tu fe; y tú despues de convertido, confirma en la fe á tus hermanos. Señor, respondió Pedro, estoy pronto á la cárcel, á la muerte, mi alma pondré por tí. ¿Tu alma pondrás por mí? le dijo Jesus: En verdad, en verdad te digo: Que no cantará hoy el gallo ántes que hayas negado tres veces que me conoces. Como Jesus declaraba ahora á sus Apóstoles los trabajos y persecuciones que se les acercaban, les exhortó á prevenirse con armas espirituales para resistir la tentacion, pero los discípulos, todavía ignorantes, entendieron armas materiales, y así respondieron: Señor, aquí hay dos espadas. Basta, les dijo Jesus, viendo que no comprendian el sentido de sus palabras.

No se turbe vuestro corazon, prosiguió el Señor: Creéis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas, y si así no fuera, yo os lo hubiera dicho, pues voy á aparejaros el lugar.

Vendré otra vez, y os tomaré á mí mismo, para que en donde yo estoy, esteis tambien vosotros. Tambien sabeis á donde yo voy, y sabeis el camino. Señor, dijo Tomas, nosotros no sabemos á donde vas, ¿cómo pues podemos saber el camino? Yo soy el camino, la verdad y la vida, respondió Jesus: Nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conociérais á mí, ciertamente conociérais tambien á mi Padre. Señor, dijo Felipe, muéstranos al Padre. Jesus le respondió: Tanto tiempo ha que estoy con vosotros ¿y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Cómo pues dices: muéstranos al Padre? no creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; mas el Padre, que está en mí, él hace las obras. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Si no, creedlo por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él tambien hará las obras que yo hago, y aun mayores; porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidiérais al Padre en mi nombre, yo lo haré; para que sea el Padre glorificado en el Hijo. Si algo me pidiérais en mi nombre, lo haré: si me amais, guardad mis mandamientos, y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para que more siempre con vosotros. El Espíritu de la verdad, á quien no puede recibir el mundo, porque ni le ve, ni le conoce; mas vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos, yo vendré á vosotros; porque el que me ama y guarda mi palabra, mi Pa-

dre le amará, y vendrémos á él, y harémos morada en él; pero el que no me ama, ni guarda mis palabras, me aborrece, y aborrece tambien á mi Padre. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que está en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque sin mí no podeis hacer nada. El que no estuviere en mí, será echado fuera, y así como al sarmiento seco le cojerán, le meterán en el fuego y arderá. En esto es glorificado mi Padre, en que lleveis mucho fruto, y en que seais mis discípulos. No me elegisteis vosotros á mí, mas yo os elegí á vosotros, y os he puesto para que vayais, y lleveis fruto, y que permanezca vuestro fruto; para que os dé el Padre todo lo que le pidiérais en mi nombre. Este es mi mandamiento, que os ameis los unos á los otros como yo os amé: pues como el Padre me amó, así tambien yo os he amado; perseverad en mi amor. Ninguno tiene mayor amor que este; el poner su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hiciérais las cosas que yo os mando. No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; mas os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. La paz os dejo, mi paz os doy, y mi paz no es como la que da el mundo. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí ántes que á vosotros. Si fuérais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, ántes yo os escogí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de lo que os he dicho: El siervo no es mayor que su Señor; y si á mí me han perseguido,

tambien os perseguirán á vosotros. Mas ellos os perseguirán por causa de mi nombre, porque no conocen á aquel que me ha enviado. Si no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrian pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado. Si no hubiese hecho entre ellos obras, que ningun otro ha hecho, no tendrian pecado; mas ahora que las han visto, me aborrecen, y el que me aborrece, tambien aborrece á mi Padre. Es pues preciso que se cumpla la palabra que está escrita en su Ley: Que me aborrecieron sin causa. Estas cosas os he dicho ántes que sucedan, para que las creais cuando fueren hechas; y ahora os las he comunicado estando con vosotros. Pero cuando viniere el Consolador, el Espíritu Santo que procede del Padre, y que os será enviado en mi nombre, él os enseñará todas estas cosas, y os recordará todo aquello que yo os he dicho. El dará testimonio, porque estais conmigo desde el principio. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el Príncipe de este mundo para que se cumpla en mí lo que está decretado, pero no triunfará.

No os he dicho todas estas cosas al principio porque estaba con vosotros; mas ahora voy á aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta á donde voy; ántes porque os he dicho estas cosas, se ha llenado vuestro corazon de tristeza. Mas yo os digo la verdad: que conviene á vosotros que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador, mas si me fuere os le enviaré. Y cuando él viniere, argüirá al mundo de pecado, de justicia, y

de juicio. De pecado, porque no han creído en mí; de justicia, porque voy al Padre y ya no me veréis; y de juicio, porque el Príncipe de este mundo ya es juzgado. Un poco, y ya no me veréis; y otro poco, y me volveréis á ver, porque voy al Padre. Los discipulos se decian unos á otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco, Un poco, y no me veréis; y otro poco, y me volveréis á ver? no sabemos lo que nos dice con estas palabras. Conociendo el Salvador lo que los Apóstoles se preguntaban unos á otros les dijo: Os preguntais sobre lo que os he dicho: Un poco, y no me veréis; y otro poco, y me volveréis á ver. En verdad, en verdad os digo: Que vosotros lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará; y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo: vosotros ciertamente estais ahora tristes; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazon; y ninguno os quitará vuestro gozo. Vosotros no me preguntaréis nada en aquel dia. En verdad, en verdad os digo: Que os dará el Padre todo lo que le pidiéreis en mi nombre. Hasta aquí no habeis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Os he hablado estas cosas en parábolas; pero ya viene la hora en que no os hablaré en parábolas, mas os anunciaré claramente de mi Padre. En aquel dia pediréis en mi nombre, y no será necesario que yo ruegue al Padre por vosotros. El mismo Padre os ama porque vosotros me amásteis, y habeis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo; otra vez dejo al mundo, y voy al Padre. He aquí, di-

Jéron los discípulos, ahora hablas claramente; ahora conocemos que todo lo penetras, y que no es menester que nadie te pregunte; en esto creemos que has salido de Dios. ¿Ahora creéis? les preguntó Jesus: He aquí viene, y ya es venida la hora, en que seais escarpados cada uno por su parte, y que me dejéis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Esto os he dicho para que tengais paz en mí: en el mundo tendréis apretura; mas tened confianza, que yo he vencido al mundo.

Despues de haber dado nuestro Salvador estas amonestaciones á sus Apóstoles, alzó los ojos al cielo, y dijo: Padre, viene la hora, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á ti; como le has dado poder sobre toda carne, para que él dé vida eterna á todos aquellos que tú le has dado. Y esta es la vida eterna: Que te conozcan á ti solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien enviaste. Yo te he glorificado sobre la tierra; he acabado la obra que me diste á hacer. Ahora pues, Padre, glorifícame tú en tí mismo con aquella gloria que tuve en tí, ántes que fuese el mundo. He manifestado tu nombre á los hombres que me diste del mundo; tuyos eran, y me los diste á mí, y guardáron tus palabras. Ahora han conocido, que todas las cosas que me diste, de tí son; porque les he dado las palabras que me diste, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de tí, y han creído que tu me enviaste. Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque tuyos son; y todas mis cosas son tuyas

y las tuyas son mías, y en ellas he sido glorificado. Yo no estoy ya en el mundo, mas estos están en el mundo, y yo voy á tí: Padre santo, guarda por tu nombre á aquellos que me diste, para que sean una cosa como tambien nosotros. Miétras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre; guardé á los que me diste, y no pereció ninguno de ellos sino el hijo de perdicion para que se cumpliese la Escritura; mas ahora voy a tí, y hablo esto en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les dí tu palabra y el mundo los aborreció, porque no son del mundo como tampoco lo soy yo. No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes de mal. Santifícalos con tu verdad; tu palabra es verdad; y así como tu me enviaste al mundo, yo tambien los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico á mí mismo, para que ellos sean tambien santificados en verdad. Mas no ruego tan solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en mí la palabra que ellos les prediquen; para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, eres en mí y yo en tí, que tambien sean ellos una cosa en nosotros para que el mundo crea que tu me enviaste. Yo les he dado la gloria que tu me diste, para que sean una cosa como tambien nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado como tambien me amaste á mí. Padre, quiero que aquellos que tu me diste, estén conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria que tú me diste; por-

que me has amado ántes del establecimiento del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste: yo les hice conocer tu nombre, y se le haré conocer, para que el amor con que me has amado, esté en ellos y yo en ellos. Concluida esta piadosa oracion que Jesucristo hizo á su eterno Padre por la glorificacion de entrambos, por sus Apóstoles, y por todos los que habian de creer en la palabra del Señor, dijo: Levantaos, y vamos de aquí.

CAPITULO SEGUNDO.

PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO.

Nuestro Salvador con los once Apóstoles salió ya de noche de la sala donde habian cenado, y atravesando el arroyo Cedron subió al monte de los Olivos como acostumbraba todas las noches. Llegado á la granja de Getsemaní dijo á sus discípulos: Sentaos aquí mientras que yo voy al huerto á hacer oracion; y entónces se retiró llevando consigo á Pedro, Santiago y Juan, á los que les dijo: Mi alma está poseida de una tristeza mortal, esperad aquí y velad. Jesus se retiró una corta distancia, se puso de rodillas, se postó sobre el rostro, y oró diciendo: Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. El Salvador se levantó, vino adonde habia dejado los tres discípulos, y hallándolos durmiendo les dijo: ¿Qué, no habeis podido ve-

lar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion; el espíritu á la verdad está pronto, mas la carne flaquea. Jesus se retiró segunda vez, y oró diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que le beba, hágase tu voluntad. Luego volvió otra vez á los discípulos y los halló durmiendo, porque sus ojos estaban cargados de sueño por la tristeza que padecian; los exhortó como ántes á la vigilia y oracion, y por tercera vez se retiró á orar al eterno Padre repitiendo las mismas palabras. En lo mas violento de la agonía que atormentaba á su alma, se le apareció un Angel del Señor para confortarle. El Salvador entretanto oraba con mas fervor y afecto, siendo tan cruel su afliccion que corria por su sacrosanto cuerpo un sudor copioso, como de gotas de sangre, que caia hasta la tierra. Jesus se levantó confortado de su agonía, vino adonde estaban Pedro, Santiago y Juan, y les dijo: Dormid y descansad; ya ha llegado la hora en que veais al Hijo del hombre entregado en manos de pecadores. Los tres Apóstoles se levantaron y volviéron con Jesus adonde estaban los demas discípulos.

Prendimiento de Jesus.

Despues que el aleve Judas concertó con los Sacerdotes judíos el precio de su traicion, fué á espiar la hora en que Jesus se retiraria aquella noche á orar al huerto para sorprenderle; y cuando le vió subir al monte, volvió á casa del Pontífice para guiar la tropa destinada á hacer el prendimiento. Un Capitan con su

que me has amado ántes del establecimiento del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste: yo les hice conocer tu nombre, y se le haré conocer, para que el amor con que me has amado, esté en ellos y yo en ellos. Concluida esta piadosa oracion que Jesucristo hizo á su eterno Padre por la glorificacion de entrambos, por sus Apóstoles, y por todos los que habian de creer en la palabra del Señor, dijo: Levantaos, y vamos de aquí.

CAPITULO SEGUNDO.

PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO.

Nuestro Salvador con los once Apóstoles salió ya de noche de la sala donde habian cenado, y atravesando el arroyo Cedron subió al monte de los Olivos como acostumbraba todas las noches. Llegado á la granja de Getsemaní dijo á sus discípulos: Sentaos aquí mientras que yo voy al huerto á hacer oracion; y entónces se retiró llevando consigo á Pedro, Santiago y Juan, á los que les dijo: Mi alma está poseida de una tristeza mortal, esperad aquí y velad. Jesus se retiró una corta distancia, se puso de rodillas, se postó sobre el rostro, y oró diciendo: Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. El Salvador se levantó, vino adonde habia dejado los tres discípulos, y hallándolos durmiendo les dijo: ¿Qué, no habeis podido ve-

lar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion; el espíritu á la verdad está pronto, mas la carne flaquea. Jesus se retiró segunda vez, y oró diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que le beba, hágase tu voluntad. Luego volvió otra vez á los discípulos y los halló durmiendo, porque sus ojos estaban cargados de sueño por la tristeza que padecian; los exhortó como ántes á la vigilia y oracion, y por tercera vez se retiró á orar al eterno Padre repitiendo las mismas palabras. En lo mas violento de la agonía que atormentaba á su alma, se le apareció un Angel del Señor para confortarle. El Salvador entretanto oraba con mas fervor y afecto, siendo tan cruel su afliccion que corria por su sacrosanto cuerpo un sudor copioso, como de gotas de sangre, que caia hasta la tierra. Jesus se levantó confortado de su agonía, vino adonde estaban Pedro, Santiago y Juan, y les dijo: Dormid y descansad; ya ha llegado la hora en que veais al Hijo del hombre entregado en manos de pecadores. Los tres Apóstoles se levantaron y volviéron con Jesus adonde estaban los demas discípulos.

Prendimiento de Jesus.

Despues que el aleve Judas concertó con los Sacerdotes judíos el precio de su traicion, fué á espiar la hora en que Jesus se retiraria aquella noche á orar al huerto para sorprenderle; y cuando le vió subir al monte, volvió á casa del Pontífice para guiar la tropa destinada á hacer el prendimiento. Un Capitan con su

compañía, y algunos alguaciles, armados con palos que les habian dado los magistrados judíos, fueron conducidos por el Iscariotes al huerto de Getsemaní en la oscuridad de la noche. El traidor conocia muy bien el lugar, habiendo acompañado á su Maestro las noches anteriores; y para que los soldados no equivocaran la persona, siendo Jesus desconocido á ellos, les habia dado por señal que agarraran á aquel á quien el besara. El Salvador estaba diciendo á sus Apóstoles: Levantaos, ya está aquí cerca el que me ha de entregar, cuando el apóstata, á la luz de una linterna se acercó á Jesus, diciéndole: Dios te guarde, Maestro, y entónces le besó. El Salvador le dijo con voz amorosa: Amigo, ¿á qué has venido? con un beso entregas al Hijo del hombre? La tropa, que habia estado aguardando la señal del falso ósculo, avanzó ahora, lo cual visto por Jesus se adelantó hácia ellos, y preguntó: ¿A quién buscáis? A Jesus nazareno, respondieron. Jesus les dijo: yo soy. Esta palabra de Jesus llenó de espanto al Oficial y sus soldados; y como si hubiera sido una voz del cielo, retrocedieron llenos de terror y cayéron en tierra. Cuando volviéron en sí, les preguntó Jesus segunda vez. ¿A quién buscáis? A Jesus nazareno, volviéron á decir. Ya os he dicho que yo soy, repitió Jesus: y pues si á mí me buscáis, dejad ir en paz á estos que me acompañan. Pedro estaba al lado de su amado Maestro, atónito con lo que veía, cuando un criado del sumo Sacerdote, llamado Malco, se adelantó atrevidamente, y estendió su mano sacrilega para agarrar á Jesus. Irritado el fiel dis-

cípulo con esta insolencia, sacó una espada que tenia guardada y la descargó sobre el atrevido, pero sólo le cortó la oreja derecha. Esta no era la defensa que Jesus requería de sus discípulos, y así dijo: Pedro, mete tu espada en la vaina, porque quien á cuchillo mata, á cuchillo morirá. ¿Piensas acaso que no puedo rogar á mi Padre, que ahora me enviara mas de doce legiones de Angeles? cómo pues, se han de cumplir las Escrituras que dicen, conviene que se haga así? no he de beber el cáliz que mi Padre me dió? Queriendo Jesus evitar hasta la menor causa de acusación á sus enemigos, tocó la oreja herida del criado y quedó sana. Entónces dijo Jesus á los ministros de los Judíos: ¿Con espadas y palos habeis salido á prenderme como á un ladrón? cuando estaba todos los días con vosotros en el templo no me echásteis mano, pero esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. Los discípulos á este tiempo desampararon á Jesus y huyéron; los soldados y alguaciles prendieron á Jesus, le atáron y llevaron ignominiosamente por la ciudad á casa de Anas, suegro de Caifas, quien le hizo muchas preguntas sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesus le respondió: Yo hablé públicamente al mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el templo donde concurren todos los Judíos, y nunca he predicado en oculto. ¿Porqué pues me preguntas? Infórmate de aquellos mismos que oyéron lo que les he hablado; ellos saben muy bien lo que he enseñado. A este tiempo, uno de los oficiales de Anas, mas deseoso de congraciarse con el Pontífice que ofendido de las

palabras de Jesus , levantó la mano y le dió una bofetada , diciendo : ¿Así respondes al Pontífice? El paciente Jesus le respondió blandamente : Si he hablado mal , muéstrame en qué ; y si he hablado bien , porqué me hieres? Habiendo oido Anas la respuesta de Jesus , mandó llevarle al palacio de Caifas , Sumo Sacerdote aquel año , adonde se habian juntado los Príncipes de los Sacerdotes , Escribas y magistrados para aguardar la vuelta de Juda con la tropa y el resultado de su traicion. Nuestro divino Redentor fué ahora conducido ante este inicuo tribunal que habia ya resuelto hacerle perecer : muy contentos por tener ya en su poder á Jesus , conviniéron en citar muchos testigos , y sobornarlos con dinero para que depusieran algunos testimonios contra él , y proceder con alguna apariencia de justicia. Tomada esta resolucion se retiráron á dormir por ser ya media noche , convenidos en juntarse otra vez al amanecer ; dejando á Jesus en el patio del palacio , puesto en custodia de la vil canalla que le habia traído del huerto de Getsemani.

Jesus en casa de Caifas.

Pedro habia seguido á su divino Maestro sin perderle de vista , y cuando le lleváron al palacio de Caifas , se halló muy afligido porque la guardia no le dejaba entrar. Otro discípulo de Jesus que era conocido del Pontífice entró sin dificultad , y acordándose que Pedro estaba fuera , habló á la guardia , y esta abrió la puerta para que entrase. Una criada del Pontífice le

vió al entrar , y no pudiendo contener su curiosidad , le preguntó : ¿Eres tú tambien discípulo de ese hombre? Pedro le respondió : No lo soy , y entró en el atrio. Hacia mucho frio aquella noche , y los ministros y criados de Caifas se estaban calentando á la lumbre ; Pedro se acercó tambien al fuego , disimulando cuanto podia para no ser conocido. Otra criada de la casa pasó por el atrio junto á Pedro , y mas impertinente que la primera , fijó los ojos en él , y dijo á la guardia que custodiaba á Jesus : Este tambien es discípulo de Jesus el Galileo. Incomodado Pedro con esta criada habladora , le respondió con mucho enojo : Muger no sé lo que dices , yo no conozco á tal hombre. No habia pasado una hora , cuando uno de los satélites que habian ido á prender á Jesus , y que estaba junto á Malco cuando Pedro le dió la cuchillada , mirándole le reconoció , y aseguraba que aquel hombre era uno de los que estaban con Jesus en el huerto ; y otros le apoyaban diciendo que su acento galileo le descubria. Pedro , aunque confundido al ver tantos testimonios contra él , resolvió negar , y comenzó á jurar y protestar que no conocia á tal hombre. A este tiempo un gallo cantó bastante alto para ser oido de todos : Jesus volvió la cara , miró á Pedro , y le hizo recordar la palabra que le habia dicho pocas horas ántes : No cantará hoy el gallo ántes que hayas negado tres veces que me conoces. Un rayo del cielo no hubiera hecho mas impresion en el corazon de Pedro , que la mirada de su amado Maestro y la recoleccion de su dicho : corrido de vergüenza y lleno de remor-

dimiento, salió del atrio del palacio, se ocultó de la gente, y lloró amargamente. Entre tanto los soldados inhumanos y la furiosa canalla de los Judíos insultaban y atormentaban al inocente Jesus: unos le escupían á la cara, otros le daban pescozones; estos le cubrían el rostro, mientras que aquellos mas sacrilegos dándole bofetadas, le decían: Profetiza, Cristo, dinos, ¿Quién te hirió ahora? Tal fué el horrendo tratamiento que el Hijo de Dios sufrió, sin abrir su boca, por todo el resto de aquella noche.

Luego que amaneció se juntaron los Príncipes de los Sacerdotes, los Escribas, los magistrados y todos los jueces que componían el Sanedrín, para juzgar y condenar á Jesus. Todos los testigos falsos que los agentes del Pontífice pudieron hallar en la noche, fueron introducidos en la sala; luego trajeron á Jesus y principió la acusación. Muchos testigos fueron examinados, y aunque todos eran testigos falsos, fueron tan contradictorias sus declaraciones, que ni la iniquidad de aquellos jueces podía recibirlas como suficientes. Al fin se presentaron dos testigos, y conviniéron en declarar que Jesus había dicho: Yo puedo destruir este templo de Dios, y después de tres días reedificarle. Esta maliciosa perversion de las palabras que en otra ocasión había dicho Jesus en el templo, fué admitida como acusación. Caifas dijo á Jesus: ¿Qué respondes á lo que estos deponen contra tí? Jesus no respondió ni una palabra. Caifas se levantó entonces de su asiento y dijo en alta voz: Te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo Hijo de Dios.

Jesus respondió: Si te digo que sí, no me has de creer; y si yo te pregunto, ni me has de responder, ni me has de soltar; mas yo os declaro, que después veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios. ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? dijeron todos. Yo soy, respondió Jesus, y vosotros lo decís así. El Sumo Sacerdote rasgando sus vestidos, exclamó: Para qué aguardamos mas testigos; vosotros habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Todos gritaron: Es reo de muerte. Y al instante pasaron la sentencia capital, dando orden de conducir á Jesus atado, y entregarle al tribunal de Poncio Pilato, Gobernador romano de la provincia de Judea.

Jesus en el pretorio de Pilato.

El Hijo de Dios, maniatado como un facineroso, fué conducido desde la casa de Caifas al pretorio del presidente romano, á cuya puerta aguardaban los Sacerdotes y Escribas para acusarle. Los Judíos durante los días de Pascua no podían entrar en casa de los Gentiles, sin contraer una inmundicia legal que les impediría cumplir con los sacrificios pacíficos prescritos en la Ley de Moises; y la política liberal de los Romanos obligaba á todos los Gobernadores en el Imperio á dejar las naciones sujetas á Roma en el libre ejercicio de su religión, y no molestar á súbdito alguno en la observancia de sus ritos. Por esta razón salió Pilato á la puerta de su palacio, y preguntó: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Los Sacerdotes respondieron en términos generales: Si este hombre

no fuera malhechor, no le traeríamos á tu tribunal. Pilato siendo hombre humano y despreocupado desechó una acusacion tan vaga é indeterminada, y despidiéndolos, les dijo : Tomadle vosotros y juzgadle segun vuestra Ley : sabiendo que los Judíos no podian imponer penas corporales. Por esto replicaron los Sacerdotes ; Las leyes romanas no nos permiten sentenciar á nadie á muerte ; y este hombre es reo de muerte, porque pervierte la nacion enseñando que no se debe pagar tributo al César, y diciendo que él es Rey de los Judíos. Cuando Pilato oyó que le acusaban de delitos contra la Magestad del César, no pudo escusarse de examinar á Jesus ; entonces entró en el tribunal, llamó á Jesus y le preguntó : ¿ Eres tú Rey de los Judíos ? Jesus le respondió : ¿ Dices esto de tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí ? Pilato dijo : ¿ Acaso soy yo Judío ? Los de tu nacion, y los Pontífices te entregaron en mis manos, ¿ qué has hecho ? Jesus le respondió : Mi reino no es de este mundo ; pues si fuera, mis gentes pelearian ciertamente por mí para que no fuese entregado á los Judíos ; mas ahora mi reino no es de aquí. ¿ Luego tú eres Rey ? dijo Pilato. Jesus le respondió : Tú lo dices que yo soy Rey. Para esto nací, para esto he venido al mundo ; para dar testimonio de la verdad : todo aquel que es amante de la verdad oye mi voz. ¿ Qué cosa es verdad ? le preguntó Pilato : y Jesus no le respondió. ¿ De dónde eres ? preguntó otra vez Pilato ; y como Jesus no respondia, le dijo : ¿ Porqué no me respondes ? no sabes que tengo potestad tanto para crucificarte como para

soltarte ? Jesus le dijo : Ningun poder tendrias sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Por esto, el que me entregó á tí, tiene mayor pecado.

No es extraño que Pilato siendo Gentil no entendiese el sentido misterioso de las palabras de Jesus ; cuando los Sacerdotes que conocian las Escrituras, y que debian haber leído en los Profetas todas las circunstancias que ahora se verificaban en la persona de Jesus, estaban ciegos. Pilato estaba admirado de ver la constancia, dignidad y mansedumbre de Jesus, y no podia persuadirse que fuera delincuente. Una persona, mandada por su muger, entró á este tiempo en el tribunal y dijo al Presidente en secreto : Tu muger dice : No te metas en la causa de ese justo, no condenes á ese inocente, porque su Dios nos amenaza si le sentencias á morir ; he padecido mucho con este sueño. Pilato se levantó de su silla, salió á la puerta y declaró al pueblo, que no hallaba en Jesus causa alguna para condenarle. Los Judíos, aprendieron que el Presidente iba á poner en libertad á Jesus, y amotinándose principiaron á gritar : Es reo ; ese hombre subleva al pueblo con la doctrina que enseña por toda la Judea, desde Galilea donde comenzó, hasta Jerusalem. Cuando Pilato oyó el nombre de Galilea preguntó si Jesus era Galileo, y habiéndole dicho que sí, halló un medio para evadir la causa de Jesus. Herodes era Tetrarca de Galilea por el gobierno de Roma, con autoridad casi soberana en aquella provincia ; y con motivo de la fiesta de Pascua habia venido á Jerusalem. Pilato se valió del pretesto de ser Jesus de la ju-

risdicion de Herodes, y le remitió al Tetrarca para que entendiera en su causa. Herodes se alegró mucho de ver á Jesus, porque la fama de sus milagros se habia estendido por toda la tierra de Israel; y habiéndose esparcido la voz de que Jesus era el Bautista que habia resucitado, deseaba asegurarse con sus propios ojos, si era el mismo á quien él habia hecho degollar; ó si era otro, esperaba verle hacer algun milagro en su presencia. Herodes le hizo varias preguntas impertinentes, mas Jesus no respondió á ninguna. Los Sacerdotes y Escribas frecuentaban la casa de Herodes porque era Príncipe judío, y cuando supieron la determinacion de Pilato, se adelantaron á ver al Tetrarca para acusar á Jesus de querer usurpar el reino de David, de predicar contra las tradiciones de sus padres, y otras calumnias á fin de irritarle contra él. Herodes y los otros Judíos de su comitiva miraron á Jesus con desprecio, y por mofa le mandó poner un vestido blanco muy pomposo, y que le volvieran en procesion á casa de Pilato.

Viendo Pilato que Herodes no habia juzgado á Jesus, llamó á los Principes de los Sacerdotes, á los magistrados, y les dijo delante de todo el pueblo: Vosotros me habeis presentado á este hombre como alborotador del pueblo; yo le he interrogado, le he examinado, y no hallé en él delito alguno de cuantos le acusais. Despues le envié á Herodes para que, como Tetrarca de Galilea, le juzgase y le ha hecho volver sin hallar en él causa alguna que le haga digno de muerte. Yo le soltaré despues de haberle castigado.

Cuando los Judíos oyeron que Pilato intentaba soltar á Jesus, gritaron desde la calle, diciéndole: Si sueltas á ese hombre, no eres amigo del César. Pilato, imaginaba todos los medios posibles para libertar á Jesus, sin esponerse á que toda la nacion de los Judíos le acusara en la corte de Roma. Era costumbre en Jerusalem libertar cada año en los dias de Pascua á un preso, y el Presidente quiso valerse de esta ocasion para soltar á Jesus y quitar á los Judíos toda razon de quejarse. Habia á la sazón en la cárcel un criminal, preso por una muerte, que habia hecho en una sedicion, y acercándose la hora en que el pueblo habia de venir á la puerta del pretorio á pedir la acostumbrada libertad del preso pascual, imaginó el Presidente sorprender al pueblo con el mayor contraste que se podia presentar entre hombre y hombre. Barrabas, el mas ruin y odioso de todos los reos entonces en prision fué puesto en competencia con el Hijo de Dios para la caprichosa eleccion de un populacho despreciable. Pilato salió al balcón del pretorio, y dijo al pueblo: ¿Cuál de los dos quereis que os suelte? Suelta á Barrabas, y muera ese hombre. El Presidente romano no conocia el carácter de la infatuada nacion que gobernaba, y quedó pasmado al ver preferir la libertad de un vil homicida á la del inocente Jesus. En vano se esforzaba en probar la inocencia del uno y esponer el crimen del otro; el pueblo enfurecido clamaba: Suelta á Barrabas. ¿Qué haré de Jesus que se llama Cristo? les decia Pilato. Sea crucificado, respondieron los Judíos. Pues, ¿qué mal os ha hecho

este hombre? y el pueblo gritaba sin cesar : Crucifícale, crucifícale. Pilato no sabía que hacerse : por una parte pensaba que podia libertar á Jesus y defenderle con sus guardias ; y por otra parte consideraba, que Jerusalem estaba llena de Judíos de todas las provincias , venidos á celebrar la Pascua, y que si los Sacerdotes excitaban al pueblo, podrian causar una sedicion que él no fuese capaz de reprimir con todas sus tropas ; no ignorando como astuto político que las consecuencias serian fatales para él en la corte del César. En esta duda resolvió soltar al criminal, y sacrificar la vida del inocente. Pilato mandó azotar á Jesus ántes de entregarle á la furia de los Judíos, siguiendo la ley que mandaba azotar á los que habian de ser crucificados , ántes de ser llevados al suplicio.

El Hijo de Dios fué entregado á los verdugos, y conducido á la sala de los tormentos adonde le azotaron desapiadadamente, hasta desmayarse varias veces su humanidad sagrada. A este sangriento castigo añadieron todos los insultos que pudo sugerir la insensible inhumanidad de aquellos ejecutores de la injusticia. Le pusieron una corona de agudas espinas que le taladraban las sienes ; una caña en la mano derecha , ridículo emblema del cetro ; y doblando la rodilla en derision como á un Rey de burla , le escarnecian diciendo : Dios te salve, Rey de los Judíos. Ya le escupian al rostro , ya le daban bofetadas, ya le quitaban la caña de la mano y le daban con ella golpes en la cabeza ; no omitieron acción alguna con que podian mofarse del descendido del cielo para salvar á los

hombres. Pilato, entre tanto , agitado con la interior lucha del remordimiento de su conciencia, de la compasion de su corazon, y del temor que le inspiraban los amotinados Judíos, pensó, que habiendo soltado á Barrabas, y mostrando ahora al pueblo el sangriento espectáculo de Jesus, excitaria á compasion aquella bárbara plebe. Con este fin mandó traer á Jesus á su presencia ; y cubriéndole las espaldas con un manto de púrpura, le sacó al balcon del pretorio y dijo al pueblo : Ved aquí al hombre, ved aquí á vuestro Rey. Los Judíos clamaron : No tenemos otro Rey que el César : Crucifícale, crucifícale. Pilato les reconvinó otra vez la inocencia de Jesus, y el pueblo pidió otra vez su muerte. Viendo ya imposible aplacar á los Judíos sino con el sacrificio de Jesus, y no teniendo firmeza para defenderle, le ocurrió un medio, que á su parecer borraría toda su culpa en la comision de la mas manifiesta injusticia. Pilato habia oido, que en la Ley de Moises estaba mandado lavarse las manos, junto al cadáver de algun hombre hallado muerto y cuyo matador se ignorase, en justificacion de la inocencia de aquella muerte ; y queriendo ahora justificarse de la injusticia de su sentencia, mandó traer una palangana, un jarro con agua, y se lavó las manos á vista de todo el pueblo, diciendo : Yo soy inocente de la sangre de este justo ; vosotros seréis responsables. El obcecado pueblo respondió : Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Pilato entónces mandó quitar el manto á Jesus, y poniéndole la ropa que

tenia ántes, le entregó á los Judíos para que le crucificasen.

Esta fué la conclusion del juicio mas inicuo que jamas se formó contra un inocente acusado. Los frenéticos Judíos, sordos á la palabra de su Dios, incrédulos á los anuncios de sus Profetas, ciegos á las pruebas de la verdad, insensibles al testimonio de sus sentidos; y arrebatados del mas injusto odio, arrastran la inocente víctima y la llevan al pretorio pidiendo su sacrificio; y el Gobernador Romano abre su tribunal, oye la deposicion, conoce la calumnia, descubre la conspiracion, y no absuelve al inocente acusado por temor á los acusadores. El pueblo pide furioso la muerte de aquel hombre que ha curado á sus enfermos, les ha predicado el reino del cielo, les ha abierto el camino de la salvacion, y ha derramado lágrimas por la ceguedad y dureza de los hijos de Israel; y Pilato, convencido de la inocencia del acusado, admirado de su mansedumbre, amonestado por su muger, amenazado por Dios, y sabedor de la injusticia, satisface el deseo execrable del ingrato pueblo. Los Sacerdotes y magistrados de Jerusalem, devorados por el odio y venganza contra Jesus, no tienen poder sobre la persona del Cristo y acuden al Presidente de Judea; y Pilato, el único que tiene la potestad de libertar ó condenar, contra su conciencia y contra su corazon, manda crucificar á Jesus. El pecado de aquellos en perseguir al Hijo de Dios era un pecado de la mas perversa malicia; y el pecado de Pilato en condenar al Justo fué un pecado de la

mas atroz injusticia. Así cooperaron, casi en igual grado, el poder del Gentil y la malicia de Israel para consumir el horrendo Deicidio. Pilato dió la sentencia, Pilato crucificó al Cristo; los Judíos no diéron sentencia, y con todo, los Judíos crucificaron al Hijo de Dios. Estos, en el juicio de su iniquidad y con la espada de su lengua; aquel, en el tribunal de su jurisdiccion y con las picas de sus soldados. Los unos clamando: Crucificalo; y el otro mandando que sea crucificado.

El pérfido Judas, agitado con los remordimientos de su conciencia, confundido con las consecuencias de su traicion, habia observado toda la escena en el atrio de Caifas, y en el pretorio de Pilato; la malicia de los Sacerdotes judíos, y la debilidad del Presidente Romano; el furor implacable del pueblo, y la violencia cruel de los soldados; y viendo ahora á su inocente Maestro entregado á una muerte inevitable, se llenó de arrepentimiento pero infructuoso. Abandonado ahora de Satanas, conoció el crimen de su perfidia en toda su estension, y aunque ya tarde para remediar el mal, quiso confirmar la inocencia de Jesus con una pública confesion de su culpa. Impelido de su primer movimiento, corre al consejo del Pontífice y magistrados judíos, y vuelve las treinta monedas de plata que habia recibido por su prodicion, diciendo: Pequé entregando la sangre inocente. ¿Qué nos importa á nosotros? porqué no miraste ántes lo que hacias? Oprimido ahora el aleve con el peso de su maldad abominable, entró en desesperacion, tiró

las treinta monedas en el templo, y fué precipitadamente á poner un fin merecido á su vida miserable ahorcándose de un árbol. Los Sacerdotes hicieron recoger aquel dinero, y juzgándole muy vil para ponerle en el arca de las limosnas, compraron con él un pedazo de terreno perteneciente á un alfarero, y le destinaron para cementerio de los infieles que muriesen en Jerusalem. Siendo este dinero precio de traicion y asesinato, llamaron con propiedad al cementerio, *Haceldama*, palabra que en su lengua significa, Campo de sangre. En esto se cumplió literalmente lo que habia predicho el Profeta Zacarias quinientos años ántes: « Tomaron los treinta siclos de plata, precio en que fué apreciado aquel á quien los hijos de Israel pusieron en precio: los echaron en la casa del Señor, y los diéron por el campo de un alfarero. »

La Crucifixion de Jesus.

Burlado Pilato en todas sus medidas irresolutas, deshechas sus frívolas evasiones, vencida su pusilanimidad por la obstinacion de los Judios, y obtenida la sentencia final de la muerte de Jesus, empezaron á ponerla en ejecucion. Ya habian preparado una cruz, el instrumento ignominioso usado entre ellos para castigo, y poniéndola sobre los hombros del Salvador, le conducian al monte Calvario que era el lugar destinado en Jerusalem para crucificar á los malhechores. Jesus caminó lentamente desde el pretorio hasta la puerta de la ciudad, cargado con la cruz de nuestras

iniquidades; pero desfalleciendo en el camino por la falta de alimento, debilitado con la pérdida de sangre no podia proseguir con el pesado madero, á pesar de los golpes que los inhumanos verdugos le daban para hacerle caminar. A este tiempo pasaba por allí un hombre de Cirene, llamado Simon, que venia del campo á la ciudad, y los ministros encargados de la ejecucion le detuvieron y obligaron á llevar la cruz hasta lo alto del monte; no porque fuesen movidos de compasion, sino por temor de que muriese Jesus en el camino, y quedasen privados del espectáculo que tanto habian solicitado. Grande multitud de personas seguian á Jesus por la cuesta del monte, pero animados por distintos sentimientos: unos llevados de curiosidad, otros contentos con el triunfo de su venganza, mientras que otras personas piadosas estaban traspasadas de dolor viendo padecer al justo. Algunas mugeres devotas caminaban muy cerca de Jesus mostrando su compasion en su llanto, y oyendo el Redentor sus sollozos, se volvió á ellas y les dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, llorad por vosotras y vuestros hijos; porque vendrá el tiempo en que se dirá: Dichosas las estériles, los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron. Entonces dirán á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos, porque si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?

Al fin llegó el inocente Jesus á la cima del monte, donde habia de ofrecer á su eterno Padre el cruento sacrificio de su humanidad por la redencion del man-

do, y le sentaron sobre una piedra mientras preparaban la cruz. Era cerca de las doce, y creyendo que estaria sediento, le dieron a beber vino mezclado con hiel; pero habiéndole gustado, no le quiso beber. Los verdugos despojaron a Jesus de sus vestiduras, le estendieron sobre el madero, le clavaron los pies y las manos, y enarbolando la cruz, espusieron a vista de todos el cuerpo del Salvador suspendido de los clavos que le sujetaban. ¡O gloria inefable de la Pasion! o poder maravilloso de la Cruz! o virtud saludable de la exaltacion! Pocos dias antes habia dicho el Salvador a sus discipulos: «Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraere a mi mismo;» anunciándoles con estas palabras la muerte de que habia de morir, y el beneficio que de ella habia de resultar al mundo. Ahora fue alzado de la tierra, y estendidos sus brazos, en la claridad del medio dia, a un pueblo incrédulo y enemigo, les perdona su ignorancia y dureza, los exhorta a penitencia y les ofrece salvacion. Alzado ahora de la tierra abre el juicio del mundo, lanza fuera al principe de las tinieblas, quita el pecado del mundo, sustituye la verdad a la figura, quedan patentes las profecias, el Evangelio suple a la Ley, la luz disipa las tinieblas, se establece el sacramento de la gracia, y el genero humano, redimido con la sangre del Hijo, queda reconciliado con el Padre.

Dos ladrones que estaban sentenciados a morir en la cruz, habian sido conducidos al mismo sitio del Calvario; y despues de crucificarlos, los pusieron

uno a la diestra y otro a la siniestra de Jesus, cumpliéndose tambien en esto la profecia de Isaias: «Y fue contado entre los inicuos.» Por orden de Pilato se habia clavado en la cruz, sobre la cabeza de Jesus, un rótulo escrito en hebreo, griego, y latin, para declarar la causa de su muerte: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS. Cuando los Sacerdotes leyeron las palabras de la inscripcion, fueron a casa del Presidente y le dijeron: Quita aquel rótulo de la cruz, o manda escribir, que él dijo: Soy Rey de los Judios: mas Pilato, triste y disgustado con todo el proceder de aquel dia, los despidió con aspereza diciendo: Lo que he escrito, he escrito. Era costumbre entre los Romanos como en otras naciones, que los vestidos de los ajusticiados pertenecian a los verdugos; y habiendo concluido la crucifixion de Jesus, se sentaron al pie de la cruz, y repartieron entre sí los vestidos. La túnica era tejida en una pieza sin costura alguna, y para no inutilizarla rasgándola, conviniéron en echar suertes, para que se la llevara entera el afortunado: cumpliéndose tambien en esto lo que David habia profetizado de Jesus: «Repartieron mis vestidos entre sí, y sobre mi túnica echaron suertes.»

El endurecido pueblo de Israel miraba atentamente el doloroso espectáculo de Jesus crucificado por su furor, sin la mas minima señal de compuncion: los Magistrados y Ancianos, sin miramiento a su oficio ni a su edad, pasaban por delante de la cruz, y mofándose de Jesus en sus tormentos, le insultaban diciendo: Vah, tú que destruyes el templo de Dios, y

que en tres días le reedificas, sálvate á ti mismo bajando de la cruz. Los Sacerdotes, olvidados de la santidad de su ministerio sagrado, se paseaban por entre los espectadores, y con burla sacrilega decían: El que podía salvar á otros, no se puede salvar á sí mismo. Los Escribas, mezclados entre la plebe, saludaban impiamente á Jesus diciendo con ironía. O Cristo, Rey de Israel, descende de la cruz, para que viéndote creamos en ti. La plebe, seducida por el ejemplo de sus mayores, llenaba de escarnios al Salvador, y uno despues de otro decían con impiedad: Confía en Dios, si tú eres su hijo, que te libre ahora. Entre los mismos ladrones que estaban padeciendo hubo uno que improperaba á Jesus, diciéndole: Si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros: pero el otro ladrón, arrepentido de su delito, y convencido de la inocencia de Jesus, reprendía á su compañero diciéndole: ¿Ni tú temes á Dios estando condenado al mismo suplicio? Nosotros á la verdad lo estamos justamente, pues recibimos lo que han merecido nuestros delitos, mas este no hizo mal alguno. Movidó de una gracia interior este penitente reo, volvió la cara á Jesus, y le dijo: Señor, acuérdate de mí cuando llegares á tu reino. El Salvador le respondió: En verdad te digo, que HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAISO. Compadecido Jesus de la ceguedad de los otros que le insultaban, no quería pedir venganza; sus pensamientos eran de paz, y sus palabras de perdon; con la caridad mas pura y el amor mas universal exclamó á su

eterno Padre: PADRE, PERDONALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.

Todos los conocidos de Jesus, y muchas mugeres devotas que le habian seguido desde Galilea á Jerusalem, estuviéron mirando de léjos la pasion del Señor; y despues de la elevacion de la cruz, la Virgen Madre acompañada de María Cleofas, María la Magdalena, y el amado discípulo Juan, se acercáron á contemplar el lastimoso espectáculo de la crucifixion. La profecía del santo Sacerdote Simeon á la Madre del Salvador fué ahora verificada en toda su estension: el corazón de María estaba traspasado con la espada de dolor á la vista del sacrificio de su divino Hijo. Jesus les miró desde la cruz, los recomendó uno á otro, y fijando la vista en su afligida Madre, le dijo: MUGER, HE AQUÍ A TU HIJO, dirigiéndola á Juan: y volviendo los ojos despues hácia el amado Apóstol le dijo: JUAN, HE AQUÍ A TU MADRE. El fiel discípulo cumplió puntualmente el encargo de su Maestro recibiendo á la Virgen por madre, y no separándose de ella hasta su muerte. Ya era cerca de las tres de la tarde, las tinieblas cubrian toda la tierra desde las doce, el furor y poder de los verdugos estaba exhausto, y nada podía añadirse á las aflicciones que Jesus padecía en esta hora: lo amargo de su agonía le hizo esclamar ELI, ELI, ¿LAMMA SABACTANI? esto es: DIOS MIO, DIOS MIO, ¿PORQUE ME HAS DESAMPARADO? Los soldados romanos que no entendían la lengua siriaca, y que habian oido á los Judíos los grandes prodigios que el Dios de Israel habia obrado por medio de Elias, creyéron que llamaba á

este gran Profeta, y decian : Este llama á Elias. David habia profetizado de Jesus : Que en su sed le diéron á beber vinagre ; y para el cumplimiento de esta prediccion, dijo el Salvador : TENGO SED. Uno de los soldados fué corriendo adonde estaba un vaso lleno de vinagre, empapó una esponja y atándola á la punta de una caña, caminó hácia la cruz, lo cual visto por algunos empedernidos Judíos, le gritaron : Deja, Deja, veamos si viene Elias á quitarle de la cruz. El soldado llegó con la esponja mojada, tocó con ella la boca de Jesus, y habiendo gustado el vinagre, exclamó en alta voz : TODO ESTA CONSUMADO. PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU ; é inclinando la cabeza, espiró.

TODO ESTA CONSUMADO. A esta palabra todo se altera en el mundo. La Ley cesa, sus figuras pasan, el velo misterioso del templo se rasga de arriba abajo, queda abierto el santuario, el Evangelio de gracia ocupa el Sancta sanctorum, el hombre queda reconciliado con su Dios, los sacrificios quedan abolidos, y se sustituye una oblacion mucho mas perfecta y de un precio infinito. A esta palabra toda la creacion se resiente, y conmovidos los elementos reconoce la naturaleza á su Criador en la muerte del Hijo de Dios. El Sol le reconoce, escondiendo los rayos de su luz; la tierra le reconoce, y muestra su sentimiento con el temblor; las piedras le reconocen, y en su agitado movimiento se chocan y parten; el infierno le reconoce, y abre sus puertas á los muertos que encarcelaba. A esta palabra se muda el corazon del hombre;

los Gentiles se sorprenden y confiesan, los Judíos se confunden y tiemblan. El Centurion romano que está de guardia en el Calvario confiesa al Hijo de Dios; el Areopagita en Atenas, sorprendido con el trastorno de los Astros, confiesa que el Criador sufría; los verdugos ántes insensibles quedan ahora yertos de pavor; las injurias se mudan en suspiros, los escarnios en lágrimas; los que han visto el espectáculo vuelven á sus casas temblando y dándose golpes en los pechos, y la muerte del Salvador impone sobre todos un pánico silencio.

El sagrado cuerpo de Jesus quedó pendiente en la Cruz por una hora despues de su muerte. Los magistrados de Jerusalem, considerando que el dia siguiente era el Sábado mas solemne de todo el año, fuéron al pretorio y rogáron á Pilato que mandase bajar las cruces, quebrar las piernas á los crucificados y enterrar los cuerpos. Al mismo tiempo se presentó á Pilato un noble Decurion, hombre rico y respetable, bueno y justo, discípulo oculto de Jesus, y el único magistrado de Jerusalem que habia desaprobado el odio y determinacion de los Judíos contra el Hijo de Dios. Este piadoso varon era José de Arimatea, el cual suplicó al Presidente, le permitiese tomar de la cruz el cuerpo del Salvador para darle sepultura, y consiguió una orden para este efecto. Los soldados tomáron á los dos ladrones que habian sido crucificados y les quebráron las piernas; luego se llegaron á la cruz de Jesus, y viéndole ya muerto no le quebráron las piernas; mas uno de los soldados le

abrió el costado con la lanza, y luego salió sangre y agua, cumpliéndose hasta en esto la Escritura: « No le quebraron hueso alguno. Verán al que traspasaron. » José de Arimatea, en virtud de la orden dada por el Presidente, fué á recibir el cuerpo de Jesus; y aquel Nicodemo que habia visitado á Jesus una noche, vino tambien trayendo una composicion de casi cien libras de mirra y aloe. Estos dos santos varones descendieron el cuerpo de Cristo, y con la ayuda de otras personas piadosas que habian permanecido junto á la cruz, le embalsamaron, le fajaron segun la costumbre de Judea, y le envolviéron en una sábana fina que habian comprado para sudario. José tenia un huerto á un lado del monte Calvario, y habia hecho labrar en él un sepulcro en el cual ninguno habia sido sepultado: aquí pusieron el cuerpo de Jesus, y despues de haberle cerrado con una grande losa, se retiraron á la noche.

Los Principes de los Sacerdotes y los magistrados de Jerusalem no estaban satisfechos todavía, aunque habian visto el cuerpo de Jesus puesto en el sepulcro, y este cubierto con la losa. Al dia siguiente tuvieron una junta, en la que se mencionó la promesa que Jesucristo habia hecho á sus discípulos de que resucitaria al tercero dia y que volveria á estar con ellos. Ciegos á tantas pruebas, é insensibles á tantos prodigios, los obstinados Sacerdotes no creian la prediccion, pero temian mucho que hiciera impresion en el pueblo, que ya estaba muy alarmado con las tinieblas y terremoto que acompañaron la muerte del Salva-

dor. Entónces resolvieron ir al pretorio, y hablando con Pilato, le dijeron: Señor, nos acordamos que aquel seductor dijo una vez: Despues de tres dias resucitaré. El tenia muchos discípulos, y podria suceder que estos vayan de noche, roben el cuerpo de su Maestro, y luego digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Manda pues, que sea guardado el sepulcro, sin permitir á nadie llegarse á él por tres dias; porque de otro modo nos espondremos á otro error peor que el primero. El Presidente que habia condescendido á dar la injusta sentencia, no quiso escusarse á la inútil precaucion. Teneis una cohorte para la guardia del templo, les dijo; tomad de ella los hombres que quisiéreis, y guardad el sepulcro lo mejor que podais. Con este permiso fueron al templo, tomaron un número de soldados escogidos, partiéron al sepulcro, examinaron si el cuerpo estaba dentro, luego sellaron la losa que le cubria, y pusieron sentinelas al rededor. Los Sacerdotes imaginaron que por medio de estas precauciones evitarián toda ocasion de rumores, y destruirian toda esperanza que los discípulos pudieran tener de la resurreccion de Cristo: pero contrario á sus expectativas, estos mismos sentinelas, atemorizados en el acto de su vigilancia con la convulsion de la tierra, atónitos con el repentino estruendo, y deslumbrados con el resplandor del cielo, fueron otros tantos testigos de la resurreccion que temian. Así fué, que queriendo estos estúpidos evitar en su imaginacion un error peor que el primero, prepararon pruebas sobre pruebas para estable-

cer el hecho de la resurreccion de Jesus fuera de toda posibilidad de duda.

Resurreccion de N. S. Jesucristo.

Al amanecer del primer dia de la semana, y el tercero despues de la muerte de Jesucristo, tembló fuertemente toda la tierra al rededor del sepulcro: al mismo tiempo un Angel resplandeciente como la luz, con una túnica blanca como la nieve, descendió del cielo, arrojó la pesada losa que cubria el sepulcro y se sentó sobre ella. Los soldados que estaban de guardia, consternados con lo que sentian, asombrados con lo que veian, cayéron al suelo y quedáron como muertos. Pasada la primera impresion del temor volviéron en sí, y quedáron admirados al ver el sepulcro abierto, desaparecido el cuerpo, y ninguna persona al rededor. Confusos se miraban unos á otros sin saber que decir, sin saber que hacer: el objeto de su comision era custodiar el sepulcro, guardar lo que contenia; y el sepulcro, á pesar de su vigilancia, estaba abierto y vacío. Los sacerdotes habian escogido á los soldados, los habian traído del templo, y los habian puesto en aquel lugar para que nadie tocara á la losa; y ahora que ven la losa removida sin saber como, se retiraron del lugar, vuelven al templo, y refieren á los Sacerdotes todo lo que habia sucedido á su vista. Alarmados los Sacerdotes con esta relacion, hecha en unanimidad por unos hombres de quienes no podian sospechar, se juntáron en consejo para deliberar todos juntos, sobre lo que se debia hacer en este caso. Con-

el dinero habian conseguido que entregasen á Jesus, cuando vivo, en sus manos; y con el dinero esperaban hacer creer que, ahora muerto y custodiado, le habian quitado de su poder. Tomad todo este dinero, dijéron los Sacerdotes á los soldados, y decid: Los discípulos viniéron de noche, y sacáron el cuerpo del sepulcro miéntras estábamos durmiendo. ¡Estraña estulticia! hacer decir á un cuerpo de sentinelas escogidos, que todos ellos se habian dormido: pero como los soldados en esta ocasion no tenían que responder de su conducta, sino á los Sacerdotes que los habian empleado, así no tenían que temer de la suposicion de una falta imperdonable en la milicia. Ellos recibieron la grande suma que les ofrecian, y con el dinero fuéron cohechados para afirmar una mentira, así como el falso discípulo fué ganado con el dinero para cometer una traicion. Instruidos los soldados publicáron el cuento, solícitos los Sacerdotes ayudaban á divulgar el rumor por el pueblo; y aunque para probar el robo del cuerpo de Cristo no tenían sino testigos dormidos, tanta fué su industria que los Judíos lo creyeron por mucho tiempo. ¡Infeliz astucia de aquellos Sacerdotes! deplorable ignorancia de aquel pueblo!

María Magdalena, María la madre de Santiago, y la Salome habian comprado aromas y bálsamos para hacer este último y piadoso servicio al cuerpo de su Maestro, porque ellas no esperaban la resurreccion de Jesus, no habiendo entendido las profecias; y al amanecer fuéron las tres al sepulcro. En el camino se decian una á otra: ¿Quién nos quitará la losa del se-

pulcro? porque nosotras no podremos removerla. Los soldados ya se habian retirado del lugar, y cuando ellas llegaron, vieron la losa removida y el sepulcro abierto. Un Angel en figura de mancebo y vestido de blanco se llegó á ellas diciéndoles: No os asustéis, buscáis á Jesus nazareno el que fué crucificado; ha resucitado, no está aquí; ved el lugar donde le pusieron. Id y decid á sus discípulos y á Pedro, que va delante de vosotros á Galilea; allí le veréis como os dijo: « Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, que sea crucificado, y que resucite al tercero dia. » Las virtuosas mugeres, mas asustadas con lo que habian visto, que convencidas de lo que habian oido, huyéron á la ciudad, y llegando á donde estaban congregados los Apóstoles, refirieron todo lo que les habia sucedido. Los mas de ellos no creyeron lo que oian excepto Pedro y Juan que se levantaron al momento y corrieron al lugar del sepulcro. Juan como mas jóven llegó primero, vió el sepulcro abierto, y abajándose percibió los lienzos, mas no se atrevió á entrar. Luego que llegó Pedro entró, y tras él entró tambien Juan; allí hallaron la sábana á un lado, y el lienzo que cubria la cabeza en otro lugar. Los dos se volvieron á casa muy pensativos, porque todavia no entendian la profecía de la resurreccion del Señor.

La Magdalena, que por su intenso amor á Jesus y á la verdad habia conseguido la remision de sus muchos pecados, era la mas solícita en aquella mañana, por saber el paradero del cuerpo de su amado Maes-

tro. Ella habia vuelto al lugar del sepulcro detras de Pedro y Juan, y aunque estos se volvieron, ella permaneció junto á la losa. Ignorante de la profecía y promesa de la Resurreccion, creia perdida la preciosa reliquia del cuerpo de su Salvador: buscaba con ansia lo que tanto deseaba, y lloraba desconsolada porque no lo podia hallar. Llorando se inclinaba y miraba al sepulcro; el sepulcro vacío le anunciaba que el Señor habia sido removido: encendida en el fuego del mas puro amor, volvia á mirar, y no percibiendo sus ojos al deseado objeto, se alligia cada vez mas. María persevera en buscar, y su constante solicitud la hizo merecedora de hallar. María miró otra vez al sepulcro, y á su mayor admiracion ve dos Angeles vestidos de blanco, el uno sentado á la cabecera y el otro á los pies del sitio donde habia sido puesto el cuerpo de Jesus. Muger, le dijeron, ¿ porqué lloras? y ella respondió: Porque se han llevado de aquí á mi Señor, y no sé donde le han puesto. Apenas habia dicho estas palabras, su atencion fué llamada á mirar á otra parte, y volviendo la cara, vió á un hombre que estaba de pies junto á ella. Muger, le dijo, ¿ porqué lloras? á quien buscas? Una sola idea ocupaba toda el alma de María, y sus labios no podian espresar otra; creyendo que era el hortelano, le dijo con vehemencia: Señor si tu has quitado de aquí á mi Señor, dime en donde le has puesto, y yo le llevaré. Jesus solo le respondió: María! Esta sola voz abrió los ojos de la Magdalena para reconocer á Jesus. ¡ Maestro y Señor mio! exclamó María arrojándose á los pies de Jesus para besarlos.

No me toques, le dijo Jesus, porque aun no he subido á mi Padre; mas ve á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Y luego desapareció Jesus. María volvió muy gozosa á casa de los Apóstoles para darles el mensaje del Señor, pero estos, no iluminados todavía, la escucharon sin creer ni negar lo que oían, porque aunque tenían fe, no tenían pleno conocimiento de las Escrituras. Los Apóstoles continuaron todo aquel día recogidos en su casa de Jerusalem, lamentando todavía la muerte de su divino Maestro.

Dos de los discípulos de Jesus que estaban en casa de los Apóstoles, despues de haber oido la relacion de María, la de las otras piadosas mugeres, y lo que habían visto en el sepulcro Pedro y Juan, partiéron despues de medio día á una aldea llamada Emmaus, distante como dos leguas de Jerusalem, para hacer algunas diligencias. Iban conversando por el camino sobre lo que había ocurrido en Jerusalem en aquellos dias, cuando Jesucristo, en forma y vestido de peregrino, se llegó á ellos, y saludándolos les preguntó, porqué estaban tristes, y cual era el asunto de su conversacion. Cleofas uno de los dos discípulos le respondió: ¿Eres tu el único en Jerusalem que no sabes lo que ha pasado allí en estos dias? Jesus les preguntó entonces: ¿Qué es lo que ha pasado? Cleofas dijo: Ibamos hablando de Jesus nazareno, que fué un varon profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir á Israel:

pero los Sumos Sacerdotes y nuestros Príncipes le entregáron, le condenáron á muerte y le crucificáron. Hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas, y pensamos en las cosas que han sucedido hoy: porque unas mugeres que viniéron de Galilea con nosotros y que seguían á Jesus, nos han espantado esta mañana con la noticia de que el cuerpo no está en el sepulcro. Ellas fuéron al amanecer al lugar donde fué sepultado, y no habiendo hallado el cuerpo, se volviéron diciendo, que habían visto allí á dos Angeles, los cuales les aseguráron que estaba vivo. Y algunos de los nuestros, que fuéron tambien al sepulcro, halláron que era verdad como habían referido las mugeres, mas á Jesus no le halláron. Jesus les dijo entonces: ¡O necios y tardos de corazon en creer todo lo que predijéron los Profetas. ¿Acaso no convenia que Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria? Entonces les citó y esplicó todos los diferentes pasajes de las Escrituras concernientes al mismo Jesus, desde Moises hasta los Profetas. Cuando llegaron al castillo de Emmaus adonde iban, Jesus les dió á entender que iba mas léjos, pero ellos le forzaron diciendo: Quédate con nosotros porque ya es tarde y va declinando el día. Jesus consintió y entró con ellos. Sucedió pues, que estando sentados á la mesa, tomó el pan, le bendijo, le partió, y se le dió. A este tiempo se les abriéron los ojos, y le conocieron, mas Jesus se desapareció de su vista. Entonces se dijéron uno á otro: ¿Por ventura no sentíamos abrasarse nuestros corazones mientras nos hablaba en el cami-

no y nos explicaba las Escrituras? Así conociéron estos discípulos en la fraccion del pan, al que no habian conocido en la esposicion de la Escritura.

En aquel mismo dia de la resurreccion del Salvador, siendo ya tarde, estaban los Apóstoles en una sala con las puertas cerradas por miedo de los Judíos. Jesus se apareció, y poniéndose en medio de sus discípulos, les dijo: La paz sea con vosotros; yo soy, no temais. Los Apóstoles no podian comprender como una sustancia corporea pudiera penetrar por rendijas imperceptibles, y por eso se turbáron de temor y susto, creyendo veian alguna fantasma. Jesus les dijo: ¿Porqué estais turbados, y se levantan tantos pensamientos en vuestros corazones? y para manifestarles su naturaleza corporea añadió: Mirad mis manos y pies; el mismo soy; tocad y considerad que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo. La transportacion de gozo y de admiracion en que se hallaban los discípulos, no les permitía dar testimonio de su entera creencia, y Jesus quiso darles otra prueba. ¿Teneis aquí algo de comer? les preguntó: y ellos le presentáron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Jesus comió delante de ellos, y luego les distribuyó lo que habia sobrado, diciéndoles: Ya veis verificado lo que os dije estando aun con vosotros: que era necesario se cumpliesen todas las cosas que de mí están escritas en la ley de Moises, en los Profetas y en los Salmos. Los diez Apóstoles que estaban presentes creyéron ahora la realidad de lo que veian: ¿cómo podrian negar que era cuerpo en el

que se mostraban vivas señales de heridas? ciertamente no podian dudar; porque lo que se ve es corporeo, lo que se palpa cuerpo es, y el que come tiene cuerpo en realidad. Jesus les dijo otra vez: La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió, así tambien yo os envío. Esto es, así como mi Padre me envió á este mundo, no para gozar de sus placeres, sino para enseñar, para sufrir persecuciones, derramar mi sangre por la salvacion de muchos, destruir el pecado, vencer la cautividad, y abrir á los hombres las puertas del cielo; así tambien yo os envío á enseñar á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á sufrir persecucion por mi nombre, y sellar con vuestra sangre la verdad de mi Evangelio. Y ved aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Jesus sopló entonces sobre ellos y añadió: Recibid el Espíritu Santo; á los que perdonáreis los pecados, les quedan perdonados; y á los que se los retuviéreis, les son retenidos. Y habiendo dicho esto, desapareció.

Los discípulos que habian visto á Jesus en el castillo de Emmaus se levantáron de la mesa en aquella misma hora que Jesus se les desapareció, y volviéron á Jerusalem, deseosos de comunicar á los Apóstoles y á sus condiscípulos una nueva tan gloriosa: mas llegaron á la ciudad despues que el mismo Jesus se habia aparecido tambien á sus Apóstoles. Estos saludáron á los reciénvenidos diciéndoles: Verdaderamente ha resucitado el Señor. Los dos discípulos, mas contentos

con la confirmacion de lo que habian visto, que con la sorpresa que esperaban causar con su primera noticia, refirieron á los otros todo lo que les habia sucedido en el camino, y como conocieron á Jesus al tiempo de partir el pan. Los Apóstoles partiéron al dia siguiente para Galilea, en virtud del mensaje que les habia traído la Magdalena, y fuéron al monte adonde el Señor los habia mandado.

Tomas, uno de los doce Apóstoles, no estaba en la sala cuando vino Jesus; y luego que volvió, le dijéron los otros que habian visto al Señor, mas él no lo quiso creer. A primera vista parece sumamente extraña la incredulidad de este fiel discípulo: como Apóstol, habia oído á Jesus todos los misterios que les descubria á los doce, y las profecias que les anunciaba con respecto á su persona; su entrega á los Judíos por un traidor de entre ellos, su pasion, su muerte, su resurreccion y vuelta á su Padre celestial; él sabia que el cuerpo de Jesus habia sido puesto en el sepulcro y cerrado con una pesada losa; él habia oído á las tres piadosas mugeres, que yendo al lugar del sepulcro, le habian hallado abierto, el cuerpo removido, y que dos Angeles las habian informado de su resurreccion; él sabia que Pedro y Juan, las dos personas mas distinguidas del Apostolado, fuéron luego, entraron en el sepulcro, y hallaron en él los lienzos en que estaba envuelto el desaparecido cuerpo; él habia visto volver á la amorosa Magdalena llena de gozo por haber visto y hablado con su Señor; él oia referir á los dos discípulos de Emmaus como se les habia

manifestado el Señor en aquel castillo; y ahora oye á todos los otros Apóstoles confesar unánimemente que el Señor habia estado entre ellos, y comido á presencia de todos: sin embargo de todas estas pruebas, Tomas dice: A no ser que vea en sus manos la herida de los clavos, y que meta mis dedos en las hendiduras de las manos, y que meta mi mano en su costado, no lo creeré. Esta incredulidad de Tomas nó parece voluntaria; todas las circunstancias nos la muestran como dispensacion divina. Un Apóstol está ausente del Apostolado cuando Jesus viene á confortarlos con el Espíritu Santo; un fiel discípulo vuelve, oye y no cree; y este mismo discípulo ve despues, y duda; envuelto en duda palpa, y no cree hasta despues de haber palpado. La aparente incredulidad de Tomas establece con mas firmeza la verdad de la resurreccion de Jesus, que la unida creencia de los otros discípulos; porque si aquel Apóstol no se redujo á creer hasta despues de haberlo tocado con sus propias manos, nuestra mente, desechando toda duda, debe quedar mas afirmada en aquella fe tan probada. Ocho dias despues, estando los Apóstoles en Galilea, juntos todos en una misma sala y con las puertas cerradas como ántes, y el incrédulo Tomas entre ellos, vino Jesus otra vez, se presentó en medio de ellos, y con su acostumbrada salutacion les dijo: La paz sea con vosotros. Luego se volvió hácia Tomas, como si solo hubiera venido á este intento, y le dijo: Tomas, mete aquí tu dedo, y mira mis manos; estiende tu mano, métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

Tomas, lleno ahora de confusion al conocer la indiscrecion de sus palabras, exclamó: Señor mio! Dios mio! Tomas, le dijo Jesus, porque me has visto has creído; bienaventurados los que no viéron y creyéron.

Jesus se mostró tercera vez á sus discípulos en la orilla del mar de Tiberiades. Estando el Apóstol Pedro cerca del mar, dijo á Tomas y á otros condiscípulos que estaban con él, que iba á pescar: todos quisieron acompañarle; se fuéron con él, subieron á un barco, y tuvieron tendida la red toda la noche sin coger pez alguno. Luego que fué de día, viéron en la ribera á un hombre en pie, sin conocer que era su divino Maestro. Jesus les habló y preguntó, si tenían algo que comer: muy descontentos con su mala suerte respondieron los Apóstoles, que habian estado toda la noche con la red en las manos sin haber cogido ni un solo pez. Tended la red al lado derecho del barco, les dijo Jesus y hallaréis pescado. Así lo hicieron, y tanteando luego la red sintieron que habia muchos peces enredados. Esta circunstancia maravillosa sugirió á Juan, el discípulo amado, que aquel hombre no podia dejar de ser Jesucristo, y llegándose á Pedro le dijo: Aquel es el Señor. Pedro lo creyó, y tomando su túnica se la ciñó, porque estaba desnudo. Luego comenzaron á tirar de la red para traetla al barco, mas no pudieron por la muchedumbre de peces; por lo que juzgaron mas acertado tirar de las cuerdas, y sacarla arrastrando á la orilla. Pedro se echó al agua, y vino nadando á tierra desde el barco,

que estaba distante como cien varas, mientras que los otros venian en el bote tirando de la red. Luego que llegaron á tierra viéron unas brasas encendidas, un pez sobre ellas, y pan al lado del fuego. Jesus les dijo: Traed ahora algunos peces de los que habeis cogido. Pedro fué al instante, y ayudado de los otros sacaron la red á tierra con ciento cincuenta y tres peces grandes; y aunque eran tantos y tan pesados, no se rompió la red. Venid, les dijo Jesus, y comed conmigo. Los discípulos se llegaron á comer, sin atreverse ninguno á preguntarle quien era, porque todos estaban persuadidos en que era el Señor. Cuando acabaron de comer, miró Jesus á Pedro y le dijo: Simon, hijo de Joná, ¿me amas tú mas que estos? Sí Señor, respondió Pedro, tú sabes que te amo. Jesus le dijo entonces: Apacienta mis corderos. Segunda vez le hizo Jesus la misma pregunta, y segunda vez dió Pedro la misma respuesta. Jesus le preguntó tercera vez: ¿Simon, hijo de Joná, me amas? Contristado Pedro sumamente, viendo á su parecer dudada su asercion, sin saber qué pensar de una pregunta tan repetida, respondió modestamente: Señor, tú que sabes todas las cosas, tú sabes que te amo. Jesus le respondió: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo, te ceñias é ibas adonde querias; mas cuando fueres viejo, otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras. Esto le dijo Jesus anunciándole con qué muerte habia de glorificar á Dios. Ultimamente le dijo Jesus, sígueme: y Pedro fué detras del Señor.

Ascension de N. S. Jesucristo.

Despues de la gloriosa resurreccion por la cual nuestro Señor Jesucristo levantó á los tres dias, en su persona, el templo de Dios que habia sido destruido por la impiedad judáica, permaneció por cuarenta dias sobre la tierra revelando á sus discípulos grandes misterios, confirmando en su Iglesia grandes sacramentos. Durante este tiempo, nuestro bendito Salvador apareció varias veces, ya á todos sus apóstoles congregados, ya á uno ú otro, ya á discípulos que no eran del Apostolado, ya á mugeres que le seguian movidas de una piedad la mas pura, fortaleciendo á todos en la verdad de su resurreccion de la que estaban dudosos. Jesus durante su vida habia enseñado la doctrina mas sublime y admirable; la habia comprobado con parábolas las mas apropiadas; habia confirmado su carácter divino y la verdad de su mision con estupendos milagros; y ahora despues de su muerte solo restaba iluminar á sus discípulos y confirmarlos en la fe. Primero los convence de su resurreccion; luego les comunica el Espíritu Santo con un soplo; despues nombra Pastor á su Iglesia y encarga á Pedro de su rebaño, y últimamente los afirma tan eficazmente en su amor al Evangelio, que ni las cárceles ni las prisiones, ni el destierro, ni el hambre, ni el fuego, ni el cuchillo, ni las fieras, ni toda la crueldad de sus perseguidores fuéron bastantes para hacerles renunciar á la verdad ni á uno siquiera de

entre todos. Ahora pues vino la hora de subir al Cielo de donde descendió; llegó el cuadragésimo dia de su resurreccion, y apareciendo por la última vez á sus Apóstoles y demas discípulos, los llevó al monte de los Olivos. Estando en medio de ellos, les mandó que no se fuesen de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre. Vosotros, les dijo, recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda la Judea, en Samaria, y hasta las estremidades de la tierra. Dichas estas palabras, les dió su última bendicion, y en presencia de ellos se fué elevando magestuosamente, y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos. Los discípulos tenian los ojos fijos en él mientras ascendia por el aire hasta que le perdiéron de vista; y á este tiempo aparecieron dos varones con vestiduras blancas junto á los Apóstoles, diciendo: VARONES GALILEOS ¿QUE ESTAIS MIRANDO AL CIELO? ESTE MISMO JESUS, QUE A VUESTRA VISTA HA SUBIDO AL CIELO, VENDRA DEL MISMO MODO, COMO LE HABEIS VISTO IR AL CIELO.

LIBRO IV.

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES.

Eleccion del Apóstol Matias.

Quando el éstasis de admiracion que habia causado en los Apóstoles la Ascension de Jesucristo hubo pasado, se volviéron á Jerusalem desde el monte de las Olivas segun el mandado del Señor. Luego que entraron en la casa, subiéron al cenáculo, donde perseveraron unánimes en oracion con la Virgen María madre de Jesus y otras mugeres piadosas que la acompañaban. Durante este tiempo Pedro llamó un dia á todos los discípulos del Señor que estaban en la casa, que eran como unos ciento y veinte hombres, y puesto en medio de ellos, se levantó y dijo: Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura, que predijo el Espíritu Santo por boca de David acerca de Judas, que fué el caudillo de aquellos que prendieron á Jesus; el que era contado con nosotros, y tenia suerte en este ministerio. Este, pues, poseyó un campo del precio de la iniquidad, y colgándose reventó por medio, y se derramaron todas sus entrañas, lo cual se hizo notorio á todos los moradores de Jerusalem; por lo que llamaron á aquel campo *Hacel-*

dama, que quiere decir, campo de sangre. Conviene, pues, que de estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que entró y salió con nosotros el Señor Jesus, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el dia en que fué tomado arriba de entre nosotros, uno sea testigo con nosotros de su resurreccion. Entónces señalaron á dos, á Josef que era llamado Barsabas, y tenia por sobrenombre el Justo, y á Matias; luego oraron al Señor diciendo: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos de estos dos cuál has escogido para que tome el lugar de este ministerio y apostolado vacante por la prevaricacion de Judas. Luego echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matias, y fué contado con los once Apóstoles.

Descension del Espiritu Santo.

Quando se cumplieron los dias de Pentecostes, se hallaron de comun acuerdo todos juutos orando en un mismo lugar. Un repentino estruendo del cielo, como de viento que soplaba con impetu, llenó toda la casa en donde estaban sentados; al mismo tiempo aparecieron unas lenguas hendidas como de fuego, y reposaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos de Espíritu Santo, y con el don de hablar en varias lenguas de las que ántes no tenian ni el mas leve conocimiento. A esta sazón se hallaban en Jerusalem varones religiosos de todas las naciones entónces conocidas, los que oyendo esta novedad maravillosa, acudieron á oír á los Apóstoles de Cristo, y atónitos

LIBRO IV.

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES.

Eleccion del Apóstol Matias.

Quando el éstasis de admiracion que habia causado en los Apóstoles la Ascension de Jesucristo hubo pasado, se volviéron á Jerusalem desde el monte de las Olivas segun el mandado del Señor. Luego que entraron en la casa, subiéron al cenáculo, donde perseveraron unánimes en oracion con la Virgen María madre de Jesus y otras mugeres piadosas que la acompañaban. Durante este tiempo Pedro llamó un dia á todos los discípulos del Señor que estaban en la casa, que eran como unos ciento y veinte hombres, y puesto en medio de ellos, se levantó y dijo: Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura, que predijo el Espíritu Santo por boca de David acerca de Judas, que fué el caudillo de aquellos que prendieron á Jesus; el que era contado con nosotros, y tenia suerte en este ministerio. Este, pues, poseyó un campo del precio de la iniquidad, y colgándose reventó por medio, y se derramaron todas sus entrañas, lo cual se hizo notorio á todos los moradores de Jerusalem; por lo que llamaron á aquel campo *Hacel-*

dama, que quiere decir, campo de sangre. Conviene, pues, que de estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que entró y salió con nosotros el Señor Jesus, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el dia en que fué tomado arriba de entre nosotros, uno sea testigo con nosotros de su resurreccion. Entónces señalaron á dos, á Josef que era llamado Barsabas, y tenia por sobrenombre el Justo, y á Matias; luego oraron al Señor diciendo: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos de estos dos cuál has escogido para que tome el lugar de este ministerio y apostolado vacante por la prevaricacion de Judas. Luego echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matias, y fué contado con los once Apóstoles.

Descension del Espiritu Santo.

Quando se cumplieron los dias de Pentecostes, se hallaron de comun acuerdo todos juutos orando en un mismo lugar. Un repentino estruendo del cielo, como de viento que soplabá con impetu, llenó toda la casa en donde estaban sentados; al mismo tiempo aparecieron unas lenguas hendidas como de fuego, y reposaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos de Espíritu Santo, y con el don de hablar en varias lenguas de las que ántes no tenían ni el mas leve conocimiento. A esta sazón se hallaban en Jerusalem varones religiosos de todas las naciones entónces conocidas, los que oyendo esta novedad maravillosa, acudieron á oír á los Apóstoles de Cristo, y atónitos

se decian : No son Galileos todos estos que hablan ? pues cómo los oimos cada uno hablar en nuestra lengua nativa ? Partos , Medos , Elamitas , Mesopotamos , Capadocios , Pontanos , Asianos , Frigios , Panfilios , Libios , Cretenses , Arabes , Griegos , Romanos , así como los Judíos oían predicar , cada uno en su propio idioma , las grandezas de Dios. Los mas entendidos de estas naciones , no pudiendo atribuir esta maravilla á causas naturales , se pasaban y decian : Qué significa esto ? pero el vulgo grosero , cuya rudeza no les deja sentir otra impresion que la del choque de los elementos ó trastorno del órden natural , se burlaban y decian : Estos están llenos de mosto. Pedro en compañía de los otros once Apóstoles , se levantó para refutar esta vil calumnia , y alzando la voz les dijo : Varones de Judea y todos los que habitais en Jerusalem , oid con atencion mis palabras ; porque estos no están embriagados como vosotros pensais , pues apenas son las nueve de la mañana. A Jesus nazareno , varon aprobado por Dios entre vosotros con virtudes , prodigios y señales que Dios obró por él en medio de vosotros , como os ha sido manifesto , á este que por determinado consejo y presciencia de Dios fué entregado le matásteis , crucificándole por manos de malvados , á este ha resucitado Dios , sueltos los dolores de la muerte , porque era imposible que fuese detenido en ella. Por esto dijo David de Cristo : No permitirás que tu Santo vea corrupcion. Varones hermanos , séame licito deciros con libertad , que el Patriarca David murió y fué enterrado , su sepulcro está

entre nosotros hasta el dia de hoy. Siendo pues Profeta , y sabiendo que con juramento le habia Dios jurado , que uno de su linage ocuparia su trono para siempre , habló de la resurreccion del Cristo , que ni fué dejado en el sepulcro , ni su carne vió corrupcion. A este Jesus resucitó Dios , de lo cual somos testigos todos nosotros. Así que , ensalzado por la diestra de Dios , y habiendo recibido del Padre la promesa del Espiritu Santo , ha derramado su gracia sobre nosotros , á este á quien vosotros veis y ois. Porque David no subió á los cielos , y dice con todo eso : Dijo el Señor á mi Señor : Siéntate á mi diestra , hasta que ponga tus enemigos por tarima de tus pies. Sabed pues , Israelitas , que Dios hizo Señor y Cristo á este Jesus , á quien vosotros crucificásteis. Por tanto arrepentios , y sea cada uno de vosotros bautizado en el nombre de Jesucristo , para remision de vuestros pecados , y recibiréis el don del Espiritu Santo. Este elocuente discurso del Apóstol Pedro tuvo tan buen efecto , que no ménos de tres mil personas abrazaron la fe de Jesucristo en aquel dia , y fuéron bautizados en su nombre , aumentando Dios cada dia los que se habian de salvar en la unidad de la religion cristiana.

Cura de un Cojo de nacimiento , y efecto de este milagro.

Pedro y Juan fuéron al templo á las tres de la tarde para hacer oracion , y al entrar por la puerta llamada la Hermosa , viéron á un cojo de nacimiento que pedía limosna. Los dos Apóstoles se pararon , y el cojo

fijó la vista en ellos esperando recibir alguna cosa : Pedro se acercó á él y le dijo : No tengo oro ni plata, pero lo que tengo esto te doy : En el nombre de Jesucristo nazareno levántate y anda ; y tomándole por la mano derecha, se levantó el cojo sano y bueno, y entró al templo con los Apóstoles saltando de alegría y alabando al Señor. Este prodigio obrado en un lugar tan público, atrajo una grande multitud de gentes al pórtico ; y atónitos de ver sano al cojo tan conocido de todos, miraban á Pedro y Juan con asombro. Pedro entónces les habló así : Varones israelitas ¿ porqué os maravillais de esto, ó porqué nos mirais, como si por nuestra virtud ó poder hubiéramos hecho andar á este hombre ? El Dios de Abraham, Isaac, y Jacob ha glorificado á su hijo Jesus ; aquel á quien vosotros entregásteis á Pilato, le negásteis, y clamábais para que le crucificara. Bien sé que lo hicisteis por ignorancia ; pero el eterno Dios, resucitando á su Hijo, os lo envia ahora para que os bendiga, á fin de que cada uno se aparte de su maldad. Por tanto, arrepentios y convertios, para que vuestros pecados os sean perdonados. Este discurso convirtió cinco mil personas, no obstante que fué interrumpido con la venida de los Sacerdotes y magistrados, los que exasperados con lo que veían y oían, llevaron á Pedro y Juan á la prision.

Al día siguiente tuviéron un gran consejo, y trayendo á los prisioneros les preguntáron : ¿ Con qué poder, ó en nombre de quién habeis predicado y sanado al cojo ? Pedro respondió : Príncipes del pueblo, An-

cianos, escuchad : Puesto que hoy se nos pide razon del beneficio hecho á un hombre enfermo, por virtud de quien ha sido sanado, sea notorio á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel, que en el nombre de nuestro Señor Jesucristo nazareno, á quien vosotros crucificásteis, y á quien Dios rescató de entre los muertos, por virtud de él está sano este hombre que teneis delante de vosotros. Esta es la piedra que ha sido reprobada de vosotros los arquitectos, que ha sido puesta por cabeza de ángulo, y no hay salud en ningun otro. Porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que nos sea necesario ser salvos. Viendo los Sacerdotes y magistrados la firmeza de Pedro y de Juan, y conociendo que eran hombres sin letras, se maravillaban de su elocuencia ; y como veían junto á ellos sano y bueno al hombre que sabian muy bien no habia podido jamas mantenerse en pie, no podian decir cosa alguna en contra. Entónces les mandáron retirar, miéntras conferian entre sí. ¿ Qué harémos á estos hombres ? se decian unos á otros : ellos han hecho un milagro notorio á cuantos moran en Jerusalem ; y es tan patente, que no lo podemos negar. Sin embargo, para que no se divulgue mas en el pueblo, amenacémoslos que en adelante no hablen mas á hombre alguno en este nombre. Luego los llamáron, y les intimáron que nunca mas hablasen, ni enseñasen en el nombre de Jesus. Pedro y Juan respondieron : ¿ Juzgais vosotros justo, que os obedezcamos ántes que á Dios ? ó que dejemos de hablar las cosas que hemos visto y oido ? Los

magistrados no sabiendo qué partido tomar, les diéron libertad, y ellos fuéron á donde estaban los otros Apóstoles, y les contáron todo lo que les habia sucedido.

Cuando los discípulos del Señor oyéron todo lo que habia pasado, se pusieron en oracion; y alzando la voz dijéron todos de comun acuerdo: Señor, tú eres el que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Los Reyes y los Príncipes, Herodes y Pilato, los Gentiles y los Israelitas, todos se ligáron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesus al que ungieste, para hacer lo que tu mano y tu consejo decretáron que se hiciese. Considera, Señor, sus amenazas, y permite á tus siervos que con toda libertad hablen tu palabra; dales gracia para que hagan maravillas y prodigios en el nombre de tu santo Hijo Jesus. Acabada esta oracion, tembló el lugar donde estaban congregados; todos fuéron llenos de Espíritu Santo, y hablaban la palabra de Dios con firmeza. Desde aquella hora uno fué el corazon, y una fué el alma de todos los creyentes; nada tenían propio, todo era de la comunidad; vendian sus tierras y sus casas, y ponian el dinero que recibian á los pies de los Apóstoles, para que le distribuyeran segun lo que cada uno habia menester.

Entre los nuevos convertidos habia un hombre llamado Ananias, el cual de comun acuerdo con su muger Safira, vendió una heredad, y guardando una parte del precio, vino á los Apóstoles, y puso la otra parte á sus pies. Pedro le dijo: Ananias, ¿porqué ten-

tó Satanas tu corazon para que mintieses al Espíritu Santo? ¿No es verdad, que conservando tu heredad quedaba para tí, y vendida tenias el precio en tu poder como cosa tuya? ¿No eres dueño de vender ó no vender tu campo? de ofrecer ó no ofrecer lo que te dieran por-él? ¿Para qué has hecho este fraude? Tú no mentiste á los hombres, sino á Dios. Luego que oyó Ananias las palabras del inspirado Apóstol, cayó al suelo y espiró con gran temor de todos los presentes: unos jóvenes que estaban allí alzaron el cadáver del mentiroso Ananias y le llevaron para enterrarle. Como tres horas despues entró Safira, ignorante del fracaso de su marido. Pedro le preguntó: ¿Dime, muger, vendiste la heredad por tanto dinero? Safira, cómplice en el fraude, siguió la misma mentira. Sí, por tanto, respondió ella. Pedro entónces le dijo: ¿Porqué os habeis concertado para tentar al Espíritu del Señor? He aquí entran los que acaban de enterrar á tu marido, y te llevarán á tí. La mentirosa Safira cayó muerta al punto, y la llevaron para enterrarla con su marido.

Prision de los Apóstoles.

Tanto crecia el número de hombres y mugeres que creian en el Señor con los milagros que obraban los Apóstoles, que alarmó á los Sacerdotes, los prendieron y pusieron en la cárcel pública. Mas el Angel del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel, los sacó fuera, y les dijo: Id, presentaos en el templo y predicad al pueblo. Obedientes los Apóstoles al man-

dato del Angel, entraron á la mañana en el templo, y se pusieron á enseñar á los que habian acudido. Los Sacerdotes entretanto se habian juntado en consejo; y mandando traer á los prisioneros, fueron informados que los guardas estaban en sentinela, y las puertas bien cerradas, pero que no habia ni un discípulo de Jesus dentro; y en medio de la confusion que esta parte causó á los del consejo, entró uno con la noticia de que los Apóstoles estaban predicando otra vez en el templo. Viendo los obstinados magistrados que era inútil la violencia contra unas personas á las que no podian retener en prision, fueron al templo en persona y rogaron á los Apóstoles viniesen con ellos al consejo. Luego que llegaron á la junta, les dijo el Presidente: Os hemos mandado absolutamente que no enseñeis en nombre de Jesus; ved que habeis llamado á Jerusalem de vuestra doctrina, y quereis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre. Pedro le respondió en nombre de todos: Es menester obedecer á Dios primero que á los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó á Jesus, á quien vosotros matásteis, clavándole en un madero. A este ensalzó Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar arrepentimiento á Israel y remision de pecados; de todo lo cual nosotros somos testigos. Al oír esto, se enfurecieron los de la junta, y consultaban entre sí, como les podrian dar muerte, cuando el Doctor Gamaliel, sabio y prudente Fariseo, tomó la voz y dijo: Varones de Israel, mirad por vosotros, y considerad lo que vais á hacer con esos hombres; mi parecer es que

no os metais con ellos, y que los dejéis; porque si esta doctrina que enseñan es invencion de los hombres, se desvanecerá por sí misma; mas si viene de Dios, no la podréis desterrar, porque ¿quién puede resistir á Dios? Este moderado consejo de Gamaliel calmó las pasiones de los demas, y despidieron entónces á los Apóstoles, despues de haberles maltratado, y prohibido de enseñar en el nombre de Jesus. Los Apóstoles se retiraron del consejo y continuaron en su ministerio sin temor á los hombres: y para emplearse mas exclusivamente en la predicacion del Evangelio, eligieron siete Diáconos, varones de buena reputacion, llenos de Espíritu Santo y sabiduría, y les encargaron el manejo y regulacion de las cosas necesarias á los discípulos, la coleccion de dones, y distribucion de la limosna.

Martirio de San Esteban.

El mas eminente de los siete Diáconos elegidos era Esteban, varon lleno del Espíritu de Dios y dotado de grande elocuencia. Esteban hacia grandes prodigios y milagros en el pueblo; y los mas sabios de la sinagoga se levantaron á disputar con él, mas no podian resistir á la sabiduría y espíritu que acompañaban sus palabras. No quedándoles mas recurso que la violencia y viles artes, sobornaron unos testigos falsos para que depusiesen que Esteban no cesaba de hablar contra el templo y la Ley, y que blasfemaba de Moises y de Dios. Una órden fué dada para que compareciese Esteban ante el consejo de los Ancianos, y respondiera

á las acusaciones hechas contra él. El santo Diácono se presentó á la junta, fijando todos los ojos en él, porque su rostro parecia al de un Angel. El sumo Pontífice le hizo varias preguntas, y Esteban respondió haciendo un compendio de la historia de las Escrituras desde Abrahan hasta la resurreccion de Jesucristo. Los reprendia severamente por su incredulidad y obstinacion en resistir al Espíritu Santo, y concluyó diciéndoles: Así como vuestros padres persiguieron y mataron á todos los Profetas que anunciaban la venida del Justo, así vosotros habeis sido ahora traidores y homicidas de este mismo, cuando descendió del cielo á la tierra. Los Sacerdotes y magistrados rebenataban en su interior al oír estas palabras, y crugian los dientes contra él. Esteban, lleno del Espíritu Santo, alzó los ojos al cielo á este tiempo, y vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba en pie á la diestra del Padre. He aquí, exclamó el santo Levita, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está en pie á la diestra de Dios. Los Sacerdotes se taparon al instante las orejas como si hubieran oído una grande blasfemia, y los Judíos que estaban presentes arremetieron todos á una contra él. El justo Esteban fué arrastrado fuera de la ciudad para apedrearle hasta morir; y este Protomártir se revistió de caridad, armas propias de un Cristiano, no para resistir, mas para triunfar sufriendo, y merecer la corona del martirio. Movido de caridad argüia á los obstinados Judíos para que se convirtiesen, y lleno de caridad rogaba por aquellos mismos que le apedreaban. Puesto

de rodillas mientras disparaban piedras contra él, miraba al cielo y decia: Señor, no les imputes este pecado; y cuando se sintió en la agonía exclamó: Señor, recibe mi espíritu, y al instante durmió en el Señor. Unos hombres piadosos llevaron el cuerpo del santo Levita y le diéron sepultura con grande veneracion, derramando muchas lágrimas por este primer mártir de la fe de Jesucristo.

Pecado de Simon y Conversion del Eunuco.

A la muerte de Esteban siguió una grande persecucion á los discípulos y fieles de Jesucristo en Jerusalem. Saulo habia presenciado y aun ayudado al martirio del santo Levita; mas fanático cada día, queria distinguirse por su violencia; entraba por las casas, y arrastrando hombres y mugeres los llevaba á las prisiones. Animado por los Fariseos, el jóven Saulo se habia hecho el mas terrible perseguidor de la Iglesia de Cristo, y temiendo su actividad todos los fieles de Jerusalem se dispersaron por las provincias. Los Apóstoles permanecieron en la ciudad, y enviaron á Felipe para predicar á Jesucristo en Samaria: los milagros que este Apóstol hacia en confirmacion de su palabra, ganaron á la fe un gran número de Samaritanos. Cuando los Apóstoles supieron el feliz suceso de la predicacion de Felipe, Pedro y Juan fueron á Samaria para cooperar con él en la promulgacion del Evangelio; y poniendo las manos sobre los que habian sido bautizados, recibian el Espíritu Santo. Simon el Mágico habia sido bautizado por Felipe, y ob-

servando con asombro los visibles efectos que causaba la imposición de manos de los Apóstoles, se llegó á Pedro y á Juan, diciéndoles: Dadme á mí tambien el poder de hacer bajar el Espíritu Santo sobre aquellos á quienes yo impusiere las manos, y tomad este dinero. Pedro le respondió con su acostumbrada entereza: Guarda tu dinero y perezca contigo; tu corazón no es recto delante de Dios, y así no puedes tener parte en este ministerio; haz penitencia de esta tu malicia, y ruega á Dios te perdone este vil pensamiento de tu corazón. Simon quedó confundido con el anatema del Apóstol, y rogaba intercediera con el Señor para que le perdonase.

Pedro y Juan se volviéron á Jerusalem, quedándose Felipe en Samaria anunciando la palabra del Señor. Estando un día solo en su casa, oyó á un Ángel que le decia: Levántate, y ve hácia Mediodia por el camino que descende de Jerusalem á Gaza. Felipe se levantó al instante, se puso en camino y encontró un carro en el que iba un Eunuco muy valido de Candace, Reina de Etiopia, el cual volvia de Jerusalem. El Apóstol se llegó al carro, y vió al Eunuco con el libro de las profecías de Isaias en la mano; con este motivo le preguntó Felipe si entendia lo que leia. El Eunuco respondió que no podia entender al Profeta, y suplicó al Apóstol subiera al carro y le explicara las profecías que estaba leyendo. El lugar de las Escrituras que leia era, Cap. LIII. v. 7, de Isaias. «El tomó sobre sí nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores.... El fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado

fué por nuestros pecados, el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados.... El Señor cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. El se ofreció, porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que le trasquila enmudecerá, y no abrirá su boca.» Ruégote, dijo el Eunuco á Felipe, ¿de quién habla aquí el Profeta? de sí mismo ó de otro hombre? El Apóstol entónces interpretando á Isaias, le instruyó en la venida de Jesucristo, y cumplimiento en su persona de todo lo que anunció el Profeta. El Eunuco escuchó todo con atención, y quedó perfectamente convencido de las verdades que habia oido á Felipe: á este tiempo vió el Eunuco una fuente al lado del camino y dijo al Apóstol: He aquí agua, ¿qué impide que yo sea bautizado? Nada, respondió Felipe, si crees de todo corazón. Sí, dijo el Eunuco, creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Al instante mandó parar el carro y fué bautizado. Concluida la ceremonia del bautismo, el Espíritu del Señor arrebató á Felipe y le llevó á Azoto: el Eunuco continuó su viage dando gracias á Dios por el modo maravilloso con que le habia hecho conocer la fe y doctrina de Jesucristo.

La Conversion de Saulo.

No satisfecho Saulo con las violencias que habia hecho en Jerusalem á todos los Cristianos que podia hallar á las manos, fulminaba amenazas y destruccion á todos los discípulos de Jesus que habia en todo el pais.

Violento en sus acciones, infatigable en su actividad, firme en sus resoluciones, y el mas fanático de los Fariseos, era el instrumento mas cruel de la persecucion de la Iglesia naciente. Deseoso de hallar mas campo donde poder desplegar su furor, se presentó á los Principes de los Sacerdotes, pidiéndoles credenciales para poder á su salvo correr las provincias, y esterminar hasta el nombre de Jesus. Una peticion tan agradable al Consejo de los Judios, y hecha por una persona tan respetable por su familia y talentos como era Saulo, fué recibida con placer y acordada en toda su estension. Armado ahora Saulo con plenos poderes, tomó su lanza, montó á caballo y salió á su sangrienta comision, acompañado de otros muchos que él habia escogido. Su primera direccion fué á Damasco, adonde esperaba desahogar su furia, sabiendo que habia allí muchos Cristianos; pero llegando cerca de la ciudad fué rodeado repentinamente con un resplandor de luz del cielo tan fuerte, que le hizo caer en tierra; al mismo tiempo oyó una voz del cielo que le decia: Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? ¿Quién eres, Señor? exclamó el atónito perseguidor. La misma voz celestial añadió: Yo soy Jesus á quien tú persigues; dura cosa es para tí cocear contra el aguijon. Saulo, temblando de pavor, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Levántate, respondió la voz del cielo, entra á la ciudad, y allí sabrás lo que te conviene hacer. Los hombres que le acompañaban quedáron pasmados y confusos, oyendo aquella voz celestial, sin entender, sin ver á persona al-

guna, y mirando el efecto que habia hecho en su capitán. Saulo se levantó del suelo, y aunque abria los ojos no veia nada, por lo que rogó á sus compañeros le guiasen por la mano á la ciudad.

Habia en Damasco un discípulo de Jesucristo llamado Ananias, y apareciéndosele el Señor le dijo: Ananias, levántate y ve á la calle que se llama Derecha, y pregunta en casa de Judas por un hombre de Tarso llamado Saulo; en este momento está orando. El nombre de Saulo se habia hecho tan terrible que al oírle Ananias tembló, y le pareció muy peligrosa la comision para ir sin replicar. Señor, respondió Ananias, he oido hablar mucho de la fiereza de ese hombre, de los males que ha hecho á tus Santos en Jerusalem, y que ahora viene con pleno poder de los Principes para destruir á cuantos te invocan. Camina pues, dijo el Señor á Ananias, porque este es un vaso que yo he escogido para predicar mi nombre á los Gentes, á los Reyes y á los hijos de Israel. Ananias fué derecho al lugar indicado, halló á Saulo, y llegándose á él le puso las manos sobre la cabeza diciendo: Hermano Saulo, el Señor Jesus que te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Luego que Ananias pronunció estas palabras, cayó de los ojos de Saulo una materia seca como escamas, y quitado este impedimento recobró la vista. Saulo se levantó y fué bautizado; recobró las fuerzas con un poco de alimento, y continuó algunos dias con los discípulos de Jesus que estaban en Damasco. Los Judios, irritados

en extremo al oír predicar que Jesús era el Hijo de Dios, por boca de aquel mismo hombre que había venido á borrar de la tierra el nombre de Cristo, conspiraron para asesinarle, y rondaban las puertas de su casa para echarse sobre él. Para evitar las acechanzas de los enfurecidos Judíos, los discípulos metieron á Saulo en una espuerta á media noche, y le descolgaron por el muro de la ciudad, único medio para librarle de sus enemigos. Cuando Saulo volvió á Jerusalem, y los Apóstoles fueron informados de su milagrosa conversión, le recibieron con los brazos abiertos, y fué agregado al apostolado.

Bautismo de Cornelio.

Saulo despues de su conversión fué mas conocido por el nombre de Pablo, y su mudanza de cruel perseguidor á zeloso defensor de la fe de Jesucristo contribuyó mucho á la paz que gozaba la Iglesia ahora en toda la Judea, Galilea y Samaria. Pedro salió de Jerusalem para visitar y consolar á los fieles de Lidia; en esta ciudad halló el Apóstol á un hombre llamado Eneas, el que por ocho años había estado postrado en la cama paralítico. Pedro se llegó á él y le dijo: Eneas, el Señor Jesucristo te sana, levántate y mueve tu cama. Eneas se levantó bueno á la voz del Apóstol, y con este milagro se convirtieron muchos al Señor. De Lidia pasó Pedro á Joppé y obró allí un milagro muy singular. Una discípula de Jesucristo llamada Tabita era muy distinguida por su piedad, limosnas y buenas obras; esta se enfermó y murió con

gran sentimiento de los fieles de aquella ciudad, los que llevaron su cuerpo, le envolvieron en una sábana, y pusieron en el cenáculo para darle desques sepultura. Sabiendo los fieles de Joppé que Pedro estaba cerca de la ciudad llamaron al Apóstol, le mostraron el cenáculo donde estaba depositado el cadáver, y las doloridas contaban las obras de caridad de la difunta. Pedro mandó salir del cuarto á todos, se puso de rodillas, hizo oración al Señor, y llegándose luego al ataúd, dijo: Tabita, levántate. Ella abrió los ojos, y viendo al Apóstol se sentó; luego le dió la mano, se levantó, y la entregó viva á las que tanto habían llorado su muerte. Este milagro se publicó por toda Joppé y muchos creyeron en Jesucristo. Aquí permaneció Pedro hasta que fué llamado á Cesarea, para el consuelo espiritual del capitán Cornelio y de toda su familia. Cornelio era Gentil, capitán de la compañía itálica, hombre religioso y temeroso de Dios con toda su familia; hacía muchas limosnas y oraba á Dios incesantemente. El virtuoso Cornelio estaba un dia en oración á las tres de la tarde, y vió entrar en su cuarto á un Angel que le dijo: Cornelio. Sorprendido el Capitán con la repentina visita de aquel personage desconocido, fijó los ojos en él, y dijo con sobresalto: ¿Qué hay, Señor? El Angel le respondió: Tus oraciones y tus limosnas han subido como un memorial delante del Señor Dios. Envía pues ahora gente á Joppé para llamar á Pedro que está en casa de Simon el curtidor, junto al mar, y él te dirá lo que te conviene hacer. Dichas estas palabras desapareció

el Angel, y Cornelio mandó luego á Joppé personas de toda su confianza con un mensaje á Pedro.

Poco ántes que los mensajeros de Cornelio llegasen á casa de Simon el curtidor, Pedro subió á la azotea para hacer oracion miéntras le preparaban el desayuno. El Apóstol estaba en éstasis, y vió abrirse el cielo y descender un vaso como una grande sábana atada por los cuatro cabos llena de animalillos, pájaros y reptiles; al mismo tiempo oyó una voz que decía: Levántate, Pedro, mata y come. Pedro que había sido siempre un exacto observador de la Ley de Moises, habiendo examinado el presente y visto aquellos animaluchos, no le quiso admitir y respondió redondamente: No Señor, yo nunca comí cosa ninguna comun ni impura. Pedro, añadió la voz, lo que Dios ha purificado no lo llames tú comun. Tres veces repitió la voz estas palabras, y la sábana subió al cielo como había bajado. El Apóstol estaba pensando qué podría significar aquella vision, cuando los criados del capitan Cornelio llegaron á la casa preguntando por él; al mismo tiempo el Espíritu del Señor dijo á Pedro: He aquí tres hombres que te buscan, baja y ve con ellos sin dudar porque yo los he enviado. Pedro bajó y dijo á los hombres: Yo soy el que buscais; qué quereis? los criados diéron su mensaje, y al día siguiente partió Pedro con ellos para Cesarea. Cornelio aguardaba con impaciencia la llegada del Apóstol, y había convidado á sus parientes y mas íntimos amigos para recibirle obsequiosamente. Luego que llegó el Apóstol, salió Cornelio á recibirle, se postró

á sus pies y le adoró: el humilde Pedro se turbó al ver el respeto que el Centurion le mostraba, y alzándole le decía: Levántate que yo tambien soy hombre; los dos se diéron las manos amistosamente y entraron juntos en la casa. Cuando el Apóstol se vió entre tantos Gentiles, les dijo: Vosotros sabeis qué cosa tan abominable es para un Judío estar en compañía ó conversar con Gentiles: mas Dios me ha mostrado que á ningun hombre debo llamar comun ó inmundo, y por esto he venido sin dificultad; ¿para qué me habeis hecho venir? Cornelio le refirió puntualmente su vision, y concluyó diciendo: Y ahora nosotros todos estamos en tu presencia para escuchar todas las cosas que el Señor te ha mandado. Pedro dijo entónces: Verdaderamente reconozco, que Dios no es aceptador de personas, mas recibe con agrado las obras de justicia y á los que le temen, de cualquier nacion que sean. El Apóstol les esplicó en seguida la predicacion, la vida, muerte y resurreccion de Jesus, probándoles que era el Hijo de Dios; y miéntras los instruia, descendió el Espíritu Santo sobre todos cuantos oian la palabra, y comenzaron á glorificar á Dios en varias lenguas. Pedro bautizó á todos en el nombre del Señor Jesucristo, y permaneció con ellos por algunos días. La relacion favorable que Pedro hizo de su mision á Cesarea, llenó de gozo á todos los Apóstoles; y por las circunstancias que la habian acompañado, quedáron todos instruidos que era la voluntad del Señor llamar tambien á la fe á los Gentiles, y no exclusivamente á los Judíos como hasta entónces habian

practicado. Bernabé fué á Tarso para acompañar á Pablo, y volviéndose los dos á Antioquia, estuviéron allí un año predicando á Jesucristo : en este tiempo los discípulos de Jesus asumiéron el glorioso nombre de Cristianos.

Prision de Pedro y su libertad milagrosa.

Instigado el Rey Herodes por los Príncipes de los Sacerdotes, perseguia ahora la Iglesia de Jesus con mucha crueldad. El inicuo Herodes habia ya dado muerte al Apóstol Santiago el Zebedeo, hermano mayor de Juan, y viendo que con estas crueldades se hacia muy popular con sus súbditos, hizo prender á Pedro, y meditaba complacer á los Judíos con el espectáculo de su muerte despues de la Pascua. Puesto en la cárcel, asegurado con cadenas, guardado por un piquete de diez y seis soldados, el Apóstol estaba resignado á su muerte, mientras la Iglesia hacia sin cesar oracion á Dios por él. El Todopoderoso oyó los ruegos de los fieles, y libertó al Príncipe del apostolado evangélico en la vigilia del día destinado para su martirio. Herodes habia mandado ponerle doble cadena aquella noche, dos sentinelas de vista á los lados, y toda la guardia sobre las armas á la puerta de la prision, para evitar toda posibilidad de escape, pero su designio quedó enteramente burlado. Un Angel del Señor despertó á Pedro, que dormia resignado á la voluntad de Dios, y le dijo : Levántate pronto; y al instante cayéron las cadenas de sus manos y cintura; ciñete, y cálzate las sandalias; y Pedro lo hizo

así; carga con tu ropa, y sígueme. El Apóstol salió del calabozo sin ser visto de los sentinelas, y siguió al Angel; pasáron la primera y segunda guardia, y llegando á la puerta de hierro, se abrió por sí misma para darles salida. Fuera ya de la cárcel, le fué guiando el Angel por una calle y luego desapareció. Pedro que pensaba todo era sueño, cuando se vió sin su libertador conoció la realidad y dijo : Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su Angel, y me ha librado de la mano de Herodes y de toda la espectacion del pueblo de los Judíos. Dueño ahora de su libertad, fué á casa de María, madre de Márcos el Evangelista, donde estaban congregados muchos discípulos orando á Dios por él. Pedro llamó á la puerta del patio, y una criada, llamada Rode, vino á preguntar quién era. El Apóstol respondió dándose á conocer, y la alborotada muchacha, en lugar de abrir la puerta, corrió gritando adentro y diciendo que Pedro estaba á la puerta. Unos le decian que estaba loca, otros que seria su ángel el que ella habia visto, la criada afirmaba, y entretanto ninguno se movia para abrir la puerta. Disgustado Pedro con esta dilacion, y poco contento de estar en la calle sin su libertador, llamaba mas fuerte, hasta que abriéndole entró con asombro de todos; les hizo señas con la mano para que callasen, y entró muy quedito. Entonces les contó el modo con que el Señor le habia sacado de la cárcel; y encargándoles que lo hiciesen saber á Santiago de Alfeo y demas Apóstoles que se hallaban en Jerusalem, fué á recogerse á otro lugar

mas seguro. La desaparicion de Pedro puso en confusion á los soldados por la mañana. Herodes castigó á los guardas de la cárcel, y muy enojado con la libertad del Apóstol pasó de Judea á Cesarea adonde poco despues, comido de gusanos, tuvo una muerte miserable.

Primer Concilio de la Iglesia.

Varios discípulos entre los Judíos nuevamente convertidos, cuando predicaban á los Gentiles, los querian obligar á la circuncision y demas ceremonias de la Ley de Moises, sin cuya observancia, les decian, no podian salvarse. Otros discípulos mas liberales, aunque Judíos, contendian que la Ley de Moises no podia obligar á aquellos que, no habiéndola recibido, abrazaban el Evangelio de Jesucristo, en el que no se espresaba la observancia de estas leyes. La mayor parte de los Judíos, arrastrados por las preocupaciones de una educacion intolerante, sostenian á los primeros; mientras que los Gentiles, aunque abrazaban sinceramente la doctrina de Jesucristo, aborrecian la circuncision y otras ceremonias penosas que les repugnaba practicar. Pablo y Bernabé, Predicadores especiales de los Gentiles, disputaban fuertemente contra los Judíos intolerantes, y no querian imponer á los Gentiles la carga de la Ley de Moises. Una cuestion de esta naturaleza no era posible se decidiera por autoridad privada; por tanto fué resuelto, que los Apóstoles y Presbíteros de Jerusalem decretasen lo mas conforme al espíritu del Evangelio.

Pedro convocó un Concilio general; y habiéndose congregado é invocado al Espíritu Santo, este Apóstol, como cabeza de la Iglesia, propuso la cuestion y abrió el debate, manifestando la voluntad de Dios en la órden que habia recibido por la vision de los animales inmundos, para predicar á los Gentiles y no llamarlos impuros, concluyendo su discurso así: que no debia ponerse sobre las cervices de los Gentiles convertidos un yugo, que ni los Judíos sus antepasados ni ellos mismos podian sobrellevar. Santiago, Pablo, Bernabé, y otros eminentes oradores apoyaron el parecer del Pastor de la Iglesia, y discutida menudamente la cuestion, fué acordado y extendido el siguiente decreto. « Los Apóstoles y los Presbíteros hermanos, á los Gentiles de Antioquia, Siria, etc. Salud. Por cuanto habemos oido que algunos que han salido de nosotros, trastornando vuestros corazones, os han turbado con palabras sin habérselo mandado: Congregados en uno, nos ha parecido escoger varones, y enviarlos á vosotros con nuestros muy amados Bernabé y Pablo, hombres que han entregado sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Enviamos pues á Judas y á Silas, los cuales os dirán de palabra esto mismo. Porque ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros de no poner sobre vosotros mas carga que estas cosas necesarias: que os abstengais de cosas sacrificadas á ídolos, de sangre, de animales ahogados, y de fornicacion; de lo cual si os guardáreis, haréis bien. Dios sea con vosotros. » Con este decreto quedaron los Gentiles libres del

yugo de la Ley mosaica, y separados de sus vicios mas comunes. Pablo y Bernabé fueron despachados para continuar la carrera de su predicacion, á donde quiera y como quiera juzgasen mas conveniente.

Sucesos de la predicacion de Pablo.

Pablo, ántes de la congregacion de este Concilio, se habia hecho muy célebre por la conversion de Sergio Paulo, Proconsul romano en Pafos. Este personaje iba á recibir la fe de Cristo, cuando Elimas el Mago hizo todo esfuerzo para disuadirle del intento, y consiguió mantenerle en suspension hasta la venida de Pablo. Cuando el Apóstol llegó á presencia de Sergio y Elimas, lleno de Espíritu Santo fijó sus ojos centellantes sobre el Mago, y le dijo: O hombre lleno de engaño y de astucia, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no cesarás de trastornar los caminos derechos del Señor? Siente ahora sobre tí la mano del Señor; quedarás en este punto ciego, y no verás el sol hasta cierto tiempo. Al instante quedáron los ojos de Elimas cubiertos de cataratas, siendo necesario llevarle de la mano á su casa; y el Proconsul, admirado del milagro, creyó y abrazó inmediatamente la fe de Jesucristo. Pablo se embarcó en Pafos, fué á Perges de Panfilia, y de allí pasó á Antioquia de Pisidia. En esta ciudad habia una grande sinagoga adonde Pablo predicó un largo y elocuente discurso sobre la doctrina de Jesucristo y la divinidad de su persona. La multitud de los que creyeron la palabra de Dios

alarmó tanto á los Sacerdotes y otros principales de los Judíos, que suscitaron una persecucion contra Pablo y Bernabé, obligándolos á salir de Antioquia sacudiendo el polvo de sus pies.

De Antioquia partiéron los dos Apóstoles á Iconio, fuéron á la sinagoga de esta ciudad, predicáron la resurreccion gloriosa de Jesus, y tuvieron el mismo feliz suceso de hacer muchos prosélitos á la fe. La mitad de la ciudad se declaró por los Apóstoles, y la otra mitad estaba por los Judíos; el temor de una guerra civil entre aquellos habitantes movió á los Apóstoles á retirarse á Listra en Licaonia para predicar allí el santo Evangelio. En esta ciudad habia un hombre lisiado que nunca habia podido mantenerse en pie; este cojo oyó predicar á Pablo, y conociendo el Apóstol la fe del tullido en sus ojos y semblante, le dijo en alta voz á presencia de todo el pueblo: Levántate derecho sobre tus pies. El cojo se levantó sobre sus pies y comenzó á andar. Un milagro tan patente llenó de admiracion á los espectadores, y decian: Los dioses han descendido á nosotros en forma de hombres; é imagináron que Bernabé era Júpiter, y Pablo, por su elocuencia, Mercurio. Los Sacerdotes de estos ídolos trajéron bueyes y guirnaldas para hacerles sacrificios con el pueblo; lo que sabido por los Apóstoles, corrieron hácia aquella ilusa gente dándoles voces para que se detuvieran; y poniéndose en medio de ellos, dijéron: Varones, nosotros somos hombres mortales como vosotros; os predicamos un Dios Soberano, Señor del cielo y de la tierra, á quien solo se deben ha-

cer sacrificios. No costó poco trabajo á Pablo el hacerlos desistir de su intento : mas , ¡ o inconstancia extraña de la plebe ! Este mismo pueblo , excitado por la intriga de algunos Judíos , se juntó al día siguiente , echáron mano de Pablo , le arrastráron fuera de la ciudad , y le apedreáron hasta que le creyéron muerto. Socorrido por unos fieles discípulos volvió en sí , le lleváron á la ciudad , y luego que se recobró un poco , partió con Bernabé á Derbes ; aquí se restableció de los golpes , y luego continuó predicando por varios pueblos hasta llegar á Antioquía. Los dos Apóstoles se mantuviéron en esta ciudad varios meses ; en este tiempo recibió al ministerio de la predicacion á Timoteo , el que habia recibido la fe y el bautismo en Listra , y á quien amó tiernamente después.

Pablo recibió ahora orden del cielo para ir á Macedonia , y separándose del Apóstol Bernabé , partió para la ciudad de Filipos ; el Apóstol encontró aquí á una muchacha esclava poseida de un espíritu que la hacia adivinar. Si la jóven padecía bajo la posesion del espíritu infernal , el amo ganaba mucho con la posesion de la esclava ; cuantos perdian alguna cosa , ó cuantos deseaban saber el resultado de alguna obra ó medida , venian á consultar á la jóven pitonisa , y los amos no le permitian responder , si no recibian ántes alguna propina por la adivinacion. Pablo lanzó el espíritu de la esclava , y los amos perdiéron la esperanza de su ganancia : esta pérdida les causó disgusto , el disgusto subió á desesperacion , y con la ayuda de otros enemigos del Evangelio , agarráron á Pablo

y á Silas su coadjutor y los presentáron á los magistrados , diciendo : Estos hombres son Judíos y alborotan la ciudad ; predicán una Ley y unos ritos que no nos es lícito observar , siendo nosotros Romanos. Las acusaciones crecieron , el pueblo gritaba contra ellos , y los magistrados , sin oír la defensa de los acusados , mandáron azotarlos y ponerlos en la cárcel , haciendo al carcelero responsable de su seguridad. Pablo y Silas fuéron puestos en un calabozo con los pies metidos en el cepo. Los inocentes presos hacian sus oraciones á media noche , cuando de repente se estremecieron los cimientos de la cárcel , se abrieron las puertas de la prision , el cepo se deshizo y las prisiones cayeron á tierra. El temblor del edificio despertó al alcaide , luego vió las puertas abiertas , y suponiendo que Pablo y Silas se habian escapado , desenvainó la espada para atravesarse con ella , no temiendo la muerte tanto como las consecuencias de su responsabilidad. Pablo le gritó en aquel instante : No te hagas ningun mal , porque todos estamos aquí. El carcelero se detuvo al oír la voz , tomó una luz , fué al calabozo , y cuando vió á Pablo y á Silas quietos , sin prisiones ni sujecion , se arrojó temblando á sus pies reconociendo en ellos algo de poder divino. Entónces les rogó fuesen con él á su cuarto , y habiéndolos oído les preguntó : ¿ Qué es lo que debo yo hacer para salvarme ? Pablo le respondió : Cree en Jesucristo , y serás salvo tú y toda tu casa. El alcaide creyó , y en aquella misma noche fué bautizado él y toda su familia. Un Oficial llegó por la mañana temprano con

orden de los magistrados para poner en libertad al Apóstol y á Silas; pero Pablo rehusó salir de la cárcel sin que le dieran satisfaccion por haberle azotado, siendo él un ciudadano romano. Informados los magistrados de la respuesta del Apóstol temieron mucho, porque habia grandes penas en la ley romana para los empleados que infamasen á un ciudadano del imperio; y no hallando evasion alguna que los eximiese de la pena, tomaron el partido de humillarse; viniéron á la cárcel, pidieron perdon á Pablo y á Silas, alegáron ignorancia, mostraron arrepentimiento, y les rogáron saliesen de la ciudad.

Pablo y Silas salieron de Filipos y fueron caminando hasta Tesalónica, adonde reposaron de la fatiga de un viage tan penoso. Pablo, segun su costumbre, entró en la sinagoga de los Judíos que habia en aquella ciudad y les probó en un discurso, que segun las Escrituras, habia sido necesario que Jesucristo padeciese y resucitase de entre los muertos; y que este era el Cristo que él les anunciaba; pero los incrédulos Judíos, movidos del zelo por la tradicion de sus padres, consiguieron de los magistrados que los echasen de Tesalónica. Pablo con sus compañeros ueron á Berea, cuyos habitantes eran mas dóciles que los Tesalonicenses; ellos escucharon atentamente los argumentos del Apóstol, y escudriñaban muy solícitos las Escrituras para convencerse de la verdad. La consecuencia fué, que viendo el cumplimiento de las profecías tan claramente en la persona de Jesus, no solo los Judíos mas tambien los Gentiles abrazaron la doc-

trina del Evangelio. Este feliz suceso de la predicacion de Pablo en Berea inflamó los zelos de los Judíos de Tesalónica, habláron á los magistrados romanos, y consiguieron una orden para que el Apóstol saliese de la provincia, obligándole á ir á Atenas.

El zeloso Pablo no podia sufrir que la sabia Atenas estuviera ciega en la idolatría sin conocer al Dios verdadero: sabia muy bien que no podian creer, si no oian; y que no podian oír, si no se les predicaba. Inflamado su espiritu, salia todos los dias á la plaza mas pública de la ciudad anunciando al pueblo un Dios, Jesucristo su Hijo, y la resurreccion. Una doctrina tan nueva para los filósofos Epicúreos y Estóicos, excitó la curiosidad de aquellos sabios especulativos, y compeliéron al Apóstol á que se presentase en el Areópago para dar cuenta de esta nueva religion que les predicaba. A la hora señalada se llenó el Areópago de curiosos y noveleros de los que abundaba mucho aquella ciudad. Pablo, puesto en pie en medio de la asamblea, dijo: Varones atenienses, vuestra supersticion se muestra por todas partes: pasando ahora junto á vuestros simulacros, hallé tambien un ara en que estaba escrito: AL DIOS NO CONOCIDO. Aquel pues á quien vosotros adorais sin conocerle, es el mismo que yo os anuncio. Este es el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él; este, siendo Señor de cielo y de tierra, no mora en templos hechos de mano. Este es el Dios que de uno hizo todo el linage humano, para que habitando en toda la haz de la tierra buscase á su Dios, pues no está léjos de cada uno

de nosotros, porque en él mismo vivimos, nos movemos y somos. No penseis que la Divinidad tiene semejanza alguna al oro, á la plata, ó á piedra labrada por arte ó industria de hombre. Dios es un Espíritu puro, que solo habita en los excelsos cielos y no en casas ni en estatuas hechas por el hombre. Este Dios ha disimulado hasta aquí los tiempos de ignorancia, y ahora llama á todos los hombres á penitencia, porque ya está establecido el día en el cual ha de juzgar al mundo segun justicia, por aquel varon que habia determinado, resucitándole de entre los muertos. Cuando aquel materialista auditorio oyó algo de resurreccion de muertos, prorumpieron en carcajadas de risa; los mas graves dijeron: te oírmos otra vez sobre esto, y se disolvió la asamblea. Sin embargo, la semilla de la doctrina cristiana no fué del todo perdida en el Areópago, porque Dioniso, el célebre Areopagita, se convirtió, se agregó á los discípulos de Cristo, defendió el Evangelio con sus escritos y confirmó su fe con el martirio.

De Aténas pasó Pablo á Corinto, y despues á Efeso. Aquí encontró Pablo algunos discípulos de quienes no tenia noticia alguna; el Apóstol les preguntó, si cuando abrazaron la fe recibieron el Espíritu Santo, á lo que respondieron que ni aun habian oido si habia Espíritu Santo, y que solo habian sido bautizados en el bautismo de Juan. El Apóstol les esplicó entonces la naturaleza del bautismo de Juan, y la necesidad de creer en aquel que habia de venir despues de él, esto es, en Jesus. Ellos creyeron, fueron bautizados

en el nombre de Jesucristo, el Apóstol les puso las manos, y vino sobre ellos el Espíritu Santo, con cuya virtud hablaban lenguas y profetizaban. La palabra del Evangelio se extendia rápidamente no solo en Efeso, mas en toda el Asia, aunque fué algo turbada la predicacion por un alboroto muy serio, producido del interes de algunos artesanos. Los Efesios eran muy notorios en el Asia por su grande supersticion á la diosa Diana, cuyo templo era la admiracion de todas las provincias vecinas. Demetrio, platero de grande fama, empleaba muchos artesanos en fabricar pequeños modelos del templo é ídolo de esta diosa favorita, con cuya venta tenia una inmensa ganancia; y viendo ahora su comercio arruinado, convocó á todos los que se ocupaban en este ramo del arte, y los excitó á un alboroto que llenó toda la ciudad de confusion; maltrataron á algunos discípulos compañeros de Pablo, y llevaron á otros ante el Alcalde. Este, siendo hombre prudente, reprendió al pueblo por aquella sedicion y les dijo: que si Demetrio y sus oficiales tenian alguna queja contra algunos, que los acusaran en la Audiencia, y que los Procónsules harian justicia; de este modo apaciguó el tumulto, y libró del peligro á los discípulos del Señor.

Pablo no descansaba ni cesaba de anunciar á Cristo crucificado por todas las provincias de Grecia y Asia menor: de una isla pasaba á otra, arrostraba peligros por tierra y por mar, y acudia á todas partes segun lo exigian las necesidades de las diferentes iglesias que habia formado con su zelo. Embebida su alma en la

gloria de Dios, ocupado todo su pensamiento en la salvacion de las almas, continuaba el santo Apóstol la carrera de su predicacion, animado y contento al ver aumentarse con rapidez el número de los fieles. El don de milagros era tan admirable en él, como la fuerza de su elocuencia y la confianza en su Dios. Despues de haber dado las instrucciones necesarias para el régimen y buen gobierno de las iglesias de Asia, este Apóstol de los Gentiles volvió á Jerusalem para sufrir las persecuciones de los obstinados Judíos.

Prision y padecimientos de Pablo.

Cuando Pablo volvía á Jerusalem, paró por algunos días en Cesarea, y allí fué visitado por un Profeta llamado Agabo. Este entró en el cuarto donde estaba el Apóstol con otros discípulos; y tomando el ceñidor de Pablo, se ató los pies y las manos con él, diciendo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los Judíos en Jerusalem al varon cuyo es este cingulo, y le entregarán en manos de los Gentiles. Los discípulos rogaban á Pablo que no subiera á Jerusalem, mas el Apóstol con su acostumbrada entereza les dijo: ¿Porqué llorais? yo estoy resuelto no solo á ser atado, mas tambien á morir en Jerusalem por el nombre de Jesucristo. Pablo pues subió á Jerusalem y fué á predicar al templo; los Sacerdotes incitaron al populacho, clase siempre dispuesta al alboroto, y le sacaron del templo arrastrando con ánimo de matarle. El tumulto fué tan grande, que el General de la guarnicion vino con

un cuerpo de tropas á sosegar al pueblo; y viendo que Pablo era el objeto de la irritacion de la plebe, se llegó á él y le mandó atar con correas. Pablo suplicó al General le permitiese hablar al pueblo; entónces le hizo un discurso dándoles relacion de su nacimiento, educacion, vida, conversion y mision para predicar á Jesucristo á los Gentiles. Al oír los Judíos este último punto del discurso, pidieron la muerte del Orador; nada podia contener la furia de la plebe sino la fuerza, y el Comandante juzgó necesario mandar á Pablo preso á la fortaleza con orden de que le azotarán. El mandato iba ya á ponerse en ejecucion; ya habian traído las correas para atar las manos al Apóstol y los látigos para el tormento, cuando Pablo dijo al capitan encargado de la orden: ¿Os es licito á vosotros azotar á un hombre romano, y sin ser condenado? El Oficial mandó entónces suspender la ejecucion, fué á ver al Gefe, y le dijo: Señor, mira lo que mandas porque este nombre es ciudadano romano. El privilegio de este hombre era tan respetado, que no se podia violar, ni en parte mas remota del imperio, con impunidad. El General fué al instante á la fortaleza y preguntó á Pablo si era Romano, este le dijo: Sí, soy. Mucho dinero, dijo el General, me costó á mí el privilegio de ciudadano. Pues yo lo soy de nacimiento, replicó Pablo. El General le mandó soltar, á condicion de que compareciera en el dia siguiente al Consejo de los Sacerdotes y magistrados de los Judíos para oír su acusacion.

A la hora señalada se presentó Pablo al Sinedrio,

que se componia de dos diferentes sectas, de Saduceos y Fariseos, tan violentos en sus disputas como opuestos en la opinion sobre la resurreccion. El Apóstol se aprovechó diestramente de la oportunidad para dividir á sus inicuos jueces. Hermanos, dijo él, yo soy Fariseo, hijo de Fariseos, y me han traído aquí para juzgarme, porque vivo en la esperanza de la resurreccion de los muertos. Este punto movió la controversia é inflamó los partidos; los Fariseos decian: No hallamos culpa alguna en este hombre; los Saduceos al contrario gritaban: Este es un alborotador digno de muerte. Acalorados con la disputa se ultrajaban unos á otros, los insultos pasaron á hostilidad manifiesta, la plebe tomó parte en la contienda, y toda la ciudad se conmovió. El General, temiendo que despedazasen á Pablo, llamó la tropa para que le llevasen escortado al castillo, único modo de librarle de la furia del pueblo, pero el odio de los Judíos contra el Apóstol era implacable: cuarenta de los mas fieros fanáticos se ligaron con juramento, que no comerian ni beberian hasta que le matasen. Cuando el Comandante supo esta conspiracion, llamó á dos Capitanes, y les dió orden de aprontar docientos soldados, docientos alabarderos y setenta de caballería para defender á Pablo de los amotinados, y conducirlo á Cesarea adonde estaba el Gobernador General Feliz, con los documentos necesarios para que se informase aquel Gefe de todo lo ocurrido. El Príncipe de los Sacerdotes fué despues á Cesarea para acusar á Pablo delante del Gobernador; el Apóstol se defendió elocuentemente, pero el avaro

Feliz, esperando sacar dinero por la libertad del Apóstol, le tuvo preso por dos años, hasta que Porcio Festo le sucedió en el mando.

Los vengativos Judíos presentaron una peticion al nuevo Gobernador para que mandase á Pablo de Cesarea á Jerusalem, poniendo acechanzas para asesinarle en el camino; pero Festo no consintió, y mandó que vinieran á Cesarea para acusarle. Los Judíos se presentaron acusándole de graves delitos que no podian probar, y Pablo se defendió diciendo solamente: En nada he pecado contra la Ley de Moises, ni contra el templo, ni contra el César. Festo quiso ahora congraciarse con los Sacerdotes y magistrados y mandó llevarle á Jerusalem, lo cual sabido por Pablo, dijo al Gobernador: Yo apelo al César, y solo en el tribunal del César he de ser juzgado. No estando en poder de Festo desechar esta apelacion, detuvo al Apóstol para enviarle á la corte de Roma.

Pocos dias despues vino el Rey Agripa á Cesarea para saludar á Festo, y habiendo oido hablar de Pablo mostró deseo de verle: Festo quiso complacer al Rey, y mandó abrir el tribunal al dia siguiente. El venerable preso fué traído al Pretorio del Gobernador romano, donde estaban el Rey Agripa, su muger Berenice, los edecanes del Rey y del Gobernador, y las personas mas distinguidas del ejército y de la ciudad, todos esperando para oir al Apóstol. Agripa dijo: Pablo, te se permite hablar en tu defensa. El Apóstol estendió la mano, y principió así: Debiendo yo hacer hoy mi defensa en tu presencia, o Rey Agripa, de todo cuan-

to me acusan los Judíos, me tengo por dichoso. Por cuanto tú sabes todas las cosas, las costumbres y cuestiones que hay entre los Judíos : por lo cual te suplico me oigas con paciencia. Todos los Judíos saben la vida que hice en Jerusalem desde el principio de mi juventud, y saben que viví Fariseo segun la secta mas segura de nuestra religion. Y ahora soy acusado en juicio por esperar la promesa que fué hecha por Dios á nuestros padres, y que nuestras doce tribus, sirviendo á Dios de noche y de dia, esperan ver cumplida. Por esta esperanza, o Rey, soy acusado de los Judíos. ¿Pues qué, se tiene por cosa increíble entre vosotros, que Dios resucite los muertos? Yo en verdad habia pensado, que debia hacer la mayor resistencia contra el nombre de Jesus nazareno, y así lo hice en Jerusalem. Yo encerré en cárceles á muchos Santos, habiendo recibido poder de los Príncipes de los Sacerdotes, y cuando los hacian morir, consentí tambien en ello. Muchas veces castigándolos por las sinagogas, los forzaba á blasfemar, y enfureciéndome mas y mas contra ellos, los perseguia hasta en las ciudades estrañas. Pero, o Rey, yendo un dia hácia Damasco con poder y comision de los Pontífices, en la mitad del dia ví en el camino una lumbre del cielo, que sobrepujaba al resplandor del Sol, la cual me rodeó á mí y á los que iban conmigo. Todos nosotros caimos en tierra, y yo oí una voz que me decia en lengua hebrea : Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? Dura cosa te es cocear contra el aguijon. ¿Quién eres, Señor? dije yo; y el Señor me dijo : Yo soy Jesus, á

quien tú persigues. Mas levántate, yo me he aparecido á tí, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de las que yo te mostraré en mis apariciones. Yo te libraré del pueblo y de los Gentiles, á los cuales yo te envío ahora para que les abras los ojos, y se conviertan de las tinieblas á la luz, y del poder de Satanás á Dios; para que reciban perdon de sus pecados, y suerte entre los Santos por la fe que es en mí. Por lo cual, o Rey Agripa, no fui desobediente á la vision celestial, sino que prediqué primeramente á los de Damasco y despues en Jerusalem, por toda la tierra de Judea y á los Gentiles, que hiciesen penitencia y se convirtiesen á Dios. Por esta causa, estando yo en el templo, me prendieron los Judíos y me quisieron matar; mas asistido del socorro de Dios, permanezco hasta el dia de hoy, dando testimonio de ello á chicos y á grandes, no diciendo otras cosas fuera de aquellas, que Moises y los Profetas dijéron habian de acontecer; que el Cristo habia de padecer, y que habia de ser el primero de la resurreccion de los muertos para anunciar la luz al pueblo y á las gentes.

Cansado el Gobernador Festo de oír un discurso sobre un asunto que no entendia, dijo en alta voz : Pablo, el mucho saber te ha vuelto loco. No estoy yo loco, Optimo Festo, respondió el Apóstol, mas digo palabras de verdad y de cordura. De estas cosas tiene conocimiento el Rey, en cuya presencia hablo con toda libertad; pues creo que nada de ello se le encubre, no habiendo sido hechas estas cosas en un rincón.

¿ Crees, o Rey Agripa, á los Profetas? Yo sé, que les crees. Agripa dijo entónces : Por poco me persuades á hacerme Cristiano. Pluguiese á Dios, exclamó Pablo, que por poco y por mucho, no tan solamente tú, mas tambien todos cuantos me oyen, fuéreis hoy hechos tales cual yo soy, á excepcion de estas prisiones. El Rey Agripa así como el Gobernador Festo quedaron tan convencidos de la inocencia del Apóstol, que declararon podia dársele libertad, si no hubiera apelado al César.

Festo determinó enviar á Pablo con otros presos á Roma, y todos fuéron embarcados en un navío, bajo el cuidado de un Capitan de la cohorte Augusta, llamado Julio. Este oficial trataba al Apóstol con mucha humanidad y atencion durante un largo y peligroso viage, que terminó en un completo naufragio en la costa de la Isla de Malta; pero se libraron todas las docientas setenta y seis personas que iban á bordo, por la humanidad y acertadas disposiciones del capitan Julio. Los isleños acogieron con mucha humanidad á los náufragos, encendiéron una grande hoguera para que se enjugasen y calentaran, y cuando fué menester echar mas leña, Pablo cogió una porcion de sarmientos para echarlos al fuego. Una víbora que estaba entre aquellos vástagos secos, agitada con el calor, se le enredó en la mano; el Apóstol la sacudió, y el venenoso animal cayó en el fuego sin haberle hecho mal alguno; cosa que admiró tanto los isleños que reconocian en el Apóstol virtud divina, le traian enfermos incurables, le llamaban para visitar á

otros que no podian remover; y á cuantos enfermos vió, tantos quedáron sanos. Despues de tres meses del naufragio arribó allí un navío de Alejandria que los llevó á Siracusa, y costeando llegaron finalmente á Roma, adonde permitió el gobierno á Pablo vivir en una casa particular que el Santo habia alquilado, con solo un soldado de custodia. Los discípulos, y todos los que le habian conocido en Jerusalem y otras partes salieron á recibirle, con cuya vista se alegró y alentó mucho el santo Apóstol. Por dos años continuó en este estado de arresto, sin cesar de predicar con toda libertad, y enseñando la doctrina de Jesucristo á todos los que venian á verle. Puesto Pablo en libertad, por no haberse podido probar contra él violacion alguna contra las leyes romanas, partió con su discípulo Timoteo á Creta, adonde señaló á Tito para el gobierno de aquella iglesia, y de allí fué á Judea. Despues de haber visitado á los Cristianos de Jerusalem, pasó al Asia, dejó á Timoteo en el gobierno de la iglesia de Efeso, y fué luego á la ciudad de Filipos en Macedonia adonde permaneció largo tiempo. De Filipos pasó el Apóstol á Nicópolis en Epiro, continuó predicando allí todo el invierno, y en la primavera fué á Corinto por la tercera vez. Luego se embarcó para Efeso, estuvo algun tiempo con Timoteo y procedió á Mileto; aquí se detuvo el Apóstol á causa de la enfermedad de su discípulo y compañero Trofimo, pero como tardase mucho en convalecer, le dejó y fué solo á Troas. En esta ciudad habia un discípulo llamado

Carpo quien hospedó al Apóstol con mucho obsequio; aquí conoció el Santo en su Espíritu que se iba acercando el término de su carrera apostólica, y despidiéndose de los fieles partió para Roma. Pablo llegó á Roma por esta segunda vez, en el año duodécimo del reinado de Neron cuando este cruel perseguidor estaba en Grecia. El Apóstol con mas zelo que nunca instruía á los Judíos en sus sinagogas, y á los Gentiles en las plazas mas públicas de aquella capital: hasta que la malicia de los enemigos de Cristo y de su Ley prevaleció con los magistrados y le pusieron en prision. Neron habia dejado en el gobierno de Roma á Helio Cesariano, cuya crueldad excedia aun á la de su amo mismo: este monstruo, sin causa ni proceso, mandó degollar á Pablo en el año 67. Así recibió el santo Apóstol la corona del martirio, despues de haber predicado á Cristo con el mayor zelo y elocuencia en casi todo el mundo entónces conocido.

LIBRO V.

LAS EPISTOLAS DE LOS APOSTOLES.

Los Apóstoles escribiéron varias epístolas á diferentes personas, y á diferentes iglesias donde habian predicado el santo Evangelio, para mantener á los fie-

les firmes en la fe, no siendo posible que estuviesen presentes en tantos y tan distantes lugares. Algunas de estas epístolas se titulan católicas ó generales: porque fuéron dirigidas á todos los Judíos convertidos y dispersos por muchos países: tales son la de Santiago, las de San Pedro, la I.^a de San Juan, y la de San Judas. Otras fuéron dirigidas á una ú otra persona, ó alguna congregacion en particular sobre asuntos peculiares á alguna iglesia, como las de San Pablo. El objeto primario de las epístolas era instruir, para verificar la recién plantada fe, que como árbol nuevo todavía no estaba asegurada con firmes raices. Otro objeto de las epístolas particulares era el de remover las contenciones y errores que causaban diferencias y divisiones entre los miembros de un misma iglesia. La mayor y mas seria division que se menciona en los hechos de los Apóstoles fué aquella entre los Judíos y Gentiles: preocupados los primeros con las nociones de su educacion, querian imponer sobre los otros la dura necesidad de hacerse Judíos ántes que se hiciesen Cristianos. El Concilio general de los Apóstoles declaró á los Gentiles libres de tal obligacion, y toda la Iglesia se conformó con este primer canon del Cristianismo. El estilo de las epístolas de San Pablo es algunas veces argumentativo y otras exhortatorio; sus amonestaciones son muy liberales, muy sinceras y claras en extremo; pero en cuanto á los argumentos, el Santo Apóstol, en la plenitud de su ciencia, habla frecuentemente con tanta profundidad, que las razones mas claras para él, son muy oscuras para

Carpo quien hospedó al Apóstol con mucho obsequio; aquí conoció el Santo en su Espíritu que se iba acercando el término de su carrera apostólica, y despidiéndose de los fieles partió para Roma. Pablo llegó á Roma por esta segunda vez, en el año duodécimo del reinado de Neron cuando este cruel perseguidor estaba en Grecia. El Apóstol con mas zelo que nunca instruía á los Judíos en sus sinagogas, y á los Gentiles en las plazas mas públicas de aquella capital: hasta que la malicia de los enemigos de Cristo y de su Ley prevaleció con los magistrados y le pusieron en prision. Neron habia dejado en el gobierno de Roma á Helio Cesariano, cuya crueldad excedia aun á la de su amo mismo: este monstruo, sin causa ni proceso, mandó degollar á Pablo en el año 67. Así recibió el santo Apóstol la corona del martirio, despues de haber predicado á Cristo con el mayor zelo y elocuencia en casi todo el mundo entónces conocido.

LIBRO V.

LAS EPISTOLAS DE LOS APOSTOLES.

Los Apóstoles escribiéron varias epístolas á diferentes personas, y á diferentes iglesias donde habian predicado el santo Evangelio, para mantener á los fie-

les firmes en la fe, no siendo posible que estuviesen presentes en tantos y tan distantes lugares. Algunas de estas epístolas se titulan católicas ó generales: porque fuéron dirigidas á todos los Judíos convertidos y dispersos por muchos países: tales son la de Santiago, las de San Pedro, la I.^a de San Juan, y la de San Judas. Otras fuéron dirigidas á una ú otra persona, ó alguna congregacion en particular sobre asuntos peculiares á alguna iglesia, como las de San Pablo. El objeto primario de las epístolas era instruir, para verificar la recién plantada fe, que como árbol nuevo todavía no estaba asegurada con firmes raices. Otro objeto de las epístolas particulares era el de remover las contenciones y errores que causaban diferencias y divisiones entre los miembros de un misma iglesia. La mayor y mas seria division que se menciona en los hechos de los Apóstoles fué aquella entre los Judíos y Gentiles: preocupados los primeros con las nociones de su educacion, querian imponer sobre los otros la dura necesidad de hacerse Judíos ántes que se hiciesen Cristianos. El Concilio general de los Apóstoles declaró á los Gentiles libres de tal obligacion, y toda la Iglesia se conformó con este primer canon del Cristianismo. El estilo de las epístolas de San Pablo es algunas veces argumentativo y otras exhortatorio; sus amonestaciones son muy liberales, muy sinceras y claras en extremo; pero en cuanto á los argumentos, el Santo Apóstol, en la plenitud de su ciencia, habla frecuentemente con tanta profundidad, que las razones mas claras para él, son muy oscuras para

muchos, é imperceptibles para no pocos. Aquí se dará la sustancia de cada epístola con la mayor claridad posible.

SAN PABLO A LOS ROMANOS.

Los Judíos despreciaban á los Gentiles, y los consideraban indignos de participar de la gracia por medio de Jesucristo, porque criados en la idolatría, no habian estado bajo la Ley de Moises. Los Gentiles aborrecian á los Judíos, y los despreciaban igualmente porque habian negado á Jesucristo, el Mesias prometido y enviado á ellos. El santo Apóstol escribió esta epístola para reprender á ambas naciones; á los Judíos, por la presuncion de pensar que podian ser justificados por la Ley. El Santo muestra sabiamente que los Judíos no debian buscar su justificacion en la Ley escrita, sino en la fe de Jesucristo; el que habia llenado la Ley por ellos, porque ninguno era capaz de llenar la Ley sino el mismo Hijo de Dios. Reprende á los Gentiles por su idolatría, porque aunque ellos no tenían la Ley escrita, debian haber conocido que no habia sino un Dios solo verdadero, y por tanto no debian haber adorado sus vanos ídolos.

San Pablo acomoda la diferencia, distinguiendo la Ley, en Ley de la letra y Ley de la fe; aquella muestra lo que es pecado, pero no limpia de pecado; esta, siendo justicia en sí misma, justifica sin la otra, como sucedió con Abraham, que fué justificado por la fe sola ántes de ser circuncidado, para que no pensa-

se que la circuncision era la causa de su justificacion. Por lo cual el Apóstol concluye enseñando, que tanto el circuncidado como el incircunciso serán justificados si tienen verdadera fe. Y para que los Judíos y los Gentiles no se despreciasen mas unos á otros, les muestra por la paridad de un injerto, que si Dios ingirió en el verdadero olivo á los Gentiles que eran ramas de acebuche, con mucha mas razon puede ingerir en el mismo olivo á los Judíos, que son ramas quebradas del árbol.

El Apóstol da á los Romanos reglas para que vivan segun los mandamientos del Señor; concluyendo esta epístola con exhortaciones á la obediencia que se debe á los Príncipes y magistrados aun por principio de conciencia; y les habla del prójimo, en cuyo amor se encierra el cumplimiento de la Ley. Les encarga leer las Escrituras, porque todas las cosas que han sido escritas, están escritas para nuestra instruccion; y así mismo, el cuidado en evitar toda ocasion que pueda dar escándalo al prójimo; aun en aquellas cosas permitidas por la Ley, siempre que puedan ser de tropiezo ó murmuracion á los otros; y concluye implorando sobre ellos la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

I. A LOS CORINTIOS.

Las sectas y grandes divisiones suscitadas en la iglesia de Corinto, movieron al Apóstol á escribir esta epístola para exhortarlos á la concordia fraternal, y evi-

tar todas las ocasiones de discordia. San Pablo habia encargado á Cefas, Apolo y á otros el ministerio de la predicacion en aquella iglesia; mas por la division de los fieles, unos decian: Yo soy de Pablo; otros: Yo soy de Apolo; estos: Yo soy de Cefas; y aquellos: Yo soy de Cristo. ¿Está dividido Cristo? les dice el Apóstol. ¿Por ventura fué Pablo crucificado por vosotros? ó habeis sido bautizados en el nombre de Pablo? El Apóstol los reprende por esto y les demuestra, que Jesucristo es uno y su religion es una, y por tanto no debe haber aquellas denominaciones de Pabloístas, Apolistas ó Cefistas: que si Pablo plantó, y Apolo y Cefas regáron, solo Dios es el que da el incremento. Tambien les da á entender, cuan ignorantes estaban todavía en los caminos del Señor y de la santidad, y que merecian ser enseñados como á párvulos en Cristo, porque todavía eran muy carnales. El Apóstol les echa en cara muchos vicios que prevalecian entre ellos; como la arrogancia y la elocuencia mundana con que afeaban la pureza del Evangelio. Los reprende por la incontinencia carnal, dándoles un remedio contra ella, que es el casamiento. Los reprende severamente por permitir en la iglesia á un notable incestuoso, y les manda escomulguen á aquel inicuo. Los exhorta tambien á que no abusen de la libertad cristiana en los manjares, cuando con ella se da motivo á la murmuracion; protestándoles, que si la vianda que él come, habria de servir de escándalo á su hermano, nunca jamas comeria carne por no escandalizarle.

El Apóstol les enseña las reglas de decencia que se han de observar en el templo y en la oración; que el hombre debe orar ó predicar con la cabeza descubierta, pero que la muger ha de orar con la cabeza cubierta. Encarga con particularidad que las mugeres callen en la iglesia, y que en ella no deben ni aun preguntar en materia de doctrina, sino que pregunten á sus maridos en casa, cuando quieran saber alguna cosa que ignoran. El Apóstol concluye refutando el error de los que dudaban de la resurreccion, manifestándoles la verdad de la futura resurreccion de los muertos, por la resurreccion del mismo Jesucristo; pues si Cristo no hubiera resucitado, seria vana la fe, seria vana la predicacion, y perecerian todos los que durmiéron en Cristo. Pero Cristo resucitó de entre los muertos, como todos los Apóstoles habian dado testimonio de vista; y así, el que niega que Cristo resucitó, acusa de falsos testigos á los Apóstoles. Cristo resucitó ciertamente de entre los muertos, como primicia de los que muriéron; y así como la muerte fué por un hombre, el primero que pecó, así la resurreccion de los muertos será por otro hombre, el primero que resucitó; y como todos muriéron en Adán, así todos serán vivificados en Cristo. Luego explica el santo Apóstol este delicado punto de la resurreccion general con algunas semejanzas. Alguno preguntará: ¿Cómo resucitarán los muertos? ó en qué calidad de cuerpo vendrán? Necio, dice San Pablo, lo que tu siembras no se vivifica si ántes no muere; y cuando siembras, no siembras el cuerpo que ha de

ser, sino el grano desnudo : este se corrompe y se deshace, pero Dios hace salir de la tierra otro semejante en todo, dándole cuerpo segun la especie de semilla, á cada una su propio cuerpo. El cuerpo humano se siembra en corrupcion, pero resucitará en incorrupcion; se siembra en vileza, resucitará en gloria; se siembra en flaqueza, y resucitará en vigor; se siembra un cuerpo animal, y resucitará un cuerpo espiritual : el animal por descendencia del primer hombre terreno, porque fué hecho de la tierra; el espiritual por la virtud del segundo hombre celestial, porque descendió del cielo; y así como primeramente trajimos la imágen del terreno, así despues llevaremos la imágen del celestial; porque la carne y la sangre material no pueden poseer el reino de Dios, ni la corrupcion poseerá la incorruptibilidad. Y en esta resurreccion habrá cierto orden y cierto modo : porque una es la gloria de cuerpos celestiales, otra la de cuerpos terrestres; una es la claridad del Sol, otra la claridad de la Luna, y otra la claridad de las estrellas, y aun hay diferencia de estrella á estrella en claridad; así tambien la habrá entre los cuerpos que resucitarán. Todos ciertamente resucitarémos al sonido de la trompeta final, pero resucitarémos incorruptibles, y serémos mudados; porque es necesario, que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, esto que es mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto que es mortal fuere revestido de inmortalidad, entónces se cumplirá la palabra que está escrita : Tragada ha sido la muerte en la victoria. ¿Dónde está, o muerte, tu

victoria? dónde está, o muerte, tu aguijon? El aguijon pues de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la Ley : mas gracias á Dios que nos dió la gracia por nuestro Señor Jesucristo. El Apóstol exhorta por último á los fieles de Corinto á que hagan limosnas á los pobres segun las facultades que el Señor ha dispensado á cada uno; y asegurando á todos la sinceridad de su amor, implora la gracia de Jesucristo sobre todos ellos.

II. A LOS CORINTIOS.

San Pablo escribió esta segunda epístola á los fieles de Corinto desde Filipos en Macedonia, y en ella hace apología por no haberlos visitado como se habia propuesto; luego les manifiesta el cuidado con que siempre mira la edificacion de todos los que creen en el Señor. Y sabiendo que el incestuoso pecador, á quien habia mandado separasen de entre ellos, estaba arrepentido, los exhorta á que le traten con indulgencia y le consuelen. El Apóstol les muestra la diferencia entre la Ley y el Evangelio, diciéndoles, que la Ley anuncia muerte, y acusa de injusticia á todos los hombres, pero el Evangelio promete vida, y da justicia á todos. La Ley tenia un tiempo determinado hasta el cumplimiento de la promesa, pero el Evangelio durará hasta el fin del mundo. La gloria del Evangelio consiste en descubrir claramente lo que la Ley ocultaba bajo un velo, en sombras y tinieblas; por lo que debemos limpiarnos de toda contaminacion de

carne y espíritu, para perfeccionar nuestra santificación en temor de Dios. Luego los exhorta á la caridad y liberalidad en socorrer á los pobres de Dios en necesidad; pero les encarga que las donaciones han de ser voluntarias y no forzadas, para que sean como buena semilla sembrada que Dios hace multiplicar en proporcion; el que sembrare poco, cogerá poco; y el que sembrare en abundancia, cogerá en abundancia.

Así mismo los exhorta á vivir como Cristianos, y no desmayar en las tribulaciones; y reprueba á los que predicán, no por amor al prójimo sino por amor propio. Estos falsos Apóstoles, les dice, son obreros engañosos que se transfiguran en Apóstoles de Cristo; lo que no es de estrañar, porque el mismo Satanás se transfiguraba en ángel de la luz. Y luego les dice con aquella nobleza de carácter que tanto distingue á este Apóstol: Son Hebreos, yo tambien; son Israelitas, yo tambien; son del linage de Abraham, tambien yo soy; son ministros de Cristo, diré sin jactancia, yo soy mas. En mayores trabajos, en cárceles mas, en azotes sin medida, en riesgo de muerte muchas veces; azotado por los Judíos, azotado por los Gentiles, una vez apedreado, tres veces en naufragio, noche y día metido en la mar; muchas veces en camino, en peligros de ríos, en peligros de ladrones, en peligros de los de mi nacion, en peligros de los estraños; peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros de falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchas vigiliás, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frio y en des-

nudez; sin contar mis ocurrencias urgentes de cada día y la solitud que tengo por todos los fieles del Señor: ¿quién se enferma y yo no me enfermo? quién se escandaliza, y yo no me abrazo? Si es necesario gloriarse, lo que no conviene en verdad, vendré á las visiones y á las revelaciones del Señor. Conozco á un hombre en Cristo que catorce años ha fué arrebatado al Paraiso; si fué en el cuerpo ó fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe; y allí oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito hablar. De este tal me gloriaré, mas de mi no me gloriaré sino en mis flaquezas. Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un ángel de Satanás para que me abofetee; tres veces rogué al Señor para que se apartase de mí: Te basta mi gracia, me dijo el Señor: porque la virtud se perfecciona en la enfermedad. Por tanto de buena gana me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Cristo.

Todo esto escribió el Santo Apóstol á los de Corinto para precaverlos de los falsos Apóstoles; por esto les manifiesta al fin de esta epistola que todo su deseo y ansia es la salvacion de ellos, y no su propia fama ó estimacion; y concluye la epistola con una exhortacion que comprende toda la felicidad de la vida de un hombre cristiano. Hermanos míos, gozaos, sed perfectos, amonestaos, sentid una misma cosa, tened paz, y el Dios de la paz y de la caridad será con vosotros.

A LOS GALATAS.

Aunque San Pablo habia instruido plenamente á los Gálatas en la verdadera fe de Jesucristo, sin embargo diéron oídos á unos falsos Predicadores, abandonaron la doctrina que el Apóstol les habia enseñado, y buscaban la salvacion por las obras de la Ley. Para convencerlos de su error les da San Pablo en una sola espresion toda la suma del Evangelio: Que Jesucristo se entregó á la muerte por nuestros pecados, para librarnos de la perdicion segun la voluntad de Dios. Despues les muestra, que nada hay mas contrario á la fe, que la justificacion por la Ley; porque todos los que son de las obras de la Ley, están bajo la maldicion que la Ley habia echado sobre aquellos que no hicieron todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley. Pero Jesucristo nos redimió de la maldicion de la Ley en su crucifixion; porque la misma Ley maldecia á todo aquel que es colgado en un madero. Jesucristo pues, habiendo sido colgado de un madero, borró toda la maldicion de la Ley, y nos hizo participantes de su justicia, redimiéndonos del yugo de la Ley. Por tanto los exhorta el santo Apóstol á olvidar las ya vanas tradiciones de la Ley, como la circuncision, la observancia de ciertos tiempos, de ciertos días, de ciertas ceremonias, y todo lo demas que ha quedado inútil por el voluntario sacrificio del Hijo de Dios en la Cruz, la que siendo ántes maldita, se ha hecho ahora sacrosanta con su muerte.

La doctrina del Apóstol en esta epístola es en compendio esta: Que si somos guiados del Espíritu, no estamos sujetos á la Ley; y que si vivimos por espíritu, andemos tambien por espíritu, renunciando los deseos de la carne. Los efectos de la carne se oponen á los frutos del Espíritu: los frutos del Espíritu son, caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad: contra estas cosas no hay Ley. Los efectos de la carne son patentes; fornicacion, impureza, deshonestidad, lujuria, idolatría, enemistades, contiendas, zelos, iras, riñas, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriaguez, glotonerías y otras cosas semejantes: los que tales cosas hicieren, no alcanzarán el reino de Dios. El Apóstol concluye la epístola exhortando á los Gálatas á los deberes de la caridad.

A LOS EFESIOS.

San Pablo escribió esta epístola á los fieles de Efeso cuando estaba prisionero en Roma. El primer asunto de ella es la libre eleccion de Dios por adopcion, mostrando que la redencion por la sangre de Jesucristo, la remision de los pecados y todas las dispensaciones nos vienen de Dios por Jesucristo, y en esto se manifiesta la excelencia de su gloria. Despues enseña, que siendo hijos de ira, y muertos por el pecado, hemos sido vivificados por sola la gracia de Jesucristo; y para manifestar la excelencia de esta gra-

cia, compara el miserable estado en que fuimos nacidos con aquella dignidad á la que somos elevados por Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo. El Apóstol los reconviene por algunas falsas nociones, que los falsos apóstoles habían introducido en la buena doctrina que él mismo les había enseñado; y que se creía obligado en conciencia á escribirles y amonestarlos á guardar la unidad del espíritu, en vínculo de paz. Un cuerpo y un espíritu les dice, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocación. Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que es sobre todos, por todas las cosas, y en todos nosotros. Luego les da varios consejos de doctrina y de perfeccion, exhortándolos á desterrar de entre ellos la mentira, la ira, el robo, el ocio, amargura, enojo, indignacion, gritería, blasfemia y todo lo que en sí sea malo; y que dejando todo esto, sean los unos con los otros benignos, misericordiosos, perdonándose los unos á los otros, como tambien Dios les había perdonado. El Apóstol concluye esta epístola, inculcando los deberes de familia: que las casadas amen y estén sujetas á sus maridos, como cabeza que son de ellas; que los maridos amen y cuiden de sus mugeres; que los hijos honren á sus padres y madres; que los padres instruyan y corrijan á sus hijos sin provocarlos á ira; que los criados obedezcan y respeten á sus amos, y que estos no insulten ni amenazen á sus siervos: y por último, que estén firmes en la fe, orando en todo tiempo para poder resistir en las adversidades.

A LOS FILIPENSES.

Epafrodito, coadjutor y ministro de la iglesia de Filipos, fué enviado á Roma por los Filipenses para ver á San Pablo, que todavía continuaba arrestado, y asistirle en sus necesidades con las donaciones que le habían entregado. Esta generosidad de los fieles de Filipos movió la gratitud del santo Apóstol, y les escribió esta epístola con el mismo Epafrodito, expresando su agradecimiento con sus incensantes ruegos á Dios, y protestando el mas sincero amor para con ellos. Despues los anima á continuar en el servicio del Señor, haciendo todo lo que es bueno sin desfallecer. Los exhorta tambien á la unidad y concordia, á la obediencia y humildad, proponiéndoles el ejemplo de Jesucristo, que siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpacion el ser igual á Dios; mas se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo, hecho á la semejanza de hombre, y hallado en la condicion como hombre. Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios tambien le ensalzó y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesus se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infernos; y que toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

Luego los amonesta á guardarse de los malos Predicadores, porque andaban muchos, de quienes otras

veces les decia y ahora repetia, que eran enemigos de la cruz de Cristo; que el fin de estos seria la perdicion porque no tenian mas Dios que el vientre, y que su gloria seria para confusion de todos aquellos que gustan solo de lo terreno. Despues les esplica que la verdadera circuncision es la del corazon, la cual consiste en cortar todos los afectos mundanos y carnales por medio de la virtud de Jesucristo. Ultimamente los exhorta á practicar todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo que es de buena fama; y que si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de costumbres, que piensen solo en practicarlas; y que hagan todo lo que aprendiéron, recibiéron, oyéron y viéron en el santo Apóstol.

A LOS COLOSENSES.

Los Colosenses eran los habitantes de la ciudad de Colosos en Frigia. El Apóstol en primer lugar da gracias á Dios por la buena fe de los Colosenses en Cristo, y les muestra luego que todas las partes de nuestra salvacion consisten en Jesucristo; porque él es imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura, en quien fuéron criadas todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra; las visibles é invisibles, ya sean Tronos ó Potestades, todas fuéron criadas por él mismo, y en él mismo. El es ante todas las cosas, y todas subsisten por él; él es cabeza del cuerpo de la Iglesia, es principio y primogénito de los muertos, de manera

que el tiene el primado en todas las cosas. El Apóstol los exhorta á caminar firmes en la fe de Jesucristo, porque solo en él pueden ser completos y perfectos; condenando como vano todo lo que no es hecho en Jesucristo. Así como recibísteis á Jesucristo, les dice, andad en él, procurando fortificaros en la fe. Estad sobreavisados, para que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas segun la tradicion de los hombres, segun los elementos del mundo y no segun Cristo; porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente. Luego los exhorta á que se despojen del hombre viejo, y se vistan del nuevo en fe y caridad; les esplica todas las obligaciones de una vida cristiana, encomendándoles se revistan de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia; sufriendose y perdonándose mutuamente, y sobre todo á tener caridad que es el vínculo de la perfeccion. Despues de estas exhortaciones generales los amonesta á perseverar en la oracion, y á que rueguen por el santo Apóstol, á fin de que Dios le abra la puerta de la palabra, para anunciar el misterio de Cristo, por el cual todavia estaba preso: y concluye la epístola con saluciones y tiernas recomendaciones á los fieles y convertidos de la iglesia de Colosos.

I. A LOS TESALONICENSES.

San Pablo escribió dos epístolas á los fieles de Tesalónica. En la primera les da el parabien por su

buena disposicion y docilidad en oír la predicacion del Evangelio, y por el fruto saludable de su buena fe, haciéndose modelos á todos los creyentes de Macedonia y Acaya. Luego les recuerda el cuidado que tuvo y los trabajos que padeció el santo Apóstol en predicarles fielmente el Evangelio, sin adulacion ni el menor pretesto de avaricia, poniendo á Dios por festigo de la pureza de sus intenciones. San Pablo alaba á los Tesalonicenses por haber recibido la palabra de Dios, no como la palabra de hombres mas como la palabra de Dios, siéndolo así en la realidad, y por esto los anima á crecer en santidad y amor fraternal. El Apóstol los exhorta al cumplimiento de los preceptos de Jesucristo renunciando á la concupiscencia y toda inmundicia, viviendo en sosiego; á trabajar con sus manos para evitar los efectos de la ociosidad; á conversar honestamente y no codiciar cosa alguna de nadie. En dos cosas los reprende el Apóstol: la primera, por su excesivo llanto y duelo por los muertos, como si perecieran eternamente en su muerte; y para remover de ellos este engaño, les amonesta como á buenos Cristianos, que consideren la muerte como un sueño temporal, del cual serán despertados para una vida eterna. Porque si creen que Jesucristo murió resucitó, así tambien deben creer que Dios traerá con Jesus á aquellos que durmiéron en él; pues el mismo Señor con voz de Arcángel y con trompeta de Dios descenderá del Cielo, y los que muriéron en Cristo resucitarán los primeros; y los que hubieren quedado aquí serán arrebatados juntamente con ellos en las

nubes á recibir á Jesucristo en los aires, y permanecer para siempre con el Señor. El segundo motivo de reprehension es su mucha curiosidad en querer saber el tiempo preciso de la segunda venida de Cristo: por lo que les encarga á estar prontos y vigilantes porque la hora de la venida del Señor es incierta. El santo Apóstol concluye rogándoles á ser caritativos, á estar siempre gozosos, á orar sin cesar, á dar gracias á Dios en todo, no apagar el Espíritu, no despreciar las profecías, examinar todo y abrazar lo que es bueno.

II. A LOS TESALONICENSES.

San Pablo manifiesta á los fieles de Tesalónica en esta segunda epístola, la probacion de la fe por las aflicciones y persecuciones. Les anuncia tambien, que el premio de sus trabajos será un eterno descanso, cuando apareciere el Señor Jesus con los ángeles de su virtud; el mismo que aparecerá en llama de fuego á los que no conociéron á Dios, y despreciaron el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales pagarán la pena eterna de perdicion en la presencia del Señor, y por la gloria de su poder. El Apóstol les ruega que se mantengan firmes en la fe, para no ser seducidos de nadie en manera alguna; porque á la venida del Señor ha de preceder la venida del Antecristo, aquel hombre de pecado, aquel hijo de perdicion; pero este perverso será descubierto y aniquilado con el aliento de la boca de Jesucristo, con el resplan-

dor de su venida. San Pablo los amonesta á rogar por el aumento de la fe y la seguridad de los fieles ministros para la propagacion del Evangelio; y les encarga se aparten de aquellos que por mera curiosidad pervierten el buen órden, y con particularidad de aquellos que no siguen la doctrina de los Apóstoles. Luego les dice que los haraganes y ociosos no tienen derecho á las limosnas que la Iglesia distribuye á los indigentes, porque Dios no ha criado al hombre en vano; y así cada uno debe tener ocupacion y trabajar, y el que no quiera trabajar, que no coma. El Apóstol concluye aconsejándoles que no tengan familiaridad ni comunicacion con los que fueren descomulgados por la Iglesia, á fin de que se avergüencen y arrepientan; pero al mismo tiempo les encarga, que no les miren como á enemigos, sino que timenten todos los medios para traerlos á verdadero camino y que no se pierdan.

I. A TIMOTEO.

Este Timoteo era discípulo de San Pablo y Predicador del Evangelio en Efeso. El Apóstol le escribió esta epístola, mostrándole en un estilo vivo y animado todos los deberes de un fiel Pastor de la Iglesia. En primer lugar le dice, que no se haga innovacion alguna, ni en la doctrina ni en el modo de enseñarla; y en segundo lugar, que no permita cuestiones inútiles ó vanos discursos que de nada sirven á la edificacion. La práctica de la doctrina debe estar arregla-

da á la misma doctrina; la cual consiste en pura caridad, buena conciencia y verdadera fe: porque ni hay amor sin buena conciencia, ni buena conciencia sin fe, ni hay fe sin la palabra de Dios. El Apóstol da gracias á Jesucristo por haberle sacado de la incredulidad y haberle colocado en el ministerio. Luego encarga á Timoteo que se hagan oraciones públicas por todos hombres, por los Reyes y por todos los que están constituidos en dignidad, lo que es muy agradable á Dios nuestro Salvador, el que quiere la salvacion de todos los hombres; siendo palabra fiel y digna de toda aceptacion, que Jesucristo vino á este mundo para salvar á los pecadores.

San Pablo describe en seguida las calidades que deben adornar á los que deseen ser Obispos y Diáconos de la Iglesia; porque solo los que ejercitaren bien su ministerio ganarán la confianza en Jesucristo. Si alguno desea el obispado, buena cosa desea: mas es necesario que el Obispo sea irrepreensible, esposo de una sola muger, sobrio, prudente, respetable, modesto, amador de la hospitalidad, propio para enseñar, no dado al vino, no violento sino moderado, no rencilloso ni codicioso, mas que sepa gobernar bien su casa, que tenga sus hijos en sujecion con toda honestidad; porque el que no sabe gobernar su casa, ¿cómo cuidará de la Iglesia de Dios? Que no sea recién convertido á la fe, para que no se hinche de soberbia y caiga en la condenacion del diablo. Además de estas calidades es necesario que tenga buena opinion con los que son de fuera, para que no caiga en

desprecio y en lazo del enemigo. Así mismo los Diáconos deben ser modestos, no dobles en palabras, no dados á mucho vino, ni secuaces de ganancias torpes; que sean ántes probados, y si son hallados irreprehensibles que ejerciten el ministerio, para que conserven el misterio de la fe en conciencia pura. Todo esto escribe el Apóstol á su amado discípulo Timoteo, para que sepa como debe portarse en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo; columna y apoyo de la verdad: siendo grande á todas luces el sacramento de la piedad, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, ha sido visto de Angeles, ha sido predicado á los Gentiles, ha sido creído en el mundo, y ha sido recibido en gloria.

El Apóstol advierte á Timoteo, que algunos apostatarán de la fe, seducidos por los Espíritus de error y doctrina de demonios; los cuales con hipocresía prohibirán casarse, y el uso de viandas que Dios crió para que participasen de ellas todos los fieles y los que conocieron la verdad; porque todas las cosas criadas para uso y alimento son buenas, si se reciben con acción de gracias. Despues da el Apóstol reglas sobre el modo de reprender, y dice á Timoteo que no increpe á los ancianos, sino que les amoneste como á Padres, y á los jóvenes como á hermanos; que no imponga de ligero las manos sobre alguno, ni se haga participante de los pecados ajenos; y últimamente le ruega por Jesucristo, que en las reprensiones no haga nada por inclinacion particular. El Apóstol concluye esta epístola encargando á todos los ricos se hagan un tesoro

y un fundamento sólido para lo venidero, á fin de alcanzar la vida eterna. O Timoteo, le dice, guarda el depósito, evitando las novedades profanas de voces, y de contradicciones de ciencia de falso nombre.

II. A TIMOTEO.

San Pablo en esta segunda epístola espresa el afecto que tiene á Timoteo, y le exhorta á perseverar en los deberes de su ministerio, y á predicar con libertad el Evangelio, segun la virtud de Dios que le llamó con su santa vocacion. Luego le dice, que el ministerio del Evangelio es una vida de guerra espiritual, en la que cada ministro ha de trabajar como buen soldado de Jesucristo; y aquí confirma el Apóstol dos principios de nuestra fe: uno, que Jesucristo es el verdadero Mesias, hecho hombre del linage de David, que es el fundamento de nuestra salvacion; el otro, que resucitó de entre los muertos. San Pablo previene de nuevo á Timoteo se guarde de los falsos doctores que han de aparecer en los tiempos postrimeros, y para que los conozca, describe el carácter de estos hipócritas en estas palabras: serán amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes, desagradecidos, malvados, sin afición, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traidores, protervos, orgullosos y amantes de los placeres mas que de Dios, con apariencia de piedad, pero negando la virtud de ella. El zeloso Apóstol concluye rogando á Timoteo por Jesucristo,

que predique la palabra de Dios, que inste á tiempo y fuera de tiempo, que reprenda, que ruegue y amoneste con toda paciencia y doctrina, siendo estos los únicos medios de reprimir la furia y atrevimiento de los malvados.

A TITO.

San Pablo predicó el Evangelio por poco tiempo en Creta, siendo llamado por la urgente necesidad de su presencia en otras iglesias; pero envió á Tito en su lugar para completar la obra de la predicacion, que él habia comenzado allí. A fin que este ministro pudiese desempeñar con mas acierto esta importante comision, el Apóstol juzgó necesario escribirle esta epístola, para mostrarle qué especie de hombres habia de escoger para ministros del Evangelio, qué virtudes debian tener, y de qué vicios habian de caer; entonces le hace una descripción de calidades, como escribió á Timoteo sobre este punto, y dice succinctamente: Es necesario que el ministro sea sin crimen, porque él es dispensador de Dios, y que abraze firmemente la verdadera fe para que pueda exhortar con sana doctrina, y convencer á los contradicentes. El Apóstol espone en seguida los deberes de las personas segun su edad y estado. Que los ancianos sean sobrios, honestos, prudentes, sanos en la fe, en la caridad y en la paciencia; que las ancianas tengan un porte santo y que no sean calumniadoras; que enseñen á las mugeres jóvenes á ser prudentes, castas,

templadas, esposas amantes, tiernas madres, benígnas, económicas y obedientes á sus maridos. Que los criados sean obedientes á sus amos, y no respondones; que no los defrauden, y que les sean leales. El Apóstol encarga á Tito que se muestre el mismo en todo por dechado de buenas obras, en la doctrina, en la pureza de las costumbres, en la gravedad; sano en la palabra é irreprochable, para que los enemigos se confundan y no tengan motivo alguno de hablar mal de él. Y por último encarga á Tito, que amoneste á todos á reverenciar los Príncipes, y á todos los constituidos en autoridad, y que tenga cuidado en desechar las cuestiones necias, los debates y disputas sobre la Ley, porque son inútiles y vanas.

CARTA A FILEMON.

Estando San Pablo prisionero en Roma, vino á verle un tal Onesimo, esclavo de Filemon, amigo del Apóstol: este criado, segun se colige de la carta, habia cometido alguna falta á la fidelidad debida á su amo, ó algun robo, y habiéndose huido á Roma se halló arrepentido de su delito, y fué á implorar el favor de Pablo. Viendo el Santo su arrepentimiento por la ofensa, le reprendió blandamente, y se aprovechó de esta ocasion oportuna para convertirle á la fe. El Apóstol quedó convencido de la sinceridad del recién convertido; y aunque deseaba retenerle para su servicio en la prision, no le pareció prudente hacerlo sin el consentimiento de Filemon; y así le mandó otra

vez á su Señor con esta carta, rogando á su amigo que perdonase al criado. Esta carta de recomendacion expresa la ardiente caridad del Apóstol. « Te vuelvo á Onesimo, escribe el Santo, á quien yo he engendrado en las prisiones; recíbele tú como á mis entrañas. Quiza no se apartó de tí por algun tiempo, sino para que le recibieses para siempre; no como á esclavo; sino como á un amado hermano en Jesucristo. Por tanto, si tienes compasion de Pablo viejo, y prisionero ahora por Jesus, recíbele como á mí; y si algun daño te hizo, ó te debe algo, apúntalo á mi cuenta, y por esta firmada de mi mano, te lo pagaré. Confíando yo en tu obediencia, te he enviado mi carta; sabiendo que harás aun mas de cuanto te digo. » No se debe dudar que Filemon perdonaria al esclavo por amor del Señor, y por reverencia al santo Apóstol.

A. LOS HEBREOS.

San Pablo principia esta epístola mostrando la diferencia entre el sacerdocio de Cristo y el sacerdocio Levítico en el punto mas esencial; esto es, que Jesucristo el Hijo de Dios, cuyo nombre y dignidad es superior á todos los Angeles, tomando la naturaleza humana, apareció á los hombres, como el verdadero Profeta, como el único Rey, y como eterno Pontífice. Profeta, enseñándonos con su sabiduría infalible; Rey, gobernándonos con su omnipotencia; Pontífice, santificándonos del pecado para siempre: atributos

de Cristo que estaban ocultos bajo las misteriosas figuras de la Ley antigua. El Apóstol prueba despues, como consecuencia de estos principios, que la doctrina, magestad y sacerdocio de Jesucristo son de la mayor perfeccion, estando delante de Dios como piadoso y fiel Pontífice, el que por sus padecimientos voluntarios ha espiado los pecados del pueblo. Por tanto, Jesucristo es tan superior á Moises, como puede ser un señor respecto á su siervo; y así como la Ley de un señor es obedecida por aquellos que están bajo su dominio, así todos debemos obedecer á Cristo sin contradiccion. Indignado Dios contra los Judíos en el desierto por la dureza de sus corazones, juró en su ira que no habian de entrar en su reposo; del mismo modo no entrarán en su reposo aquellos que por su incredulidad no creyeren en Jesucristo.

El Apóstol repite en seguida que el oficio de Sumo Sacerdote como ministro de Dios es ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y que Jesucristo nombrado por Dios para ser nuestro Sumo y Eterno Sacerdote segun el orden de Melquisedec, en preferencia y suspension del sacerdocio de Aaron, no solo nos ha librado del pecado, mas permaneciendo siempre en su eterno sacerdocio, puede salvar perpetuamente á los que por él se acercan á Dios, viviendo siempre para interceder por nosotros. La gloria de los Cristianos es tener en Jesucristo un Pontífice santo, inocente, immaculado, segregado de los pecadores, y ensalzado sobre los cielos: el que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de

ofrecer cada día sacrificios, primeramente por sus pecados, y despues por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez ofreciéndose á sí mismo.

San Pablo señala otra diferencia entre el sacerdocio de Leví y el de Cristo. Con respecto al templo del sacrificio, el primero tenia un santuario temporal, edificado por las manos de los hombres; mas el segundo tiene un templo edificado por el Espíritu Santo, el tabernáculo del cuerpo de Jesucristo. Mas el sacrificio de los Levitas, por mas que se repitiera, no santificaba el cuerpo; pero el sacrificio de Cristo, una vez ofrecido, santifica el cuerpo y el alma de todos los que sinceramente creen en él. Bajo la Ley antigua habia figuras terrestres, aunque eran figuras de cosas celestiales; pero bajo Jesucristo todas las cosas son espirituales, abriéndonos el cielo para darnos una salvacion perdurable.

El Santo Apóstol describe despues la fuerza maravillosa de la fe; aquella firme fe por la que los Antiguos recibieron testimonio del cielo. Por fe, ofreció Abel á Dios mayor sacrificio que Cain; por fe, Henoc fué trasladado para que no viese la muerte; por fe, se hizo Noé heredero de la justicia, preparando el arca para salvamento de su familia; por fe, abandonó Abrahan su patria sin saber á donde iba, y ofreció á su hijo unigénito; por fe, Sara siendo estéril recibió virtud para concebir; por fe, salió Moises de Egipto con su pueblo, y pasáron á pie enjuto el Mar Bermejo libres de Faraon; últimamente, por fe, hicieron los Jueces del pueblo de Dios prodigios mara-

villosos. Acerquémonos por tanto con un corazón sincero, revestidos de verdadera fe; al ara del tabernáculo de Jesucristo, y guardemos con esta misma fe la profesion de nuestra esperanza, no dudando de la fidelidad del que nos hizo la promesa.

San Pablo exhorta luego á los Judíos á sufrir con paciencia y constancia las aflicciones; y á seguir firmes en la carrera, poniendo los ojos en el Autor y Consumador de la fe, Jesus; caminando á pasos derechos y sin cludicar en todas neustras condiciones; mostrando buen ejemplo de vida á nuestros prójimos, y procurando vivir en paz y santidad con todos. El Apóstol concluye la epístola exhortando al ejercicio de las virtudes Cristianas: como la caridad para con los estrangeros y los afligidos; la pureza y decencia en el matrimonio; el contento con lo que poseemos, y la conformidad con la voluntad de Dios. Y luego les encarga que no se dejen estraviar del verdadero camino con doctrinas estrañas y vagas; y que por los méritos de nuestro Señor Jesucristo ofrezcan á Dios sin cesar sacrificio de alabanza que es el fruto de los labios que confiesan su santo nombre, y en el que se complace el Señor.

EPÍSTOLA CATÓLICA DE SANTIAGO.

Esta epístola se intitula Católica ó Universal, porque está escrita á todos los Judíos en general, y no á persona alguna en particular. Santiago propone en esta epístola los efectos de nuestra justificacion, el

fin de las buenas obras, y su causa que es la fe, enseñando así en qué consiste la verdadera religion. El Apóstol nos enseña á sacar bien de las mismas tribulaciones, y á mirarlas como prueba de nuestra fe. Bienaventurado, dice, el varon que sufre tentacion; porque despues que fuere probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman. No diga nadie, cuando fuere tentado, que es tentado de Dios, porque Dios no intenta los males ni tienta á ninguno. Mas cada uno es tentado, arrastrado y halagado de su concupiscencia. Es vana la religion de todo aquel que no refrena su lengua, y engaña á su corazon. La religion pura y sin mancha delante de Dios, es esta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionado en este siglo.

Santiago espone luego dos especies de fe; una viva, y otra muerta. La fe viva es aquella que se manifiesta por buenas obras: ¿Qué aprovechará á uno que dice tengo fe, si no tiene obras? por ventura podrá la fe salvarle? Si uno dijere á un pobre desnudo y hambriento: caliéntate y hártate, sin darle ropa ni pan ¿qué le aprovechará? así tambien la fe que no tiene obras es muerta en sí misma. El Apóstol trata con mucha particularidad el gobierno de la lengua, y la compara al freno del caballo y al timon de la nave; la lengua, á la verdad, es un pequeño miembro del cuerpo, pero de grande consecuencia. Sirvámonos de ella para bendecir á Dios, pero no usemos de ella para maldecir ni hablar mal del prójimo. Muestre

cada uno por la buena conversacion sus obras con dulzura y sabiduría.

Santiago da en esta epístola otros buenos preceptos, exhortaciones é instrucciones para reglar una vida Cristiana; y así dice, que las contiendas y pleitos nacen del apetito y deseo de los bienes mundanos, como origen de todos los males. Luego recomienda la paciencia cristiana, y muestra cual es el mejor remedio contra todas las aflicciones: ¿Hay alguno triste entre vosotros? haga oracion; ¿está alegre? cante salmos; ¿enferma alguno? llame al sacerdote para que ore por él, ungiéndole con el santo Oleo en el nombre del Señor; y la oracion de la fe salvará al enfermo, le aliviará el Señor, y si estuviere en pecados, le serán perdonados. Confesad pues vuestros pecados uno á otro, y orad los unos por los otros para que seáis salvos; porque vale mucho la oracion perseverante del justo. Hermanos míos, concluye el santo Apóstol, si alguno de vosotros se desviare de la verdad y otro le convirtiere, debe saber, que el que hiciere á un pecador convertirse del error de su camino salvará su alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de sus pecados.

I. EPISTOLA DE SAN PEDRO.

El Príncipe de los Apóstoles principia su epístola bendiciendo á Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, el que por su grande misericordia y la resurreccion de su Hijo unigénito nos ha concedido una herencia

incorrupible y que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada en el cielo para nosotros. Por esta razon, exhorta el Pastor á sus ovejas á ser fieles á Dios, purificando sus almas en la obediencia de caridad, en amor fraternal, amándose unos á otros intensamente con sencillo corazon. Luego amonesta á los recién nacidos en la fe, á que sean niños sin malicia, alimentándose solo de leche racional, para crecer con ella en salud; absteniéndose de los deseos carnales que combaten contra el alma, á tener buena conversacion, y hacer bien para enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes. Honrad á todos, les dice, amad la hermandad, temed á Dios, dad honra al Rey. El Apóstol espone á los fieles los deberes particulares que debemos cumplir con respecto á los Magistrados, y cada uno con respecto á otro; los criados para con sus amos, las casadas para con sus maridos, y estos para con aquellas. Exhorta á la concordia, á la paz y al amor recíproco, diciéndoles: Ante todas cosas tened constante caridad, porque la caridad borra la muchedumbre de pecados. Luego los amonesta á sufrir con paciencia las persecuciones, y que no se sorprendan en el fuego de la tribulacion, y distingue los padecimientos. Aquel que padece por homicida, ladrón ó maldiciente, debe avergonzarse porque ha ofendido á Dios; mas el que padece por ser Cristiano, no debe avergonzarse, pues da loor á Dios en este nombre. Porque es tiempo que empiece el juicio por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros ¿cual será el paradero de aquellos que

no creen al Evangelio del Señor? Si el justo apenas se salvará, ¿el impio y el pecador á donde comparecerán? El Apóstol concluye esta epístola recomendando las virtudes cristianas: la obediencia, la modestia, la humildad, y la vigilancia en resistir las acechanzas del demonio.

II. DE SAN PEDRO.

El Pastor de la Iglesia exhorta á los fieles, en esta segunda epístola, á que adelanten en la virtud para que puedan entrar en el reino del Señor. Aplicaos con todo esmero, les dice, á juntar la virtud á la fe alcanzada por Jesucristo, á la virtud ciencia, á la ciencia templanza, á la templanza paciencia, á la paciencia piedad, á la piedad amor á vuestros hermanos, y al amor de vuestros hermanos caridad. Porque si estas cosas se hallaren y abundaren en vosotros, no os dejarán vacios é infructuosos en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Luego les avisa como Pastor vigilante, que vendrán falsos doctores, introduciendo sectas de perdicion, y negando á aquel Señor que los rescató; que muchos seguirán sus disoluciones, por quienes será blasfemado el camino de la verdad; y les da señales para conocerlos, en sus ojos llenos de adulterio y de pecado, en sus corazones llenos de avaricia, y en su disolucion en los convites; pero el Señor sabe librar de tentacion á los justos, y reservar los malos para que sean atormentados en el día del juicio; mayormente aquellos que siguiendo la carne, andan

en deseos impuros, y desprecian la potestad. Ultimamente los exhorta á vigilancia, porque el Señor seguramente ha de venir á tomar juicio; y si tarda, es porque espera con paciencia la enmienda, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan á penitencia. San Pedro concluye su segunda epístola, exhortando á los fieles á vivir immaculados é irreprochables, y estar alerta para no caer de su firmeza engañados de los insensatos.

EPISTOLAS DEL APOSTOL SAN JUAN.

Este amado discípulo del Señor escribió tres epístolas: la primera es general, dirigida á todos los fieles, y principia con aquel estilo elevado que tanto distingue á este Evangelista. Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que palpáron nuestras manos del Verbo de la vida, aquella vida que fué manifestada y de la que damos testimonio, esta es la que os anunciamos para que tengais tambien vosotros comunión con nosotros, y que nuestra comunión sea con el Padre y con Jesucristo su Hijo. Luego muestra el Apóstol que el principio de salvación es confesar nuestra maldad: Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y no hay verdad en nosotros; si dijéremos que no hemos pecado, hacemos á Jesucristo mentiroso y su palabra no está en nosotros; pero si confesáremos nuestros pecados, fiel es y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.

San Juan nos exhorta á no pecar; mas si alguno pecare, tenemos Abogado con el Padre, á Jesucristo el Justo, quien es propiciación por nuestros pecados, y no solo por los nuestros, mas tambien por los de todo el mundo. Si nos preciamos de conocer á Jesucristo debemos andar como él anduvo, y por consiguiente hemos de guardar los mandamientos de Dios, y hacer las cosas que son agradables á su presencia. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos á otros como nos lo ha mandado. El que guarda sus mandamientos está en Dios y Dios en él, y en esto sabemos que el permanece en nosotros por el Espíritu que nos ha dado. Carísimos, amémonos los unos á los otros; porque la caridad procede de Dios, y todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce á Dios. El que no ama no conoce á Dios, porque Dios es caridad. En esto se demostró la caridad de Dios hácia nosotros, en que Dios envió al mundo á su Hijo unigénito, para que vivamos por él. Si Dios nos amó de esta manera, tambien debemos amarnos los unos á los otros.

San Juan manifiesta luego, que nuestra fe es la victoria que vence al mundo. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios? Este es Jesucristo que vino por agua y sangre no por agua solamente, sino por agua y sangre*: y el Espíritu es el que da testimonio, que Cristo es la

* La sangre y agua que corriéron de su costado despues de muerto en la Cruz.

verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo : el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa. Y tres son los que dan testimonio en la tierra : el Espíritu, el agua, y la sangre; y estos tres son una misma cosa. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí el testimonio de Dios. El que no cree al Hijo, hace mentiroso á Dios, porque no cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo. Creamos pues firmemente que vino el Hijo de Dios, y que nos dió entendimiento para que conociéramos al verdadero Dios y la vida eterna.

La segunda epístola fué dirigida por San Juan á una santa muger nombrada Electa, la que educaba con mucho esmero á sus hijos en el santo temor de Dios, cuya fe alaba el Apóstol y la exhorta á perseverar en la misma profesion, que consiste en amarnos unos á otros. Y concluye dándole esta buena leccion : que evite toda comunicacion con aquellos que no confiesan que Jesucristo vino en carne.

La tercera epístola fue escrita por San Juan, y dirigida á un Predicador eminente del Evangelio llamado Gayo. El Apóstol le amaba de corazon por su zelo en predicar la verdad, por su vida ejemplar, por su caridad á los hermanos, y por su hospitalidad á los peregrinos. Al mismo tiempo reprende la vanagloria, ambicion y malignidad de un tal Diotrefes, que se habia levantado con el gobierno de una iglesia, y abusaba mucho de su autoridad eclesiástica.

EPISTOLA DEL APOSTOL SAN JUDAS.

La predicacion del santo Evangelio no solo encontraba oposicion de parte de los obstinados Judíos, no solo de parte de los infieles, mas entre los mismos convertidos, especialmente entre los Gentiles. Estos eran muy propensos á formar sectas, y producir cismas en las iglesias nuevas; y como no habia todavia un canon para decidir por él aquellos puntos de doctrina que no estaban claramente espresos en los evangelios, los santos Apóstoles escribian epístolas á fin de que se mantuviesen firmes en la fe, evitando toda disputa y contienda sobre materia de religion. El Apóstol San Judas escribió esta epístola general á todos los creyentes, exhortándolos á combatir por la fe, porque se habian introducido en algunas iglesias hombres impios, que cambiaban la gracia de Dios en lujuria, y negaban que Jesucristo es solo nuestro Soberano y Señor. El Apóstol les recuerda para escarmiento el castigo de Sodoma, Gomorra y otras ciudades comarcanas; y para exhortarlos á la firmeza de la fe, les recuerda tambien las palabras que los otros Apóstoles de Jesucristo les habian dicho : Que en los últimos tiempos vendrian impostores, y andarian segun sus deseos, llenos de impiedad. Mas vosotros, amados, les dice, edificaos á vosotros mismos sobre el cimiento de vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo. Conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo pa-

ra la vida eterna. Reprended á unos, salvad á otros, y tened compasion de los demas. Y á aquel que es poderoso para guardaros sin pecado, y para presentaros sin mancilla y llenos de alegría ante la vista de su gloria en la venida del Señor, á solo Dios Salvador nuestro por Jesucristo nuestro Señor sea gloria y magnificencia, imperio y poder ante todos los siglos, y ahora, y en todos los siglos de los siglos. Amen.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EL APOCALIPSIS

O REVELACION DEL APOSTOL SAN JUAN.

El Apocalipsis es una profecía continuada sobre el estado de la Iglesia, desde la Ascension del Señor al cielo hasta el juicio final: de modo que el Espíritu Santo nos declara en este libro todos los trabajos, mudanzas, apostasías, sectas y persecuciones que ha de sufrir el Cristianismo hasta el fin del mundo. El estilo del Apocalipsis se asemeja tanto al estilo de las profecías, y estas predicciones de la nueva alianza tienen tanta conformidad con las del Antiguo Testamento, que se ve tan claramente la inspiracion del Espíritu Santo en este escrito de San Juan, como en los de Isaias y demas Profetas. La Revelacion de este Apóstol está llena de visiones magnificas, y de misterios recónditos: las terribles amenazas que contiene contra los impenitentes, y los premios que ofrece á los bienaventurados son fáciles á la comprension de todo Cristiano, por poco versado que esté en la lectura de

los libros sagrados; pero querer comprender todo lo que aquí se oculta bajo el misterioso velo de la profecía puede ser peligroso aun al mas profundo sabio. Debemos pues adorar el misterio, y leer la profecía con reverencia y sobriedad, no sea que en lugar de descubrir los secretos de Dios nos precipitemos en un laberinto de delirios, como ha sucedido á muchos sectarios y espíritus curiosos que han querido indagar su significacion, y pretendido hallar su cumplimiento.

REVELACION.

San Juan estaba en la Isla de Patmos desterrado por el Emperador Domiciano, sesenta años despues de la Ascension de nuestro Señor al cielo, y mientras oraba á Dios en un Domingo, oyó por detras una voz del cielo, como de una fuerte trompeta, que le decia: Escribe lo que vieres en un libro, y envíalo á las siete iglesias del Asia. El Santo se volvió á ver quien hablaba con él, y mirando al cielo, vió siete candeleros de oro, y en medio de ellos á uno semejante á Jesucristo, vestido de una ropa talar, y ceñido por los pechos con una faja de oro; su cabeza y cabellos blancos como la nieve, y sus ojos como llama de fuego: en la mano derecha tenia siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda de dos filos, resplandeciendo su rostro como el Sol á medio dia. Lleno el Apóstol de temor con lo que veía, cayó al suelo como muerto; y tocándole con la diestra aquel glorioso personaje, le dijo: No temas: Yo soy el primero, y el

postrero : el que vivo y he sido muerto , y he aquí que vivo en los siglos de los siglos , y tengo las llaves de la muerte y del infierno.

Entonces le mandó escribir siete epístolas á los siete Obispos ó ministros de las iglesias de Asia : Efeso , Esmirna , Pérgamo , Tiatira , Sardis , Filadelfia y Laodicea . En estas siete epístolas el Señor alaba á algunos , reprende á otros , y á otros amenaza . El de Efeso es alabado por su trabajo , paciencia , sabiduría y sinceridad ; pero es reprendido porque iba enfriándose en el zelo y amor de Dios . El de Esmirna es recomendado por su fe y constancia en la aflicción ; y el Señor le anima á continuar con firmeza , prometiéndole la corona de gloria . El de Pérgamo es alabado por su perseverancia y constante profesion de la verdad en medio de las persecuciones ; pero es reprendido porque entre los fieles de aquella iglesia habia algunos que comian las cosas sacrificadas á los idolos , y eran incontinentes . El de Tiatira es alabado por su amor para con sus hermanos , y porque su piedad se iba aumentando de mas ; pero es reprendido por permitir entre los fieles de aquella iglesia á una malvada muger Jezebel , falsa profetisa , que seducia al pueblo . El de Sardis era un hombre de grande sabiduría , pero se habia hecho muy perezoso y negligente ; por lo que es amenazado de ser sorprendido como á un ladrón en la noche , si no se arrepiente y hace mejor uso de sus talentos . El de Filadelfia es alabado por su paciencia , constancia y sinceridad de su fe ; y siendo un hombre santo y virtuoso , le promete el Señor su

gracia . El de Laodicea es reprobado con toda su grey , por tibios , descuidados y sin firmeza ; siempre claudicando entre dos opiniones , por lo que si no se arrepienten , serán desechados de Dios .

San Juan tuvo esta primera vision en la tierra , y despues fué arrebatado en espiritu al cielo ; allí vió un trono , y en él estaba sentado uno , cuya apariencia era tan resplandeciente como piedra de jasper y de sardia , y al rededor del trono un Arco Iris de esmeralda . Veinte y cuatro Ancianos vestidos de blanco , con coronas de oro estaban sentados al rededor del trono , delante del cual habia siete lámparas ardiendo , que son los siete Espíritus de Dios . Cuatro animales emblemáticos estaban tambien junto al trono representando varias virtudes ; el primero representaba en su figura el corage del leon , el segundo la fuerza del toro , el tercero la sabiduría del hombre , y el cuarto la ligereza del águila . Truenos , relámpagos , música y voces manifestaban la magestad de Dios ; y la gloriosa compañía de Angeles , Profetas y Apóstoles no cesaban de cantar dia y noche , diciendo : SANTO , SANTO , SANTO , EL SEÑOR DIOS OMNIPOTENTE , EL QUE ERA , EL QUE ES , Y EL QUE HA DE VENIR . DIGNO ERES , SEÑOR DIOS NUESTRO , DE RECIBIR GLORIA , HONRA Y VIRTUD : PORQUE TU HAS CRIADO TODAS LAS COSAS , Y POR TU VOLUNTAD ERAN Y FUERON CRIADAS .

San Juan vió á la derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y fuera , sellado con siete sellos , al que ninguno del cielo ni de la tierra era capaz ni digno de abrir . El Apóstol lloraba ,

y uno de los Ancianos le dijo : No llores, porque el Leon de la tribu de Judá abrirá ahora el libro. Entonces vió á un Cordero en medio del trono, el cual se llegó y abrió el libro, mientras que los Angeles cantaban alabanzas, diciendo : **DIGNO ES EL CORDERO QUE FUÉ MUERTO DE RECIBIR VIRTUD, DIVINIDAD, SABIDURIA, FORTALEZA.** Los Ancianos cayéron sobre sus rostros, mientras que los Espíritus celestiales cantaban : **AL QUE ESTA SENTADO EN EL TRONO SEA DADA HONRA, GLORIA, BENDICION Y PODER EN LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS.** El Cordero tomó el libro, y San Juan se acercó para ver lo que contenia. Al abrir el primer sello, vió un caballo blanco con un ginete armado y victorioso; en el segundo sello, vió un caballo bermejo con un ginete poderoso para hacer guerra en la tierra; en el tercer sello, vió un caballo negro y un ginete con una balanza en la mano, denotando la escasez de trigo sobre la tierra; en el cuarto sello, vió un caballo pálido y la Muerte montada sobre él, para esterminar á los vivientes; en el quinto sello, vió las almas de los mártires; al abrir el sexto sello, sintió un terremoto, y vió al Sol oscurecido, la Luna ensangrentada, y á las estrellas caer sobre la tierra con grande consternacion de los habitantes; al séptimo sello, hubo un repentino silencio en el cielo por media hora.

San Juan vió luego siete Angeles con trompetas, y á otro con un incensario en la mano : este Angel llenó el incensario con fuego del Altar, le arrojó en la tierra, y al momento hubo truenos, relámpagos, voces y

grande terremoto, y los siete Angeles preparáron sus trompetas para tocar. Al sonido de la primera trompeta, cayó sobre la tierra una tormenta de granizo, fuego y sangre, que destruyó una tercera parte de la tierra, árboles y toda la yerba verde. Al sonido de la segunda, cayó en la mar un grande monte ardiendo, y se volvió en sangre la tercera parte de la mar matando una tercera parte de los peces, y destruyendo una tercera parte de los barcos que flotaban. Al sonido de la tercera cayó una grande estrella ardiendo sobre la tercera parte de los rios y fuentes, volviéndose el agua tan amarga que morian los que bebian de ella. Al sonido de la cuarta, una tercera parte del Sol, de la Luna y de las estrellas perdiéron su luz; y al mismo tiempo voló un Angel del cielo gritando : **Ay, ay, ay de los moradores de la tierra.** Al sonido de la quinta, una grande estrella cayó en la tierra, abrió el abismo, y salió un humo tan espeso que oscureció el Sol y el aire; y despues del humo salieron langostas con el poder de escorpiones, pero con orden de no hacer daño á la yerba ni á los árboles, sino á los hombres que no tienen la señal de Dios en sus frentes; á los cuales habian de atormentar por cinco meses, pero sin matarlos. Al sonido de la sesta trompeta, salió una voz del Altar que decia : **Desata los cuatro ángeles que están atados en el grande rio Eufrates.** Estos fuéron desatados y juntáron un ejército de docientos mil combatientes; los caballos estaban armados, y vomitaban por las bocas fuego, humo y azufre. La tercera parte de los hombres fuéron muer-

tos por estas fieras irresistibles, y los que quedaron no se arrepintieron de sus homicidios, hurtos ni prostituciones. A este tiempo vió el Apóstol descender del cielo un Angel poderoso cubierto de una nube, y el Iris sobre su cabeza; su cara brillante como el Sol, y sus pies como columnas de fuego; en su mano tenía un libro abierto, y fijando el pie derecho sobre la mar y el izquierdo sobre la tierra, levantó la mano al cielo, y juró por el que vive en los siglos, por el que crió el cielo, la tierra, la mar y todas las criaturas: Que no había ya mas tiempo; y que cuando comenzare á sonar la trompeta el séptimo Angel, será consumado el misterio de Dios, como ha sido anunciado por los Profetas. Una voz del cielo mandó á San Juan tomar el librito de la mano del Angel, y comerle, esto es, digerirle ó entenderle perfectamente; el Santo le comió y le halló dulce al paladar y amargo en el vientre.

Luego fué anunciado á San Juan que dos Profetas, vestidos de saco, predicarian por mil doscientos y sesenta dias, con poder de cerrar el cielo para que no lloviera durante su predicacion; y que cuando hubiesen acabado de dar el testimonio de la verdad, saldria una bestia del abismo y los mataria; pero que despues de estar sus cuerpos espuestos por las plazas de la ciudad, durante tres dias y medio, habian de resucitar y subir al cielo en una nube á vista de sus enemigos. Un gran terremoto se habia de sentir al mismo tiempo, y cayendo la décima parte de la ciudad sepultaria á siete mil hombres bajo sus ruinas, y los

demas gritando, dirian: Ay, ay, ay. Pasado este primer lamento de los moradores de la tierra, tocó la trompeta el séptimo Angel, y hubo en el cielo grandes voces que decian: El reino de este mundo es ahora el reino de Dios, y Cristo reinará en los siglos. Los veinte y cuatro Ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron á Dios, diciendo: Gracias te damos, Señor Dios Todopoderoso, porque has recibido tu gran poderío, y has entrado en tu reino, para galardonar á tus Santos y á los que temen tu nombre, y esterminar á los que inficionaron la tierra.

San Juan vió despues una grande señal en el cielo: Una muger cubierta de Sol, y la Luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas. Esta muger estaba con los dolores del parto, y delante de ella estaba un dragon bermejo con siete cabezas coronadas, á fin de tragarse el hijo cuando naciera. El recién nacido fué un varon que Dios arrebató para su trono, y la muger huyó al desierto. El dragon, enojado por el malogro de su intento, arrastró con su cola la tercera parte de las estrellas del cielo, y las hizo caer sobre la tierra, siendo otros tantos enemigos de los hombres: pero Miguel y sus Angeles salieron á pelear contra este dragon, llamado Satanás, y sus secuaces; y despues de gran batalla los arrojó del cielo por la virtud de la sangre del Cordero. Cuando el dragon se vió precipitado en la tierra, persiguió á la muger que habia parido al hijo varon y huido al desierto, y viendo que no la podia alcanzar, se fué á hacer guerra contra los otros de su linage que guar-

dan los mandamientos de Dios, y la Ley de Jesucristo.

San Juan vió luego salir de la mar una bestia con siete cabezas y diez cuernos, y en las cabezas estaban escritos nombres de blasfemia. La fuerza de esta bestia era grande, y se la daba el dragon bermejo que habia sido arrojado del cielo. La bestia abrió su boca en blasfemias contra Dios y todos los que moran en el cielo; hacia guerra á los Santos y los vencía; toda la tierra se maravillaba de la bestia, y la adoraron todos aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida. Otra bestia salió de la tierra con dos cuernos como los de un cordero y hablaba como el dragon, y tenia tanto poder como la primera bestia; obrando tan grandes maravillas, que aun hacia descender fuego del cielo á la tierra, á vista de los hombres, y sedujo á muchos, con estos prodigios, á la idolatría. San Juan apartó la vista de aquellos monstruos horrorosos, y vió al Cordero que estaba en pie sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil bienaventurados que tenian escrito sobre sus frentes el nombre del Cordero y de su Padre; los cuales acompañados de la música del cielo cantaban un nuevo cántico de alabanzas á Dios. Estos son los que nó se contaminaron con mugeres, porque son vírgenes, y siguen al Cordero á donde quiera que vá: estos fueron rescatados de entre los hombres por primicias para el Señor, y en sus bocas no fué hallada mentira, porque están sin mancilla delante de Dios. Luego salió un Angel volando del cielo con el Evangelio, para predicarle á todos los moradores de la

tierra: Temed al Señor, decia en alta voz dadle honra porque vino la hora de su juicio. Otro Angel le siguió diciendo: Cayó Babilonia la grande. A este seguía otro diciendo: Si alguno adorare la bestia ó su imágen será atormentado con fuego y azufre. Al mismo instante sonó una voz del cielo, diciendo: Escribe: Bienaventurados los muertos que murieron en el Señor; ellos descansarán de sus trabajos, porque sus obras los siguen.

San Juan vió despues en el cielo otra señal grande y maravillosa: siete Angeles con siete copas de oro en las que tenian las siete plagas postreras, que eran el cumplimiento de la ira de Dios. El templo del testimonio del tabernáculo se abrió en el cielo, y quedó lleno de humo por la magestad de Dios y de su virtud. Una grande voz salió del templo diciendo á los Angeles: Id y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la tierra. El primer Angel derramó su copa sobre la tierra, y todos los hombres que habian adorado á la bestia quedáron cubiertos de llagas malignas. El segundo derramó su copa sobre la mar, y se tornó en sangre como de un muerto, muriendo todo lo que se movía en el agua. El tercero derramó su copa sobre los rios y las fuentes de las aguas, convirtiéndose estas en sangre. El cuarto derramó su copa sobre el Sol, y este planeta affigió á los hombres con un ardor y fuego intolerable. El quinto derramó su copa sobre la silla de la bestia, y se tornó su reino en tinieblas: ella y los que la adoraron se mordían la lengua de dolor, y blasfemaban al Dios del cielo por sus dolores y heri-

das. El sexto derramó su copa sobre el gran río Eufrates y se secó el agua dejando paso fácil á los Reyes de Oriente. San Juan vió salir de la boca de la bestia, de la del dragon y de la del falso profeta tres espíritus inmundos á manera de ranas. El séptimo Angel derramó su copa por el aire; y al mismo tiempo salió una voz del templo diciendo: Todo está hecho. La tierra tembló con más fuerza que jamas; los truenos y relámpagos mas fuertes que en toda otra ocasion; la grande ciudad fué dividida en tres partes, la gran Babilonia sintió la venganza del justo Dios; las islas desaparecieron y los montes no fuéron hallados.

Uno de los siete Angeles que tenían las copas se llegó á San Juan y le dijo: Ven acá y te mostraré la condenacion de la grande pecadora, que ha seducido á los Reyes de la tierra, y corrompido á los hombres con su prostitucion. El Apóstol fué llevado en espíritu al desierto, donde vió á una muger sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, con siete cabezas y diez cuernos: la muger estaba vestida de púrpura y de escarlata, adornada de oro, de piedras preciosas y perlas, con una copa de oro en la mano, y escrito en su frente un letrero con estas palabras: MISTERIO; BABILONIA LA GRANDE, MADRE DE LA PROSTITUCION Y ABOMINACION DE LA TIERRA. Esta pecadora estaba embriagada de la sangre de los Santos y mártires de Jesus, y su vista llenó de admiracion á San Juan. ¿Porqué te maravillas? dijo el Angel al Apóstol. Yo te explicaré el misterio de esa muger y de la bestia que la trae. La bestia que has visto fué

y ya no es; saldrá del abismo y perecerá; y todos los hombres, cuyos nombres no están en el libro de la vida, se maravillarán al ver la bestia que era y no es. Las siete cabezas son siete montes sobre los que está sentada la muger, y tambien significan siete Reyes, de los cuales cinco han muerto ya, uno existe, y el otro aun no ha venido. Los diez cuernos representan tambien diez Reyes, los cuales aunque no recibieron reino, recibirán poder como Reyes, mas será por poco tiempo. Estos se aliarán con la bestia y pelearán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es el Señor de los Señores y el Rey de los Reyes; y los que están con él, son llamados los escogidos y fieles. Los diez Reyezuelos se declararán contra la pecadora, la aborrecerán, la reducirán á desolacion, la dejarán desnuda, sus carnes serán comidas, y los restos quemados al fuego, todo segun la voluntad de Dios.

San Juan estaba pasmado con lo que veia y con lo que oia, cuando vió descender del cielo á otro Angel poderoso que iluminó la tierra con su gloria. Cayó, exclamó con fuerte voz este enviado celestial, cayó Babilonia la grande, y se ha convertido en morada de demonios, y albergue de espíritus inmundos. Todas las gentes han bebido de su copa ponzoñosa; los Reyes de la tierra han caido en el lazo de su prostitucion, y los Mercaderes se han enriquecido con sus artículos de lujo. Al mismo tiempo oyó el santo Apóstol otra voz del cielo que decia: Salid de ella, pueblo mio, para que no tengais parte en sus pecados ni en

su castigo; porque sus pecados han llegado hasta el cielo y provocado la ira de Dios. Tratadla como ella os ha tratado, y pagadle al doble segun sus obras. Hacedla verter lágrimas, y atormentadla cuanto merece por su soberbia é iniquidad. Ella será castigada con plagas, hambre, llanto, fuego y muerte: y cuando los Reyes de la tierra que se coinquináron con ella, vieren subir el humo del quemadero, llorarán diciendo: ¡ Ay! Ay de la gran ciudad de Babilonia! en una hora vino tu condenacion. Los mercaderes lamentarán la pérdida de su tráfico lucrativo; los capitanes y marineros, viendo desde la mar el voraz incendio, llorarán diciendo: ¡ Ay! Ay de la grande ciudad, en la que se enriquecieron todos los que tenían navíos, ya está desolada. Miéntras que los Reyes, los mercaderes y navegantes echaban polvo sobre su cabeza, daban alaridos y se afligian por la destruccion de aquella gran ciudad, centro de los deleites de unos, y mercado ventajoso de los otros, un Angel fuerte alzó una piedra, grande como la de un molino, y arrojándola al mar, dijo: Así será echada Babilonia, y no será hallada jamas.

Los Santos del cielo cantáron el triunfo del reino de Dios en la ruina y destruccion de la ciudad pecadora, diciendo en altas voces: ALELUYA; GLORIA, PODER Y ALABANZA SEA DADA A NUESTRO DIOS; PORQUE SUS JUICIOS SON VERDADEROS Y JUSTOS. Los veinte y cuatro Ancianos se postráron y adoráron á Dios; y los Espíritus celestiales cantaban: ALELUYA; PORQUE REINÓ EL SEÑOR NUESTRO DIOS EL TODOPODEROSO:

GOCEMONOS, ALEGREMONOS Y DEMOSLE GLORIA, PORQUE SON VENIDAS LAS BODAS DEL CORDERO, Y LA ESPOSA ESTA YA ATAVIADA. Un Angel dijo á San Juan: Escribe: Bienaventurados los que han sido llamados á las bodas del Cordero. El Apóstol se postró á sus pies para adorarle, cuando el Angel le dijo: Detente, no me adores; porque yo soy siervo como tú y tus hermanos los que tienen el testimonio de Jesus: Adora á Dios. San Juan adoró á Dios; y abriéndose el cielo, vió un caballo blanco, y sentado sobre él uno que se llamaba FIEL Y VERAZ: sus ojos eran como llamas de fuego, de su boca salía una espada de dos filos, en su cabeza habia muchas coronas, su ropa estaba teñida de sangre, y su nombre era EL VERBO DE DIOS; en su vestidura y muslo estaba escrito: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES. Los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, le seguian en caballos blancos para hacer guerra á las naciones idólatras y pecadoras. Un Angel que estaba en el Sol clamó en alta voz, diciendo á todas las aves que volaban por el aire: Venid y congregaos para comer de la carne de los muertos en la batalla; de los Reyes, Tribunos, guerreros, caballos y ginetes; de la carne de todos, libres y esclavos, grandes y pequeños. La bestia y los Reyes de la tierra con sus ejércitos salieron á pelear con el que estaba sentado sobre el caballo blanco y contra su hueste, pero ella y el falso profeta que habia seducido á los hombres para adorarla, fueron vencidos, prisioneros, y lanzados vivos en un estanque de fuego y de azufre ardiendo, y todos los otros

muriéron con la espada que salía de la boca del que estaba sentado sobre el caballo, y las aves se hartáron de sus carnes.

Despues de esta horrible carnicería de los abominadores de la tierra, San Juan vió descender del cielo á un Angel con la llave del abismo en una mano, y una grande cadena en la otra; y agarrando al dragon, aquella serpiente antigua que se llama Satanas, le ató, le metió en el abismo, y le encerró por mil años para que no engañara mas á las gentes, hasta que fuesen cumplidos mil años. El Apóstol vió un número inmenso de sillas, en las que estaban sentados todos los mártires por el testimonio de Jesus y por la palabra de Dios, y todos los que no adoráron la bestia ni su imágen; todos los cuales viviéron y reináron con Cristo mil años. Cuando los mil años fueren acabados, será desatado Satanas por un poco de tiempo, saldrá de su cárcel, y engañará á los infieles que habitan en los cuatro ángulos de la tierra. Instigadas estas naciones por Satanas se congregarán para la batalla en gran número, como la arena del mar; y capitaneados por Gog y Magog se extenderán por la tierra, y cercarán los reales de los Santos y la ciudad amada, pero Dios hará descender fuego del cielo y los devorará. El diablo que los engañaba, la bestia á quien habian adorado, y el falso profeta que los habia seducido, todos tres serán metidos en el estanque de fuego y azufre para ser atormentados dia y noche en los siglos de los siglos. San Juan vió despues un grande trono blanco, y sentado sobre él uno, de cuya

vista huyó la tierra y el cielo, y no fuéron vistos mas despues. Los muertos fuéron llamados á juicio; la muerte, el infierno y la mar diéron los muertos que habian tragado, y todos se presentáron en pie delante del trono; los libros fuéron abiertos, y los muertos fuéron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, segun sus obras. Tambien fué abierto otro libro, que es el libro de la vida, y todos los que no estaban escritos en el libro de la vida fuéron arrojados en el estanque del fuego, juntamente con la muerte y el infierno por los siglos de los siglos.

Desaparecido el primer cielo, la primera tierra y la mar á vista del Poderoso que ocupaba el trono resplandeciente, San Juan vió un cielo nuevo y una nueva tierra. El Apóstol vió luego descender del cielo la ciudad santa, la nueva Jerusalem enviada por Dios, y aderezada como una Esposa ataviada para recibir á su Esposo; y al mismo tiempo oyó una grande voz del trono que decia: Ved aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos. Los hombres serán su pueblo, y el mismo Dios en medio de ellos será su Dios; el limpiará las lágrimas de los ojos de los hombres, la muerte no será ya mas, y no habrá mas llanto, clamor ni dolor, porque las primeras cosas pasáron. Y el que estaba sentado en el trono, dijo: Escribe, porque estas palabras son verdaderas: Yo soy el principio y el fin. Al que tuviere sed yo daré á beber de balde de la fuente del agua de la vida. El que venciere poseerá estas cosas,

y seré yo su Dios, y el será mi hijo; mas los cobardes é incrédulos, los malvados y homicidas, los impuros y hechiceros, los idólatras y embusteros, todos estos irán al lago que arde en fuego y azufre.

Uno de los siete Angeles que tenían las copas se llegó á San Juan y le dijo: Ven acá y te mostraré la Esposa que tiene al Cordero por Esposo; y llevándole en espíritu á un monte grande y alto, le mostró la Ciudad santa de Jerusalem que descendía del cielo iluminada con la claridad de Dios. Un muro grande y alto la rodeaba; y tenía doce puertas que eran otras tantas margaritas: tres puertas al Septentrion, tres al Oriente, tres al Mediodia, y tres al Occidente. En cada puerta había un Angel, y cada Angel tenía escrito el nombre de una de las doce tribus de Israel; las puertas no se cerraban jamas, porque siendo allí día eterno, no había noche. El muro tenía doce fundamentos, y en ellos estaban escritos los nombres de los doce Apóstoles del Cordero. El primer fundamento era de jaspe, el segundo de safiro, el tercero calcedonia, el cuarto esmeralda, el quinto sardónica, el sexto sardio, el séptimo crisólita, el octavo berilo, el nono topacio, el décimo crisoprasio, el undécimo jacinto, y el duodécimo ametista. La santa Ciudad era cuadrada, de una dimension muy grande, y toda ella de oro puro y resplandeciente. En esta ciudad no había templo, porque el Señor todopoderoso y el Cordero son su templo. El Sol y la Luna no alumbraban la santa Ciudad, porque la claridad de Dios y la lámpara del Cordero la llenaban de resplan-

dor. Las calles eran de oro bruñido, y por ellas andarán los Reyes de la tierra, y las gentes de las naciones que hubieren merecido esta gloria y honra; pero en este santo lugar no entrará cosa alguna contaminada, ni ninguno que cometa abominacion y mentira, sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero. El santo Apóstol vió un rio de agua de vida, resplandeciente como un cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero; y á cada lado del rio, y en medio de la plaza, que era de oro finísimo, estaba el árbol de la vida, que da doce frutos al año, en cada mes su propio fruto, y las hojas de este árbol sirven para la sanidad de las naciones. Y allí no habrá jamas maldicion, porque el trono de Dios y el del Cordero estarán en ella perpetuamente y sus siervos le servirán. Todos verán allí la cara de Dios, su Santo Nombre estará escrito en las frentes de los bienaventurados, y reinarán con él por los siglos de los siglos. AMEN.

LIBRO V.

EL CODIGO CRISTIANO.

CAPITULO PRIMERO.

JESUCRISTO ERA DIOS.

La divinidad de nuestro Señor Jesucristo se halla atestiguada casi en todos los capítulos de los cuatro Evangelios, y mas particularmente en el del Apóstol San Juan : pero aquí se han insertado solo aquellos testimonios mas claros, mas espresivos y terminantes, en los que no hay duda alguna sobre su significacion. Así mismo se han preservado en estos testos las mismas palabras de la Santa Biblia; añadiendo ó variando solamente algunas preposiciones ó pronombres, para la conexion de algunos versos separados. Algunas veces se han juntado partes de dos ó mas versos, para completar una sentencia, aunque solo se cite una, como la mas principal. Estos testimonios respecto á la divinidad de Jesucristo fuéron dados, ya por el cielo, ya por el mismo Jesucristo, y por sus discipulos, y hasta por el demonio mismo: por tanto será conveniente dividirlos en dos artículos para mayor claridad.

Divinidad de Jesucristo revelada al mundo.

El Espíritu Santo vendrá sobre tí, dijo el Angel á María, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso lo Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios. Lucas I. 35.

No temais : dijo el Angel á los pastores, porque he aquí os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo : Que hoy os es nacido el Salvador, que es Cristo Señor, en la ciudad de David. Luc. II. 10.

Juan el Bautista dió testimonio diciendo : Yo ví al Espíritu Santo descender del Cielo en forma corporal, como paloma, y reposó sobre él. Al mismo tiempo se oyó una voz del Cielo que decía : Tú eres mi Hijo el amado, en tí me he complacido. Yo le ví, y dí testimonio : Este es el Hijo de Dios. Juan I. 34.

En la transfiguracion del Señor, se oyó una voz del Cielo que decía : Este es mi Hijo el amado, en quien yo me he complacido mucho; oidle. Mateo XVII. 5.

Turbada el alma de Jesus exclamó : Padre, sálvame de esta hora : Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del Cielo, que dijo : Ya le he glorificado, y otra vez le glorificaré. Juan XII. 28.

Padre, glorificame tú en tí mismo con aquella gloria, que tuve en tí, ántes de la creacion del mundo. XVII. 5.

Yo soy la luz del mundo : y aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero : por-

que sé de donde vine, y adonde voy. Yo no juzgo á ninguno, y si juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy solo, mas yo y el Padre que me envió. No me conocéis á mí, ni á mi Padre: si me conociérais á mí, en verdad conociérais á mi Padre. Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica: el que vosotros decís, que es vuestro Dios. Si Dios fuese vuestro Padre ciertamente me amaríais: porque yo de Dios salí y vine; y no de mí mismo. Juan VIII.

Ninguno subió al Cielo, dijo Jesus, sino el que descendió del Cielo. Y todo el que crea en él no perecerá, sino que tendrá vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió su Hijo Unigénito para que todo aquel que crea en él no perezca, mas tendrá vida eterna. Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. Quien cree en él no es juzgado; mas el que no cree ya ha sido juzgado; porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. Juan III. 13.

Porque así como el Padre resucita los muertos, y les da vida, así el Hijo da vida á los que quiere. Y el Padre no juzga á ninguno: mas todo el Juicio ha dado al Hijo; para que todos honren al Hijo, como honran al Padre: y quien no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. La hora viene en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y los que la oyeron vivirán; porque así como el Padre tiene vida en sí mis-

mo, así tambien dió al Hijo el tener vida en sí mismo. V. 21.

Yo sé, dijo la Samaritana á Jesus, que viene el que se llama Cristo; cuando viniere, nos enseñará todas las cosas. Jesus le dijo: Yo soy, que hablo contigo. IV. 26.

Mi padre, dijo Jesus á los Judíos, os da el pan verdadero del Cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del Cielo, y da vida al mundo: yo soy el pan de la vida, que descendí del Cielo para hacer la voluntad de aquel que me envió; y la voluntad de mi Padre es esta: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna. VI. 33.

¿Crees tú en el Hijo de Dios? preguntó Jesus al ciego que habia recobrado la vista. ¿Quién es, Señor, para que crea en él? respondió. Ya le has visto, dijo Jesus, el que habia contigo, ese mismo es. IX. 37.

Yo y el Padre somos una misma cosa. Vosotros decís que blasfemo, porque he dicho que soy el Hijo de Dios. Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque á mí no me queráis creer, creed á las obras; para que conozcais, y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. Todo lo que hace el Padre, lo hace el Hijo igualmente. X.

Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí. Si vosotros me conociérais, tambien conociérais al Padre. El que me ha visto á mí, ha visto á mi Padre. ¿No crees tú, Felipe, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: el Padre

que habita en mí, hace las obras. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? si no, creedme en virtud de las obras que yo hago. Todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré; para que sea el Padre glorificado en el Hijo. XIV.

Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas; mas os anunciaré claramente de mi Padre. El mismo Padre os ama, porque vosotros me amásteis, y habeis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. XVI. 27.

Si tú eres el Cristo, preguntaron los Sacerdotes, dínoslo. Jesus les respondió: Si os lo dijere, no me creeréis; y si os preguntare, no me responderéis, ni me dejaréis. Mas desde ahora, el Hijo del Hombre estará sentado á la diestra de la virtud de Dios. ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? dijéron todos. Jesus respondió: Vosotros decís que yo lo soy. Lucas XXII. 66.

Retrate, dijo Jesus á Satanás, escrito está: No tentarás al Señor tu Dios. Mat. IV. 7.

Mi Padre puso en mis manos todas las cosas. Y nadie conoce al Hijo, sino el Padre: ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quiere revelarle. XI. 27.

Divinidad de Jesucristo confesada por los hombres.

La divinidad de Jesucristo fué confesada por sus discípulos, particularmente por aquellos mas amados,

los que tuvieron el don de conocer mas intuitivamente el carácter divino de su Maestro. El pueblo mismo, maravillado al ver tantos y tan asombrosos prodigios, confesaban por un movimiento involuntario, que Jesus era el eterno Hijo de Dios. Hasta los demonios sentían el infinito poder del Salvador; y llenos de confusión y temor, le llamaban Dios.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de lo que fué hecho se hizo sin él. El Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan I.

Nosotros le vimos, y damos testimonio, que el Padre envió al mundo á su Unigénito Hijo, para que vivamos en él; y cualquiera que confesare, que Jesus es el Hijo de Dios, Dios está en él, y él en Dios. Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa. Juan I. Epist. V. 7.

Jesucristo es el verdadero Dios, el Hijo de Dios, á quien sus discípulos adoraron mientras vivía con ellos en el mundo, y despues que ascendió al cielo; cuando el Padre le glorificó con aquella gloria que tenia en él, ántes que fueran criadas todas las cosas. Lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que miramos, y palpáron nuestras manos del Verbo de la vida, que nos fué manifestado, y nos apareció á nosotros, os lo anunciamos para que vosotros tengais tambien comunión con nosotros; y que nuestra comu-

nion sea con el Padre, y con Jesucristo su Hijo.
I. Ep. I.

Atónito el pueblo con los prodigios de Jesucristo, unos le llamaban el Bautista, otros Elias ó algun gran Profeta. Jesus preguntó á sus Apóstoles. ¿Y vosotros quién decis que soy yo? Pedro respondió y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Mat. XVI. 16.

Yo soy la resurreccion y la vida, dijo Jesus á Marta, el que cree en mí vivirá aunque hubiere muerto: el que vive y cree en mí no morirá jamas. ¿Crees esto? Sí Señor, respondió ella, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, que has venido al mundo. Juan XI. 27.

La primera vez que Nataniel vió y oyó á Jesus, exclamó: Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. I. 49.

Por la sangre de Jesucristo tenemos la redencion, la remision de los pecados. El es imágen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura; porque en él fuéron criadas todas las cosas, que hay en los cielos y en la tierra: las visibles é invisibles, ahora sean Tronos ó Dominaciones, Principados ó Potestades: todas fuéron criadas por él mismo y en él mismo. Jesucristo es Dios ante todas las cosas, y todas subsisten por él. San Pablo, Col. I. 4.

Grande es á todas luces el sacramento de la piedad, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, ha sido visto de los Angeles, ha sido predicado á los Gentiles, ha sido recibido en gloria. S. Pab. I. Tim. III. 16.

Siempre que los espíritus inmundos le veían, se postraban ante él, y gritando decían: Tú eres el Hijo de Dios. Un espíritu que atormentaba á un hombre, cuando le trajéron á la presencia de Jesus, tembló, y cayendo, le adoró y dijo: ¿Qué tengo yo que hacer contigo, Jesus, Hijo del Dios Altísimo? Marcos III. 12. V. 7.

Conocida pues la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo por el testimonio del Cielo, del mismo Jesus, de sus discipulos, y hasta de los demonios, veamos la naturaleza de la doctrina que este divino Maestro enseñó á sus discipulos, durante los tres años de su predicacion. Aquel admirable sermón que hizo Jesus en el monte, y que San Mateo refiere con tanta precision, es un resumen del sistema de la doctrina del Salvador, hasta entónces desconocida á los hombres. Cada uno de estos importantes puntos de la religion cristiana fué inculcado por su divino Autor, segun lo exigian las circunstancias del tiempo y de los oyentes, en la carrera de su gloriosa predicacion. Los preceptos mas generales dados por la boca del Señor, y los que sus Apóstoles diéron despues, fundados en la doctrina que habian embebido en la escuela de su Maestro celestial, van reducidos aquí en una sencilla clasificacion, y en las mismas palabras de los santos Apóstoles y Evangelistas. Bajo tres consideraciones se pueden distinguir los deberes de un hombre cristiano: I° con respecto á Dios, II° con respecto al prójimo,

III. con respecto á sí mismo. El objeto de esta division es la claridad, y que esta sirva de medio para la edificacion y provecho espiritual de los fieles.

Amar á Dios sobre todas las cosas; no tomar su santo Nombre en vano; santificar sus fiestas; adorar su divina Providencia; someternos á su soberana voluntad; darle gracias por los beneficios que nos dispensa; no desear al prójimo lo que no queremos para nosotros mismos; y otros mandamientos semejantes de la Ley natural y escrita, siendo obligaciones con-naturales al hombre desde su creacion, están supues-tos en la Ley de gracia. Aquí solo se mencionan aque-llos pasages de los santos Evangelios y epístolas de los Apóstoles, que mencionan las obligaciones de un Cristiano con mas particularidad.

CAPITULO SEGUNDO.

OBLIGACIONES DE UN CRISTIANO RESPECTO A DIOS.

Amor.

Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, de todo tu entendimiento, y de todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primer mandamiento. Mat. XXII. 37.

La gracia de Dios sea con todos los que aman á nuestro Señor Jesucristo con toda pureza. Pero si al-guno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea es-

comulgado, y perpetuamente execrable. 1. Cor. XVI. 22.

El amor á Dios no debe tener nada de temor, por-que cuanto mas perfecto es el amor, tanto mas léjos debe estar del temor; y así el que teme no tiene per-fecto amor. Amemos pues nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero. 1. Juan IV. 18.

No amad al mundo, ni á las cosas mundanas. Si al-guno ama al mundo, no será amado del Padre. Por-que todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de carne, concupiscencia de ojos, y soberbia de vida; la cual no es del Padre, sino del mundo. Y el mundo se pasa, y su concupiscencia con él; pero el que ama á Dios y hace su voluntad permanece para siem-pre. Todo el que ama al mundo aborrece á Dios, porque la amistad de este mundo es enemiga de Dios; y el que quisiere ser amigo de este siglo se constituye enemigo de Dios. 1. Juan II. 15, etc.

Pensad en las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios, y no en las cosas de la tierra. De este modo atesoraréis para vos-otros riquezas en el Cielo, en donde no las consume el orin ni la polilla, ni pueden ser robadas por los la-drones. Porque donde está tu tesoro, allí está tam-bien tu corazon. Mat. VI. 20.

El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí no es digno de mí, y el que ama á su hijo ó á su hija mas que á mí no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que no vivie-

re por mí, morirá; y el que muriere por mí, vivirá. Mat. X. 37.

Si un hombre ama á Jesucristo, guardará su Ley: el que no guarda sus palabras no le ama; porque en esto consiste el amor á Dios, en que guardemos sus mandamientos. Juan XIV. 23.

El Señor dirige nuestros corazones en el amor de Dios. La gracia sea con todos los que aman á nuestro Señor Jesucristo con toda pureza. San Pablo, Ef. VI. 24.

Este es el mandamiento de Dios, que creamos en el nombre de su hijo Jesucristo, para ser salvos: pues segun es nuestra fe, así será nuestro premio. 1. Juan III. 23.

Todo espíritu que confiesa que Jesus vino en carne es de Dios; y todo espíritu que lo niega no es de Dios. IV. 3.

Señor, creemos, aumenta nuestra fe, para que seamos del número de los que tienen fe para la salvacion de sus almas. Marcos IX. 23.

Todo aquel que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos. Y el que me negare delante de los hombres, le negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos. Mat. X. 32.

Todo el que se afrentare de mí y de mis palabras, en esta generacion adúltera, el Hijo del hombre tam-

bien se afrentará de él, cuando viniere en la gloria de su Padre acompañado de los santos Angeles. Marc. VIII. 38.

Si no viéreis milagros y prodigios, no creéis. Bienaventurados los que no viéron y creyeron. Juan XX. 29.

Tened fe en Dios; porque sin fe es imposible agradar á Dios. Es necesario pues, para llegarse á Dios, creer que hay Dios, y que es remunerador de los que le buscan. Heb. II. 6.

La fe es la sustencia de las cosas que se esperan, argumento de las cosas que no se ven. Por la fe fuéron probados y justificados Abel, Enoc, Noé, Abrahan, Jacob, Moises y todos los santos varones que esperaron en Dios. Porque andamos con la fe y no con la luz, cuando buscamos las cosas que no se ven. Las cosas que se ven son temporales, pero las cosas que no se ven eternas. Heb. XI.

Tú crees que Dios es uno, haces bien: tambien los demonios lo creen y tiemblan. Pero debes saber, hombre vano, que la fe sin obras es una fe muerta. Sant. II. 19.

La fe entra por el oido, y el oido la siente por la palabra de Dios; pero no aprovecha el oír la palabra de Dios, si no va acompañada de la fe en las cosas que se oyen. Heb. IV. 2.

Creed en el Señor vuestro Dios, y os defenderá; creed en sus Profetas, y prosperaréis; creed en el Señor Jesucristo, y seréis salvos con toda vuestra familia.

Porque segun es vuestra fe, así os será hecho. Mat. IX. 29.

El hombre es justificado por la fe en Cristo; por una fe que engendra caridad; por una fe acompañada con obras; y solo se salvarán aquellos que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesus. Rev. XIV. 12.

La justicia de Dios es por la fe en Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en él; y solo será hallado justo y justificado aquel que tiene la fe de Jesucristo. Abrahan creyó á Dios, y le fué imputado á justicia; así fué justificado por las obras de su fe. Porque no vaciló, ni tuvo la menor desconfianza en la promesa de Dios, ántes se fortificó en la fe, dando gloria á Dios; teniendo por muy cierto, que Dios es poderoso para cumplir todo cuanto habia prometido. Así tambien nosotros serémos justificados, si creemós en aquel que resucitó de entre los muertos, á Jesucristo nuestro Señor. Rom. III. y IV.

Juntad á vuestra fe, virtud; porque si miéntras buscamos ser justificados en Cristo, somos hallados pecadores, la fe no podrá salvarnos. Sant. II. 14.

Resignacion.

Someteos á Dios, diciendo en todas ocasiones: Hágase la voluntad del Señor. El Señor lo dió, el Señor lo quitó: Bendito sea el nombre del Señor. Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿porqué no recibiremos los males? Vosotros oísteis el sufrimiento de Job, y visteis el fin del Señor, cuan misericordio-

so y piadoso es. Los que sufrieron son tenidos por bienaventurados. Bienaventurado es el varon que sufre tentacion: porque despues que fuere probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que aman. Sant. I. 12.

Si padeceis alguna cosa por la virtud y justicia, seréis bienaventurados; y si sois vituperados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados: así pues, el que padeciere como Cristiano, no se avergüence; ántes dé loor á Dios en este nombre. Porque este es el mérito; sufrir molestias por respeto á Dios, padeciendo injustamente. Porque ¿qué gloria es, si pecando, sufris el castigo de vuestro pecado? Mas si haciendo bien sufris con paciencia, esta es gracia delante de Dios. 1. San Pedro.

No temas ninguna cosa que padezcas: sé fiel hasta la muerte, y Jesucristo te dará la corona de la vida. Porque si sufriéremos, reinarémos tambien con él. Rev. II. 10.

Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas: y debéis gloriaros en las tribulaciones, sabiendo que la tribulacion obra paciencia, y la paciencia es prueba, y la prueba da esperanza. Rom. V. 3.

Mostrad vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que sufris, en prueba del justo juicio de Dios, para que seais tenidos por dignos en el reino de Dios, por el cual asimismo padeceis. Puesto que justo es delante de Dios, que él dé en paga afliccion á los que os afligen, y á vosotros que sois atribulados, descanso en compañía de los es-

cogidos, cuando apareciere el Señor Jesus del Cielo con los Angeles de su gloria. 2. Tes. I.

Sacramentos.

Jesus mandó á sus discípulos bautizar todas las naciones, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Porque no puede ver el reino del Cielo, sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo. Juan III. 3.

Arrepentios, y cada uno de vosotros sea bautizado, para remision de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Hechos II. 38.

Quando los Cristianos eran bautizados, los Apóstoles hacian oracion por ellos, para que recibiesen el Espíritu Santo: y poniendo las manos sobre ellos, el Espíritu de Dios descendia del Cielo, reposaba sobre ellos, y quedaban confirmados en la fe que habian recibido. Hechos VIII. 15.

Ningun hombre puede decir que Jesus es el Señor, sino por el Espíritu Santo; esto es, por el Bautismo y Confirmacion: por cuyo medio quedamos sellados para el dia de la redencion. 1. Cor. VI. 11.

Confesad vuestros pecados uno á otro. Limpiad las manos, pecadores; y los que sois de ánimo doble, purificad los corazones. Reconoce tu maldad, porque has prevaricado contra el Señor tu Dios; confiesa tus pecados, y no ocultes tu iniquidad; porque el que oculta sus maldades perecerá; mas quien las confesare y las abandonare, alcanzará misericordia. Santiago.

Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros. Si confesáremos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si dijéremos que no hemos pecado, le hacemos á él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. Por tanto, humillémonos delante de Dios, y demos gloria al Señor confesándole nuestros pecados. 1. Juan I.

Jesucristo mandó á sus discípulos tomar su cuerpo y sangre en memoria suya. El cáliz de bendicion, ¿no es la comunion de la sangre de Cristo? y el pan que participamos, ¿no es la participacion del cuerpo del Señor? porque un pan, un cuerpo somos muchos, todos aquellos que participamos de un mismo pan. Pero el que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto pruébese el hombre á sí mismo, y así coma de aquel pan, y beba del cáliz: porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor. 1. Cor. XI.

Jesus dijo á los Judíos: Yo soy el pan vivo que descendí del Cielo. Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo. El que no comiere la carne del Hijo del hombre, ni bebiere su sangre, no tendrá vida en sí: pero el que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia; porque mi carne verdaderamente es comida, y

mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí. Juan. VI.

Cuando alguno de vosotros se enfermase, dijo el Apóstol Santiago, llame á los presbíteros de la Iglesia, para que oren sobre él, ungiéndole con oleo en el nombre del Señor; y la oración de la fe salvará al enfermo, y le aliviará el Señor; y si estuviere en pecados, le serán perdonados. Sant. V. 14.

Oraciones.

Cuando oreis al Padre, no seréis como los hipócritas, que oran en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres. Mas cuando tu orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. Y cuando oráreis, no habéis mucho como hacen los Gentiles; pues piensan que por mucho hablar serán oídos. Así pues, no os asemejéis á ellos; porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester, ántes que se lo pidais. Vosotros habéis de orar así: Padre nuestro, etc. Mat. VI. 5.

Todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, dijo Jesus, yo lo haré, para que sea el Padre glorificado en el Hijo. Y esta es la confianza que tenemos en él: que nos oye en todo lo que le pedimos, siendo conforme á su voluntad. Por tanto, pedid y se os dará: buscad y hallaréis: llamad y se os abrirá. Y todas las cosas

que pidiéreis en la oración, creyendo las tendréis. Mat. VII. 7.

Frecuentemos la casa del Señor, y él nos enseñará sus caminos; entremos en la casa del Señor con alegría y devoción; juntemonos para santificar las fiestas; demos gracias al Señor en grande congregación; alabemos al Señor entre mucho pueblo. La casa del Señor es casa de oración para todos, y no debe hacerse casa de tráfico. Donde dos ó tres se juntan en mi nombre, dice Jesucristo, allí estoy yo en medio de ellos. Mat. XVIII. 20.

Cuando Jesucristo subió á los cielos, los Apóstoles se juntaban en la Iglesia, para enseñar al pueblo: y todos los creyentes asistían al templo, para escuchar todas las cosas que el Señor había mandado: y así perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, en las oraciones, y en la comunicación del cuerpo y sangre de Jesucristo. *Hechos de los Apóstoles.*

Cuando el pueblo se congregue en la iglesia, todo se ha de hacer con decencia y con orden, para que todo contribuya á la edificación: porque Dios no es autor de confusión, sino de paz en todas las iglesias de los Santos. 1. Cor. XIV.

No desprecies la iglesia de Dios ni sus ceremonias; no contamines las cosas sagradas, ni profanes la casa del Señor. 1. Cor. XI.

Por tanto, hermanos, teniendo confianza de entrar en el Santuario por la sangre de Cristo, lleguemos á él con verdadero corazón, con fe cumplida, purificados los corazones de conciencia mala, y lavados

los cuerpos con agua limpia. Y considerémonos los unos á los otros, para estimularnos á caridad y á buenas obras; no abandonando la congregacion de los fieles, como es costumbre de algunos. Heb. X.

El que rezare en una lengua que no entiende, debe pedir la gracia de entenderla: porque el que ora en una lengua desconocida, ora su espíritu, mas su mente queda sin fruto. Aunque se den bien las gracias á Dios, no sirve de edificacion al que no lo entiende.

1. Cor. XIV.

Se han de hacer *en las iglesias* peticiones, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres: especialmente por los Reyes, y todos los que están en autoridad, para que tengamos una vida quieta y tranquila en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador. 1. Tim. II.

Debemos dar siempre gracias á Dios Padre en todo, orando sin cesar; porque esta es la voluntad de Dios en Jesucristo para los que sirven. Velando y orando se resisten las tentaciones. 1. Tes. 18.

En todo dad gracias á Dios, porque esta es la voluntad de Jesucristo para con todos. Ofrezcamos pues á Dios sin cesar sacrificio de alabanza, que es el fruto de los labios que confiesan su nombre. Heb. XIII. 15.

La vianda no os hace agradables á Dios; porque ni seremos mejores comiéndola, ni seremos peores no comiéndola. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.

Por tanto, cuando comamos, cuando bebamos, ó hagamos cualquiera otra cosa, hagámoslo todo dando gracias á Dios. 1. Cor. VIII.

Gracias sean dadas á Dios por su don inefable, pues todo es para nosotros: para que la gracia, que abunda por el nacimiento de gracias de muchos, redunde en gloria de Dios. 2. Cor. IV. 15.

Ninguno vive ni muere para sí: porque si vivimos, para el Señor vivimos; si morimos, para el Señor morimos. Y así, que vivamos, que muramos, del Señor somos. Glorifiquemos pues á Dios, ofreciéndole nuestros corazones en hostia viva, santa y agradable, que es el culto racional que debemos darle. 1. Cor. VI. 20.

CAPITULO TERCERO.

OBLIGACIONES DE UN CRISTIANO RESPECTO A SU PROJIMO.

Amor.

Este es mi mandamiento, dice Jesucristo, que os améis los unos á los otros, como yo os amé. Y en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros. Juan XV. 12.

Lo que quereis que hagan á vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros á ellos. Si amais á los que os aman, si hiciéreis bien á los que os hacen bien, si prestais á aquellos de quien esperais recibir, ¿qué

los cuerpos con agua limpia. Y considerémonos los unos á los otros, para estimularnos á caridad y á buenas obras; no abandonando la congregacion de los fieles, como es costumbre de algunos. Heb. X.

El que rezare en una lengua que no entiende, debe pedir la gracia de entenderla: porque el que ora en una lengua desconocida, ora su espíritu, mas su mente queda sin fruto. Aunque se den bien las gracias á Dios, no sirve de edificacion al que no lo entiende.

1. Cor. XIV.

Se han de hacer *en las iglesias* peticiones, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres: especialmente por los Reyes, y todos los que están en autoridad, para que tengamos una vida quieta y tranquila en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador. 1. Tim. II.

Debemos dar siempre gracias á Dios Padre en todo, orando sin cesar; porque esta es la voluntad de Dios en Jesucristo para los que sirven. Velando y orando se resisten las tentaciones. 1. Tes. 18.

En todo dad gracias á Dios, porque esta es la voluntad de Jesucristo para con todos. Ofrezcamos pues á Dios sin cesar sacrificio de alabanza, que es el fruto de los labios que confiesan su nombre. Heb. XIII. 15.

La vianda no os hace agradables á Dios; porque ni seremos mejores comiéndola, ni seremos peores no comiéndola. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.

Por tanto, cuando comamos, cuando bebamos, ó hagamos cualquiera otra cosa, hagámoslo todo dando gracias á Dios. 1. Cor. VIII.

Gracias sean dadas á Dios por su don inefable, pues todo es para nosotros: para que la gracia, que abunda por el nacimiento de gracias de muchos, redunde en gloria de Dios. 2. Cor. IV. 15.

Ninguno vive ni muere para sí: porque si vivimos, para el Señor vivimos; si morimos, para el Señor morimos. Y así, que vivamos, que muramos, del Señor somos. Glorifiquemos pues á Dios, ofreciéndole nuestros corazones en hostia viva, santa y agradable, que es el culto racional que debemos darle. 1. Cor. VI. 20.

CAPITULO TERCERO.

OBLIGACIONES DE UN CRISTIANO RESPECTO A SU PROJIMO.

Amor.

Este es mi mandamiento, dice Jesucristo, que os améis los unos á los otros, como yo os amé. Y en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros. Juan XV. 12.

Lo que quereis que hagan á vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros á ellos. Si amais á los que os aman, si hiciéreis bien á los que os hacen bien, si prestais á aquellos de quien esperais recibir, ¿qué

mérito tendréis? los pecadores tambien hacen todo esto. Amad pues á vuestros enemigos, haced bien y dad prestado, sin esperar por eso nada, y vuestro galardón será grande, y seréis hijos del altísimo, porque él es bueno aun para los ingratos y malos. Luc. VI. 31.

Habeis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; y rogad por los que os persiguen y calumnian. Porque si amais y saludais solamente á vuestros hermanos ¿qué haceis de mas? no hacen esto mismo los Publicanos y los Gentiles? Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto. Mat. V. 43.

Habeis sido enseñados por Dios á amaros unos á otros. Si alguno dijere, yo amo á Dios, y no amare á su prójimo, mentiroso es. Y cualquiera que aborrece á su prójimo es homicida. Este es el mandamiento que tenemos del señor: que el que ama á Dios ame tambien á su prójimo. Y este amor con que debemos amarnos no ha de ser palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad. 1. Juan III.

El que ama á su prójimo cumplió la Ley. Porque, no adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; no codiciarás; y todo otro mandamiento está comprendido brevemente en esta palabra: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. Así la caridad es el cumplimiento de la Ley. Rom. XIII. 8.

Honra y respeto.

Honrad á todos; dad honra al Rey; estad sujetos á los príncipes y potestades; obedeced á los Magistrados; honrad á los superiores y á los mayores, aunque sean de recia condicion. 1. Pedro II.

No increpes al anciano, ni á la anciana, ni á los jóvenes, mas amonéstales como á padre, á madre y á hermanos: porque esto es aceptable delante de Dios. 1. Tim. V.

Mancebos, obedeced á los ancianos y respetad sus canas; levantaos en su presencia; é inspiraos todos la humildad los unos á los otros, porque Dios resiste á los soberbios, y dá gracias á los humildes. 1. Ped. V. 5.

Nada hagais por porfia, ni por vanagloria, sino con humildad, teniendo cada uno por superiores á los otros; y adelantándose á honrar los unos á los otros. Fil. II. 3.

Acordaos de vuestros prelados, respetadlos, y estadles sumisos. Porque ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas, para que hagan esto con gozo y no gimiendo. Heb. XIII.

En verdad, en verdad, dice Jesucristo, el que recibe al que yo enviare, á mí me recibe; y quien me recibe á mí, recibe á aquel que me envió. Quien á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia; y el que á mí me desprecia, desprecia á aquel que me envió. Dios no mirará á

los que no tienen respeto á los sacerdotes. Guardad pues todo lo que ellos os dijeren, mas no hagais segun las obras de ellos, si no hacen ellos mismos lo que dicen. Juan XIII.

Los presbíteros que gobiernan bien son dignos de doblada honra; mayormente los que trabajan en predicar y enseñar; escuchad sus palabras con respeto. 1 Tim. V. 17.

Uno es vuestro Maestro, Jesucristo; y vosotros sois todos hermanos; por tanto, vivid en paz unos con otros. Mat. XXIII.

Sed todos de un mismo corazon, modestos y humildes, procurando mantener la unidad del Espíritu Santo en el vínculo de paz. 1. Ped. III. 8.

Vivid en paz entre vosotros; seguid todas las cosas que son de paz; haced vuestros negocios pacíficamente, y tratad con mansedumbre á todos los hombres. Rom. XIV. 19.

Si hay alguna consolacion en Cristo; si algun refrigerio de caridad; si alguna comunicacion de espíritu; si algunas entrañas de compasion: sed todos de un mismo ánimo, tened una misma caridad, un mismo corazon y una misma alma. Fil. II.

Sea desterrada de entre vosotros toda amargura y enojo, toda indignacion y gritería, toda blasfemia y malicia. Sed los unos con los otros benignos, misericordiosos, perdonándoos los unos á los otros, como

tambien Dios por Cristo os ha perdonado. Ef. IV. 31.

Muestre el sabio é instruido sus obras en mansedumbre por la buena conversacion. Mas si teneis zelo amargo, y reinaren contiendas en vuestros corazones, no os glorieis; porque esta sabiduría no es la que desciende de arriba, sino terrena, animal y diabólica. La sabiduría que desciende de arriba es pacífica, modesta, dócil, que se acomoda á lo bueno. El fruto de la justicia se siembra en paz. ¡Qué bueno y agradable es vivir los hermanos en union! Sant. III.

Si os mordeis y os comeis los unos á los otros, guardaos no os consumais todos: porque donde hay envidia y malicia, allí hay inconstancia y toda obra mala. Gal. V. 5.

Desecha, o Timoteo, cuestiones necias y que no sirven para instruccion, sabiendo que engendran contiendas. Porque al siervo del Señor no le conviene altercar, sino ser manso para con todos. 2. Tim. II. 23.

Nuestro Salvador dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado; y toda ciudad ó casa dividida contra sí misma no subsistirá. Mat XII. 25.

Todo el que enojare contra su hermano, estará obligado á juicio; y quien dijere á su hermano: insensato, quedará obligado al fuego del infierno. Mat. V. 22.

Tengamos unos mismos sentimientos, continuemos todos en una misma regla. Porque no hay mas de un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos; y nosotros somos un cuerpo en Cristo, y cada uno

miembro de otro. No hay esclavo ni libre, no hay varon ni hembra; porque todos nosotros somos uno en Jesucristo. Ef. IV.

Mas os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos digais una misma cosa, y que no haya divisiones entre vosotros; ántes sed perfectos en un mismo ánimo, y en un mismo parecer. 1. Cor. I. 10.

Mas el Dios de la paciéncia y del consuelo os dé á sentir una misma cosa entre vosotros conforme á Jesucristo: para que unánimes y á una boca glorifiqueis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Rom. XV. 5.

No des principio á la contienda, y abandona la disputa ántes que se siga el daño. Porque el que quiere amar la vida, y ver los días buenos, ha de refrenar su lengua del mal, y sus labios no han de hablar engaño. Apártese del mal, y haga bien: busque la paz, y vaya en pos de ella. 1. Pedro III. 10.

Caridad en general.

Sed misericordiosos, como tambien vuestro Padre es misericordioso. Distribuya cada uno á proporcion de lo que Dios le ha dado: acordándose de las palabras de nuestro Señor Jesucristo: Cosa mas bienaventurada es dar que recibir. Hechos XX. 35.

Dad limosna de lo que os resta; y cuando hagais limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu de-

recha; para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto te premiará. Mat. VI. 3.

Predica, Timoteo, á los ricos de este mundo, que hagan bien; que se hagan ricos en buenas obras; que den, y que repartan francamente. Que se hagan un tesoro, y un fundamento sólido para lo venidero, á fin de alcanzar la vida verdadera. 1. Tim. VI. 17.

El que tuviere riquezas de este mundo, y viere á su hermano en necesidad, y le cerrare sus entrañas, ¿cómo puede estar la caridad de Dios en él? No amemos pues de palabras, sino de obra. 1. Juan III. 17.

No nos cansemos de hacer bien; y mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos. Comunicemos con otros nuestros bienes; porque de tales ofrendas se complace Dios; y la caridad cubre la muchedumbre de pecados. Gal. VI.

Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber: porque si esto hicieres, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza. No te dejes vencer de lo malo, mas vence el mal con el bien. Rom. XII. 20.

Da al que te pidiere; y al que te quiera pedir prestado no le vuelvas la espalda. Mat. V. 42.

No estorbes hacer bien á aquel que puede; y si tú puedes, hazlo tú mismo tambien. No digas á tu amigo: Vete y vuelve, mañana te daré, pudiendo dar desde luego. Si un hermano ó hermana estuvieren desnudos, y les faltare el alimento cotidiano, y alguno de vosotros les dijese: Id en paz, calentaos y hartaos,

y no les diese lo que han menester para el cuerpo, ¿qué les aprovechará? Sant. II. 15.

La religion pura y sin mancilla delante de Dios es esta : Visitar á los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionados de este siglo. Sant. I. 27.

El que da, delo con sencillez ; el que hace misericordia, hágala con alegría ; socorriendo la necesidad, y ejercitando la hospitalidad. Rom. XII. 13.

La caridad paternal permanezca entre vosotros : y no olvideis la hospitalidad ; porque por esta algunos, sin saberlo, hospedaron Angeles. Heb. XIII.

Que todas vuestras obras sean hechas en caridad ; y servios los unos á los otros sin interes. 1. Cor. XVI. 14.

Sufrios los unos á los otros, y perdonaos mutuamente, si alguno tiene queja del otro. Mas sobre todo esto, tened caridad, que es vínculo de la perfeccion. Col. III. 13.

La caridad es paciente, es benigna : la caridad no es envidiosa, ni precipitada, ni soberbia : no es ambiciosa, no busca provechos, no se mueve á ira, no piensa mal. Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta : no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad. Siempre permanecen estas tres cosas, la Fe, la Esperanza, y la Caridad : mas de estas, la mayor es la Caridad. 1. Cor. XIII.

Si pecare tu hermano contra tí, corrígelo ; y si se arrepintiere, perdónale. Y si pecare contra tí siete ve-

ces al dia, y siete veces se volviere á tí, diciendo : Me pesa ; perdónale. Luc. XVII.

Si perdonáreis á los hombres sus pecados, os perdonará tambien vuestro Padre celestial vuestros pecados. Mas si no perdonáreis á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados. Mat. VI. 14.

Justicia en general.

Pagad á todos lo que les es debido : á quien tributo, tributo ; á quien pecho, pecho ; á quien temor, temor ; á quien honra, honra. No debais nada á nadie. Rom. XIII. 7.

El que es fiel en lo menor, tambien lo es en lo mayor ; y el que es injusto en lo poco, tambien es injusto en lo mucho. Por lo que, si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os fiará lo que es verdadero? Luc. XVI. 11.

No haced violencia á ninguno. No exijais mas de lo que os está ordenado. Porque ni los ladrones, ni los que exigen mas de lo justo poseerán el reino del Cielo. 1. Cor. VI. 10.

Si un hombre es justo, y ha hecho lo que es debido ; si no ha oprimido á ninguno, ni tomado nada ageno por fuerza ; si hubiere retirado su mano de la maldad, y hubiere hecho juicio verdadero entre hombre y hombre, vivirá eternamente, dice el Señor. Pero el que hace injusticia, pagará por lo que hizo in-

justamente. Así como hiciste, se hará contigo. Col. III. 25.

No hagais injusticia, no hagais violencia. ¿Porqué no sufris ántes la injuria? porqué no tolerais ántes el daño? 1. Cor. VI. 7.

Ninguno oprima ni engañe en nada á su hermano; porque el Señor es vengador de todas estas cosas. 4. Tes. IV. 6.

Desechemos los dismulo vergonzosos, y no vivamos en astucias; mas recomendémonos á nosotros mismos á toda conciencia de hombres delante de Dios en la manifestacion de la verdad. 2. Cor. IV. 2.

CAPITULO CUARTO.

OBLIGACIONES DE UN CRISTIANO RESPECTO A SI MISMO.

Humildad.

Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos. Mat. V. 3.

Cualquiera pues que se humillare como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos. Mat. XVIII. 4.

Traed mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que manso soy y humilde de corazón; y hallaréis reposo para vuestras almas. Mat. XI. 29.

Cuando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado

mas honrado que tú, y venga aquel que te convidó á tí y á él, y te diga: Da el lugar á este; y entónces tengas que tomar el último lugar con vergüenza. Mas cuando fueres llamado, ve y siéntate en el último puesto; para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Entónces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa. Porque todo aquel, que se ensalza, humillado será; y todo aquel que se humilla, será ensalzado. Luc. XIV. 8.

Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da gracia. Someteos pues á Dios; humillaos en la presencia del Señor, y él os ensalzará. Sant. IV. 6.

No se glorie el sabio en su saber, ni se glorie el fuerte en su fuerza, ni se glorie el rico en sus riquezas. No seais sabios en vuestra opinion, ni blasoneis de cosas altas, sino acomodaos á las humildes. Rom. XII. 16.

La mayor parte de los hombres se jactan de bondadosos; pero aquellos que se alaban, midiéndose por ellos mismos, y comparándose á sí mismos, se engañan. Porque no es aprobado el que se alaba á sí mismo, sino aquel á quien Dios alaba. 2. Cor. X.

Alábetelo ageno, y no tu boca; el extraño, y no tus labios. El humilde préciase en su exaltacion, y el rico en su humildad, porque él pasará como la flor de yerba. Sant. I. 9.

Hay ciertos hombres que se creen muy justos, y desprecian á otros, diciendo: Apártate de mí, no te me acerques, porque soy mejor que tú. Pero estos

no serán justificados, sino aquellos que humillándose delante del Señor, dicen : Dios muéstrate propicio á mí pecador. Luc. XVIII. 13.

Manda, o Timoteo, á los ricos de este mundo que no sean altivos, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro uso. 1. Tim. VI. 17.

No seais codiciosos de vanagloria, irritandoos los unos á los otros, envidiandoos los unos á los otros; porque si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. Gal. V. 26.

Seamos prontos para oír, pero tardos para hablar, y tardos para airarnos; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. Recibamos con mansedumbre las palabras que pueden salvar nuestras almas. Sant. I.

Verdad y Sinceridad.

La lengua falaz no ama verdad, y la boca lisonjera causa ruina. El que adula á su amigo, le tiende á sus pies una red peligrosa. Dejad pues toda malicia, y todo engaño y fingimiento : que vuestra lengua no hable engaño, ni vuestros labios pronuncien falsedad. 1. Ped. II.

El malo escucha la lengua inicua, y el engañador se acomoda á los labios mentirosos. Por lo cual dejando la mentira, hable verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. Ef. IV. 25.

No mintais los unos á los otros, despojandoos del hombre viejo con sus hechos : hablad siempre la verdad en sinceridad. Col. III. 9.

El labio de la verdad durará siempre; pero el hombre que es de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos. Sant. I. 8.

Servid al Señor en sinceridad y verdad; con corazón perfecto y ánimo voluntario, andando delante de él en verdad y justicia, y en rectitud de corazón; para que seais hallados sinceros y sin ofensa el día de Cristo. Fil. I.

¡ Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, que limpiáis lo defuera, y por dentro estais llenos de inmundicia! ¡ Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, que de fuera os mostrais, en verdad, justos á los hombres, y por dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad! Serpientes, raza de víboras, ¿ cómo huiréis del fuego del infierno? Mat. XXIII.

Vosotros sois los que os vendeis por justos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime es abominación delante de Dios. Luc. XVI. 15.

Nuestra gloria es esta : el testimonio de nuestra conciencia, que hemos vivido en este mundo, en simplicidad de corazón, y en sinceridad de Dios. 2. Cor. 1. 12.

Castidad y modestia.

Esta es la voluntad de Dios vuestro Santificador :

que os abstengais de impurezas, de lascivia, de deseos malos, y de todo afecto de concupiscencia; y no imitar á los Gentiles, que no conocen á Dios. 1. Tes. IV.

Ruegoos, amados míos, que os abstengais de los deseos carnales, que combaten contra el alma. Guardaos puros y limpios, pues para los limpios todas las cosas son limpias; mas para los impuros nada hay puro; ántes están contaminados sus ánimos y sus conciencias. Tito I. 15.

Que no se oiga entre vosotros ni aun el nombre de fornicacion ó impureza: ni salgan de vuestros labios palabras torpes ni ofensivas; ni se vea en vosotros chanzas libres ni juegos indecentes; sino acciones de gracias, como conviene á Santos. Ef. V.

Alejad de vosotros toda impureza, lascivia, deseos malos, acciones torpes: pues es vergüenza aun pronunciar las cosas que los impúdicos hacen en secreto. Ef. V.

Oísteis que fué dicho á los antiguos: No adulterarás. Pues yo os digo, que todo aquel que pusiere los ojos en una muger para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón. Mat. V. 27.

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es. 1. Cor. III. 16.

El Señor sabe librar de tentacion á los justos, y reservar los malos para que sean atormentados en el día del juicio: mayormente á aquellos, que siguiendo

la carne, andan en deseos impuros. Estos, como bestias sin razon naturalmente hechas para presa y para perdicion, perecerán en su corrupcion, como las ciudades de Sodoma y Gomorra, que fuéron reducidas á cenizas por su lascivia escandalosa. 2. Ped. II. 9.

No andéis como los Gentiles, los que no teniendo esperanza por no conocer á Dios, se entregaron á la disolucion y á obras de toda impureza. Vosotros como estrangeros y peregrinos en este mundo, manteneos puros y limpios: porque ni los disolutos, ni los adúlteros, ni los impuros, ni los afeminados tendrán herencia en el reino de Jesucristo nuestro Dios y Señor. 1. Cor.

Bueno seria á un hombre no tocar muger: mas por evitar pecado, cada uno tenga su muger, y cada una tenga su marido; pues mas vale casarse que abrasarse. Pero sea honesto en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; porque Dios juzgará severamente á los adúlteros. Heb. XIII. 4.

Abnegacion y Mortificacion.

El que en pos de mí quiere venir, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sigame; porque el que no toma su cruz y no me sigue, no es digno de mí. El que quisiere salvar su alma la perderá; mas el que perdiere su alma por amor de mí la salvará. Porque, ¿qué aprovecha un hombre, si grangeare todo el mundo, y se pierde él á sí mismo con daño suyo? Luc IX. 23.

Si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácale y

échale de tí; porque te conviene perder uno de tus miembros, ántes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno. Mat. V. 29.

Guarda los mandamientos, dijo Jesus á un rico; y ademas, vende todo cuanto tienes y dalo á los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo: porque digo en verdad, que ninguno hay que haya dejado casa, padres, hermanos, muger ó hijos, que no haya de recibir mucho mas en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna. Luc. XVIII.

No permita Dios, esclama San Pablo, que yo me glorie en otra cosa, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo; por el cual el mundo me es crucificado á mí, y yo al mundo. Gal. VI. 14.

Todo lo he perdido por el eminente conocimiento de Jesucristo mi Señor, y tengo por basura todo lo que he perdido, con tal que gane á Cristo. Fil. III. 8.

Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, castigad vuestros cuerpos, y ponedlos en servidumbre. Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosísimas en Dios para destruir fortalezas, derribar imaginaciones, y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios reduciendo á cautividad todo entendimiento, para que obedezca á Jesucristo. 2. Cor. X. 4.

Trabaja como buen soldado de Jesucristo, porque ninguno que milita para Dios se embaraza en los negocios de este mundo. 2. Tim. II. 3.

Andad en espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne; porque la carne codicia contra el espíritu, y

el espíritu contra la carne, siendo estas cosas contrarias entre sí; pero los que son de Cristo crucifican su propia carne con sus vicios y concupiscencias. Gal. V.

Quien vive en deleite, viviendo está muerto: por lo que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos. Mat. XIX. 23.

Perfeccion cristiana.

Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto. Y haced todas las cosas sin murmuraciones, ni dudas, para que seais irrepreensibles, sencillos y perfectos hijos de Dios. Mat. V. 48.

Procurad con todo cuidado juntar á vuestra fe virtud; y á la virtud ciencia; á la ciencia templanza; á la templanza paciencia; y á la paciencia piedad; á la piedad amor á vuestros hermanos; y al amor de vuestros hermanos caridad. Porque si estas cosas se hallaren y abundaren en vosotros, no os dejarán vacios é infructuosos en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. 2. Ped.

Procurad lo honesto, no solamente delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. No deis ocasion á aquellos que buscan ocasion; para que se avergüenzen, cuando hablen mal de vosotros. Porque esta es la voluntad de Dios, que haciendo bien hagais enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes. 1. Ped. II. 15.

Todo me es permitido, dice el Apóstol, mas no

todo me conviene ; todo me es permitido , mas yo no me pondré bajo el poder de ninguna cosa. 1. Cor. VI. 12.

Todas las palabras ociosas que hablen los hombres , darán cuenta de ellas en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado , y por tus palabras serás condenado. Mat. XII. 36.

Si alguno se tiene por religioso y no refrena su lengua , sino que engaña su corazón , la religion de este es vana. 1. Ped. III. 10.

Huye de todo deseo inútil y peligroso ; sigue la justicia , la piedad , la fe , la caridad , la paciencia , la mansedumbre. Pelea buena batalla de fe ; echa mano de la vida eterna , á la que fuiste llamado ; para que seas perfecto y cumplido en toda voluntad de Dios. 1. Tim. VI. 11.

Pensad en todo lo que es verdadero , todo lo honesto , todo lo justo , todo lo santo , todo lo amable , todo lo que es de buena fama , todo en lo que hay alguna virtud , y en todo lo que merece alabanza de buenas costumbres. Quien en todo esto sirve á Cristo , será aprobado de Dios y de los hombres. Fil. IV. 8.

Procurad que vuestra conversacion sea siempre sazonada con gracia y con sal , para que sepáis como debéis responder á cada uno. Col. IV. 6.

Aquel es varon perfecto , el que no tropieza en palabras , el que no ofende á otros y que tiene en freno á todo su cuerpo. Sant. III. 2.

Haced todo sin disgusto y sin disputas. Estad prontos á toda obra buena , y sed diligentes en vuestros de-

beres ; para que seais hallados de Dios ; immaculados é irreprochables. 2. Ped. III. 14.

Cualquiera que haya guardado toda la Ley , y faltare en un solo punto , se ha hecho culpable de todo. Por tanto , aborreced todo lo que es malo , y aplicaos á todo lo que es bueno , perfeccionando vuestra santificación en temor de Dios. Sant. II. 10.

Amaos recíprocamente con amor fraternal ; con un amor sin fingimiento , honrandoos los unos á los otros ; nada perezosos en hacer bien ; fervorosos de espíritu ; gozosos en la esperanza ; en la tribulacion sufridos ; perseverantes en la oracion ; gozandoos con los que gozan , llorando con los que lloran ; y apartandoos no solo de la iniquidad , mas evitando hasta la menor apariencia de mal. Rom. XII.

Que vuestra conversacion sea como conviene al Evangelio de Cristo , para que adorneis en todo la doctrina de Dios nuestro Salvador. Tito II. 10.

CAPITULO QUINTO.

OBLIGACIONES RESPECTIVAS.

Casados.

Dios hizo desde el principio al varon y á la hembra. Por esto el hombre dejará á su padre y madre , y se unirá á su muger , y serán dos en una carne. Así que ya no son dos , sino una carne. Por tanto , lo que Dios juntó , el hombre no separe. Mat. XIX. 4.

todo me conviene ; todo me es permitido , mas yo no me pondré bajo el poder de ninguna cosa. 1. Cor. VI. 12.

Todas las palabras ociosas que hablen los hombres , darán cuenta de ellas en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado , y por tus palabras serás condenado. Mat. XII. 36.

Si alguno se tiene por religioso y no refrena su lengua , sino que engaña su corazón , la religion de este es vana. 1. Ped. III. 10.

Huye de todo deseo inútil y peligroso ; sigue la justicia , la piedad , la fe , la caridad , la paciencia , la mansedumbre. Pelea buena batalla de fe ; echa mano de la vida eterna , á la que fuiste llamado ; para que seas perfecto y cumplido en toda voluntad de Dios. 1. Tim. VI. 11.

Pensad en todo lo que es verdadero , todo lo honesto , todo lo justo , todo lo santo , todo lo amable , todo lo que es de buena fama , todo en lo que hay alguna virtud , y en todo lo que merece alabanza de buenas costumbres. Quien en todo esto sirve á Cristo , será aprobado de Dios y de los hombres. Fil. IV. 8.

Procurad que vuestra conversacion sea siempre sazonada con gracia y con sal , para que sepáis como debéis responder á cada uno. Col. IV. 6.

Aquel es varon perfecto , el que no tropieza en palabras , el que no ofende á otros y que tiene en freno á todo su cuerpo. Sant. III. 2.

Haced todo sin disgusto y sin disputas. Estad prontos á toda obra buena , y sed diligentes en vuestros de-

beres ; para que seais hallados de Dios ; immaculados é irreprochables. 2. Ped. III. 14.

Cualquiera que haya guardado toda la Ley , y faltare en un solo punto , se ha hecho culpable de todo. Por tanto , aborreced todo lo que es malo , y aplicaos á todo lo que es bueno , perfeccionando vuestra santificación en temor de Dios. Sant. II. 10.

Amaos recíprocamente con amor fraternal ; con un amor sin fingimiento , honrandoos los unos á los otros ; nada perezosos en hacer bien ; fervorosos de espíritu ; gozosos en la esperanza ; en la tribulacion sufridos ; perseverantes en la oracion ; gozandoos con los que gozan , llorando con los que lloran ; y apartandoos no solo de la iniquidad , mas evitando hasta la menor apariencia de mal. Rom. XII.

Que vuestra conversacion sea como conviene al Evangelio de Cristo , para que adorneis en todo la doctrina de Dios nuestro Salvador. Tito II. 10.

CAPITULO QUINTO.

OBLIGACIONES RESPECTIVAS.

Casados.

Dios hizo desde el principio al varon y á la hembra. Por esto el hombre dejará á su padre y madre , y se unirá á su muger , y serán dos en una carne. Así que ya no son dos , sino una carne. Por tanto , lo que Dios juntó , el hombre no separe. Mat. XIX. 4.

No deje el marido á su muger, ni la muger á su marido, aunque difieran en punto de religion: porque el marido infiel es santificado por la muger fiel, y la muger infiel es santificada por el marido fiel. ¿Dónde sabes tú, marido, si salvarás á la muger? dónde sabes tú, muger, si salvarás al marido? Ande, pues, cada uno como Dios le haya llamado. 1. Cor. VII.

Maridos, habitad con vuestras mugeres como hombres de juicio y discrecion; tratándolas con honor, como á vaso mugeril mas flaco, y como á herederas con vosotros de la gracia de la vida. 1. Ped. III. 7.

Ame cada uno en particular á su muger, como á sí mismo, y no sea desabrido con ella. Amela así como Jesucristo amó á su iglesia. El marido y la muger son una misma carne; y nadie aborreció jamas su carne. Ef. V.

Mugeres, sugetaos á vuestros maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la muger, como Cristo es cabeza de la Iglesia. Y así como la Iglesia está sometida á Cristo, así lo estén las mugeres á sus maridos en todo. Ef. V.

Reverencie la muger á su marido, y aprenda en silencio con toda sujecion; y no tenga señorío sobre el marido, porque Adán fué formado primero, y despues Eva. 1. Tim. II. 11.

Padres é Hijos.

Vosotros, Padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos: criadlos en disciplina y correccion del Señor;

mantiéndolos en sujecion con toda honestidad y gravedad. Ef. VI. 4.

Enseña á tu hijo, y te recreará; corrígele, y causará delicias á tu alma: pero si le dejas á su voluntad, te avergonzará. Corrígele sin acobardarle, para que no se haga de ánimo apocado. Col. III.

Los padres deben proveer lo necesario para sus niños; y el que no provee para ellos, es peor que un infiel. 1. Tim. V. 8.

Los padres deben atesorar para los hijos, y no los hijos para los padres. 2. Cor. XII. 14.

Niños, obedeced á vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Oid las instrucciones de vuestro padre, y no despreciéis los consejos de vuestra madre, Obedeced á vuestros padres en todo, porque esto es agradable al Señor. Col. III. 20.

Honra á tu padre y á tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra.

Amos y Criados.

Señores, haced con vuestros criados lo que es de justicia y equidad; sabiendo que tambien teneis Señor en el cielo. Dejaos de amenazarlos, sabiendo que el Señor de ellos es el vuestro, y que no hay acepcion de personas para con él. Col. IV.

Servos, obedeced á vuestros Señores temporales con temor y respeto, en sencillez de vuestro corazon, como á Jesucristo, no sirviéndoles al ojo, como por

agradar á hombres, mas con buena voluntad, sabiendo que cada uno recibirá del Señor aquel bien ó mal que hiciere, ya sea siervo, ya libre. Ef. VI.

Los criados serán obedientes á sus señores, dándoles gusto en todo, no respondones, no defraudándolos, mas mostrándoles en todo buena lealtad. Tit. II. 9.

Criados, obedeced á vuestros señores, no tan solamente á los buenos y moderados, sino aun á los de recia condicion; porque debeis estimar á vuestros amos por dignos de toda honra, y porque es digno de alabanza sufrir molestias, y padecer injustamente por Dios. 1. Ped. II. 19.

Súbditos.

Toda alma esté sometida á las potestades superiores; porque no hay potestad, sino de Dios; y las que son de Dios ordenadas. Por lo cual el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios: y los que le resisten, ellos mismos atraen á sí la condenacion. Porque los Príncipes no son para temor de los que obran lo bueno, sino lo malo. ¿Quieres tú no temer á la potestad? haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es ministro de Dios para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme: porque no trae la espada en vano, y es ministro de Dios, vengador en ira contra aquel que hace lo malo. Por lo cual es necesario, que le esteis sometidos; no solamente por el temor, mas tambien por la concien-

cia. Por esta causa pagais tambien tributos; porque son ministros de Dios sirviéndole en este mismo. Rom. XIII.

Someteos pues á toda humana criatura, y esto por Dios: ya sea al Rey, como soberano que es; ya á los Gobernadores, como enviados por él para tomar venganza de los malhechores, ó para alabanza de los buenos. 1. Ped. II. 13.

Pagad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Mat. XXII. 21.

CAPITULO SESTO.

LA VIDA ETERNA.

He aquí, que vengo presto, y mi galardón va conmigo, para recompensar á cada uno segun sus obras. Rev. XXII.

Premio de los buenos.

Jesucristo ascendió á los cielos para preparar una mansion en la casa de su Padre, para sus discípulos y para todos los que aman y guardan sus mandamientos. Porque la herencia del justo será eterna, y recibirá la corona de gloria, que no se puede marchitar. 1. Ped V. 4.

Quando viniere el Hijo del hombre en su magestad, y todos los Angeles con él, se sentará entónces

en su trono de magestad; y apartando á los justos á su derecha, les dirá: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo. Mat. XXV.

Y el que está sentado en el trono morará sobre ellos. No tendrán hambre ni sed nunca jamas, ni caerá sobre ellos el sol, ni ningun ardor. Porque el Cordero que está en medio del trono, los guardará, y los llevará á fuentes de aguas, y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y no habrá mas muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasarán, y todas serán ahora nuevas. Rev. VII. XXI.

Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero para que tengan parte en el árbol de la vida, y que entren por las puertas de la santa y nueva Jerusalén. Y verán su cara, y su nombre estará en la frente de ellos. Allí no habrá jamas noche, y no habrán menester lumbre de antorcha, ni luz de Sol; porque el Señor Dios los alumbrará, y reinarán en los siglos de los siglos. Rev. XXII. XXI.

Vosotros sois mis amigos, dice Jesus, si hiciéreis las cosas que yo os mando. Y si alguno me sirviere, le honrará mi Padre; y resplandecerá su rostro como el sol, en el reino del Padre. Juan XV. 14.

Sabemos que si nuestra casa terrestre de esta manera fuere deshecha, tenemos de Dios un edificio casa no hecha de mano, que durará siempre en los cie-

los. Y aunque el mundo se pasa, el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. Por tanto, segun las promesas del Señor, esperamos cielos nuevos en los que mora la justicia. 2. Cor. V.

Teniendo pues nosotros estas promesas, muy amados míos, limpiémonos de toda contaminacion de carne y de espíritu, perfeccionando nuestra santificacion en temor de Dios. 2. Cor. VII.

Castigo de los malos.

Los malos están reservados para el dia de destruccion; entónces serán echados en un infierno de fuego inestinguible, en donde el gusano que los roe no muere, y el fuego nunca se apaga; y en donde la ira de Dios caerá sobre ellos. Marc. IX. 44.

He aqui vendrá el Señor á hacer juicio contra los malvados, y separados á su izquierda, les dirá: Apartaos de mi malditos, al fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. Mat. XXV.

He aqui vendrá un dia encendido como un horno; cuando el Hijo del hombre enviará sus ángeles, y cogerán de su reino todos los escándalos y á los que obran iniquidad, y los echarán en el horno de fuego. Allí será el llanto, y el crugir de dientes. Mat. XIII. 41.

En aquel dia aparecerá el Señor Jesus del cielo con los ángeles de su virtud, en llama de fuego, para dar el pago á aquellos que no conocieron á Dios, y que

no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Los cuales pagarán la pena eterna de perdición ante la faz del Señor, y de la gloria de su poder. 2. Tes. I.

Entonces los incrédulos y abominables, los homicidas, los impuros, los idólatras, y los mentirosos serán echados en el lago de fuego, y serán atormentados con fuego y azufre, delante de los ángeles, y delante del Cordero; y el humo de su tormento subirá en los siglos de los siglos. Rev. XXI. XIV.

RECAPITULACION.

El primer mandamiento de todos es: El Señor tu Dios es un solo Dios: y amarás al Señor sobre todas las cosas. El segundo es semejante á él: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos. Por tanto, el amor á Dios y el amor al prójimo es mas que todos los holocaustos y sacrificios. Marc. XII. 29, 33.

Este es el mandamiento de Dios: Que creamos en el nombre de Jesucristo. Pues de tal manera amó Dios al mundo, que envió á su Unigénito Hijo, para ser propiciacion de nuestros pecados, y para que todo aquel que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. I. Juan III. 23. IV. 10. Juan III. 15.

Este Cristo Señor murió una vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos á Dios. El tomó sobre sí nuestras enfermedades, y cargó con

nuestros dolores: fué llagado por nuestras iniquidades, fué quebrantado por nuestros pecados. El que cuando le maldecían no maldecía; padeciendo no amenazaba; mas se entregaba á aquel, que le juzgaba injustamente. El mismo que llev ó nuestros pecados sobre el madero; para que muertos á los pecados, vivamos á la justicia. 1. Ped. III. 18. II. 23.

Este mismo Cristo, que murió por nuestros pecados, fué sepultado, y resucitó al tercero dia segun las Escrituras. 1. Cor. XV. 3.

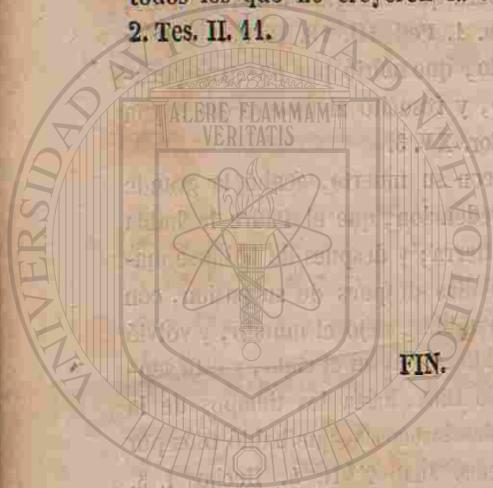
Cuando Cristo, con su muerte, acabó la grande obra de nuestra redencion, que el Padre le habia dado á hacer en la tierra; y despues de haberse manifestado vivo, tres dias despues de su pasion, con muchas pruebas infalibles, dejó el mundo, y volvió al Padre: fué recibido arriba en el cielo, y está sentado á la diestra de Dios, hasta los tiempos de la restauracion de todas las cosas, que habló Dios por boca de sus Profetas. Juan XVII. 4. Hechos I. 3. Juan XVI. 19. Hechos III. 21.

Este Jesus, que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá como le habeis visto ir al cielo. El vendrá en su magestad, y todos los Angeles con él, entre las voces de los Arcángeles, y el sonido de la trompeta de Dios, para juntar todas las naciones á un juicio final. Hechos I. 11. Mat. XXV. 31. 1 Tes. IV. 15.

Entonces todos los que están en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios; y serán manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba, segun

lo que ha hecho, ó bueno ó malo, estando en el propio cuerpo. Juan V. 28. 2. Cor. V. 10.

ESTE ES EL COMPENDIO DEL EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS; el cual es virtud de Dios para la salvacion de todo aquel que cree; y condenacion para todos los que no creyeron la verdad. Rom. I. 16. 2. Tes. II. 11.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA LA REDENCIÓN DEL GÉNERO HUMANO.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO I.

VIDA DE N. S. JESUCRISTO HASTA EL TIEMPO DE SU PREDICACION.

	Pág.
CAP. I. La Anunciacion de la Virgen María.	5
II. Nacimiento é infancia de Jesus.	10
III. Mision y ministerio del Bautista.	20
IV. Prision y muerte del Bautista.	26

LIBRO II.

VIDA DE N. S. JESUCRISTO DURANTE EL TIEMPO DE SU PREDICACION.

CAP. I. Discursos de Jesucristo.	30
<i>Sermon de Jesucristo en el monte.</i>	34
<i>Eleccion de los Apóstolos.</i>	47
<i>La Transfiguracion de Jesucristo.</i>	55
II. Parábolas de Jesucristo.	60
III. Milagros de Jesucristo.	80

LIBRO III.

LA REDENCIÓN DEL GÉNERO HUMANO.

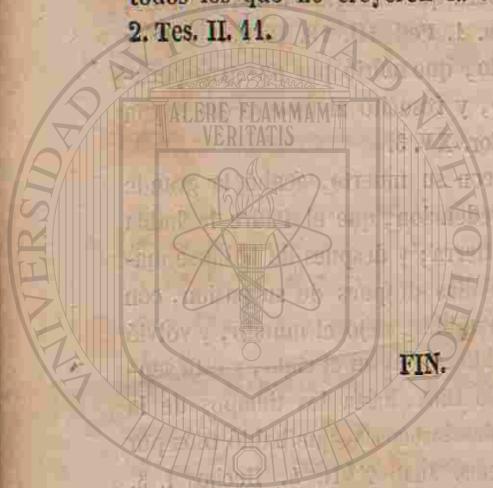
CAP. I. Ultimo viage de Jesus á Jerusalem.	106
<i>Entrada de Jesus en Jerusalem.</i>	113
<i>Juicio final.</i>	120
<i>La Cena é institucion de la Eucaristia.</i>	123
<i>Jesus consueña á sus discipulos.</i>	128

II.

14

lo que ha hecho, ó bueno ó malo, estando en el propio cuerpo. Juan V. 28. 2. Cor. V. 10.

ESTE ES EL COMPENDIO DEL EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS; el cual es virtud de Dios para la salvacion de todo aquel que cree; y condenacion para todos los que no creyeron la verdad. Rom. I. 16. 2. Tes. II. 11.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA LA REDENCIÓN DEL GÉNERO HUMANO.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO I.

VIDA DE N. S. JESUCRISTO HASTA EL TIEMPO DE SU PREDICACION.

	Pág.
CAP. I. La Anunciacion de la Virgen María.	5
II. Nacimiento é infancia de Jesus.	10
III. Mision y ministerio del Bautista.	20
IV. Prision y muerte del Bautista.	26

LIBRO II.

VIDA DE N. S. JESUCRISTO DURANTE EL TIEMPO DE SU PREDICACION.

CAP. I. Discursos de Jesucristo.	30
<i>Sermon de Jesucristo en el monte.</i>	34
<i>Eleccion de los Apóstolos.</i>	47
<i>La Transfiguracion de Jesucristo.</i>	55
II. Parábolas de Jesucristo.	60
III. Milagros de Jesucristo.	80

LIBRO III.

LA REDENCIÓN DEL GÉNERO HUMANO.

CAP. I. Ultimo viage de Jesus á Jerusalem.	106
<i>Entrada de Jesus en Jerusalem.</i>	113
<i>Juicio final.</i>	120
<i>La Cena é institucion de la Eucaristia.</i>	123
<i>Jesus consueña á sus discipulos.</i>	128

II.

14

	Pág.
II. Prision y muerte de N. S. Jesucristo	136
<i>Prendimiento de Jesus.</i>	137
<i>Jesus en casa de Caifas.</i>	140
<i>Jesus en el pretorio de Pilato.</i>	143
<i>La crucifixion de Jesus.</i>	152
<i>Resurreccion de N. S. Jesucristo.</i>	162
<i>Ascension de N. S. Jesucristo.</i>	174
LIBRO IV.	
LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES.	176
LIBRO V.	
LAS EPISTOLAS DE LOS APOSTOLES.	216
EL APOCALIPSIS O REVELACION DE SAN JUAN.	252
LIBRO VI.	
EL CODIGO CRISTIANO.	
CAP. I. Jesucristo era Dios.	270
II. Obligaciones de un Cristiano respecto á Dios	278
III. Obligaciones de un Cristiano respecto á su pró- jimo	289
IV. Obligaciones de un Cristiano respecto á si mismo.	298
V. Obligaciones respectivas	307
VI. La vida eterna.	311



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

DE LIBROS ESPAÑOLES.

Libros elementales y clásicos.

- GRAMATICA LATINA por A. de Nebrija, nueva edicion mas correcta que las precedentes. Paris, 1840, 1 vol. en 12.
- EPITOME HISTORIÆ SACRÆ. — Compendio de la Historia Santa, para uso de los principiantes de latinidad; va añadido un Diccionario latino-español. 1 vol. en 18, segunda edicion, 1840.
- APPENDIX DE DIIS ET HEROIBUS POETICIS. — Compendio de la Historia de los Dioses y Héroes poéticos, por el P. Jouvençy, con Notas castellanas y un Diccionario latino-español para uso de los principiantes de latinidad. 1 vol. en 12.
- DE VIRIS ILLUSTRIBUS ROMÆ. — De los Romanos célebres desde Romulo hasta Augusto, con notas españolas y un Diccionario latino-español. 1 vol. en 18.
- FABULAS DE FEDRO, en latin, con un diccionario latino-español. 1 vol. en 12.
- CATECISMO HISTORICO, por el abate Fleury. 1 vol. en 18.
- COMPENDIO de la Historia antigua, y particularmente de la Historia griega, seguido de un Compendio de Mitologia, para uso de los alumnos de las escuelas militares de Francia. 1 vol. en 12.
- COMPENDIO de la Historia romana, para uso de los alumnos de las escuelas militares de Francia. 1 vol. en 12.
- COMPENDIO de Historia general antigua y moderna, para uso de los colegios. 1 vol. en 12.
- CONSIDERACIONES sobre las Causas de la Grandeza de los Romanos y su Decadencia, por Montesquieu. 1 vol. en 12.
- CURSO DE FILOSOFIA (NUEVO), para uso de los colegios, por E. Geruzez, catedrático de Elocuencia en la Academia de Paris, trad. de la 2ª edicion francesa. 1 vol. en 8º.
- CURSO DE MITOLOGIA para uso de la juventud, con muchas láminas. 1 vol. en 18.

CURSO ELEMENTAL DE GEOGRAFÍA ANTIGUA Y MODERNA para uso de las escuelas militares de Francia, por Letronne, inspector general de los estudios. 1 vol. en 12 con 8 mapas, segunda edición, 1840.

DEBERES DE LOS HOMBRES (DE LOS), por Silvio Pellico. 1 vol. en 18.

EXTRACTO del Compendio Histórico de la Religión, para uso de los Niños de primeras letras. 1 vol. en 18.

GRAMÁTICA CASTELLANA, para uso de los Niños de primeras letras. 1 vol. en 18.

LECCIONES DE ARITMÉTICA, para uso de los niños de primeras letras, á continuación de las cuales se han añadido unos breves elementos de Algebra. 1 vol. en 18.

LECCIONES DE MITOLOGÍA, para uso de los jóvenes. 1 vol. en 18.

LIBRO SEGUNDO (EL) de los Niños. 1 vol. en 18.

LOGICAS de Condillac y Dumarsais reunidas. 1 vol. en 18.

MANUAL EPISTOLAR (NUEVO), ó Arte de escribir todo género de cartas segun el gusto del dia. 1 vol. en 12.

PRECEPTOS DE RETÓRICA para uso de los jóvenes. 1 vol. en 18.

ARQUITECTO PRACTICO (EL) civil, militar, y agrimensor. 1 vol. en 12 con muchas láminas.

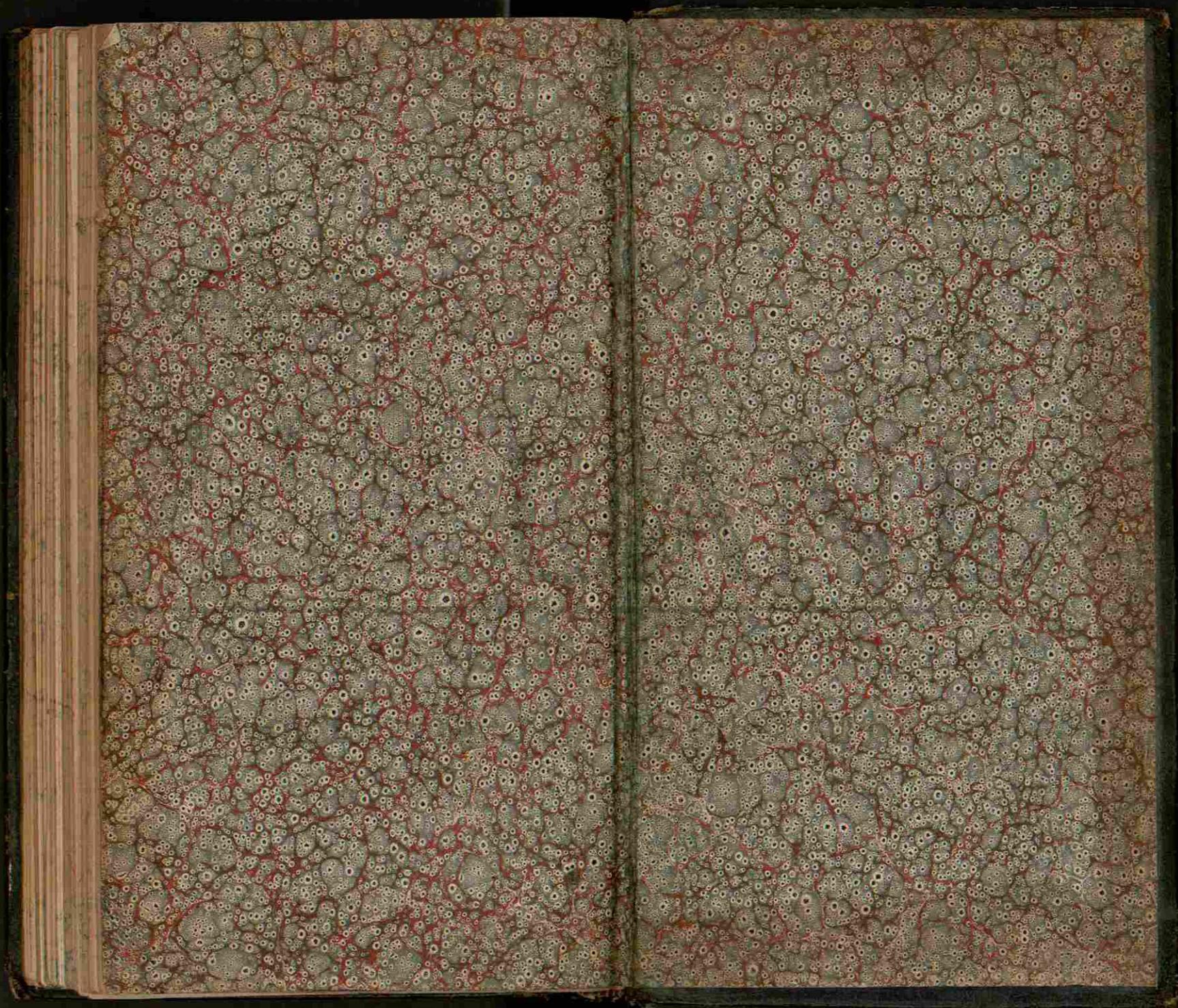
Libros para la diversion de los niños.

ROBINSON DE DOCE años (EL), Historia interesante de un grumete frances abandonado en una isla desierta, trad. de la 13ª edición francesa. 1 vol. en 18 con 6 hermosas láminas.

ROBINSON DEL DESIERTO (EL), ó Viages de un joven naufrago por las costas é interior del Africa, con una descripción sucinta de los usos y curiosidades de estas regiones poco conocidas. 2 vol. en 18.

ROBINSONCITO (EL), ó Aventuras de Robinson Crusoe dispuestas para la diversion de los Niños, con 6 láminas. 2 vol. en 18.

SANDFORD Y MERTON, Historia moral compuesta para los niños, por Berquin. 4 vol. en 18.



NUEV
LIOTEC